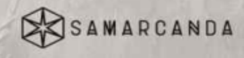
3ª
Edición

ANA ISABEL FERNÁNDEZ

«Un mal presagio, las llanuras manchegas, el eterno pasado y una serie de crímenes en una novela absorbente».
Publishers Weekly en español

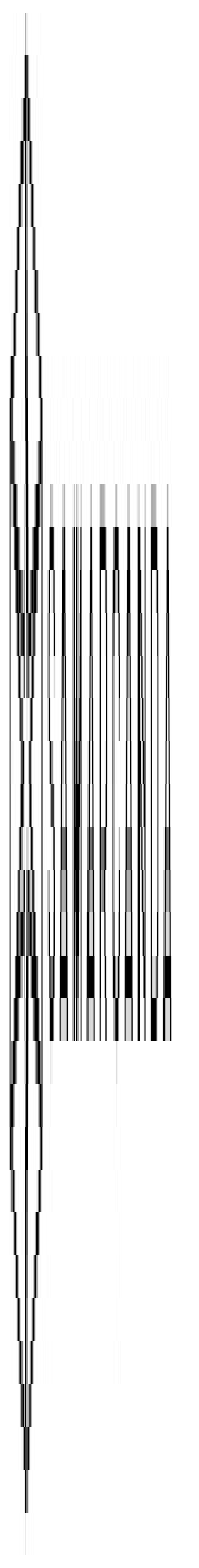
EL CANTO DEL GRAJO

OBRA ENTRE LOS DIEZ FINALISTAS DEL PREMIO PLANETA 2021



El canto del grajo

Ana Isabel Fernández



El canto del grajo
Tercera edición: 2023

ISBN: 9788418720536
ISBN e-book: 9788418720925

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3 (41001-Sevilla)
www.lantia.com
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

A mi tierra, lugar de mis raíces y
esencia de todos los recuerdos de mi niñez.

Y a Ángela y Lucía por toda vuestra fortaleza.

Mi agradecimiento a mi amigo Francisco Olivares, por prestarme ayuda con todos sus conocimientos en investigación como policía judicial en el cuerpo de la Guardia Civil.



Todo lo narrado en la obra es ficción y que cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia

1

Son las seis de la madrugada de un sábado. El cansancio de Sandra brota por cada poro de su piel. Está tan agotada que solo desea llegar a casa, meterse en la cama y entregarse a un profundo sueño. Desde hace cinco años se dedica al oficio más vetusto del mundo. Al cumplir la mayoría de edad, decidió probar suerte por su cuenta y abandonó la Casa Tutelada de Menores, su hogar desde que sus padres renegaron de ella. Fue cuando comenzó a marcarse su propio destino. Trabajaba, por las noches, en un bar de copas. Aparte del sueldo, los clientes le dejaban muy buenas propinas. Una noche, un hombre le entregó en un sobre una generosa cantidad de dinero por tener sexo con ella. Una mala decisión es como un disparo: una vez que la bala sale de la recámara de la pistola, no hay retorno. Así fue cómo decidió explotar la perfección de su cuerpo y el encanto de sus atributos. Hoteles caros, toallas tan suaves que parecían una caricia, bombones con el desayuno, viajes de lujo en yates de ensueño, cenas en restaurantes de moda. Todos los caprichos estaban a su alcance. Hasta que uno de sus clientes, pasado de copas y de cocaína, decidió que era de su propiedad. Y en un arrebato de celos, le rajó la cara de arriba abajo. La hoja del cuchillo le dañó el ojo derecho. A partir de entonces, entró en un declive. La categoría de puta de lujo quedó en el olvido. Su cuerpo, piel y atributos dejaron de ser cotizados. Pasó a trabajar en un burdel, donde las sábanas se cambian dos veces por semana y las camas absorben las esencias de cada cliente. Ahí, todas las habitaciones tienen el mismo perfume a rancio. En algunas, no hay ni ventanas, ni vistas hacia ningún lugar. Parecen ratoneras, y las prostitutas, simples peones con la misma vestimenta: minifaldas tan cortas que no dejan nada a la imaginación. Escotes vertiginosos que provocan que la vista y el vicio se pierdan; tacones finos de aguja, donde los pies se mecen mientras las chicas seducen a la calaña de individuos desesperados por gozar. Ligueros de encaje que sujetan peligrosamente unas medias negras y transparentes de cristal. Todas

iguales. Cada puta jugando a un mismo rol: llenar los cofres de dinero de la *madame,* a cambio de una comisión.

Es invierno y las calles están sitiadas por una espesa niebla que engulle la ciudad. A esas horas de la madrugada, sus piernas se han abierto más que sus propios párpados, y los pies la matan. Sabe que, en su trabajo, los tacones de aguja son un aparejo necesario para la provocación, pero necesita bajarse de ellos y rozar el helado suelo con sus medias negras de cristal. Descalza, se dirige hacia el aparcamiento privado del club. Sandra debe caminar unos metros más hasta llegar a la zona habilitada para los trabajadores. Su coche, viejo, descolorido y repleto de bullones, está cubierto por una capa de hielo. Rasca los cristales con el borde de un CD que lleva en su bolso. «Como de costumbre, los tres primeros intentos por arrancar el motor serán como escuchar la tos de un moribundo», piensa. Busca entre su mochila las llaves del auto, cuando siente un fuerte golpe en la cabeza. Después, todo es oscuridad.

Al despertar, no sabe el tiempo que ha transcurrido. Por las pequeñas ventanas de donde se encuentra entra la luz del amanecer, y contornea de sombras lo que parece ser un viejo almacén o el sótano de una casa. Los cristales están sucios y empañados por la incrustación del paso del tiempo que ha plasmado la huella del deterioro en el vidrio. No escucha bullicio desde el exterior, y deduce que la vivienda está en el campo. El lugar huele a moho y humedad. Es un sitio árido y lleno de trastos. Está desnuda desde la cintura para arriba y atada de sus extremidades con una vasta cuerda que queda sujeta a los travesaños y al respaldo de la silla. No puede moverse. En la boca tiene metido un trapo en forma de corcho. Por más que intenta escupirlo, es imposible; su lengua está colapsada y aprisionada con el tapón de tela. También, una cinta aislante le rodea su cabeza, cubriéndola y tirándole del nacimiento de su larga melena. Se siente indefensa. Debido al golpe, tiene un horrible dolor en la nuca. Su desesperación es tan grande que rompe a llorar. Entre suspiro y suspiro, se le extingue el aire de los pulmones. En uno de sus inútiles esfuerzos por deshacerse de las ataduras, gira las muñecas hacia un lado y el otro, pero solo consigue herirse. Tiene miedo. Jamás ha estado tan aterrada. «¡Esto es de verdad!», piensa. Sabe que no es ninguna de esas recreaciones sexuales. No hay palabras claves con las que detener el juego cuando se sobrepasa el límite. En el silencio tan absoluto que habita en el antro, escucha su propia respiración. Esta se

fusiona con el goteo del grifo que hay en uno de los rincones. Todo está en penumbras. Ni tan siquiera puede tener la exactitud de si se encuentra en Madrid o fuera de la comunidad. Repasa una y otra vez las personas con las que ha tenido alguna bronca en las últimas semanas o meses: un camarero que tantas veces se sobrepasa con ella, incluso fuera del trabajo. Se vio obligada a pararle los pies con alguna bofetada. Es de esos tipos que no aceptan un no. También puede tratarse de Nina, una de las chicas a quien ha sorprendido en varias ocasiones con la mano en la caja registradora. Su amenaza fue muy clara: si habla, ella lo negará todo y le arrancará de cuajo el otro ojo. Aunque… podría ser su casero, un hombre seboso y grandullón que abusa sin cesar de su cuerpo para cobrarse el alquiler de la podrida habitación donde reside, y que se la tiene jurada tras negarse a ser su zorra particular. Claro, luego está Casandra, el travesti alcohólico y ludópata que vendería a cualquiera. Todos podrían ser, aunque cree que ninguno llegaría tan lejos con su venganza. Siente la boca seca. Y la garganta parece que tiene alfileres. Está sedienta, ¡se muere por un poco de agua! Su cuerpo se resiente. «¿Cuántas horas han pasado? ¿Tres, cuatro u ocho?», se pregunta. Nota los hombros cansados y la rigidez del cuello está provocándole calambres en las cervicales. Intenta gritar, pero los gritos desgarrados quedan adheridos al tejido que le cubre la boca. Unas potentes luces se encienden y cree que se acerca alguien. Entonces, se acuerda de algo que siempre dicen en las películas de acción: jamás hay que mirar a la cara a un secuestrador. «¡No abras los ojos, Sandra, no los abras! ¡Resiste!». Por lo demás, todo continúa igual. Sigue sola. No hay aromas nuevos, ni pasos, ni tampoco voces. Convencida de que no hay nadie más en el lugar, despliega las pestañas postizas. El cobertizo tiene un dispositivo eléctrico y automático. «¡Aguanta, no te rindas!», se repite varias veces consecutivas para mantener la serenidad. Todo está desordenado y sucio. Hay trastos por todas partes. Las paredes, rugosas por el deterioro, están amarillentas a causa de las manchas de goteras que provienen del tejado. Las tuberías del agua están tan oxidadas y combadas; parecen serpientes. Sandra no sabe dónde se encuentra. En su cabeza puede oír el tictac de un reloj. Es el ritmo del miedo; el sonido que se escapa de su vida y la acerca a la muerte. En una mesa que ocupa gran parte de uno de los tabiques que componen el habitáculo hay un altar. Intenta desatarse de nuevo, con los mismos nefastos resultados. En un desesperado arranque, consigue mover la

silla unos centímetros. Esperanzada, repite los mismos movimientos. Por unos segundos se detiene porque hace demasiado ruido y teme llamar la atención de su carcelero. Sin poderlo evitar, cae al suelo. Rompe a llorar y olvida que su congoja puede ahogarla. Justo a su lado, debajo de una vieja mecedora, hay algo brillante. Como una culebra, se remolca por la superficie y arrastra tras ella la silla, porque no consigue desligarse de las ataduras. Podría reconocer el anillo entre miles. De plata ennegrecida, con pequeñas y falsas amatistas de color morado a ambos lados de la sortija. Pertenece a Alina. Sin duda, su compañera ha estado en el mismo tétrico espacio. Hace semanas que está desaparecida. Desde hace varios meses están desapareciendo chicas de los clubes de alterne. Pero a ella solo le importa Alina, porque siempre se ha portado muy bien con ella. Y ahora, no sabe si aún permanece allí, si está viva o muerta. Sandra entra en pánico.

Se escuchan unos pasos que bajan unas escaleras. Cada una de las pisadas suena con un distinto sonido. Uno blando, y el siguiente más profundo. Ese es su fin. Está perdida y sin posibilidad alguna de huir. Hace un último esfuerzo por desatarse, pero ha gastado todas sus energías.

Se escucha la cerradura. La puerta se abre. Cierra los ojos. Nadie habla. La respiración del secuestrador inunda de espanto la habitación. Sandra no sabe qué puede esperar de él. Entre sus piernas siente algo caliente que moja sus pantis; se ha orinado sin ni tan siquiera percibirlo antes en su mente, ni en su vejiga. Necesita volver a su pequeño apartamento del callejón maloliente, en Vallecas. En cambio, está allí, a cien mil leguas de su cama, de su almohada y de su café rancio y recalentado de las mañanas. Va a morir. Hoy es el día en que va a dejar este mundo. Dicen que la muerte se siente y se huele.

El hombre se aleja y se encamina hacia un lado del antro. Sandra escucha cómo abre el grifo y deja caer el agua sobre un recipiente de metal. El sonido es igual que cuando la lluvia cae sobre el capó de chatarra de su coche. ¿Qué pretende? ¿Qué quiere de ella? La resonancia que durante segundos ha invadido todo el espacio se detiene. Los pasos vuelven hacia ella, que sigue sin abrir los ojos. Las braguitas de encaje negro a juego con el liguero, el falso cuero rojo de la minifalda, la cara y el pelo resulta todo empapado por el contenido del cubo. El agua está tan helada que sus huesos quedan congelados. Tiene frío, tanto que comienza a temblar. Y otra vez los pasos se

encaminan hacia la puerta. Sola, sola; arrojada en el suelo y calada hasta la médula.

Entre el frío de su cuerpo siente la calidez de su orina. Huele mal, pero no le importa; solo quiere resistir para escapar. Aunque sabe que va a morir. Todo está a oscuras. El sistema de alumbrado ha vuelto a dispararse y deja en tinieblas el núcleo de la habitación. La noche toma de nuevo el cielo. Calcula que lleva secuestrada veinticuatro horas. Nadie la espera. Ni tan siquiera tiene una clientela fija que pueda extrañarla. Y su *madame* solo dedicará unos minutos en sustituirla.

Al día siguiente sucede lo mismo. Ya tiene calculada la incidencia de cada cuánto tiempo se encienden los focos. Cada dos horas se escucha un clic. Sandra sigue en la misma postura, arrojada en el suelo y atada a la silla. A escasos centímetros de su cara, el secuestrador deja dos comederos para perros. Uno con agua y el otro con pienso. Es tratada como un canino. Está hambrienta y su boca la siente seca y áspera. De un tirón, el hombre le arranca la cinta adhesiva y extrae el trapo maloliente y empapado con saliva de la boca. Por primera vez escucha su voz. Es potente, autoritaria, y produce inquietud.

—¡Come!

Sin abrir los ojos, Sandra se niega.

—Eres muy inteligente. ¿Crees que no mirarme va a impedir que te mate?

Está quieta, no se atreve a mover ni un músculo. Piensa en Alina y cree que también ha sido sometida a las mismas vejaciones y que de nada le ha servido la obediencia. Si ha de morir, que sea a lo grande. Llena de osadía, abre los ojos y, sosteniéndole la mirada, lo contempla. Tiembla, está helada; y el cuerpo, entumecido.

—¡Ahora te atreves a mirarme! Crees que ya ha llegado tu hora. ¿Verdad que sí, maldita perra? —Sandra se revuelve, aunque siente que el miedo invade cada parte de su ser. Y armándose de valor, se encara haciéndole varias preguntas.

—¿Por qué me has secuestrado? ¿Qué quieres de mí? ¿Dinero? —Las palabras se atascan en su lengua debido a los tiritones y a las convulsiones de la fiebre—. Pierdes tu tiempo. ¡Soy una puta! ¡Te has equivocado de presa!

—No, no eres ninguna equivocación. He seguido todos tus pasos y tu trayectoria profesional. No estás aquí por quién eres, ni tampoco

por lo que eres. Me interesan tus ojos, tu pelo, tu piel y tu cuerpo. Además, tú y yo tenemos en común nuestro físico —dice refiriéndose a su cicatriz.

Sandra, desde su incómoda posición, puede ver cómo que se dirige hacia la pared, donde está colocado el santuario. Desde su plano, comprueba que en una pizarra traza una pequeña línea recta y vertical, que se suma a otras dos anteriores, tal como si fuera una puntuación. Luego, vuelve a donde está ella y la incorpora del suelo. No la desata. Por fin, puede verle bien la cara. En una parte, tiene una cicatriz. Enseguida comprende qué hay de común entre ellos dos. Él acerca una mano al rostro de ella. Sandra aprecia que le faltan unos dedos. Primero, la acaricia y, después, le propina un duro golpe. A ese le siguen otros más, a ambos lados. Sangra por la nariz y por el labio inferior, que se muestra partido. Rodea la silla y se pone a su espalda. Con odio y rudeza le coge por el pelo para tirarle de la cabeza hacia atrás.

—¡Eres muy dura! ¿Te crees mejor que las otras mujeres que han estado sentadas en esta misma silla y en este lugar? —Ríe a carcajadas. Sabe que esta última chica le va a dar mucho juego. Todas las demás no han durado ni un día. Y ella ya lleva tres. Un número mágico.

Sin más, se va y la deja sola, no sin antes amordazarla de nuevo. Sandra permanece atada a la silla. La espalda le escuece y el respaldo de madera le encarcela cada uno de los espacios de la piel y del cuerpo. Pero eso no es lo peor: tiene tanta hambre que, cuando mira el pienso de perro —convertido en una pasta podrida—, le resulta apetecible. Se resiste a humillarse tanto como para comerse esa basura. Siente su boca tan vasta como la cabeza de una cerilla. Es incapaz de sostener la mirada y todo lo que queda en el plano de su vista se visualiza borroso. A Dios ruega que a su secuestrador no le haya sucedido nada, porque solo él sabe que está allí, amordazada y silenciada bajo dos capas de cinta aislante y el mugroso trapo que le llega hasta la garganta.

2

Sandra se rinde al agotamiento y se entrega sin lucha al sueño; cree que es la única manera de ahorrar energía. Todos sus pensamientos son para Alina. Aunque hay algo que le preocupa mucho más. Recuerda la frase que el matón le ha dicho: «¿Te crees más dura que todas las que han estado en esta misma silla y en este lugar?». Eso significa que ella es un número más en su lista negra. Eso provoca que sus fuerzas se reinicien y, con toda la rabia que lleva contenida, consigue sacar un pie por entre la gruesa cuerda. El segundo le resulta más fácil de liberar. Con las piernas libres, de un impulso, se levanta y se encamina hacia el pico afilado y cortante de una mesa de metal. Rozándose una y otra vez con la superficie, consigue liberarse las manos. Al deshacerse de la mordaza adhesiva de su boca, siente cómo los vellos se arrancan. No puede ni tragar debido a que durante días toda su saliva ha sido absorbida por el trapo. Necesita beber agua. Si quiere vivir, debe saciar su sed. Apenas se sostiene derecha. Todo su cuerpo flaquea y se debilita. Anda como un zombi sin rumbo. Consigue llegar al grifo oxidado, de verdosos bordes por el cloro acumulado. Bebe y traga sin descanso. Una vez apaciguada su sed, se encamina hacia la puerta de madera maciza. Cada uno de sus esfuerzos resulta insuficiente para abrirla. Las minúsculas ventanas están resguardadas con rejas. Entre la suciedad que cubre los cristales, divisa una densa frontera de grandes árboles. Es tal la inmensidad del bosque que rodea al edificio que le resulta imposible distinguir qué hay más allá de la espesura vegetal y silvestre. Los espacios entre los troncos son diminutos, tal como la cabeza de una aguja de tejer. El sombrío entorno es cuanto menos escalofriante. Sandra tiene la certeza de que cualquier grito quedaría disuelto por el impenetrable follaje. Desesperada, se echa en el suelo y se encoge. Desde ese plano, atisba una mancha negruzca, y justo en el centro del charco reseco hay una estaca punzante de madera. Arrastrándose de nuevo, para así no agotar la escasa energía que aún fluye en su cerebro, llega hasta la

herramienta. Como una exploradora, huele el cerco aglomerado que hay incrustado en la superficie. Un olor nauseabundo perfora su olfato. La esencia está impregnada de putrefacción. Como si sostuviera entre sus manos las entrañas corrompidas de una persona, deja caer el instrumento en el pavimento sucio. Una horrible imagen pasa como un relámpago por su cabeza. Siente una fuerte y espeluznante sensación de terror que le produce arcadas descompuestas y biliosas. Arrojada como un despojo, yace sin más esperanzas que una rápida agonía. Ahora teme las consecuencias de su liberación. Cuando regrese el hombre, puede que decida matarla. Sin embargo, tiene una contradicción entre su voluntad y sus sentimientos, porque cuanto más perdida está, más libre se siente. ¿Qué puede sucederle? Nada tan horrible como enfrentarse cara a cara con la muerte. Con esa libertad, se aproxima a la pizarra y se encara con un gran mural de numerosas fotografías y dibujos de carboncillo. No entiende nada. Las imágenes son aterradoras y escalofriantes. Son cadáveres de distintas mujeres; todas ellas tienen la cabeza rapada. Y en cada cráneo un número; son las marcas de un ganado. Diez en total. Sus cuerpos están mutilados y golpeados con violencia. Entre todas ellas, reconoce la flor de Lis tatuada en el brazo de Alina. Se fija en las imágenes de los cadáveres. Con una flecha marcada en rojo, se muestran las fotos de las chicas con vida. Todas rubias, de ojos azules y verdes. Bonitas y llamativas.

Las luces han vuelto a encenderse. Sabe que es cuestión de segundos que su secuestrador regrese. La puerta se abre. Entra. Al verla aún con vida y liberada de las ataduras, su cólera aumenta sin el menor control. La agarra por su gran melena dorada y la arrastra hasta el epicentro del sótano. Allí, la apalea como a un perro. Patea sin compasión cada centímetro de su cuerpo. Sandra, inmóvil, yace en el suelo hecha un ovillo. Los puntapiés traspasan la protección de sus brazos y le llegan hasta la cabeza, la cara, sin olvidarse de las costillas, de la espalda y de los pechos. Cada golpe parece incrustarse en una parte de su anatomía. Reventada de dolor y usada como un saco de boxeo, el hombre vuelve a atarla. La moja y conecta unos cables a sus extremidades. La muchacha siente que su ser se parte en dos, que el corazón le quema y va a explotarle con cada descarga eléctrica. Sandra se resiste a morir. Él le rapa la cabeza y, en el centro del cráneo rasurado, tatúa en color negro una cifra. Sandra es la número once. Ha podido sentir el trazado de cada dígito. El sonido de la máquina de tatuaje se clava en su cerebro y remueve cada una de sus

neuronas. Llora, porque es lo único que puede hacer. Su cuerpo es una amalgama de colores, entre rojo y púrpura, debido a los golpes. El torturador ya no ha vuelto a irse. Decide que quiere vivir en directo la agonía de su presa, sin saber que Sandra es una superviviente y que soporta las salvajes embestidas que revientan su organismo.

—Te has ganado el indulto. ¡Te voy a dejar vivir!

—¿Por qué a mí? —pregunta casi sin voz.

—Porque ninguna ha resistido tantos días de tortura. Por eso voy a devolverte a la vida. ¿Sabes qué significan estas pequeñas líneas?

—Imagino que el orden de cada una de tus víctimas.

—Casi aciertas, pero no. ¿Sabes cuántos días llevas aquí encerrada? —Sandra mueve la cabeza de un lado a otro. No tiene fuerzas para seguir su juego—. Hoy cuatro días que estás aquí. Ninguna de ellas —dice señalando la pizarra— ha resistido tu nivel. ¡Eso se merece una gratificación!

—Entonces, ¿por qué has trazado el once en mi cabeza?

Sabe que esta mujer es distinta a las demás. Es inteligente, observadora y tenaz. Teniéndolo todo en contra y sin probabilidades, ha resistido al hambre, la sed, los golpes y las descargas eléctricas; soportó los pellizcos en sus marrones y duros pezones con los dientes de unos alicates y los latigazos sobre su piel. Sin la menor duda, ella es a quien necesita. Fuerte y, al mismo tiempo, vulnerable.

—El once es el orden que ocupas en la jerarquía de la muerte. Ahora, debemos encontrar a otra que ocupe tu lugar. Y de eso te encargarás tú si no quieres estar otra vez en esa lista.

Sandra conoce las reglas del mundo que ella habita. Y una es que nadie da nada sin esperar algo a cambio. No quiere ser sumisa y pertenecer a este macabro juego.

—¡Mátame!

—No. Te dejaré en libertad; volverás a tu vida de puta y vivirás en ese cutre apartamento. A cambio, serás mi sierva. ¡Si hablas de mí o acudes a la policía, te mataré! ¡Si me buscas, te mataré! ¡Si me traicionas, te mataré! No tendré problemas en encontrarte, te lo juro, preciosa; tengo oídos y ojos en todas partes.

—Prefiero que me mates aquí y ahora —replica Sandra. Prefiere morir que vivir siempre atemorizada. Es mejor formar parte de las muertas que esconderse como las cucarachas.

—No. Yo mismo te curaré. Te alimentaré hasta que te recuperes porque eres un saco de huesos. Y a partir de ahora eres mía. Siempre a

mis órdenes. Los dos seremos una simbiosis.

—Entonces…, contesta a una de mis preguntas.

—Dime.

—Imagino que esto lo haces por puro placer.

—¿Tú crees?

—Sí, porque si no, aún es mucho más cruel que tortures a las mujeres hasta llevarlas a la muerte sin razón alguna. ¿Por qué no me has violado?

—No me interesa el placer del cuerpo, sino el de la mente. El juego mental de no entender y de no saber qué esperar de mí. Mi éxtasis culmina con tu miedo, porque nunca serás capaz de adivinar hasta dónde estoy dispuesto a llegar.

3

Un año más tarde, el 12 de enero del año 2009, a falta de tres días para el gran momento de los Villarta; a setenta y dos horas para que Marta y Tomás renueven sus votos matrimoniales ante el altar mayor de la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, en el municipio de El Pedernoso, pueblo ubicado en el cogollo de la Mancha y en donde por primera vez se dieron el «Sí, quiero». Ahora, las arrugas les marcan las expresiones de los rostros, los achaques de la edad, algunos kilos de sobra y, en el caso de ella, las canas camufladas con tintes de color caoba. Marta vive la ansiada espera con la misma felicidad. Su sangre está alborotada por la emoción que recorre cada parte de su ser. Aunque, desde que se ha levantado, siente algo extraño en su corazón; no es dolor, es como si una fuerza sobrenatural la estrangulara, como si cada latido fuera el lenguaje de algo que está por suceder. Es un temor, una agonía muy asfixiante. La noche pasada tuvo un sueño. A veces, sucede que los mejores epitafios inscritos en las sepulturas son frases tejidas de utopías. Tiene una sensación escalofriante, como el siseo de una muerte anunciada: está a la espera de que, en cualquier momento, algo horrible suceda. Un vacío que se presiente invisible pero notorio; un vacío que forma un círculo que aspira hasta la última partícula de oxígeno de los pulmones. Ese mismo miedo la aprisiona.

Faltan apenas unos días para volver a renovar sus votos matrimoniales, cincuenta años después de la primera vez que Tomás y ella se dieron el «Sí, quiero». Los dos están ilusionados porque saben que es la última etapa de sus vidas. Han mimado cada detalle porque quieren que todo sea perfecto. Mientras se cepilla el pelo sentada frente al espejo del tocador, se mira y se acaricia las arrugas que contornean sus ojos. Son los síntomas del envejecimiento. Una vez más, abre la puerta del vestidor. En las perchas están colgados el traje negro con solapas de raso de su marido y el vestido de seda rosa clarito que llevará en el enlace. La emoción la embarga y esas cosquillas de novia le provocan una sonrisa. Comienza a tararear una

canción. Aparece el mismo presentimiento. De un mordisco reaparece una imagen que la hace estremecer de desasosiego. Para espantar sus pensamientos, baja en busca de su hombre. Lo encuentra en la cocina, tomándose una taza de café fuerte y sin azúcar. Parece estar desconectado de todo, como si su mente y su vida estuvieran en pausa, sin formar parte de nada.

—Tomás. —Pero él parece no escuchar—. Tomás. —Hasta dos veces ella pronuncia su nombre. La voz de su mujer ha entrado en su cabeza como una cornada—. ¿Ocurre algo? —pregunta Marta mientras que, con fuerza, exprime unas naranjas para prepararse un zumo. La fruta gira alrededor del pequeño aparato. Tomás ha centrado toda su atención en la mano de su esposa. Es como si aquel infierno ahora estuviera centrifugándose y todos esos sentimientos que parecían dormidos regurgitaran desde el fondo de su turbación.

—No. Solo estoy algo mareado —responde sin querer entrar en más detalles.

Marta insiste. Son muchos años a su lado, por eso no obvia que algo preocupa a su esposo. Solo ruega a Dios que no tenga nada que ver con su presentimiento.

—Te he oído hablar por teléfono. ¿Quién te ha llamado?

—Se han equivocado.

Mentir nunca se le ha dado bien. En otra ocasión habría esperado a la noche, como siempre, cuando los dos están acostados en la cama y las preocupaciones afloran. Pero esta vez, sabe que es distinto.

—Tomás, ¿va todo bien? ¡Algo tienes, lo sé!

—No te preocupes, mujer, que no voy a huir antes de la boda — dice al tiempo que se levanta del asiento y se dirige hacia su esposa. Sabe que un abrazo calmaría sus inquietudes. Siempre funciona.

—Te prometo que no hay nada que me preocupe. Bueno, a lo mejor tengo la tensión algo alta, pero… solo es eso. —A ella no debe implicarla. En su momento no lo hizo, ahora no tiene sentido.

Todo ha sido muy rápido. Como de costumbre, tiene su teléfono con el volumen en *off* y en vibración porque sus tonos son muy irritantes. La pantalla se ha iluminado y ha reflejado el número telefónico. Le extraña su llamada, pues desde el mismo momento en que se separaron, acordaron llamarse en contadas o en especiales ocasiones. Y esta no es ni una cosa, ni la otra. Es un día cualquiera, sin más importancia que el de ayer. No obstante, Tomás ha descolgado el auricular. Su cara redonda, rosada, de ojos grandes y expresivos y con

un pequeño hoyuelo en su mentón, todo el mapa fisionómico de su rostro ha cambiado y se ha convertido en un tono pardusco, casi grisáceo, que ha adquirido la apariencia de una figura de cera. Por unos instantes, cuando ha colgado el celular, ha sentido un nudo en la garganta. Ha sido como percibir el tacto de la piel de un muerto, como si las manos de un asesino se amarrasen con frialdad a su cuello. El latido del corazón se le expande en la boca e invade su aliento mañanero. De las sienes parece brotarle un panal de avispas. El intenso dolor que siente es como un incesante zumbido de dichos insectos. Tanto que ha debido sentarse porque, por unos segundos, se le nubla la vista. Marta, siempre atenta, ha acudido de inmediato. Es su fiel compañera, amiga y enfermera. Le toma la tensión arterial con el tensiómetro digital que siempre tiene a mano en los primeros cajones del mueble de la cocina, junto con algunos aerosoles para el asma de ella. Dieciséis sobre diez de presión; bastante alta. Marta le riñe porque no se cuida suficiente. Para ella es su único mundo, al cual regresa todas las noches, cuando las luces se apagan y, rendida, busca sus brazos. Deja transcurrir un poco de tiempo y vuelve a ponerle el aparato en el brazo desnudo. Doce sobre seis. Ya roza la regularidad y los dos respiran más serenos. O eso quiere aparentar él.

Una vez restablecida la normalidad en su organismo, Tomás se dispone a salir para dar su paseo matutino por los caminos que rodean el pueblo de El Pedernoso.

4

Recóndita, sigue en el recuerdo la voz seca proveniente de ese mismo espacio donde se almacenan todos los secretos y las incertidumbres que se acumulan en el cerebro y provocan una cima de miedos. Esa onda que, desde la ultratumba, dirige su voluntad. Tomás necesita mitigar todo eso que ronda en cada parte de su conciencia. El lugar del encuentro está bastante lejos de la villa, pero va con tiempo. La cita es a las nueve de la mañana, y ahora son las siete y media. Hace frío. El mes de enero se hace notar con la última nevada de dos días con dos noches de duración y que ha formado una gruesa capa de hielo, expandiéndose por los caminos y terrenos de siembra. Los campos de ajos se ven cubiertos por una espesa manta blanquecina. No es posible que en el interior del manto pueda sobrevivir el bulbo convertido en oro de diversos colores: rojo, morado y blanco de la Mancha. Las viñas están dormidas y apagadas como las luces navideñas que aún cuelgan y engalanan las calles, aunque sin magnificencia ni espíritu porque son solo producto del olvido. Avanza por el camino de San Isidro. El silencio se palpa en cada centímetro del paraje y hace de su belleza algo siniestro. Hasta el viento muestra la bravura con que mueve sin templanza las plantas silvestres, supervivientes al temporal. Algunos grajos escupen sus graznidos desgarradores mientras se mecen en los cables de alta tensión. Sus plumas de color azabache se desprenden de sus arqueadas alas cuando una parte de la bandada alza el vuelo. El cielo sigue blanquecino como la cara de un muerto. Es tal su albor que parece un fiel reflejo del suelo cubierto de nieve. El taciturno paisaje, a lo lejos, permite ver rozar la fina línea del horizonte. Un pedazo tras otro se une y forma una sábana tejida del mismo tono. Incluso las torres de los pueblos vecinos se alzan entre la imperiosidad de la comarca. Pero él no se detiene. Algunas veces, sus pasos son largos como zancadas que se engullen en la base de la nevada; otros, en cambio, son diminutos como los de una hormiga. Recuerda la vez que Matías visitó el pueblo

por sorpresa. Por aquel entonces ya habían acordado no volver a verse si no era preciso. Tomás intuyó que su compañero de San Luis pretendía pasar desapercibido en alguna perdida villa. Pero no se lo permitió. Si alguien los encontraba juntos, solo era cuestión de tiempo que ataran cabos. En su pueblo, en su lugar y en sus raíces, solo había sitio para uno, y ese no era Pineda. También rememora la impresión que causó la vieja cantera en él. Comentó que parecía estar en un plató de cine norteamericano, de películas del oeste. La calera de piedra es muy conocida por el pueblo y por los municipios colindantes. En cambio, más allá de la región, no suscita el más mínimo interés. Y menos para alguien que no procede de por aquí. ¿De verdad será él? Su voz la ha notado quebrada, o peor aún, la ha percibido temerosa. Y su respiración arrítmica debería ser suficiente para obligarle desistir de su empeño. En cambio, camina y camina. Aún está a tiempo de todo, de girar su destino y volver a casa. Cruzar el ancho patio. Entrar en la vivienda. Cerrar todas las puertas y quedarse a salvo junto a su querida Marta. «Todavía puedo hacerlo; no estoy obligado a nada —piensa mientras avanza. Sabe que se trata de una trampa—. Entonces, ¿por qué no me detengo?».

5

Los olivos, reyes indiscutibles de la comarca, ahora parecen plantaciones de algodones gigantes. Tomás sonríe; siente unas irremediables ansias de asaltar los olivares y zarandear los árboles hasta que sus ramas verdes aparezcan entre la pureza invernal. Por unos instantes se deja llevar por remembranzas de su niñez. Imaginar esa acción le produce un escalofrío y se sube el cuello de su grueso anorak, al tiempo que se cubre la cabeza con el gorro. Además, quiere pasar desapercibido, aunque no tiene que poner mucho esfuerzo porque no se cruza con nadie. Todo el mar de tierra, que se extiende a ambos lados del camino, se ve blanco y los rayos débiles que desprende el sol se reflejan en los surcos haciéndolos parecer perlas. Avanza. Baja la cuesta de El Llorón. *Cuenta una leyenda que los segadores, en los meses de siega en verano, mientras descansaban junto a los haces pasadas la medianoche, siempre oían el triste llanto de un hombre. Al acercarse los curiosos, comprobaban que se trataba del diablo.* A diez metros, divisa la Fuente de la Luz. El agua del estanque es un bloque de hielo; incluso el chorro raquítico está cristalizado y suspendido en el aire. En el tejado de la caseta del pozo de agua dulce, las bajas temperaturas han construido carámbanos tan grandes y desiguales que parecen las piezas de un órgano tubular. Del suelo coge un palo y destruye los hilos congelados de los canalones; aquellos caen como titanes derrumbados. La furia que alberga en su interior se desata como una manada de bestias. Golpea las finas y atractivas estalactitas blancas. Esparcidas en el suelo, deja su furia y emprende su camino. Aún queda un buen tramo del trayecto y no quiere que se haga tarde el regreso. Recuerda la conversación telefónica: «Tenemos que vernos. Aquello que tú creías ya ha comenzado». Esa voz ha producido un escalofrío aterrador en su cuerpo. En cada sonido de los vocablos ha percibido que algo no andaba bien. Su conversación ha sido escueta, casi monosilábica, porque la suma de tres palabras seguidas les rompe por dentro. Y las frases empleadas han sido como

una clave, algo que solo ellos dos son capaces de entender. Sus pensamientos le alarman de que no siga, ¡que se detenga! No obstante, los pies no le obedecen. Su vida ha vuelto a caer en un precipicio, recordándole esas profundas grietas que se abren en las entrañas de la Tierra. «Tenemos que vernos. Aquello que tú creías ya ha comenzado». La importancia de esa frase. Si no, ¿qué sentido tiene que ahora vaya al encuentro con esa persona? ¡Porque el pecado sigue atosigándole! Teme. Recuerda que, en el momento de la despedida, acordaron no volverse a ver nunca más. En el tiempo han seguido en contacto, pero muy sucinto, solo el preciso, con el fin de encontrar consuelo mutuo y apagar por otra temporada el furor de la sospecha. El destino es cruel y caprichoso. Sin lugar a duda, Matías y él son dos condenados a encontrarse.

Ha llegado unos minutos después de la hora acordada. Son ahora las nueve y diez de la mañana. Durante el camino ha descansado varias veces para tomar aliento. Todo está en silencio, aunque presiente que lo vigilan. Cuando alguien cita a otra persona a una hora y en un lugar alejado de toda urbanización, no se permite el lujo de ser impuntual, sino todo lo contrario. Y si algo bueno tiene Matías es que nunca falta a su palabra. «Algo no cuadra», piensa.

6

Un solitario agricultor quita a paladas la nieve acumulada en el camino, para así poder entrar en sus tierras. Con la pala del tractor cargada de hielo y cantos, se dirige a la vieja cantera explotada entre los años 1950 y 1990. Son las diez y media de la mañana, y el sol parece abrirse paso entre las nubes cargadas de más nieve. De pronto, divisa un bulto en el interior del arcaico pedregal formado por restos de colosales guijarros que se muestran altivos como monumentos primitivos. Las cicatrices de las tripas de la cantería son voraces hendiduras debido a las dentelladas de los picos y dientes de las excavadoras. Según avanza el vehículo, el agrónomo ya no tiene ninguna duda: no se trata de un saco o hito como ha creído en un principio, sino del cuerpo de una persona. Por unos instantes, y todavía con la pala cargada de piedras y suspendida en el aire, se queda pensativo. Nunca se ha encontrado en una semejante situación y no sabe cómo actuar. Impertérrito, se queda sentado en el tractor y mirando al frente…, hasta que deja de oír el rugido del motor. Tarda en decidirse a bajar. Al final, se apea de la cabina y, con cautela, se acerca al punto en concreto. De pie, roza con sus botas la cazadora del individuo; mira para un lado y para otro, sin saber qué hacer. Solo el silbido del viento se cuela entre el sigilo del agreste lugar. Atemorizado, se arrodilla y, con sumo cuidado, gira el cadáver que se encuentra tendido sobre el costado izquierdo y en posición fetal. De una herida abierta en la sien emana la sangre que cubre parte de su rostro. El hombre reconoce a Tomás Villarta. Sin perder más tiempo, busca el cuello de la víctima para comprobar si aún tiene pulso. No percibe latidos. Piensa que puede tratarse de una torpeza suya y, desesperado, desabrocha el forro polar, le sube el jersey y una camiseta térmica de color azul. En un último intento, pone su oreja en el pecho y busca alguna señal de vida. Los resultados son nulos. Está muerto. Corre hacia el tractor y del cajón que hay justo en la puerta extrae el teléfono móvil. Llama al cero sesenta y dos, el número

directo con la Guardia Civil. Su primo, que es de la Benemérita, siempre se lo tiene dicho.

—Mi nombre es Ge-ge-rardo Ca-sas. —Siente la boca seca debido a los nervios y la excitación del momento. Por unos segundos, se detiene. Sus labios tiemblan y le provocan tartamudeo. Traga saliva, mientras que al otro lado de la línea escucha:

—Guardia Civil. Dígame, ¿qué le ocurre?

Respira e intenta hablar.

—Me llamo Gerardo Casas y me he encontrado en mitad del campo a un hombre muerto. —Esta vez, sí ha sido capaz de decir una frase completa sin tartamudear.

—Tranquilícese. ¿Desde dónde nos llama?

—Desde el pueblo El Pedernoso. —Siente la boca pastosa, y los latidos del corazón le invaden hasta el paladar.

—Gerardo, respire tranquilo y díganos su ubicación. Enseguida mis compañeros irán para allá.

—Estoy en la vieja cantera que está entre los términos de El Pedernoso y Las Mesas. A lo mejor les cueste encontrar la ubicación porque el lugar está rodeado de pinares y encinas. Si quiere, les espero en el camino cerca de la carretera.

—No, no se mueva de ahí y, por favor, no toque nada.

—Pe-pe-pero… yo… ya lo he-he tocado. No, yo no sabía si-si estaba muerto —vuelve a tartamudear.

Haciéndose cargo de la situación, el agente intenta calmarlo; le dice que espere y que no haga nada más.

Gerardo saca un cigarro del bolsillo de su mono azul de trabajo y se sienta en una piedra a fumárselo. Desde ese punto divisa su tierra, donde el tractor está detenido en el límite de lo que aún resta por arar. Entre los claros de los grandes pinos se cuelan el blanco de algunas casas de campo que, en los años setenta, se construyeron por la cercanía de la laguna La Celadilla. Ahora están abandonadas, y las ventanas parecen bocados de Satanás porque muestran la profundidad de su interior. Las paredes han sido víctimas de vándalos grafiteros, sin criterio y sin arte. El agricultor se fija en cada punto del paisaje con la firme intención de no mirar el cuerpo inerte de Tomás. Es algo tan extraño. Otra vez comienza a nevar. Los copos son consistentes y con grosor. En cuestión de minutos, las huellas son cubiertas. La Guardia Civil se queda sin posibilidad alguna.

Durante los treinta minutos que Gerardo espera, y mientras se fuma

el cuarto cigarrillo, ve aproximarse por el camino y abriéndose paso entre el campo blanco a unas patrullas de la Guardia Civil, seguidas de dos ambulancias. El hombre observa cómo los vehículos se acercan. El pánico debido a las dudas comienza a hacer estragos en su aparente tranquilidad. «¿Y si creen que yo tengo algo que ver? Comenzarán a realizarme miles de preguntas. Pero… ¿qué sucederá si yo tartamudeo? Pensarán que yo soy culpable». Unas punzadas en el estómago le llevan a ponerse las manos alrededor del abdomen, y siente la hiel de bilis invadir su boca. Gira su cuerpo sobre la piedra en la que permanece sentado, vomita y deja un cerco verde sobre la nieve. Después, lo tapa con la punta de su bota campera. La fila de coches se acerca. Ya es tarde para todo. Cualquier plan de escape queda descartado. Sus entrañas vuelven a manifestar su estado de nerviosismo.

Los autos se detienen en el camino, a unos veinte metros de la cantera. Gerardo permanece en la piedra debido al temblor de piernas. Unos agentes custodian el cuerpo mientras otros dos se acercan a donde está el testigo. Llevándose la mano hacia sus gorras, con un sincronizado saludo militar, los guardias civiles saludan.

—Yo-yo-yo lo he-he tocado; tenía que-que-que saber si-si estaba muerto.

Uno de los agentes intenta calmarlo; el hombre está muy nervioso y responde incluso antes de que le pregunten. Con la punta del pie señala el encubrimiento de su vómito. No quiere dejar dudas algunas.

—Es Tomás Villarta, vecino de mi pueblo, de El Pedernoso. Es marido de Marta Calleja y padre de Sebastián Villarta, policía nacional en Madrid, creo… Pobrecillo. Yo lo he visto pasar más o menos alrededor de una hora antes; pero en el tractor y desde la otra punta de la linde, no lo he reconocido —habla sin descanso y casi sin aliento.

Los agentes, antes de atosigarle con más preguntas, se llevan del brazo a Gerardo hacia otro lugar más apartado del perímetro en el cual se encuentra el cadáver. A toda costa quieren evitar que su declaración se sugestione. Mientras tanto, los médicos, con cuidado de no contaminar las posibles pruebas, tocan el cuerpo y confirman que no tiene vida. Redactan un informe sin determinar la causa de la defunción. Nada más certificar la muerte de la víctima, la Guardia Civil da aviso a la Central Operativa de Servicios (COS) ubicada en la capital, Cuenca. A partir de ese momento, todo transcurre muy

deprisa.

Los agentes custodian la zona y restringen el paso a cualquier persona ajena mientras se espera a la policía judicial y criminalística, y a la Comisión Judicial: el juez, el secretario del juzgado y el forense. Los vehículos han formado un cordón alrededor de la cantera, para proteger de las posibles miradas de curiosos, aunque el mal día ayuda a preservar la intimidad. La patrulla de seguridad ciudadana pone en antecedentes a la policía judicial e informa de la inspección sobre el terreno y averiguaciones mediante el interrogatorio al único testigo.

Con todo el procedimiento pertinente, el forense comienza a mover el cadáver y estudia a simple vista las posibles causas de la muerte. Un gran charco de sangre forma una areola negruzca que tiñe la nieve; esta cae con más fuerza y grosor, lo que permite que el cuerpo haya comenzado a enfriarse más rápido, aunque aún mantiene algo de flacidez en sus extremidades. El doctor no puede perder ni un minuto en saber con exactitud el tiempo que lleva muerto. En el flanco derecho hace una punción e introduce una aguja larga con un termómetro en el extremo.

El secretario del juzgado toma nota de todos los detalles que el forense dicta según examina el cuerpo.

—El termómetro marca treinta y dos grados de temperatura del hígado. Y la transparencia de sus ojos dictamina que ha muerto entre dos y tres horas antes, aunque debo practicarle la autopsia para ser más preciso. Sin embargo, todo pinta a una muerte natural.

—Pero doctor, tiene la cara cubierta de sangre —dice el sargento Casado.

—Sí, pero la herida no es mortal. Ha caído sobre esta piedra —explica el forense, señalando el pico que sobresale de la nieve—. Además, teniendo en cuenta que el cuerpo ha sido volteado por el testigo, puede observarse con atención estas dos marcas: las ha hecho con sus rodillas al caer en el suelo, para después derrumbarse a plomo en posición decúbito lateral izquierdo. Mire la posición del brazo derecho. Si se fija bien, está con la mano en el corazón, señal clara de un agresivo infarto. No obstante, hasta que no se le practique la autopsia, no puedo ser más preciso.

Después, la policía judicial inspecciona el cuerpo, que poco a poco entra en *rigor mortis*, y comienza a perder la flacidez en espalda y cuello. Entre sus ropas y bolsillos buscan algo que le identifique como Tomás Villarta, tal y como asegura el testigo. Unas llaves, las cuales

suponen que son de casa, una cartera y, dentro, el carné de conducir, el DNI y dos billetes de diez euros. La Guardia Civil sigue buscando porque les resulta muy extraño no encontrar ningún móvil. El hombre está muy lejos de las inmediaciones de El Pedernoso y no creen que haya salido sin teléfono, y más a esas edades. El radio de búsqueda se extiende quinientos metros para abarcar la cantera y parte de los caminos que rodean el lugar. Sin resultados. Tras peinar bien la zona, descartan indagar más por la falta de pruebas en el terreno.

7

Ajeno a todo, Sebastián Villarta está sumergido en su trabajo. El ambiente en comisaría está crispado. Y para colmo, esa espantosa pesadilla que, sin cesar, se repite. Siempre despierta con el chirriante ruido de un triciclo de tres ruedas que un pequeño niño pedalea por un largo pasillo. Eso, sumado a que hay un asesino suelto, el psicópata más escurridizo al que ha tenido que enfrentarse, no deja mucho espacio para la serenidad. El criminal no solo está dotado de una inteligencia sublime, también es cruel y despiadado. Actúa como el ojo del Gran Hermano: todo lo ve y lo oye, y siempre oculto entre sombras tal como hiciera Jack el Destripador, en Londres de 1888. A la suma de los desgraciados acontecimientos se une la prensa. Sobre todo, Eusebio Casares, un intrépido y astuto periodista que anda pisándole los talones. Sobre la mesa del despacho tiene toda una colección de los periódicos donde el homicida protagoniza grandes titulares.

UN ASESINO CRUEL Y DESPIADADO

12 de junio del 2008

En Madrid ha aparecido desnudo y mutilado el cuerpo de un hombre joven. A primera hora de la mañana, un trabajador del desguace de vehículos El *Árbol* ha encontrado el cadáver en el interior de la cabina de un viejo camión. Presentaba algunas particularidades un tanto extrañas, ya que ten*ía el rostro maquillado y* los labios de un color rojo intenso. La polic*ía* investiga el asesinato calificado de cruel. Por el momento, no se puede dar más datos por el secreto de sumario.

Eusebio Casares

El asesino, tras dos meses sin actuar, regresa en agosto. Y por supuesto, Eusebio Casares. El firmante de todas las noticias referentes

a sucesos comienza a atosigar a la policía.

EL NUEVO CRIMEN DEL ASESINO ESTILISTA

12 de agosto 2008

> El asesino vuelve a atacar. Esta vez, la víctima ha sido un joven de procedencia ecuatoriana. El cuerpo ha aparecido en unas obras que llevan dos *años paralizadas por la crisis inmobiliaria. El cadáver* ha sido hallado por el guarda de seguridad cuando hacía la ronda de noche. El vigilante, al creer que era un vagabundo que dormía bajo refugio, lo ha tocado y ha descubierto que se trataba del cuerpo de un chico muerto. Los patrones de su asesinato son idénticos a los sucedidos dos meses antes en el desguace El Árbol, en las afueras de Madrid.
>
> Eusebio Casares

Cada dos meses el asesino actúa y, según las pautas, debería haberlo hecho el doce de octubre y el doce de diciembre, pero no ha sido así. Por fortuna, hay varios datos que no han trascendido a la prensa.

Es más, el periodista habla de un asesino, aunque según las pruebas forenses podrían ser dos, ya que las heridas tienen varias direcciones. Y parecen estar sincronizadas; es decir, han sido producidas al mismo tiempo. Según la autopsia, el grado de pigmentación de las distintas capas de tejido no varía; sí, en cambio, la profundidad, clara evidencia de que fueron apuñalados al mismo tiempo, pero con distinta fuerza. Los cuerpos presentaban marcas significativas en las extremidades inferiores y superiores. Estuvieron atados, de eso no hay duda. En la parte occipital del cráneo se han hallado unos agujeros, exactamente cuatro, con formas redondeadas de punta roma, que, con fuerza y determinación, se han clavado en la piel y han perforado los huesos, desencajando las articulaciones y suturas craneales. Otros datos, como la identidad de las dos víctimas y las profesiones, por el momento no han trascendido. Por fortuna, porque la muerte de los dos seminaristas es un caso con todos los ingredientes para convertirse en carne fresca y de primera calidad para periodistas como Casares, que solo buscan el morbo. La profesión de un policía va mucho más allá de resolver escabrosas investigaciones; su deber con las víctimas es protegerlas hasta cuando están en la mesa de autopsias. Aunque, sobre todo,

proteger a sus familiares, que son quienes sufren la persecución de una calaña de malnacidos que, a toda costa, quieren protagonismo con las penas y muertes de desgraciados. Villarta sabe que no todos los del gremio de la comunicación están cortados con los mismos patrones. Pero él y su compañero Félix siempre están bajo su indiscreta mirada. A veces, tiene la firme creencia de que son una obsesión para el incansable Eusebio.

Tras cinco meses con pésimos resultados, han llegado al mes de enero del dos mil nueve. El equipo de Villarta no deja en el olvido los infortunios de los novicios. El inspector jefe y sus hombres persisten en seguir hilos y escasas pistas que, seguramente, los asesinos han dejado con cierta intención en las escenas de los crímenes: los hábitos de los iniciados en el interior de unas bolsas de plástico, junto con unos escapularios y dos crucecitas de madera. Evidencia de burla. Esto ha llevado a Villarta y al subinspector Ledesma a las puertas de los organismos sacerdotales. En apariencia, la vida transcurre con absoluta normalidad entre los gruesos muros del instituto San Tomé. Los futuros sacerdotes prosiguen con su exhaustiva formación. El director del seminario los lleva hacia su despacho para continuar con la conversación y no alterar a los alumnos. En el camino, por los pasillos que llevan a la planta superior, se cruzan con un hombre de aspecto un tanto peculiar: mediana estatura, con cara poco agraciada y ojos saltones. La piel está aquejada de vitíligo; la afectación rodea los ojos, la boca y la nariz. Parece que lleva puesta una máscara. Los labios son tan gruesos que se asemejan a los de un pez. Las manos también son una amalgama de tonalidades. En un principio pueden confundirse con quemaduras. Su pelo, descuidado y bastante astroso, muestra un aseo ausente en todo su conjunto. Podría tener cincuenta años, aunque aparenta muchos más. A simple vista, es fácil adivinar que tiene alguna discapacidad intelectual.

—Este es Calixto, nuestro sacristán. Lleva con nosotros desde niño —comenta el rector. El hombre les sonríe, mostrando su dentadura amarillenta y desigual. Villarta estima oportuno asediarlo con algunas preguntas rutinarias.

—¿Conocía usted a los seminaristas?

—Sí, eran muy buenos conmigo. Mire: uno de ellos, el ecuatoriano, me regaló este rosario; siempre lo llevo conmigo —responde mientras rebusca entre la bufanda que está enroscada en el cuello—. ¡Miren! ¡Ven, hasta huele a mi amigo! —Varias veces besa las bolitas de nácar

negro que se enredan entre las arrugas de su pescuezo y papada. En los ojos tenía un tic muy acentuado; abría y cerraba los ojos con mucha fuerza. Y gesticulaba con la boca de tal manera que los policías podían verle la notable ausencia de molares.

—¿Tenía confianza con ellos?

—Como con todos los muchachos; llevo aquí muchos años. Y sabe, siempre me traían el pan que no se comían en las comidas. A la Parda, la Negra y la Torcaz les gusta mucho.

—¿Quiénes son?

—Mis palomas. Mis lindas palomitas. Todas las mañanas y por las tardes acuden a mis ventanas para comer de mi mano. Ellas son muy listas, nadie las entiende, pero yo sí. Mis palomitas, buenas, buenas palomitas. —Al hombre le faltan tres cuartas partes de la razón y no tiene sentido seguir hablando con él—. Además, yo también limpio las habitaciones de todos los internos. Y les coso los botones de sus sotanas. Sí, sí, eran muy buenos conmigo y me querían mucho.

Villarta y Ledesma le dejan ir. El sacristán es un pobre inocente que mantienen los sacerdotes a cambio de prestar sus servicios como ayudante de misas los domingos. Sin más, prosigue sus quehaceres. Antes de perderse en una de las tantas puertas que desembocan en el amplio vestíbulo, Villarta lo sigue con la mirada y observa cómo el sacristán, por unos minutos, gira la cabeza hacia atrás y les dedica una sonrisa. El inspector distingue en ella algunos trazos de soberbia. Las personas más inocentes, a veces, se ven mancilladas por algún pecado capital.

—Imagino que ya se habrán dado cuenta de la deficiencia de nuestro Calixto —comenta el prior—. Perdonen si se ha mostrado algo huraño, o no han podido extraer nada lícito de su testimonio, pero el pobre no está acostumbrado a hablar con gente fuera de los muros de San Tomé.

Después, el clérigo superior contesta a las preguntas, sin aportar nada válido: «Eran buenos muchachos». Siempre resalta que «eran jóvenes muy devotos y entregados a Dios. Una gran pérdida para nuestra congregación y, sobre todo, para San Tomé». Todas las respuestas son similares. Todos los curas y los compañeros coinciden en lo mismo: «Grandes personas». Luego, se acogen al voto del silencio. Es más fácil dejarse llevar por las inquietudes que saber la cruel verdad. Desde el principio, han sido conscientes de la complejidad de este caso. Por eso deben andarse con pies de plomo.

Cualquier despiste o despilfarro de palabras puede llevar al traste los pocos avances que llevan hasta ahora. Es como caminar sobre un fino alambre que, en cualquier momento, se resquebrajará. Villarta cree que callan por temor a represalias desde las altas esferas. Más que nada, por la extrema delicadeza del asunto. El cuerpo de una preciosa prostituta no llama a las masas de gente, ni tampoco provoca grandes titulares, pero la muerte de dos seminaristas es algo muy sustancioso.

Todos los sacerdotes contestan igual. No saben quién o quiénes han podido asesinarles, ni qué motivos han podido generar sus crímenes. Villarta cree que, en este suceso, la casualidad ha dejado de ser un factor desde el primer momento. Hay tantas preguntas en el tintero, que parece un rompecabezas. Lo único seguro que deduce bajo el amparo de su gran experiencia y tras analizar las pruebas y los escenarios de los crímenes es que los asesinatos fueron cometidos en otro lugar. Los asesinos se aseguraron de que los cadáveres fueran hallados. No sería la primera vez que encuentran restos humanos ya sea en contenedores repartidos por toda la ciudad o enterrados y deshechos en una balsa de cal. Sin la menor vacilación; han actuado con premeditación. Mentes que controlan hasta el mínimo detalle, con un nivel supremo de perfeccionismo, sin pasar por alto el autocontrol. Además, Villarta cree que quienes hayan asesinado a los seminaristas son parte de su mismo círculo. O cercanos a ellos. Podría hasta tratarse de mujeres enrabiscadas por alguna cuenta pendiente. Cuando uno decide entregarse al Santísimo, antes ha fabricado una vida, unas vivencias, o incluso algún delito. Nadie está libre del pecado. Nada queda anulado. Lo único seguro es que no es fácil acceder a unos jóvenes discípulos dedicados a Dios. Son personas volcadas en su vocación. No van a discotecas, ni bares nocturnos. No pertenecen a la muchedumbre que pueda hallarse en cualquier ambiente. Las razones de los policías cada vez se pulen más. Aunque aún están muy lejos de acercarse a la verdad. Las únicas pruebas que tienen en su poder son las que llevaban encima los cadáveres cuando los encontraron. Junto a las sotanas, también había unos zapatos de tacón, que ni siquiera estaban puestos en sus pies, sino al lado de ellos, como un mero adorno o atributo de mofa. Tampoco el forense ha podido hallar restos de piel entre las uñas, clara señal de que no tuvieron oportunidad de defenderse.

Villarta está más perdido que nunca. Ningún caso es igual a otro; cada uno tiene un patrón distinto e identidad propia. Y este, por

encima de todo, resalta la complejidad absoluta. Porque cada pista que deriva en un minúsculo avance acaba como ratón en un laberinto: muchas conjeturas y ninguna con evidencia segura. Según el perfil psicológico de los asesinos, determina una extrema violencia. Sobre todo, odio, posible origen de tan horrendos crímenes y de la mutilación de genitales. La policía no sabe si por compasión o por protocolo de un severo trastorno mental, estas heridas han sido producidas *post mortem*. Y eso significa un profundo resentimiento hacia el sexo. Así como dejarlos desnudos en la intemperie. Sin embargo, hay contradicciones en sus caracteres, porque una vez arrebatadas las vidas, maquillan a sus víctimas con delicadeza. Así lo confirma la delineación perfecta del contorno de los labios de los muchachos y el trazado de la línea negra perfilada sobre los ojos, sin alteración alguna que muestre nerviosismo. Tal seguridad en el procedimiento revela que los asesinos tienen mucha sangre fría, capaz de resistir cualquier extrema situación. Son psicópatas con límites muy desorbitados y de una máxima ferocidad; y con tanto resentimiento que ni la muerte les provoca temor. Son una máquina de matar.

8

Como todas las mañanas, Villarta espera otro titular de Eusebio Casares. No se equivoca. Vuelve a hacer carnaza; esta vez con la situación tan preocupante que vive el país.

LA GRAN CRISIS ECONÓMICA QUE ARRASA ESPAÑA INTENSIFICA LA VIOLENCIA Y LOS CRÍMENES

Cada una de las líneas que componen su noticia está escrita desde su ojo crítico. No es santo de su devoción, aunque no le falta conocimiento, reconoce Villarta.

Al volver a su caso, el inspector de policía repasa una y otra vez la recopilación de detalles y escasas pistas que tienen hasta ahora. Como, por ejemplo, la coincidencia de la fecha, cada dos meses, en el día doce, asesinan. Ya no es producto de la eventualidad, sino de un croquis cerebral que transcurre por la cabeza de los asesinos. Y muy posible que sea por algún acontecimiento de infancia. Sin embargo, según el psiquiatra cooperante con la policía, un psicópata no nace, sino se hace con la suma de desastres emocionales. Desde el último asesinato en el mes de agosto, no han vuelto a actuar. Pero la policía no baja la guardia y sigue con la investigación sin descanso. Esta calma es el preludio de algo. Y por orden del judicial y por secreto de sumario, la información sobre la identidad y dedicación de los fallecidos, por el momento, no ha salido a la luz, ya no solo por respeto, sino también para no alertar a los criminales, ni al tal Casares, que, con la excusa de informar, hace picadillo la prudencia. Entre las líneas de sus titulares pierde respeto por las inocentes víctimas. Sebastián sabe que la sociedad tiene el derecho de estar informada, pero… no todo vale. Ni tampoco pasar por encima del

esfuerzo y del trabajo policial. En una ocasión, por su culpa, estuvieron a punto de perder la pista del paradero del «asesino del amor», un granuja de tres cuartos que había desplumado a cientos de mujeres maduras y viudas. Les prometía a todas ellas un cuento de hadas y, después, las mataba asfixiándolas con una almohada. Desde entonces, entre él y el policía, hay un acérrimo rechazo que ninguno de los dos se molesta en disimular.

De pronto, el teléfono móvil suena. Su número privado lo saben pocas personas: los amigos, compañeros más allegados, María, su chica, Ledesma, su madre y sus tíos.

—¡Mamá, por favor, cálmate, porque no te entiendo!

Llanto, mucho llanto. Profundos suspiros y una agonía que derrocha en cada palabra.

—¡Ha muerto! ¡A tu padre lo han encontrado muerto! ¡Te necesito!

Paralizado, tan solo escucha; no es capaz de articular ni una sola sílaba. Está en *shock*. Navega entre la absurda realidad que sucede a cámara lenta y otra dimensión, que es transmitida a través del teléfono. No, no puede suceder esto. ¡Ayer mismo habló con su padre y estaba bien!

—Sebastián, ¿me oyes? ¡Tu padre ha muerto! ¡Ha muerto, y no me dejan verle! Lo tienen cubierto con una manta y arrojado como un animal en el suelo mientras la nieve le cae encima. Por favor… hijo, ven.

La frase da una patada en su estómago y siente náuseas. De inmediato coge la papelera, que momentos antes ha vaciado la mujer de la limpieza, y vomita. En cada sacudida echa las entrañas y, con ellas, la pura verdad de la lamentable noticia. «¡Mi padre muerto! ¡No puede ser! ¡Se lo han encontrado muerto! ¡Muerto, muerto!». Esas palabras resuenan en su cabeza. Por unos instantes, con la palma de las manos se sacude en las sienes. Intenta reaccionar. Está tan desconcertado que no sabe si su madre aún sigue al otro lado de la línea telefónica, atragantada en profundos suspiros. De nuevo, coge de la mesa el teléfono; la pantalla aún sigue encendida. Se lo lleva a la oreja. Solo percibe el calor de la batería, porque ya no hay lágrimas, ni gritos de desolación, como si todo se tratase de una pesadilla. Y la clave de que todo es una pura verdad está inscrita en la numeración de nueve dígitos. Se lo sabe de memoria, porque tiene por costumbre llamarla varias veces, durante los siete días de la semana. El apego de ser hijo único hace que entre los dos haya una gran complicidad.

—¿Qué le sucede, Villarta? —pregunta el subinspector Ledesma, al verle con la papelera entre las piernas y con una mano sujetando el móvil.

—A mi padre… se lo han encontrado muerto en el campo.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado?

—No sé nada. Solo que ha fallecido.

—¡¿Y a qué espera?! ¡Vamos! ¡Márchese enseguida! Yo me encargo de todo.

Ante la atenta mirada de Félix Ledesma, Villarta, durante unos minutos, mira meditabundo a su compañero. El bullicio ha quedado atrapado en los metros cuadrados que forman su oficina, como si esas cuatro paredes fueran un inmenso agujero negro y él, un imán que atrae a todo lo posible y lo imposible. Quiere llorar, pero las lágrimas se resisten. Las emociones han hecho un tapón en sus lagrimales. Tan solo siente que el pecho va a estallarle como metralla en la carne de un soldado durante la guerra. Por algún motivo, sus pies están anclados en el suelo y su cuerpo, rígido en el asiento. Un nuevo golpe de sonido telefónico lo reinicia.

—Ya voy, mamá. Yo, yo…

—No soy tu madre; soy el tío Herminio. Por favor, ¡ven de inmediato al pueblo; te necesitamos cuanto antes! —De los dos tíos curas que tiene, él es el más cercano. Justo ahora está en el pueblo pasando unos días por el enlace de oro. Sus abuelos tuvieron tres hijos. Herminio, el mayor de todos, raro según decía su yayo, porque nunca fue mucho de ir a misa, y de la noche a la mañana se recluyó en un seminario para ser sacerdote. Ramón, un hombre de actitud taciturna, retirado siempre en sus lecturas religiosas y con dos grandes vocaciones: Dios y su profesión como maestro. Y Tomás, su querido padre. En él estaban volcadas todas las esperanzas, ya que fue el único que se casó y tuvo descendencia. Y así, Sebastián se convirtió en un legado para la familia, puesto que, con el chico, el clan estaba asegurado.

—Tío, enseguida salgo para allá. Dime, ¿se sabe de qué ha muerto mi padre?

—No. —Seco, contundente y sin preámbulos, repite—: No. Y ven sin demorarte.

El inspector jefe sabe que esa respuesta encierra muchas dudas. En ese rotundo «No» se halla una encrucijada de posibles. Ese «No» tiene poco de concluyente; es tan solo una evasiva para que Sebastián acuda

de inmediato.

Abre el cajón de la mesa, coge las llaves de su Audi y su arma reglamentaria, una pistola HK UPS COMPACT, 9 mm, *parabellum*. Félix sigue en todo momento a su superior. Llevan varios años como compañeros. Cada uno siempre cubre las espaldas del otro, incluso en los errores.

—Le acompaño, jefe —se presta Ledesma.

—No. Debes quedarte aquí. Presiento que se cierne algo grave. Y si algo sucediera, ¡debes avisarme de inmediato! ¿Me has entendido, Félix? ¡De inmediato!

9

Se marcha de comisaría con la carga de saber cuánto necesitan de su ayuda para atrapar a los asesinos, que los tiene amarrados y sin salida. Se dirige hacia el aparcamiento policial. Desde la distancia, pulsa el mando y las luces del vehículo y el sonido se activan. Aún tiene el teléfono entre las manos. Solo dispone del tiempo justo. Llega a casa. Sin perder ni un minuto y sin orden alguno, introduce en una maleta tres camisas, dos pares de pantalones vaqueros, un traje chaqueta de color negro, calcetines, bóxeres y su neceser. Después, se dirige a la cocina. Con el imán del último viaje que hicieron juntos a Roma, en la puerta de la nevera, Sebastián deja una nota a María.

> María, tengo que marcharme al pueblo. Mi padre ha muerto.
> Te quiero.
>
> Ses

Cuando va a salir por la puerta, Roco se cruza en su camino. El gato siamés, castrado, y tan gordo que parece una bola gigante de plástico, maúlla. Dicen que los animales perciben los sentimientos de las personas. Maúlla. Villarta le prepara una lata de comida en su comedero y un cuenco con agua. Roco sigue a su amo hasta la terraza acristalada con vistas a un patio interior. Sin más, sale disparado hacia la puerta. El minino lo sigue, en silencio, porque María decidió que el veterinario le quitara las uñas, para así no rayar el parqué. Por tanto, ahora el pobre anda por la vida sin huellas, como los pasos de un fantasma.

—Debo irme, Roco. Pronto llegará María —Sebastián le habla como si el gato entendiera. Y bajo esa confianza, se agacha y coge entre sus brazos al animal—. Debo marcharme; mi padre ha muerto.

El gato vuelve a maullar, y con sus maullidos, Villarta se viene abajo y se rompe en un amargo llanto. Una vez más tranquilo, deja al felino en el suelo, y este sale desperdigado y con las patas sin apenas

rozar el suelo, hacia su banquete. Su cometido de consolar a su amo ya está logrado.

El cielo de Madrid está envuelto en nubes blanquecinas y una espesa niebla que solo anuncia una tempestad. La circulación es lenta. Aunque es jueves, los visitantes no paran de llegar a la ciudad. Está alterado; siente una gran presión en el pecho, como si las paredes torácicas chocaran entre sí cual dos placas tectónicas. Coge la autovía AP 36 dirección Albacete. Nada más salir del bullicio, acelera y percibe cómo su pie se funde con el pedal del acelerador. Enseguida, el coche coge gran velocidad y el alquitrán del asfalto parece derretirse entre las ruedas. El depósito de combustible está lleno y hace todo el trayecto de un tirón.

Durante el camino siente que algo no encaja. De inmediato, su alma e instinto de policía se extinguen y los últimos momentos vividos con su padre comienzan a apoderarse de su fortaleza. Sus ojos se inundan de lágrimas e impiden ver con claridad la carretera. En una ocasión, se ve obligado a dar un volantazo al tomar a demasiada velocidad una curva muy cerrada. En circunstancias normales, tarda dos horas en llegar, pero esta vez ha sido una hora y media. Cuando faltan dos kilómetros para entrar en el pueblo, gira el volante del coche y se adentra en un camino de huertos, ateridos y desérticos por el mal tiempo. Los senderos son como una esponja acolchada de légamo y nieve que se aglutina en las ruedas del Audi. Detiene el vehículo. La nevada cae con más fuerza sobre la castigada tierra. Los álamos, desnudos y cubiertos de la blancura invernal, se fusionan con el cielo nacarado. Algunos cipreses crecen salvajes alrededor de los huertos. Incluso llegan a formar pequeñas arboledas, cual isletas en un paraje surrealista. Pocos son ya los antiguos hornos de yeso que se mantienen en pie. En su lugar, tan solo quedan sus esqueletos, tal como el proceso en el que su padre entrará nada más toque el fondo de la sepultura. Sabe que, una vez esté frente a su madre, debe guardar la calma. Por eso ha buscado el refugio de la soledad entre los campos mutilados por el frío. Quiere dejar escapar la tristeza que lo ha acompañado durante todo el trayecto. Desde la muerte de su querida abuela, no siente una bruma tan negra y letal en su corazón, una especie de estrangulamiento que recorre su alma. Y se desarma. Con notoria derrota se deja caer en el capó del coche. Cierra los ojos, con la intención de retener cada instante con su padre. El fuerte e intocable inspector de policía llora como un niño. Necesita dejar que

expire todo su dolor. De pronto, siente que alguien lo observa. Sobre la podrida rama de un solitario chopo, un búho lo contempla mientras reposa de su vuelo. Ambos, inspector y animal, son la coincidencia de un único momento. Es extraño, porque son aves nocturnas. Y la probabilidad de que hayan coincidido significa que algo grave está por suceder. Más, si cabe, que la trágica muerte de su padre. Desde el punto donde se halla ve el imponente campanario de la iglesia del pueblo. La excesiva calma del paisaje permite escuchar el sonido de las campanas que anuncian los redobles de la expiración de Tomás Villarta. ¡La tristeza se expande en cada uno de sus repiques! Atrapado en esa horrible pena, se sube al automóvil para emprender el camino hacia El Pedernoso. Antes de dejar el entorno campestre, mira por el espejo retrovisor y comprueba que el búho ha emprendido su vuelo. Ahora tan solo es un pequeño punto que la nieve se traga, para perderse en el horizonte.

Al adentrarse en el casco urbano, se encuentra las calles vacías. Los Tejares es el único restaurante céntrico que hay en la localidad, ubicado en la avenida La Pacheca, denominada así por el hermoso Parque José María Perona, un entorno único que abre sus puertas en el mes de julio con motivo de las fiestas patronales, Santa Ana. ¡Cuánto disfrutaba Sebastián de niño en esas ferias! En cambio, ahora, la gran avenida infunde respeto, con el silencio que envuelve al pueblo. El bar, punto de encuentro tanto de jóvenes como de mayores, se une a ese vaciado que provoca temor. La villa, como los seres humanos, también tiene dos caras: por las mañanas, todo es tranquilo, casi inexistente; por la tarde, los habitantes se dejan ver por los parques, en los bancos de la avenida principal o en comercios. Villarta avanza por la empinada y estrecha cuesta que lleva hasta su domicilio, una vieja casona de labranza del siglo dieciocho que siempre ha pertenecido a su familia y que sus abuelos reformaron convirtiéndola en una hermosa vivienda de grandes balcones, con la fachada cubierta de piedra extraída de la cantera. Lo único original que queda del ornamento de adobe, cañizo, barro y pedruscos, son sus gruesos pilares y paredes junto con los grandes portones de madera. La calle está repleta de vehículos. Entre ellos, uno de la Guardia Civil y una ambulancia. Hay gente en corrillos mientras repasan la fatídica noticia: la muerte de Tomás Villarta. Las personas agrupadas en la entrada a la casa abren paso a Sebastián, en silencio, como cuando se hace el paseíllo a un torero caído en el ruedo. Su corazón va a mil por

hora. Entra al hermoso patio labriego, que Marta ha decorado con tanto gusto y esfuerzo. Ha creado un coqueto museo. La gente está esparcida hasta en el más mínimo rincón. Llega al amplio salón y la ve; luce la mirada perdida. Se halla rodeada de vecinas que intentan consolarla. Sus tíos están desolados. Ramón se ha desplazado desde un pueblo de la Serranía de Cuenca. Su madre no llora. Tan solo gira la alianza que adorna su dedo anular de la mano derecha, y repite sin cesar las mismas palabras: «Lo sabía, lo sabía, lo sabía». Sus ojos se topan con los de Sebastián. Ella se rompe, destruyéndose las fuerzas que hasta el momento ha creído mantener.

—¡Hijo mío, tu padre! Tienes que ir tú; está en la vieja cantera.

—Mamá, yo me ocupo. —Le observa el surco de lágrimas que, en cuestión de horas, le han marcado el rostro de ojeras.

—No me han dejado verlo y sigue allí, arrojado en el suelo.

Abriéndose paso entre la multitud de acompañantes, sale a la calle. La gente se apiña a su alrededor y le dan el pésame, pero él ignora cualquier gesto. Su único cometido es llegar hasta el cuerpo de su padre. Esta vez, prefiere coger el todoterreno familiar. Y sin tardar, emprende la marcha hacia la cantera.

En un principio, conduce por una carretera hasta adentrarse en el primer ramal que forma el camino. Hace años que no va por allí. El enorme y antiguo depósito de agua construido en los años cincuenta se alza en lo alto de un cerro como un gigante colosal en la llanura manchega. Los campos cubiertos de nieve ocultan las piedras de la calzada que chocan en los bajos del coche. Villarta imagina a su padre ejecutar el mismo recorrido unas horas antes y, de nuevo, el instinto policial resurge. «¿Por qué se ha alejado tanto del pueblo en un día tan malo? Él nunca se habría arriesgado a salir de casa en un tiempo así. Entonces, ¿por qué lo habrá hecho?». Son preguntas incomprensibles. Sabe que todo está fuera de lógica… Si la sensatez no se puede aplicar, solo cabe una respuesta: algo o alguien le ha hecho salir de su zona de confort. «Pero… ¿el qué o quién?». Sigue y avanza. Hay tramos donde las ruedas del cuatro por cuatro patinan y se hunden en el fango nevado. Llega hasta La Celadilla. Antes era una gran zona de baños. Recuerda que el agua llegaba hasta los bordes de los caminos. Ahora solo es un terreno seco y llano. De su esplendor quedan unos antiguos y oxidados paneles enunciativos, donde sobreviven unas palabras: «El Mar de la Mancha». La tristeza habita en cada poro del cieno, ya transformado en grietas y arrugas de barro. En

el epicentro de la laguna convertida en polvo y cellisca blanca, se vislumbra la silueta roja y oxidada de un antiguo tobogán, anclado en las raíces de un pasado. Unos árboles raquíticos como las patas de una araña perduran en el paisaje a duras penas. Sebastián imagina los rizomas que, al igual que sanguijuelas, buscan y se agarran al terreno húmedo y acolchado de nieve para seguir erguidos, sin doblegarse en el intento. Tan solo consiguen un efecto turbador, porque portan olvido en cada una de sus fantasmales ramas. También, las barbacoas han quedado relegadas a ser pequeños hitos que sirven como refugio a las lagartijas e insectos. Avanza y llega a las ruinas de un restaurante. En la que fuera la terraza, cuelga un cartel descolorido y sucio, donde se anuncian los helados de la época: Drácula, Collage, Frigodedo… Los precios están marcados en pesetas. El inspector rememora los envidiables chalés de familias adineradas, y que hoy en día retan al descuido y subsisten en sus propiedades. A cien metros, vislumbra el *camping*, gran novedad e ilusión para todos los pedernoseños. Durante el verano, vestía de prestigio y orgullo a la localidad. La podredumbre del abandono le ha arrebatado su luz y lo ha dejado baldío, sin furor en cada uno de sus ángulos. Todo se ha reducido a escombros. Incluso el rótulo lívido espanta todo el interés en Sebastián. Atrás en el tiempo ha quedado como leyenda la vez que se rodó la película *El crimen de Cuenca*. La Celadilla es un cementerio alimentado por los recuerdos de los habitantes del pequeño municipio. Poco a poco, se aleja de la zona; rodea uno de los senderos que lleva a la vieja cantera, convertida en escenario de la muerte de su padre.

Un gran cordón de seguridad protege el perímetro de los curiosos que, como manadas, han invadido el lugar. Unos están subidos en los techos de sus vehículos; otros, en las ramas de los pinos. «Todo es absurdo», piensa Sebastián. Detiene su auto justo al lado del coche patrulla de la Guardia Civil. Intenta cruzar la cinta protectora; un agente se lo prohíbe.

—Disculpe, debo entrar. ¡Ese que está ahí arrojado en el suelo es mi padre! —dice y señala con su dedo índice y acusador—. Además —prosigue e intenta guardar la calma mientras saca de su chaqueta la placa policial—, soy inspector jefe de la policía nacional.

El agente le hace el saludo militar y junta los pies al mismo tiempo. Es nuevo, y cualquier error lo llevaría a una buena bronca ante su superior, Casado. El sargento de la Guardia Civil es conocido por tener mal talante.

—Entiendo su postura, pero… yo, antes, debo avisar a mi sargento.

El joven agente le recuerda sus inicios en la Policía Nacional, cuando creía que cada hecho debía consultarlo, por temor a represalias.

—¡Está bien! Pero se lo aseguro, muchacho, como en tres minutos yo no esté al otro lado, no habrá sargento que me detenga. ¿Le ha quedado claro?

—Sí, señor.

—¡Pues vaya de inmediato porque el reloj corre en su contra! —protesta Sebastián con tono intimidatorio, como cuando dirige a su equipo.

El joven corre hacia su superior, sin percatarse de que ha abandonado su puesto sin una orden, pero ese maldito inspector jefe de la policía nacional lo ha acojonado.

—Mi sargento, hay un señor que dice ser el hijo de la víctima y también inspector jefe de la Policía Nacional —se excusa para librarse de la amonestación—. Tiene muy mal genio y me ha amenazado con vérmelas con él. —El sargento Casado, seguido del agente, se dirige con grandes pasos hacia el lugar donde Sebastián espera.

—Buenos días, caballero —saluda el sargento, al tiempo que se lleva su mano derecha a la gorra—. El agente Díaz me ha dicho que la víctima es su padre.

—Así es, sargento… Disculpe, pero no sé cuál es su nombre.

El sargento Casado está más que acostumbrado a policías trajeados y gorriones de ciudad. En una pequeña, corta y suspicaz mirada, el guardia civil ha hecho ya su ficha policial al inspector jefe de policía.

—Sargento Juan Casado. ¿Y usted?

—Sebastián Villarta, inspector jefe de la policía de la comisaría central de Madrid —responde. Él también ha realizado una radiografía detallada del tal sargento. Un guardia civil a punto de jubilarse, con gran notoriedad durante sus años de servicio en la Benemérita. En el cuartel todos le temen, y nadie es capaz de enfrentarlo. Es de esos que tienen la cabeza cuadrada, por su santa voluntad.

—A propósito, nadie intimida a uno de mis hombres, obligándole a dejar su puesto. ¡Y usted debería saberlo!

En otras circunstancias, se hubieran enzarzado en una discusión. Esta vez, Sebastián solo pretende estar junto al cuerpo de su querido padre.

—Le pido disculpas a usted y al agente Díaz. Hágase cargo de mi

situación. Estoy en un caso de vital importancia, y me entero de que mi padre, con el que hablé anoche mismo, hoy está muerto, ahí, arrojado en el suelo, a más de diez kilómetros del pueblo. ¿Usted no estaría irritado?

Los dos superiores se dan la mano. Después, el agente Díaz sube la cinta verde con el escudo de la Guardia Civil y entran en el perímetro de seguridad. En ese momento, dos auxiliares portan el cadáver de Tomás Villarta a la funeraria. Sebastián mira al sargento para obtener su permiso. Después, con sumo cuidado y respeto, abre la cremallera de la bolsa hermética. La sangre que cubre la parte izquierda de su rostro se ha resecado. El resto de su cara es una cera amarillenta. Con la nariz afilada, los ojos cerrados a cal y canto, y el pelo canoso y empapado, aparece la imagen de su padre. Está acostumbrado a enfrentarse cada día con la muerte; ha visto todo tipo de cadáveres y en peores circunstancias; a veces irreconocibles. Sin embargo, el cuerpo inerte de su progenitor es diferente, porque se enfrenta a una parte de él. Y eso le hace dejar por unos instantes el papel de policía duro para doblegarse ante un inmenso dolor.

—Te juro, papá, que daré con quien te ha hecho esto.

—Inspector jefe, el forense cree que ha sido una muerte natural. Ahora se lo llevan al Anatómico Forense de Cuenca. Hasta que no le practiquen la autopsia, no estaremos seguros de nada.

Villarta mira con ironía al sargento y le pregunta:

—¿Usted cree que un hombre de su edad, en un día de nieve y frío, se va a arriesgar a alejarse tanto de su pueblo? —Antes de que el sargento conteste, Sebastián añade—: No; la respuesta es no. Alguien lo ha citado aquí, con algún propósito. Además, entre sus pertenencias, ¿han encontrado su teléfono móvil?

—No. No había ningún teléfono. Tan solo hemos hallado la cartera con su documentación y unas llaves. Nada más.

—Disculpe, sargento Casado, pero ¿y eso no le hace pensar que hay algo extraño? —pregunta con un grado de sarcasmo que casi roza el desprecio—. Él nunca salía a la calle sin su móvil. —De pronto, fija la mirada en el hombre que, apartado del bullicio y sentado en una piedra, es custodiado por varios agentes—. Sargento, yo conozco a ese señor. ¿Tiene algo que ver con la muerte de mi padre?

—Se llama Gerardo Casas. Él ha sido quien nos ha llamado. Por ahora, es el único testigo —contesta Casado.

—O el posible asesino…

La sugerencia de Sebastián incomoda al sargento al tomarle por estúpido. Y sin cortarse, desemboca su criterio:

—Creo que usted debe de tomarme por un paleto que, de casualidad, aterricé con una mula en paracaídas en el cuartel de Mota.

Sebastián no entiende el concepto de la frase, que, sin duda, está cargada de ironía.

—Ya lo han interrogado, supongo, pero me gustaría hacerle unas preguntas.

El guardia civil, molesto por la insistencia del policía nacional que, en todo momento, cuestiona la labor de su gente, responde de una manera contundente:

—Inspector jefe, todos conocemos su labor; casi siempre aparece en los noticieros por haber resuelto algún caso importante. Comprendo su situación y la de su familia. Pero… este caso es asunto de la Guardia Civil. ¡Es nuestro terreno! Y créame, sabemos hacer muy bien nuestro trabajo. Por lo tanto, pido que nos deje trabajar para esclarecer cuanto antes la lamentable muerte de su padre. —Sin darle tiempo, el sargento se lleva la mano a su gorra y se despide haciéndole el saludo militar. Después, se sube al coche y se marcha.

10

Villarta sabe que debe ir con su madre e intentar consolarla. Sin embargo, abandonar el sitio sin haberse asegurado de que no hay nada fuera de lugar no está en sus planes. Siente la llamada del ornamento de madera que cubre el cadáver de su progenitor, como si sus últimos pensamientos, sus postrimeras palabras y aquello que vio antes de que la muerte le segara la vida se proyectaran en los ojos de Sebastián. Mientras que la comitiva policial sigue a la funeraria, el campo se despedaza con el frío. Y todo vuelve a ser silencio. Como testigos, las marcas sobre la nieve de las ruedas de los vehículos. Sin dejar sus sospechas, Sebastián cree en la teoría de que algo de extrema importancia o alguien lo ha llevado hasta el desierto de piedras. Una razón tan vital para arrastrarlo hasta la cantera, pero ¿cuál? Además, quien quiera que sea sabe muy bien lo que hace o, al menos, tiene el terreno muy estudiado, porque parece conocerlo como la palma de su mano. Incluso…, podría tratarse de alguien del lugar. Seguro que él ha sido quien se ha llevado el teléfono móvil. Alguien que ensaya antes cualquier mínimo imprevisto. Es más, ahora mismo, Villarta cree que es acechado por esa persona; quizás se esté riendo de él por mostrar vulnerabilidad.

Sebastián parece tan solo un punto en la inmensidad de la nevada. La piedra y los pinares envuelven todo en elipsis hasta el punto de formar una densa burbuja que permite escuchar su propia respiración. Un suspiro se escapa de su boca; una vez en el aire helado, se convierte en vaho cristalizado.

Sabe con certeza que cada milímetro del lugar ya ha sido estudiado por la Guardia Civil. No obstante, amplía el derredor unos diez metros más, fuera del radio de búsqueda inicial. A toda costa, necesita buscar algo que calme esa necesidad tan fragosa por hallar respuestas. Sus pisadas irrumpen en la virginidad del manto del terreno, que se tercia peligroso por la capa de hielo formada tras la superficie. Se escucha el crujido bajo sus pies. La ola polar es tan grande que los copos que

caen son como minúsculos cristales helados y que, por desgracia, ocultan cualquier mínima huella. Derrotado, dirige sus pasos hacia la cantería. Cuando llega, busca una piedra que sea llana, y se sienta. Como un constante susurro, su instinto policial es más latente y la intuición de que alguien observa todos sus movimientos cobra fuerza. La adrenalina supura a borbotones por cada poro de su piel. Por un momento, cierra los ojos y solo escucha la parte más íntima y profunda de su ser, tal y como le enseñaron en el monasterio Shaolín, en China, donde durante dos años estuvo entrenándose para reprimir su rebeldía con una dura disciplina en meditación y en artes marciales. Tan solo escuchaba las entrañas de la montaña Songshan.

Es más, cree que gran parte de sus sentimientos y confianza los adquirió en el templo. Allí comenzó a poseer el don de las almas y los corazones de los cinco animales más influyentes del kungfú: el tigre con su agresividad, el leopardo y su fuerza muscular, la grulla blanca y su flexibilidad, el dragón y su temple, y, por último, los puntos vitales de la serpiente. Quería ser como Bruce Lee. Y a pesar de la oposición de sus padres, un día, con un préstamo concedido por su tío Ramón, emprendió una gran aventura, salvándole así de la perdición hacia un camino sin retorno a causa de las malas compañías. Su extrema revolución hormonal y la locura de juventud lo hubieran llevado a quedar inmortalizado en los ficheros policiales. China era su única escapatoria. Cuando retornó a España, ya no era aquel jovencito rebelde y problemático. Su abismal transformación no solo consistía en una masa de músculos. También su mente se abrió a nuevos horizontes: sabiduría, amor y respeto. Todos esos conocimientos hicieron que retomase sus estudios de derecho, para después, ser policía. Desde entonces, practica todos los días artes marciales, y medita como aprendió de su maestro. Ahora, varios años después, está sentado sobre un pedrusco, a espaldas del mundo y a solas con su yo interno. Escucha un rumor de pasos. Algo sacude su estado de meditación para devolverlo de bruces al mismo plató. Corre hacia el sitio donde ha escuchado el ruido. Las piernas, acostumbradas a perseguir a delincuentes, parecen balas. Las manos, cerradas y apretadas entre los dedos, forman un arma mortífera creada con la ira. Se sube a la cima de la cantera, porque entre los pinos ha creído ver a alguien escondiéndose. Salta como una bestia, cruza los barbechos nevados, rodea el tractor que está detenido como testigo de una muerte, y se adentra en la inmensidad. Serpentea la espesura del

bosque de pinos gigantes y centenarios, con costra verdosa y heridas en sus gruesas bases de madera, que se alzan como imperios sobre sus copas infinitas. Sortea algunos troncos secos y árboles caídos por el viento de los últimos días. Saca su pistola y con las dos manos la empuña; no duda en disparar. Está adiestrado para enfrentarse a situaciones extremas. Oye cómo se hunden unas pisadas entre la vegetación escondida tras la nieve.

—¡Alto, policía nacional! ¡Alto o disparo!

De entre los pinos y matorrales sale un perro de raza pastor alemán. El animal está flacucho, sin brillo en su pelaje. Una de sus orejas está cortada por la mano del hombre. Los ojos del animal y los de Villarta chocan. Son dos seres asustados y dispuestos a matar o morir, por algo o alguien. Son dos corazones heridos. Dos vidas que, en ese instante, están dispuestos a perder si es preciso. El can muestra los dientes mientras devora un conejo con sus afilados y rabiosos colmillos. Toma la posición de ataque. Sebastián sostiene la mirada; sabe que es lo único que evitaría un posible arranque de rabia. No duda de que alguien lo está acechando, porque el miedo deja un rastro inequívoco, como la misma peste de la muerte.

Regresa a la cantera con actitud frustrada. Sabe que su alerta ha sido real, aunque no ha podido comprobarlo. Además, cualquier huella enseguida queda cubierta por el espeso y abundante nevazo. Los ojos vuelven a llenársele de lágrimas. La nieve ha cubierto por completo la silueta vacía del cuerpo de su padre, como si el mapa del cadáver jamás hubiera existido. Todo queda fusionado con el entorno de un paraje siniestro. El silencio es irrumpido por el sonido de su teléfono móvil. Mira la pantalla. No conoce la numeración.

—¿Dígame?

—¡Hola, inspector jefe!

Sebastián no reconoce la voz, pero sí aprecia en su timbre y tono algo espeluznante. En cambio, quien está al otro lado del teléfono parece conocerle muy bien. Eso provoca en el policía un abismal avizor. No obstante, continúa para sonsacarle información. Cuanto más tiempo hablen, más opciones tiene de localizar la llamada.

—¿Nos conocemos? —pregunta Sebastián; intenta no parecer alterado.

—Yo a usted, sí.

Sebastián no tiene ni idea de quién es. Sabe que muchos delincuentes se la tienen jurada. Ha dejado mal recuerdo en muchos

de ellos.

—Se lo estoy poniendo difícil, pero es lo mejor del juego, ¡retar al contrincante! —Una carcajada siniestra se escucha al otro lado de la línea.

—¿Cómo has conseguido mi número de teléfono?

Otra vez, la siniestra risa consigue helarle la sangre. Tiene miedo de no saber a qué o a quién se enfrenta.

—Hay que tener amigos hasta en el infierno. La muerte de un cobarde nunca deja huella.

Una fuerte tensión comienza a notarse en su cuerpo. Aprieta los dientes y la mandíbula se endurece. Sabe que está en desventaja. Se siente indefenso.

—¡Sigue buscándome! La prensa me ha bautizado como el Asesino estilista.

Villarta comienza a hostigarlo a preguntas:

—¿Qué quieres decir? ¿A qué te refieres? ¡Maldito seas! ¡Contéstame, malnacido! —Todas las preguntas quedan sin respuestas. Su voz, que momentos antes era potente y autoritaria, se torna rota. Nunca antes ha sentido tanta impotencia—. ¡Daré contigo, cabrón! ¡Te lo juro!

—Pronto sabrás más de mí.

Al otro lado de la línea se escucha el pitido de llamada cortada. Villarta se queda destrozado. Derrumbado, cae de rodillas al helado suelo. Parece un punto negro ante el paisaje blanco. Como un pequeño satélite ante el universo, así se siente. Grita. Su voz es absorbida por el silencio y carcomida por la turbación que se apodera de su calma. Vuelve a clamar tan fuerte que percibe un desgarro en la garganta. La carótida se le tensa hasta el punto de sentirla como una serpiente en su cuello. Vuelve a gritar, como si la vida solo consistiera en esos minutos y todo lo vivido jamás hubiera existido. Logra recomponerse. Ante todo, es policía. Está hecho de otra pasta. Cierra los ojos. Coge una profunda bocanada de aire y, poco a poco, su agudeza comienza a restablecerse. Las lecciones de su maestro en Shaolín le equilibran la mente y el cuerpo.

Suena su móvil. Mira la pantalla que anuncia el dígito uno. En su agenda equivale al número telefónico de su compañero Félix Ledesma. Entre ellos hay un código irrompible, un pacto que jamás quebrantan: nunca deben de recibir llamadas personales en momentos delicados, porque les hace vulnerables y, en su trabajo, cada segundo se vive al

límite. Cualquier emoción puede llevarlos a cometer imperdonables errores. Pero en este caso, Villarta se alegra. Es como si el subinspector hubiese leído su pensamiento. Está tan nervioso que no deja que intervenga en primer lugar.

—Ledesma, ¡escúchame bien! Debe conseguirme una orden judicial para intervenir mi teléfono. —Félix no entiende nada. Ha llamado a su amigo porque quiere estar a su lado—. He recibido una llamada telefónica del Asesino estilista. Él mismo se ha culpado de la muerte de mi padre. Quiero saber a quién pertenece el número del abonado.

Sebastián, por experiencia, sabe que quizás no signifique nada. Quizás habría pagado a un hombre paja, un desgraciado, para que se lo preste. No obstante, no quiere dejar nada en el aire.

—Jefe, ahora mismo me pongo a ello. Pero… ¿y usted cómo se encuentra?

—Jodido, compañero; estoy jodido. Por alguna razón, para la que no tengo respuesta, mi padre tiene algo que ver con nuestro caso.

Ledesma escucha atónito al inspector. No sabe qué hilo conductor hay entre el señor Tomás Villarta y el supuesto asesino de seminaristas. Y a no ser que su jefe esté delirando, ¡es una locura!

—Sé que suena extraño, pero me asusta que las muertes de esos pobres curas y la de mi padre sean por mi culpa. Aunque si queremos avanzar en el caso, debemos encontrar la conexión.

Félix comienza a atar cabos y recuerda uno de los datos más importantes que están protegidos en el secreto de sumario.

—Jefe, este tipo está jugando con nosotros. Algo no cuadra. Usted y yo sabemos que cabe la posibilidad de que haya dos asesinos. Él sabe que barajamos esa información. O de lo contrario, podría tratarse de un impostor.

—Ahora más que nunca debemos tener todos los sentidos afinados en la investigación. Y ni que decirte que tienes que andarte con mucho cuidado, para que no se filtre nada a la prensa. Sobre todo, con ese periodista tan intrépido. ¡Y mantenme informado! —Antes de colgar el teléfono, formula una pregunta que coge por sorpresa a su compañero —: ¿Ha podido hablar con María?

—No, lo siento. ¿Quiere que hable con ella?

—No. Solo necesito que no le quite ojo mientras yo permanezca aquí. Si el asesino sabe mi número de teléfono personal es porque me sigue de cerca. O peor aún, que desde dentro de comisaría tiene alguna ayuda. Por favor, protéjala.

—Cuente con ello. Ahora mismo me pongo con sus órdenes.

11

Villarta vuelve al pueblo. Podría haber cogido la CM-3102, pero decide volver por el mismo camino. Esta vez, necesita hacerlo con serenidad, con la esperanza de hallar algún sentido a la absurda y negra situación que se ha convertido su vida. A estas horas debería estar investigando el caso de los seminaristas. En cambio, se encuentra a más de ciento cincuenta kilómetros de su mesa de despacho de la comisaría. Suena su móvil y lo mira temeroso. MARÍA resalta en la pantalla y escrita en letras mayúsculas. Desde que estuvo a punto de perderla por ignorar sus llamadas, su nombre invade el reflector. ¡Ella es así! Susceptible, mandona y muy exigente. Y aun así ama cada parte del conjunto que forma su personalidad. Prefiere perder un minuto de tiempo en su trabajo que no responder a su chica. Aunque este no sea el momento más adecuado, porque no tiene fuerzas.

—¿Por qué? ¿Por qué me dejas siempre fuera de tu vida? El gato sabe más de ti que yo. ¿Tan solo una nota pegada en la puerta de la nevera representa toda la confianza que guardas en mí? —Sus reproches son una mezcla de suspiros, llanto y palabras que se pierden entre los silencios, en los cuales espera una respuesta.

—María, no es el mejor momento para presentarte a mi familia. Cuando vuelva a Madrid ya hablaremos.

—Te esperaré. —Y de pronto, entre sus manos se pierde la voz de María, que deja el irritante sonido de la llamada cortada como presente de su enfado. Desde el primer instante que sus miradas chocaron en una cafetería de Atocha, los dos sintieron algo especial. Una semana después, volvieron a coincidir en un bar de copas. Se miraron, sonrieron y se presentaron. Cenaron juntos, coquetearon con la intención de que esa noche no fuera la última o, al menos, que se alargase hasta la madrugada. El resultado: un profundo beso, unas miradas íntimas y la entrega total en una apasionada y romántica velada, donde hicieron el amor como locos en una amplia cama de un hotel. De aquello ya ha pasado un año. Doce meses en los cuales las

rupturas y reconciliaciones siempre han estado presentes, como una parte importante de su extraña relación. A veces, piensa que están condenados al fracaso, pues sus gustos, aficiones y trabajos no pueden ser más disparatados. Dos polos opuestos que, cada mañana, ligan sus vidas con pegamento. A veces, cree que son una pareja de papel, frágiles, temerosos de que el mínimo roce consiga romper el único motivo que los une: un amor desenfrenado. En otras ocasiones son como una división; uno dividido entre uno; siempre es una sola parte, una sola porción de entendimiento, una sola pasión cuando están juntos y una cuando se separan. ¡Dios mío, qué abismal diferencia hay entre ellos dos! María, amante del *rock*, apasionada de las motos y el submarinismo. Para colmo, decoradora de interiores, y ni en el gusto por la decoración coinciden. Sebastián Villarta, de complacencias exquisitas: la ópera. Adora escuchar a María Callas, la diva de sus sueños y uno de sus mayores placeres. Por supuesto que se pierde por una buena partida de billar o de ajedrez con sus compañeros y amigos. Amante de museos y del arte en general. Apasionado del cine de las décadas de los años cincuenta. En su casa tiene una sola habitación dedicada al séptimo arte, decorada con antiguos proyectores y paredes, y forrada de arcaicos carteles de época. Pero sus aficiones van mucho más allá. En otro cuarto, el cual permanece cerrado siempre que él no está, tiene un tributo a Bruce Lee. El decorado es una réplica del templo Shaolín. En ese espacio encuentra su paz y equilibrio para afrontar la sacrificada vida de policía.

Llega a La Fuente de la Luz. Ve algo y detiene su coche. Contempla el único caño por el que emana un fino hilo de agua. Se pregunta si su padre se habrá detenido en el mismo lugar. Por un instante, levanta la mirada de la pequeña pila de cemento que contiene un bloque de hielo. En el suelo, cerca de una de las esquinas que invade la sombra de la caseta, se escucha el motor encargado de llevar agua potable al municipio. Justo en el esquinazo, hay varios carámbanos derribados del alero del tejado. Las bajas temperaturas han provocado que se mantengan intactos y adheridos a la nieve. Mira hacia el cielo, que forma una inmensa masa blanquecina y despellejada de cualquier atisbo de anhelo. Ahora entiende esa frase que tantas veces oía decir a su abuela: «En días amargos, mirar hacia el cielo aplasta el corazón». Así se siente Sebastián, aplastado. De pronto, entre la mortuoria atmósfera, una bandada negra de pájaros se acerca hacia unos chopos podridos y secos. Los grajos expanden sus cantos desgarradores como

lobos con alas. Sus ojos negros vigilan con atención cada movimiento del extraño que permanece de pie a escasos metros. El canto del grajo, según los lugareños, no augura nada bueno. En el mismo día se ha encontrado con dos aves que alertan de algo turbio. Primero un búho, y después, grajos. Rara vez siente miedo, pero ahora asume su pánico. Porque las casualidades no existen; son meros hechos que suceden en un instante.

Sin perder más el tiempo, se sube al todoterreno. Pisa el acelerador hasta la velocidad que permite el camino, que no es mucha, debido a la nieve que forma un cúmulo sobre la tierra.

Tiene necesidad de estar junto a su madre. Desde que ha llegado, no le ha dedicado ni un miserable minuto. Ella es su prioridad. Es quien se desgarra por dentro debido al dolor de perder a escasos días de su boda de oro a su fiel compañero de vida. Hace cincuenta años que, juntos, comenzaron un viaje indefinido y con el cuentakilómetros a cero. Y a partir de este mísero momento, debe comenzar sola el recorrido. Ahora, solo se tienen ellos dos.

Deja atrás el camino de San Isidro y toma la carretera directa a la localidad. Después de una larga recta, se adentra en el pueblo. De nuevo se topa con el restaurante Los Tejares. A pesar del frío, hay gente reunida en unas mesas de la terraza. Seguro que están comentando la desgraciada muerte de su padre. ¿Estará entre ellos, el asesino? Porque la idea de que ha sido asesinado gana por momentos más fuerza. Entre todos los presentes, reconoce a Gerardo Casas, que hoy se ha convertido en el protagonista indiscutible y absoluto de la villa. Sebastián ve cómo gesticula, mueve los brazos y manos mientras narra el espeluznante hallazgo de un cadáver. Hasta ahora, según la Guardia Civil, es el único testigo. Y eso lo ensalza más ante sus vecinos y feligreses del bar, que escuchan sin perder detalle. Pero también puede ser el asesino. ¿Quién le hubiera impedido cometer el supuesto crimen? Él es un hombre corpulento y fuerte. Su padre carecía de esos atributos. Además, en un día tan frío y áspero como este, ningún agricultor en su sano juicio sale a trabajar los campos. Eso de por sí ya es motivo de sospecha. Podría haber cometido el asesinato y después llamar al cuartel. A lo largo de su vida como policía se ha encontrado en situaciones similares.

Nunca ha dejado de investigar una sospecha o una pequeña duda. A veces, las personas están muy lejos de ser lo que aparentan. El corrillo alrededor de Gerardo cada vez se agranda y suscita más interés.

Sebastián detiene su vehículo en seco y se dirige hacia el punto de concentración. Ninguno percibe su llegada. El agricultor está tan ensimismado en relatar lo vivido que no es consciente de que entre los paisanos está el hijo de Tomás. Todo el pueblo ha oído hablar de él y lo ha visto en algunas ocasiones en televisión, en ruedas de prensa sobre esclarecimientos de importantes casos. Su sola presencia impone. Es un tipo alto, fuerte y con curtidos músculos.

—Señores, agradezco el interés que muestran por la muerte de mi padre. Ahora quiero hablar con el protagonista —dice con tanto sarcasmo que hasta el más inocente es capaz de percibirlo. Poco a poco se retiran. El círculo que instantes antes rodeaba a Gerardo comienza a disiparse—. Ya sé que ha sido interrogado por la Guardia Civil, pero… ¿por qué no me lo vuelve a explicar a mí?

—Ya les he dicho a ellos todo lo que he visto.

—Sí, claro, eso ya lo sé. Y resulta que yo prefiero que me lo cuente a mí. No olvide que yo soy policía. Además de hijo de la víctima.

Gerardo se siente acorralado. El policía tiene algo que intimida. No sabe si son sus ojos o sus palabras que rozan el cinismo. Y cuando intenta hablar, otra vez aparece la tartamudez.

—Yo-yo-yo todo lo que les-les he-he dicho es co-como ha sucedido.

Sebastián le acerca la cerveza que hay a medias sobre la mesa y le invita a que beba un trago. Él accede. Ya ni recuerda si es suya o de alguno de los que estaban escuchándole. La coge, se la lleva a la boca y de una sola vez engulle el contenido de la botella.

—Con estas nevadas, nadie en su sano juicio sale al campo. En cambio, a usted no le ha importado. Y todo eso a pesar de que no se puede arar ni tampoco trabajar la tierra…

Antes de que el inspector termine de sugerir cualquier sospecha, Gerardo se adelanta.

—La tierra está hecha un terrón de hielo. Yo estaba quitando la nieve y las piedras del terreno que le compré a Manolo, el de la Tina. —Sebastián no quiere interrumpirle. Prefiere dejarle hablar—. Cuando me encontraba en la otra punta del terreno, a lo lejos, vi pasar a alguien por el camino. No pude distinguir quién era porque, aparte de que estaba lejos, su cabeza estaba cubierta con la capucha de un anorak.

—¿Y no le llamó la atención? —insiste Sebastián.

—Sí, pero… ¿qué podía hacer yo? ¡Jamás imaginé que una hora después me encontraría a alguien muerto en el suelo de la cantera! ¡Y

mucho menos que pudiera tratarse de su padre! Créame que de haberlo sabido…

—¿Qué hizo después?

—El cadáver estaba tendido de lado, y yo, aún sin saber de quién se trataba, intenté socorrerlo. Le hice la reanimación pulmonar, porque su cuerpo aún estaba caliente. Pero comprobé que no tenía pulso. Acto seguido llamé al cuartel de Mota del Cuervo. ¡No he pasado más miedo en mi vida! Cuando la Guardia Civil me dijo que no tocara nada, yo entré en pánico, porque mis huellas estaban por todas partes y en el cuerpo del pobre Tomás. —El hombre se echa a llorar. Sus manos han comenzado a temblarle y su llanto provoca grandes suspiros, haciéndole parecer un niño asustado. Como puede, continúa hablando—: Le juro por la salud de mis tres hijos que estoy diciendo la verdad.

Sebastián quiere creer la confesión del agricultor. Y así se lo hace saber. No obstante, no deja ninguna puerta cerrada de sospechas. En el mundo criminal, nada es lo que parece.

—Cuando llegó usted adonde estaba mi padre, ¿vio algún teléfono móvil?

—No. No había nada cerca del cuerpo. Y si lo había, quedó oculto bajo la capa de nieve.

Las conjeturas de que su padre ha sido asesinado ganan cada vez más credibilidad.

—Gracias por intentar ayudar a mi padre.

Sebastián se levanta de la silla. Avanza unos pasos, y cuando Gerardo Casas comienza a respirar tranquilidad, el inspector se dirige otra vez hacia él.

—Esto aún no ha terminado. Usted por ahora sigue en el candelero como sospechoso. ¡Le recomiendo que no lo olvide!

Se despide del hombre, dejándole tocado por las dudas que recaen sobre él. Sebastián ha arrojado la caña sobre el agricultor. Ahora solo cabe esperar las consecuencias de sus palabras. Se sube en el coche y recorre las calles hasta llegar a la amplia y reformada plaza del ayuntamiento. Ahí, como cenizas de un fuego, aún permanece la paja y la decoración del belén. Los tejados intensifican el blanco en sus tejas de barro, fusionándose con las pintorescas fachadas y aceras. Sebastián conduce el vehículo por la vieja carretera de Madrid–Valencia. Es el ramal más importante del pueblo. En ese punto céntrico se concentra la esencia del municipio, sobre todo en los días

más importantes del año. También es la zona más turística. Está constituida por antiguas casonas de labranza. La Casa de las Catorce Rejas, un palacete del siglo diecisiete. Se encuentra en ese círculo La Posada, donde Azorín estuvo como huésped. No obstante, lo que siempre llama la atención de los visitantes es la cárcel, construida bajo los cimientos del edificio renovado de la casa consistorial y como retal de sus gruesos muros. Del siniestro sitio quedan, para el recuerdo y para la memoria de los presos, tres ventanas de forma rectangular, cubiertas de unos barrotes forjados en hierro fundido, para resistir en el tiempo.

Sebastián continúa por la carretera, ahora denominada avenida Santa Clara, una vertical de alquitrán que separa al municipio en dos partes iguales, como dos mitades de una misma naranja. Dos fronteras: el Pozo Nuevo y El Cenicero. La ancha plazoleta de la iglesia de Nuestra Señora de Asunción es el punto clave de encuentro entre esos dos pequeños mundos que forman el pueblo. Ahí, imponente, antes se alzaba la Cruz de los Caídos en la Guerra Civil. Y sus nombres inmortalizados en mármol permanecían para hacer frente al olvido. Ahora, tan solo es una cicatriz en la pared y en el suelo. El balcón de la antigua Casa del Médico, yermo y vacío de vida, ondea como una bandera anticuada. Las aceras del dispensario están abarrotadas de gente. Otro foco de comentarios sobre la muerte de Tomás Villarta. «Cada uno de ellos suscitará protagonismo de pequeñas anécdotas vividas con mi padre», piensa Sebastián mientras prosigue su marcha. Por el espejo retrovisor echa un vistazo a las calles que quedan atrás. Toda su atención la fija en una fachada que forma una esquina, punto clave en las remembranzas de todos los pedernoseños: la tienda del señor Paco, un establecimiento donde se podía adquirir desde una caja de lapiceros de Alpino hasta una docena de huevos. Y ahora, a diez mil leguas sobre el nivel de su vida, se enfrenta a la extraña muerte de su progenitor. Según avanza hasta su casa, se iza el imponente campanario de la iglesia. Las campanas permanecen calladas, silenciosas ante un inminente duelo, para convertirse en absolutas compañeras del último adiós de Villarta, cuando, por la vía El Santo, conduzcan su féretro. Al girar el vehículo, se enfrenta a su calle. El gentío aún sigue apiñado a la puerta del caserón. Ellos también esperan una respuesta al insólito hecho que mantiene a la villa engullida en la curiosidad e incertidumbre. El municipio es pequeño, lo que ocurre a un vecino se convierte muy rápido en aspavientos.

Cuando entra en su residencia va en busca de su madre. Debe cruzar el patio, primera frontera de la morada. Una platea ancha, con suelo vasto de cemento y paredes cubiertas de cal que blanquean las piedras centenarias. Más bien parece una cápsula del tiempo. Por fin consigue llegar al amplio y castellano salón. La habitación está abarrotada de personas en donde Marta tan solo es un punto oscuro, sin más expresión en su rostro que la tristeza. Han pasado algunas horas desde la defunción de Tomás Villarta, y parece que un abismo haya borrado de sus ojos cualquier pequeño atisbo de luz. Unas vecinas se han encargado de preparar la comida. Toda la sala ha sido invadida por un intenso olor al caldo de un cocido manchego a base de gallina de corral y jamón de matanza. Alza la mirada hacia su hijo; necesita su complicidad y respuestas. Nada hay más duro que la certeza ante una desgracia, porque es en ese momento cuando se deja de luchar. Él quiere hablarle, decirle que todo va a salir bien. Quiere abrazarla, para transmitirle ese dolor que comparten, que sienten y que los destruye según avanza el día. Quiere limpiarle las lágrimas que resbalan por su rostro. Pero se detiene. Teme no ser tan fuerte como todos esperan de él. Por eso, solo contempla cómo deshace su llanto entre las palmas de las manos, donde la alianza, que cincuenta años atrás Tomás le puso, todavía permanece hasta el día en que sería renovada por el nuevo anillo.

12

Poco a poco, la gente vuelve a sus casas. Solo se han quedado Marta y Sebastián, junto a sus tíos los sacerdotes, que están embutidos en sus alzacuellos y resguardados del mal bajo negras sotanas. Todos están a solas con su dolor. Por el momento, comen en silencio en la cocina. Los cuatro, cada uno a un extremo de la mesa, a excepción de ese espacio sagrado en el que se ha convertido el lugar exacto donde él se sentaba. Su silla es la perra realidad de la ausencia, un monolito que se ha construido por el recuerdo de una fría muerte. Sebastián mira a su madre una y otra vez. El brillo de la piel se le ha esfumado. Las arrugas, cuidadas y tratadas con cremas muy caras, han reaparecido. Desde la ventana se ve un hermoso jardín donde hay un invernadero de paredes transparentes de cristal. En el interior florecen hermosos rosales de varios colores. Sus rosas son grandes, con gajos perfumados y sedosos. Lilium orientales, amarillos y rosáceos, plantados por Tomás en honor a Marta, por un viaje que años atrás hicieron a Japón. Alhelíes, blancos, morados y rojos, forman un arcoíris. Otras de las flores que crecen son unas gardenias blancas, que hacen un mágico contraste con los tulipanes de tonos claros. Es mágico ver el exterior y los tejados cubiertos de nieve. En el interior del invernáculo se abre un gran abanico de matices y una amalgama de esencias que se pegan a cada rincón del refugio acristalado.

—Esas flores debemos de arrancarlas. ¡Todas, y cada una de ellas deben desaparecer! Ya nada tiene sentido sin tu padre —dice Marta con la mirada fija en la ventana.

—Mamá, ese invernadero y las flores eran la pasión de papá. Y un regalo para ti.

—¡Me da igual! Todo carece de importancia.

Sebastián no quiere dejar morir el espíritu de su padre. En cada flor está puesto todo su empeño y esfuerzo. Y por nada va a dejar que se destruya. Sería como perderle para siempre.

—Aún recuerdo con qué emoción levantó cada uno de los paneles

de cristal. Cómo, con sus propias manos, sembró cada una de las plantas. Ese sitio es sagrado, y no puedo permitir que destruyas lo que él convirtió en un santuario. Es más, ¿sabes que escogió las gardenias, los alelíes, las rosas y los tulipanes por sus perfumes y para que tú fueras feliz? Deseaba colmar tu vida de colores.

—Nunca me lo había dicho. Pensé que era una manera de entretenerse tras su jubilación. A veces sentía celos de sus cuidados. ¡Eran sus amantes! Era capaz de pasarse horas con esas estúpidas flores. —Marta, por unos instantes, se queda pensativa y con la mirada estática en el pulcro jardín. Cree haber visto a su esposo entre los cristales del invernadero. Niega que sea él. Aun así, está segura de ver una sombra o, mejor dicho, moverse una presencia entre las plantas. Mira a cada uno de los miembros de los Villarta. Ninguno parece haber sido testigo de nada. Teme que sea su dolor o el recuerdo de su cónyuge lo que le juega una mala pasada. Envuelta en miedo, se aferra a la mano de su hijo. Este la mira y comprueba su palidez. Don Herminio y don Ramón comienzan a ser conscientes de que algo sucede.

—Mamá, ¿qué te ocurre?

—¿Tú también lo has visto?

Sebastián no sabe a qué se refiere su madre.

—¿A quién debería haber visto?

—A tu padre. Yo sí lo he visto, ¡está allí de pie, como siempre, al cuidado de sus flores! ¡No está muerto! —Sus palabras, a medida que habla, cambian de tono hasta rozar el grito y la desesperación—. ¡No está muerto! ¡Por favor, hijo mío ve a por él; seguro que tiene mucho frío! —Sus frases ahora son murmullos que salen de su boca como rezos clandestinos. Sus cuñados se persignan y hacen el signo de la cruz en sus desencajados rostros. Es Sebastián quien se levanta y acude de inmediato a por su madre, que sale al jardín y grita el nombre de su marido—: ¡Tomás, Tomás, amor mío! ¡Espérame!

—¡Mamá, mamá, no, por favor! —La sujeta por la espalda. Ha llegado en el justo momento para evitar que caiga al suelo. Sebastián está acostumbrado, por su trabajo, a ver a padres desquiciados cuando deben reconocer el cadáver de sus hijos. Primero es la negación, después la decepción y, por último, la aceptación de la pérdida. Su madre está a mil años luz de esa etapa. La coge entre los brazos y la sube por las escaleras anchas y empinadas hasta depositarla en su cama. Y sin más tardar, llama al ciento doce, para que de inmediato

acuda un médico al domicilio. Mientras espera a emergencias, no deja de pensar en todo. ¿Y si en verdad sí que ha visto a alguien en el invernadero? ¿Y si quien ha asesinado a su padre quiere también segarle la vida a ella? Si fuera así, debe de tener una razón muy poderosa. No sabe si se trata de un individuo muy astuto o demasiado arriesgado.

Debido a la demoledora noticia, Marta ha sufrido un estado de *shock*, según la evaluación médica. Sebastián asiente. No tiene intención de dar más explicaciones. El doctor solo evalúa eso que el cuerpo transmite, pero él sabe que su madre es posible que sí haya podido ver a alguien en el vergel.

—Necesita descansar.

Después de inyectarle un sedante, el equipo médico se marcha. Otra vez están los cuatro miembros del clan Villarta. El inspector sabe que, sin el resultado de la autopsia, no hay solución para la incógnita de la muerte de su padre. Por más que crea que ha sido provocada, no puede tirar del hilo. Todo es inconcluyente.

—Por favor, tíos, cuiden de ella.

Sin darles opción a posibles réplicas, se marcha de inmediato. Hay demasiadas cosas que no encajan en esa maraña de sucesos en las que se ha convertido su día. Todo es muy escabroso para ser una muerte natural, según las conclusiones del forense. Pero antes, quiere echar un vistazo al invernadero y al jardín. Él nunca ha temido a los fantasmas, como bien dice el comisario, luego de afrontar la muerte de su hija: «Prefiero enfrentarme al espíritu de mi Clara que a los vivos de sonrisas sospechosas». Sin más, baja las escaleras de dos en dos. Está seguro de que su madre sí que ha visto algo y no a un espectro.

Una vez en el exterior, revisa todo. Por unos instantes, levanta la mirada y cree haber visto la silueta de su tío Herminio. Le ha parecido verle asomado entre las cortinas que cubren la ventana de la habitación de Marta, que da al vergel. Amparado en las penumbras, su calvicie y las gafas negras de pasta y cristales gruesos por la pronunciada miopía son inconfundibles. Sin embargo, no da importancia alguna. Todos los miembros del clan están muy conmocionados por la inesperada y trágica desgracia. Villarta concentra toda su atención en revisar el entorno, que está muy bien cuidado, incluso el césped aflora su aroma de recién cortado que traspasa la gruesa capa de nieve.

El invernadero es un rectángulo acristalado con un área exterior de cincuenta metros cuadrados y con un techo triangular. Desde ahí parten las instalaciones de regadío. Consta de dos puertas laterales, una a cada extremo. Antes de entrar, observa y comprueba que la entrada no está forzada. Las plantas están colocadas en filas sobre grandes paneles y otras, colgadas de estantes de metal. El espacio está dividido en seis anchas hileras de hermosas y vistosas flores. En el centro, hay un pasillo por donde cabe una sola persona. En la salida del fondo, se encuentra un pequeño claro para dejar las herramientas: un rastrillo, una pala, una azada y, por supuesto, una carretilla para transportar las macetas. En una caja vacía de madera que, a la vez, hace de mesa está el sombrero de paja de su padre. Algo llama su atención; los guantes de jardinería están en el suelo. Y eso nunca lo habría permitido su progenitor, porque por cada poro de su ser navegaba la perfección. Debido a ese exceso de perfeccionismo y de orden que llevó a unos niveles preocupantes, fue diagnosticado de un TOC, un trastorno que ocasionaba discusiones con Marta. Cualquier cosa o mobiliario debía estar colocado a la misma distancia de cada uno de los puntos del habitáculo, y sin desmarcarse de la línea imaginaria que trazaba su cabeza. En este caso, el improvisado mueble está girado hacia un lado, derribado por alguien con prisas por escapar. Se dirige hacia la salida del cobertizo. La puerta se abre antes de girar la manecilla. Otra inconfundible pista de que un intruso ha estado en el sagrado lugar de Tomás. Su madre sí que ha visto una figura humana. Y al verse sorprendido, ha huido. Sondea el exterior del jardín, custodiado por cuatro tabiques de bloques de hormigón de unos seis metros de altura. Explora la portezuela trasera. Y nada; todo está intacto, sin evidentes señales de forcejeo alguno. Incluso está cerrada con varias vueltas de llave. Solo cabe una posibilidad: las paredes, que son como gigantes murallas. Cuando cree que esa vía de entrada tampoco está dentro de la peripecia, esparcidos en el césped ve unos pequeños restos provenientes de los bordes de las tejas. Sin duda, ese es el sitio de entrada. En cambio, el de salida… Sebastián tiene serias dudas. De nada ha servido el empeño y esfuerzo de su padre para salvaguardar la intimidad de los Villarta. Ahora que lo piensa, la distribución de la casa es rara. Es una extensión de terreno de más de quinientos metros cuadrados. La vivienda está construida en el epicentro de la construcción. Por su trabajo sabe que, cuando alguien vive alertado por el miedo, se esconde en agujeros como los

topos. Su padre era de esas personas. Además, no era muy hablador, gastaba las precisas palabras en una conversación. Referente al pasado, nunca profundizaba, ni concretaba nada. Analizándolo todo, deduce que tenía un perfil sospechoso. Intuye que en el pretérito está la clave. Sus padres siempre se han dedicado a trabajar en una portería en el Paseo de la Castellana, en Madrid. ¿Qué pueden esconder dos personas humildes y trabajadoras? Ha podido comprobar por su profesión que es posible una doble vida. ¿Pero… sus padres? Un ama de casa y un portero jubilado tienen poco que ocultar. Esta adversidad ha abierto una abismal brecha que encubre algo turbio.

13

Sebastián abre la puerta y sale a la calle trasera. Se trata de una avenida ancha y de doble sentido, constituida por edificaciones modernas. Antes solo había corrales de ganado y almacenes para guardar los cereales o las montañas de pipas de girasol que, como negras moscas, estaban esparcidas a lo largo y ancho de las circulares y empedradas eras. El tiempo ha arrebatado el espacio en donde las construcciones se irradian y forman nuevos barrios de idénticas casas unifamiliares. Entre todo el entorno, lo único que sobrevive es un antiguo silo, denominado El silo del marqués. Su carcasa está intacta, y en las entrañas alberga habitaciones de lujo. El arcaico edificio ahora es la conversión de un encantador hotel. En el paisaje urbanístico, algo llama su atención: uno de los viejos inmuebles está en obras. Y justo en la acera que linda con la propiedad de los Villarta hay un gran montículo de arena y bloques apilados en dos columnas. Se fija en las pisadas que hay en el acervo del material arenoso y que se pierden entre la pila de elementos de hormigón. El intruso ha conseguido alcanzar su objetivo y saltar al interior del jardín. Pero… ¿cómo diantres ha salido si no ha utilizado la puerta?

Nada es producto de la casualidad. Lleva muchos años en la policía para creer en las contingencias. Cada vez son más latentes las sospechas de que la muerte de su padre ha sido de todo menos natural. Sebastián inspecciona todo con más detalle. Un joven se dirige a él. Nada más verlo y antes de que saque equivocadas conclusiones, el inspector jefe del policía comienza a hablarle.

—Tranquilo. —Le muestra la placa de policía y el arma para que el chico no se asuste—. Tranquilo —vuelve a decirle—, soy policía. Necesito hablar ahora mismo con el encargado de la obra. O mejor, con todos los que estén presentes en el interior. Por favor, avísales de inmediato.

—El encargado es mi padre, y los que están con él son mis tíos. Todos trabajamos en una empresa familiar, pero tenemos los permisos

y papeles en regla. No incumplimos nada —se defiende el muchacho al creer que es por tema laboral—. ¡Papá, papá! ¡Sal, que un policía pregunta por ti!

Un hombre robusto, ataviado con un pantalón azul y una camisa a cuadros, sale del interior de la casa en obras; lleva un palillo en la boca que sujeta entre sus dientes. Se dirige hacia su hijo y le pregunta:

—¿A qué tanto jaleo? Has hecho que me baje del andamio.

—Disculpe por molestarle. —Sebastián le muestra su placa policial. Sigue el mismo protocolo que con el muchacho. Y prosigue—: Soy inspector jefe de la Policía Nacional. Quisiera hacerle unas cuantas preguntas, si usted me lo permite. ¡Esa es mi casa! —Señala hacia la puerta que está abierta—. Y hace un momento, alguien se ha colado en el interior. Es muy posible que haya sido desde este montón de arena.

—Mire, nosotros nos dedicamos a trabajar. No hemos oído ni visto nada raro —dice tajante y escupe un palillo al suelo, cerca del reguero de huellas.

—Yo de usted no lo hubiera hecho —le advierte Sebastián, molesto con la actitud desagradable del albañil—. Ahora mismo voy a llamar a mis compañeros. Y en unos momentos, toda esta obra va a quedar precintada, ya que usted no coopera.

—¡No puede hacernos eso! ¡Este es el pan de mis hijos, y en el pueblo, el trabajo escasea!

Pero Sebastián ya no atiende a razones. Entre el trabajo del hombre y la seguridad de su madre, no tiene dudas. Poco o nada le importa crearse enemigos. Su vida ha dado un giro de ciento ochenta grados. Solo desea encontrar respuestas, para volver a Madrid, a los brazos de María, encabronarse con la maldita rutina de la comisaría, patearse las calles o ser un infiltrado en alguna operación. Todo menos seguir con esta situación.

Según transcurre el día, la frase del supuesto asesino golpea sin piedad su memoria. Por más que se estruja los sesos, no entiende nada. Su cabeza parece una granada sin la anilla de seguridad. Su cuerpo se resiste al agotamiento. Sabe que él no se da abasto con todo. Debe acudir al sargento Casado, aunque para ello deba explicarle sus sospechas y contarle el asalto a su domicilio, a pesar de que se arriesga a ser apartado del caso. El guardia civil se lo ha dejado muy claro.

La arena parece fresca, y las huellas quizás sean del sospechoso.

Claro que cabe la posibilidad de que sean de los albañiles. O peor aún, de cualquier otro paseante. Cuando las opciones se ramifican es porque nada tiene nitidez en este feo asunto. Intenta ser cauto, al tiempo que objetivo, aunque resulta imposible cuando se trata de su familia.

—¿Me permite coger esa escalera un momento? —Sebastián no quiere pisar la arena. Quiere preservar el completo aislamiento de la zona, más que nada para facilitar el trabajo a la Guardia Civil.

—Sí, sí claro. Pero… ¿nosotros podemos seguir con nuestro trabajo? No nos gusta perder el tiempo, porque es dinero que se va —protesta el hombre.

Sebastián intenta atosigarle un poco más. La gente poco acostumbrada a un interrogatorio suele venirse abajo enseguida.

—No es creíble su testimonio. ¿Cómo puede usted explicarlo?

El chico mira a su padre. Está claro que quiere su permiso para hablar. En el lenguaje empleado entre ellos dos, Sebastián ha observado que esconden algo.

—Un tipo muy raro me ha pedido la escalera. No me ha dicho para qué. Y sé que no tenía buenas intenciones. De eso estoy seguro. Así que la he guardado en el interior de la obra.

Algo de luz se presenta ante Sebastián. Con la descripción que hace el muchacho comienza a buscar.

—Era mayor que usted. Alto. Con la cabeza afeitada y con una cicatriz muy fea en la cara. No recuerdo en qué parte, si derecha o izquierda. Con brazos de deportista. ¡La verdad que imponía bastante! Ah, y le faltaban unos dedos de la mano diestra.

—¿Estatura aproximada? —pregunta Sebastián, para formarse en su imaginación una imagen robot. Sus rasgos son muy peculiares. No hay mucha gente con cicatrices en la cara.

—Pues, más o menos de su estatura. Un metro noventa.

Sebastián graba todos los datos de la descripción en su iPhone.

—Una cosa más… ¿Podrías decirme si la cicatriz de su cara tenía alguna forma en particular?

El muchacho se queda pensativo, entorna una pizca los ojos, como si así se fuera a concentrar más. Y pasados unos segundos, responde:

—Sí, tenía aspecto de piel arrugada, y más rojo que el resto. Si no recuerdo mal, se extendía desde el ojo hasta la boca.

Sebastián cree que el joven se refiere a una quemadura. Y según lo descrito, no debe ser reciente.

14

El cielo ya está pintado con los colores anaranjados del atardecer y se fusiona con las nubes blancas, preñadas de nieve. Las luces de las calles y avenidas del pueblo comienzan a parpadear antes del encendido nocturno. Las sombras del ocaso desaparecen.

Sebastián está sentado y aturdido en la acera, con la mirada fija hacia el horizonte, que se pierde entre la línea recta y difuminada que forma la avenida. No sabe cómo afrontar esta absurda situación. Tiene claro qué debe hacer, aunque no está seguro de que sea lo mejor. Entre otras cosas porque está en juego la investigación de los crímenes, de los curas. Con el teléfono entre las manos, duda. Se lo juega todo, incluso las intimidades de su familia. Uno, dos, tres y hasta cuatro tonos. Por fin, escucha:

—Sargento Casado. ¿Dígame?

—Soy Sebastián Villarta. Necesito su ayuda de inmediato.

—¿Le ha sucedido algo? ¿Está bien?

—Sí. Estoy bien. Pero debe venir. Alguien ha entrado en mi casa.

—Cálmese. Ahora mismo vamos para allá. Además, yo también debo hablar con usted de inmediato. ¿Alguna evidencia de que han entrado en su propiedad?

Por unos instantes, está tentado a colgar el teléfono. ¿Alguna evidencia? ¿Acaso cree que, si no las tuviera, iba a ser tan explícito? Él está acostumbrado a tomar declaración a cientos de personas en su situación. Y nunca ha preguntado semejante bobada. Sin embargo, lo necesita, porque todo está en sus manos.

—Sargento, le espero. A propósito, deben entrar por la puerta trasera, justo enfrente del hotel El silo del marqués —contesta Sebastián sin perder las formas. ¡No aguanta a este tipo! Pero le necesita.

Presiente que está siendo vigilado por el sospechoso. Tiene que entrar en su domicilio para así evitar exponerse más. Descarta la idea de abandonar el escenario. Además, su madre está bien custodiada por

sus tíos. Y cuanto menos sepan, mejor. No quiere preocuparles más. Son personas mayores, muy poco habituadas a situaciones extremas. Están entregados a los rezos y a los feligreses. La vida mucho más allá de sus fronteras carece de importancia para ellos. A veces, la ignorancia es la cura del miedo.

Mientras espera al sargento, suena su teléfono.

—Ledesma, ¿qué tiene?

—Jefe, tal y como pensábamos, el número pertenece a un individuo llamado Matías Pineda.

—¿Tiene idea de quién se trata? ¿Lo tenemos fichado?

Ledesma carraspea para ganar tiempo y piensa cómo contarle sus averiguaciones.

—Eso es lo sorprendente: al buscar en la base de datos, hemos comprobado que está desaparecido. Su esposa presentó una denuncia hace unos meses. Por el momento, no hay noticias de su paradero.

El asunto cada vez se pone más feo. El caso es que el nombre de Matías le resulta familiar a Sebastián, pero no sabe de qué.

—Investigue la vida de ese tipo hasta el momento de su desaparición. Espero que eso nos lleve a algún lado. Ahora debe ser nuestro principal objetivo. Si averiguamos quién es, nos acercaremos más al asesino.

—A sus órdenes, jefe. Creo que estamos en la pista más sólida.

—Por el momento, no podemos asegurar ni descartar nada. Lo dejo todo en sus manos. Confío en usted.

Matías Pineda, Matías Pineda. Ese nombre le resulta familiar. Al menos de nombrarlo. No sabe ni dónde, ni cuándo. «Matías Pineda», se repite una y otra vez. Ese tipo se queda anotado en su memoria. Otro misterio más, al igual que esa pesadilla que cada noche invade sus sueños. El maldito ruido del triciclo de tres ruedas se ha incrustado en su vida, como el zumbido de un moscardón.

—Ahora mismo me pongo con ello.

—Ledesma, creo que no es necesario advertirle de la confidencialidad de este asunto. Al menos hasta que tengamos pistas más fiables. —Nunca le ha ocultado nada a su jefe, el comisario Gutiérrez, pero este caso de su padre debe tratarlo con sumo cuidado. Entre otras cosas, porque si hay alguna conexión con el del Asesino estilista, deben tener pistas objetivas.

»—Espero su llamada. Ya sabe, a cualquier hora —acentúa Sebastián.

—Cuente conmigo.

Veinte minutos después, desde la vieja carretera de Madrid–Valencia, por la fachada de la antigua lechería, varios coches patrulla de la Guardia Civil desfilan por la amplia y larga calle. Las luces ya irrumpen de lleno la noche, y solo algunos gatos callejeros se atreven a enfrentarse al frío. Las ventanas de las viviendas están con las lámparas apagadas. Los vecinos observan entre las penumbras, tal y como antaño se chismorreaban los entierros y también las bodas a las que no eran invitados. Con recelo, sospechan de todos y cada uno de los habitantes del municipio; se preguntan en silencio qué le ha sucedido a Tomás Villarta. Sebastián se levanta de la acera nada más ver a la comitiva de la ley. Todos, enfundados en trajes verdes, causan respeto. Sobre todo, el sargento Casado, quien tiene el porte y el carácter de un militar encabronado. Tiene tan mal talante como perímetro de grosor. Se nota que está a punto de jubilarse; su aspecto así lo demuestra. «Un peso pesado en la cama», diría su compañero Ledesma. Nada más bajarse del vehículo, se encamina hacia Villarta, hace un saludo y después se estrechan la mano.

—Inspector jefe Villarta, siento mucho los pésimos momentos por lo que está pasando usted y su familia. Soy consciente de la necesidad de respuestas respecto a la causa de la muerte de su padre, pero… me temo que aún debe esperar hasta mañana.

—¿Por qué?

—Ha habido un grave incendio en una antigua fábrica de madera. De momento hay tres fallecidos; no se descarta que haya más.

—¿Se sabe qué ha provocado el incendio?

—Los bomberos creen que por el cortocircuito del cableado. El edificio estaba habitado por varios indigentes.

Villarta ha sentido un presentimiento recorrer toda su espalda.

—¡Una horrible coincidencia!

—¿Qué insinúa? —pregunta el guardia civil.

—No es una insinuación, por ahora, solo es un presentimiento.

—Inspector Villarta, a veces las fatales casualidades existen y no por eso hay nada sospechoso.

—Si usted lo dice. Yo solo quiero que me entreguen el cuerpo de mi padre, para darle por fin sepultura. Y por supuesto, los informes que dictaminen las causas de su fallecimiento. ¡Ese es mi jodido consuelo!

Casado asiente frente a las recriminaciones del policía. Entiende y asume. Ante cualquier otra persona, su explicación bastaría, pero es

uno de los inspectores con mayor reputación de Madrid y del país. Sus resultados en complicados esclarecimientos de algunos casos avalan su trayectoria. Debe andarse con cuidado con el gorrión de ciudad. No quiere manchar su informe de trabajo en la recta final de su servicio a la Benemérita. Claro que él también tiene su relevancia. Ni tan siquiera el cabo Estigarribia sabe su apodo de guerra: el Cherokee. ¡Qué tiempos aquellos! Eran años difíciles, cuando estuvo en el GAR durante las épocas más duras de la lucha contra ETA. Ha pasado miedo, sí, verdadero pánico. Algunos de sus compañeros cayeron en esa masacre constante de la banda criminal. A pesar de todo, nunca pensó en abandonar. Es más, le daba fuerzas para seguir al día siguiente, después incluso de enterrar a Martín Escudero, su teniente y amigo. Muchos de sus compañeros no resistieron las duras condiciones a las que eran sometidos. Los rudos entrenamientos bajo presión y en cualquier condición meteorológica. Pero él aguantó. Resistió como un jabato. No se arrepiente de nada. El peligro forma parte de su existencia. Tras retirarse del cuerpo de élite, se pasó a policía judicial. Y ahora, una muerte sin aparente crueldad ni violencia lo pone a prueba. ¡Manda huevos la cosa!

—Inspector, créame que mañana todo habrá terminado. Por ahora, inspeccionemos la zona por la que han entrado en su casa.

Criminalística, bajo las potentes luces de unos focos, estudia el terreno en una primera inspección ocular. Examinan la obra y el interior del jardín de los Villarta. Sin obviar el invernadero y cada una de las sospechas que Sebastián ha dicho a la Guardia Civil. Después, comienzan a fotografiar las pisadas de calzado con un testigo métrico, para así medir la longitud de las huellas, desde todos los ángulos posibles. Primero desde el talón, y otra desde la mitad hasta la puntera. Luego, los investigadores rocían con laca las señales, y después, sobre el molde echan escayola para solidificarlo. Por último, esperan a que seque hasta que tome la consistencia para su manejo e inspección. Otros agentes revisan el tejado y los restos de las tejas caídas en el césped.

Mientras que todo sucede, Sebastián sigue alegando sus sospechas.

—Sargento, quien ha pasado buscaba algo en concreto. No sé qué, pero algo de vital importancia para arriesgarse a ser visto. Y no solo eso. Me pregunto cómo diantres ha salido de aquí. Porque en la pared está comprobado que no hay pruebas evidentes de haberlo hecho, ya que habría marcas de arneses o de pisadas en la pintura de la tapia.

Estos trozos de tejas —dice Sebastián señalando hacia el suelo— patentizan la entrada desde el exterior. No la huida. En este caso, solo nos deja con una elección, pero la puerta no está forzada; es más, tiene dos vueltas de llave. Cabe una posible opción: que aún esté escondido en el domicilio. Y peor aún: que esté a la espera de la ocasión para hacerse con su cometido, sea cual fuere.

15

De inmediato y, sin obviar las conjeturas del inspector jefe de policía, Casado da la orden de registrar todo y cada uno de los espacios de la gran casona.

—¡Registren todo! ¡No quiero errores! No debe quedar ni uno solo de los rincones por inspeccionar. ¿Está claro, muchachos?

Todos al unísono contestan:

—¡Sí, mi sargento!

La casa de los Villarta se convierte en un campo abierto de batalla. Buscan y rebuscan en la caseta del jardín, donde se guardan las herramientas y el cortacésped, en la cocina, en las despensas y debajo de las mesas. También en las cámaras, donde se almacena todo lo que no sirve y cachivaches que reposan en cajas de cartón. Encuentran la cuna de metal de Sebastián, su cochecito de paseo, cubierto de una tela pardusca y que pende atado con cuerdas de esparto de las vigas del techo, y sus juguetes de cuando era pequeño. En un rincón, cubiertos bajo unas lonas, se amontonan una caldera de cocer la cebolla para las morcillas, unas máquinas para elaborar chorizos, las piedras y tuercas de curar los jamones, y los utensilios para las matanzas. Los agentes, con pistolas en mano, destapan lo que hallan en su paso. No encuentran rastro del individuo. Después, se adentran en los dormitorios. Primero en el de Sebastián, que aún tiene esa ingenuidad de la niñez. El edredón marrón, a juego con las cortinas que cubren la ventana que cae al jardín, y la lámpara de luces resguardadas en las tripas de unas tulipas son el único toque de seriedad del dormitorio. Las estanterías, cubiertas por pequeños soldaditos de plomo, aviones de la segunda guerra mundial y coches de carreras, son la imagen de una cápsula del tiempo. En las paredes aún permanecen pegados algunos de los pósteres de los héroes de su infancia: Spiderman, MacGyver, Chuck Norris… Pero quien más pared ocupa con fotografías y cromos es Bruce Lee, a quien siempre ha querido parecerse. Los guardias civiles buscan en todas las

habitaciones hasta que llegan a la de Marta. Ella duerme bajo los efectos de los somníferos. Los dos curas, cada uno sentado en un lado de la cama, la custodian. Los hombres, asustados por la rapidez y brusquedad con las que los agentes han irrumpido en el cuarto, se levantan sin saber qué sucede. Sus rezos y reposo han sido mancillados por la luz de la lámpara, que ha arrasado con la comodidad de las penumbras.

—¿Qué sucede? ¿Qué buscan aquí? —pregunta Herminio, de pie junto a la cama.

—¿Están ustedes solos?

—¡Por supuesto que sí! —Asustado, vuelve a preguntar—: ¿A quién buscan?

Los agentes, muy hábiles, evaden las preguntas, porque saben que alertar a los familiares solo empeora las cosas.

—Descansen. —Tras esas palabras, cierran la puerta y continúan con la búsqueda. El padre Ramón reposa la cabeza sobre el respaldo del sillón y Herminio se dirige hacia la ventana. Amparado en las cortinas, observa todo lo que acontece en el vergel.

Al final, se dirigen al patio exterior. Abren todas las puertas de los antiguos cobertizos: las viejas cuadras, el granero, los apartados de los corrales y una vieja alacena. Incluso se han adentrado en la cueva que hay en la cocinilla, una cavidad que recorre parte de la vivienda y que en tiempos de guerra había servido de refugio cuando las bombas se deslizaban por el cielo y caían sobre el municipio. Ahora es una gran bodega, uno más de los caprichos de Tomás Villarta. Los vinos siempre han sido una de sus debilidades. A ambos lados de los laterales, metidas en los espacios arqueados repletos de estanterías, reposan centenares de botellas de vino, todas ellas cubiertas bajo una gruesa capa de polvo. Algunas de las etiquetas están muy deterioradas.

—Mi sargento, hemos registrado todo de arriba abajo y ni rastro del individuo.

Casado sigue muy atento a la policía criminalística, que aún busca marcas y restos entre la arena y el tejado. Deducen que quien ha allanado la propiedad ha sido muy cuidadoso. No hay huellas papilares; eso demuestra que ha usado guantes. Las pisadas incrustadas en la arena podían pertenecer a cualquiera, pues coincide con una suela estándar de botas de militar. Hasta los jóvenes las usan como parte de sus atuendos. En concreto, no tienen nada por dónde

comenzar. No obstante, no se dan por vencidos.

Entre tanto, Sebastián se debate entre si ocultar a la Guardia Civil la llamada telefónica en la cantera o callárselo para seguir él con la investigación. Por nada quiere que otro cuerpo de seguridad interceda en su caso. Por otra parte, si lo descubren, pueden acusarlo de ocultamiento de pruebas. Y eso, en definitiva, lo alejaría de la pesquisa.

—Sargento, tengo que hablar con usted un momento. En privado.

Necesita estar a salvo de posibles oídos y ojos que rondan bajo las persianas, en las ventanas de las casas vecinas. Y propone que entren en la residencia para estar más tranquilos. El inspector jefe de la policía dirige al sargento hacia la cocina, desde donde aguaitan el trabajo de la criminalística. La noche se presenta muy larga. Sebastián se sirve un café bien cargado; le ofrece otro a su confidente.

—El café está muy cargado, tal y como le gustaba a mi padre. Estoy seguro de que esto de acá son restos de la cafetera que ha preparado él nada más levantarse —dice Villarta con los ojos embargados en una profunda tristeza.

—A mí me gusta así; no se preocupe. Y ahora dígame de qué quiere hablar conmigo.

Sebastián se toma unos segundos de calma para saborear el café, sin azúcar y amargo. Así le gustaba a su padre y eso le hace sentirlo mucho más cerca.

—Estoy seguro de que estará informado del caso de un psicópata que ha asesinado a dos personas de idéntica manera. Llevamos varios meses detrás de él y no logramos atraparlo. Es más, nadie jamás ha visto su rostro. No tenemos ni siquiera un dibujo robot, ni una sola huella. Es como el hombre invisible.

El sargento, mientras da un sorbo al café, escucha atento a Sebastián. No entiende qué relación tiene con su caso la muerte de Tomás Villarta, ocurrida en un pueblo que solo conocen las águilas.

—Esta misma mañana, después de que ustedes se fueran, he inspeccionado el lugar. He acaparado más el área de la zona del escenario, donde se ha encontrado a mi padre. Y he creído ver a alguien correr entre los árboles. Todo ha resultado ser una falsa alarma, porque al final era un perro. Aunque estoy seguro de que había un intruso acechando todos mis pasos. Incluso me atrevo a asegurar de que ha estado presente durante la inspección ocular de sus hombres.

Nervioso, Casado se levanta de la silla y se dirige hacia la ventana que da al jardín. Bajo potentes focos, comienzan a recoger el instrumental de la inspección.

—Inspector jefe, no sé a dónde quiere llegar.

Villarta no desiste, sobre todo porque aún no ha llegado a la parte más interesante.

—Cuando he vuelto a la cantera, al poco, ha sonado mi teléfono móvil. ¡Era él! El asesino del que voy detrás. No sé qué relación puede haber entre los dos casos. Además, hay una cosa…

Sebastián, al final, decide contar las averiguaciones de su compañero. Es cierto que ha pedido discreción, pero él aquí está solo. Y su único apoyo, por mucho que cueste aceptarlo, es el sargento Casado y ese cabo de nombre impronunciable.

—Mi compañero ha investigado a quién pertenece el número de teléfono.

—¿Ha conseguido algo? —pregunta el guardia civil.

—Esto es lo más sorprendente: pertenece a un tal Matías Pineda, ¡quien lleva desaparecido varios meses! ¿Aún piensa que la muerte de mi padre es natural? —pregunta con sarcasmo—. Yo no entiendo nada, créame. Y sé que ustedes son quienes dirigen esta investigación, pero, por favor, déjeme cooperar. ¡Le ruego que me deje participar para aclarar todo esto de una maldita vez! —intenta apelar a la bondad del sargento.

Cuando el sargento quiere hablar, Sebastián vuelve a tomar la palabra. Por todos los medios quiere darle más razones para estar en la investigación.

—Es cierto que todavía estoy muy lejos de atrapar a ese malnacido, pero más cerca que cualquier otro. Sin embargo, esa no es la cuestión, sino cómo se ha enterado de la muerte de mi padre. Solo caben dos posibles respuestas: que haya sido él, y de ahí su contundente seguridad, o que tenga un cómplice dentro de la policía o de la guardia civil.

De inmediato, el sargento se pone a la defensiva para dar la cara por su equipo. Lleva años al mando de sus hombres. No son muchos, ya que se trata de un pueblo. Tampoco son los más cualificados en algún que otro terreno. Él lleva media vida profesional al servicio de la policía judicial en la Benemérita. Y ahora, con Estigarribia, se siente más reforzado. Quizás la falta de costumbre en acción y grandes casos tenga algo oxidado al pequeño batallón, pero de ahí a que el policía

dude de sus hombres hay un abismo.

—Bajo ningún concepto voy a permitir que dude de mis hombres. Pongo la mano en el fuego por cualquiera de ellos —dice tajante y enfadado.

Sebastián sabe que no ha estado muy acertado a la hora de exponer sus conjeturas. Tiene que ser más cauto. Además, ¿y si el topo estuviera en su comisaría? Las noticias vuelan como la pólvora, y aunque Ledesma y su comisario Gutiérrez sean discretos, es posible que se haya colado alguna información.

—Usted está demasiado implicado en el caso para que nos sea útil. Tenga en cuenta que, si tal y como usted dice, puede haber alguna relación entre los dos casos y hubiera detenidos, nos arriesgamos a que su abogado anule cualquier prueba contra él. Y eso bajo ningún concepto podemos permitirlo. Ahora mismo su familia lo necesita más que nunca. Déjenos trabajar a nosotros; es lo mejor y más prudente. Además, usted da por hecho de que ha sido un asesinato, cuando aún no hay nada concluyente.

Sebastián no se da por vencido. Insiste. Obtiene la misma evasiva y negativa del guardia civil.

—Sargento, no tiene por qué explicarme las reglas. Hace mucho tiempo que trabajo en este lado de la ley. Por esa misma razón, he compartido con usted importantes datos. No quiero que haya lagunas que deriven hacia un fracaso. Por favor, se lo ruego, déjeme al menos cooperar sin estar al frente del caso. Porque… ¿qué haría usted en mi lugar? Estoy seguro de que no estaría en su casa cruzado de brazos; no si le hierve la sangre tal y como me sucede a mí. Le juro por la memoria de mi padre que nunca pondré en riesgo la investigación. Y créame, sargento, que no suelo jurar nada que no estoy dispuesto a cumplir —todo lo dice de carrerilla. No quiere darle tiempo al sargento de que le interrumpa.

16

El sargento se siente acorralado porque sabe que las explicaciones sobran con el obstinado inspector. Es más, está convencido de que Sebastián Villarta se lo puede poner muy difícil. Es consciente de que en Madrid tiene mucho peso. Mirándolo bien, desde la expectativa del egoísmo, si todo sale bien, sería un cierre de oro para su esperada jubilación.

La noche se tercia larga y tediosa. La Guardia Civil, después de horas de investigación y de estudiar las huellas, por fin da por terminada su labor. Ahora solo cabe esperar los resultados de la autopsia.

Sebastián mira el reloj de pared que esta misma mañana parecía haberse detenido. Son las tres de la madrugada. Sube un momento a echar un vistazo a su madre, que sigue dormida. Su tío Ramón permanece con ella; Herminio se ha ido a su cuarto. El policía está agotado. Sus piernas parecen de plomo. Rendido, se deja caer en el sofá del salón. Siente su cuerpo como un saco de boxeo. Le duelen todos y cada uno de los huesos. La tensión agarrota los músculos, provocándole una desagradable dolencia. Este, sin duda, ha sido con diferencia el peor día de su vida. De momento, nada depende de él. Eso lo mortifica de una despiadada manera, trastocando hasta el último rincón de su alma. Sus pensamientos reconcomen cada parte de la razón y devoran hasta la partícula más mínima de su entereza. Sebastián se remueve como un perro que busca la postura más cómoda, y poco a poco, se entrega al sueño. Las luces de la potente lámpara del salón se convierten en sombras, para, después, ser solo oscuridad. Los ladridos de los perros callejeros rompen la serenidad de la noche. Una pesadilla atrapa al inspector. Su padre, con voz quebrada porque le ronda la muerte, está hablándole entre susurros. Sebastián no logra entenderle. Comienza a empaparse de un frío sudor. Grita al tiempo que extiende las manos para abrazarle, pero su presencia se difumina entre una espesa niebla. Por fortuna, un ruido

hace que despierte. Las luces del salón están apagadas, cuando él las ha dejado encendidas. Se sienta en el extremo del sofá y mira la esfera de su reloj Lotus, un regalo de María por su primer aniversario como novios. Recuerda que ese día tuvo que salir a toda pastilla hacia una joyería cerca de la comisaría para comprarle un anillo. Y cuando se lo dio, supo de su error, pues ella creyó que era una alianza de compromiso. Él solo quería ser detallista. Las manecillas marcan las seis de la mañana. De nuevo oye el ruido, esta vez más pronunciado y procedente de la salita. Se supone que todos duermen. Con rápidos reflejos, introduce la mano bajo el brazo del *chaise longue*, donde antes de dormirse ha guardado su arma. Guiado por el trasluz que entra por la ventana proveniente del jardín, se encamina hacia la habitación mientras empuña su arma. Sus músculos se tensan cual cuerdas de una guitarra. Con el dedo en el gatillo de su pistola y con el seguro quitado, está en posición de ataque. No duda en disparar si cree necesario. Sube el escalón que hace de frontera entre un habitáculo y otro, y llega a la cocina. Entre la oscuridad ve el destello de una linterna.

—¡Alto! ¡Las manos adonde yo pueda verlas! ¡Ahora, gírese muy despacio!

Siente la boca pastosa y seca. Su vida y la del individuo se miden en suspiros. El hombre se gira muy despacio hasta que el foco de la linterna le enfoca el rostro,

—Pero… ¿qué haces tan pronto levantado? ¡Dios, he podido dispararte! ¿Qué haces a oscuras? ¡Solo habría faltado que te hubiera pegado un tiro!

El sacerdote, con trémula voz y las piernas temblándole de miedo, contesta, al tiempo que abre su mano, donde lleva guardado un par de cigarrillos y un mechero.

—Hijo, perdóname. No podía dormir y me he acordado de que tu padre siempre guardaba el paquete de tabaco en el fondo de uno de los cajones de los muebles de la cocina.

Sebastián mira a su tío, extrañado. Acercándose hasta él, comprueba que tal y como ha dicho, en el cajón hay un paquete de tabaco y varias cajas de comprimidos. Todos ellos ligados a la delicada salud de su padre, ya que se encontraba tocado del corazón. Aunque desde hacía varios años que estaba sin problemas. Por eso no cabe en su cabeza que su muerte haya sido natural.

—Fumaba a escondidas de tu madre. Era uno de nuestros secretos,

¿sabes?

Sebastián deja sobre la encimera la pistola y se sienta en uno de los cuatro taburetes que están alrededor del mueble.

—¿Cuáles son los otros?

El sacerdote no sabe a qué se refiere su sobrino.

—¿Qué quieres decir?

—Sí, has dicho que era uno de vuestros secretos; ¿qué otros compartíais?

Herminio se lleva un cigarrillo a la boca y lo sujeta entre los rugosos labios; se enciende el pitillo con sus temblonas manos.

—Hijo, los secretos son eso, pactos entre dos personas hasta el resto de sus vidas. Y aunque la de tu padre ya ha terminado, yo aún sigo vivo.

Sebastián recuerda que la tarde pasada lo vio acecharlo por la ventana de la habitación.

—Ayer te vi asomado a la ventana del cuarto de mi madre. ¿Por qué? ¿Acaso temías que encontrase algo? ¿Alguno de esos secretos, tal vez? —Sebastián da un mordisco a una manzana que ha cogido del frutero. El sacerdote no responde, ni siquiera evade sus respuestas con otras preguntas; solo se limita a dar profundas caladas al cigarrillo de tabaco negro.

—No me has respondido. Creo que he dado en la diana. Pero… ¿sabes, tío? Lo averiguaré. Y que tu dios te pille confesado, si tienes algo que ver con la muerte de mi padre, porque no habrá asilo ni piedras donde puedas esconderte.

Vive en Cuenca, en una residencia de mayores y dirigida por monjas gruñonas. Tiene cerca de noventa años y, para más colmo, el Gobierno no permite que conduzca su coche. Solo le queda un vicio; el tabaco. Ya ni siquiera tiene el poder de intimidar con su mirada. Solo funciona con las monjitas recién llegadas al geriátrico. Todo ha cambiado en veinticuatro horas. Hasta ayer, él era un cura jubilado, sin más preocupaciones que reñir a las hermanas que llevan el asilo. Los caminos del destino son crueles. Su querido Tomás está muerto, guardado como un fiambre en una cámara frigorífica del Anatómico Forense. Y para más desgracia, lo ha dejado solo y con el lastre de la culpa. Cuando aceptó el secreto de confesión, no era consciente de cuánto pesaría en su conciencia.

—Eso, hijo mío, suena a amenaza. Recuerda que yo no soy tu enemigo.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Conoces a esa persona?

Don Herminio está atado al secreto de confesión. Y no es solo eso, también vivió parte de todo aquello que, ahora, recae sobre los Villarta.

—¿Por qué muchas de las operaciones que lleváis a cabo en la policía no trascienden a la prensa? —El padre Herminio, muy inteligente, responde con otra pregunta—. Los dos nos debemos a nuestros trabajos. Tú para el Estado; yo para Dios.

Cuando Sebastián ya cree que su tío ha dicho la última palabra, vuelve a sorprenderlo.

—Debemos esperar. En la paciencia está la respuesta. —Y sin darle opción a Sebastián a retomar la batería de preguntas, se marcha hacia su cuarto. Pero antes de perderse por las escaleras, se detiene para decirle—: Sube a ver a tu madre. Ahora es quien más debe preocuparte.

La luz del amanecer se refleja en los cristales del invernadero. Y provoca que el techo parezca una manta de diamantes, pues la gélida noche ha helado por completo la nieve que cubre toda la superficie. Como una manada de murciélagos, unos pensamientos acuden a su cabeza. Si el individuo que se ha colado en su casa ha optado como primera opción entrar en el invernadero, debe de ser por dos principales causas. La primera: conocía muy bien a su padre y sabía de sus aficiones por las plantas. La segunda: buscaba algo en concreto y en ese preciso punto de la vivienda. Al verse sorprendido, Sebastián guarda la esperanza de que no pudiera llevar a cabo su búsqueda.

—¡Sabremos lo que buscamos cuando lo encontremos! —Ese lema que tantas veces dice a sus muchachos cuando están en el medio de una operación, ahora se lo aplica él.

Aquello que quería preservar en secreto su padre debía de ser de vital importancia. Pero… ¿qué?

17

A las ocho de la mañana, el doctor y su ayudante retoman su función en el Instituto Anatómico Forense, después de terminar la jornada anterior con las necroscopias de los fallecidos en el incendio. El forense prepara la sala de autopsias y la mesa de disecciones. Su auxiliar abre la cámara frigorífica donde espera el cadáver de Tomás Villarta para su estudio.

—¡Doctor, por favor, venga sin tardar aquí!

El doctor, apurado por el tono de voz inquietante de su ayudante, acude de inmediato a su petición. ¡No da crédito!

—¡El cuerpo de Tomás Villarta ha desaparecido!

El compartimento donde dejaron el cuerpo está vacío. En la superficie de metal helado y de paredes de placas donde debería de haber un cadáver, tan solo hay miles de dudas. Sin perder ni un segundo, el doctor acude a su despacho para informar de inmediato al juzgado. Esto es un caso insólito; nunca antes ha sucedido nada parecido. ¿Qué esconde un cuerpo para ser robado? Mira atónito a su compañero. Ninguno de los dos tiene una explicación.

El doctor, nervioso por el momento, coge el teléfono que hay sobre la mesa de su despacho. Por el cristal rectangular que da al interior de la sala de autopsias, divisa el reloj de números grandes y de esfera metalizada que está colgado de una de las paredes; las agujas marcan las ocho y cinco minutos de la mañana.

—Señoría, ha sucedido algo muy grave. —Las palabras se le amontonan en la boca y se enredan entre la lengua. Tras coger una gran bocanada de aire, comienza a hablar—: Señoría, perdóneme por mi voz, pero como le he dicho, ha sucedido algo terrible.

—¿Qué ha sucedido, doctor?

—Como bien sabe, debimos posponer la autopsia de Tomás Villarta porque tuvimos que dar prioridad a los fallecidos en el incendio. Y ahora, cuando íbamos a practicársela…, y digo íbamos porque… su cadáver no está.

El juez, ante la extraña noticia, se levanta de un salto de la silla.

—¿Cómo que ha desaparecido un cuerpo del Anatómico Forense? ¿Han mirado bien en todas las cámaras refrigeradoras, por si se han equivocado y lo han dejado en otra?

—Sí, señoría. Lo hemos comprobado todo.

—¡Pues, un muerto no ha podido irse solo! De inmediato enviaré a la policía judicial al lugar. ¡No toquen ni hagan nada hasta su llegada! Y por favor, doctor, le exijo la mayor discreción posible en este suceso.

Mientras esperan la llegada de la policía judicial, el forense y el ayudante están sentados en el despacho; revisan los informes oculares que se hizo al cadáver sobre el terreno. Todo apuntaba a una muerte natural debido a un infarto. En cambio, ahora, no está tan seguro de que fuese así. Por supuesto que solo son conjeturas, porque las certezas se han esfumado en el atlas del cuerpo de Tomás Villarta.

Poco después, el Instituto Anatómico Forense de la ciudad de Cuenca está cercado por un cordón de la Guardia Civil.

Criminalística comienza a realizar la inspección ocular en la sala de autopsias, en las cámaras frigoríficas y en todo el edificio. A primera vista, todo parece estar en orden, no hay nada alterado, como si unos fantasmas hubieran sido los causantes de la desaparición del cadáver. Después, unos técnicos de la Guardia Civil revisan las cámaras de seguridad. Todo parece funcionar a la perfección. La absoluta normalidad es lo más sospechoso de este asunto. Llaman a la Central de Seguridad ubicada en Albacete, que, tras ser informada del suceso, testifican que la alarma en ningún momento de la noche ha sonado. Por experiencia en este campo, saben que no ha sido un fallo, sino que han utilizado un inhibidor de frecuencia. Al supervisar las señales, comprueban que, durante una hora, han estado anuladas. En la franja horaria comprendida entre las cuatro y las cinco de la madrugada. Luego, los investigadores han descubierto que la cerradura ha sido saboteada por apertura de repercusión. Sospechan que quien haya perpetrado el robo sabía que no había vigilante de seguridad. Llegada a esa conclusión, se enfrentan a alguien de inteligencia superior. También tienen claro que se ha utilizado algún furgón o vehículo de gran dimensión.

—Estigarribia, hay que inspeccionar de inmediato la zona. Debe de haber algunas marcas de neumáticos correspondientes a algún medio de transporte, por ejemplo, a una furgoneta.

El cabo mueve la cabeza.

—Nada, no hay nada. La superficie que rodea al Anatómico Forense está toda cubierta de asfalto de alquitrán. No se aprecian marcas de ninguna clase —responde Estigarribia, que no aparta la mirada del suelo por temor a enfrentarse a su superior. Tras unos minutos, añade —: Sargento, la hora del robo ha sido de madrugada, lo hemos comprobado. Quien lo ha hecho ha dispuesto de dos principales ingredientes para que todo salga bien; la tranquilidad y la seguridad. ¿Quién podía molestarle en este solitario lugar apartado de la ciudad? Por eso no ha apretado el acelerador. Y no hay holladuras de neumáticos.

—¡Pues, un cadáver convertido en cubito de hielo no es un paraguas que pueda abrirse y cerrarse! ¡Coño, Estigarribia! —responde más cabreado que un indio, tal como su apodo operativo: el Cherokee. Y es que no sale de su asombro. Al final, el inspector Villarta tiene razón. El fallecimiento de Tomás Villarta esconde algo. Y quien haya robado su cuerpo quiere deshacerse a toda costa de cualquier prueba. ¿Pero qué? No puede ir en busca del policía con las manos vacías. Antes de informarle, tienen que agotar cualquier mínima posibilidad de encontrar alguna explicación. Es verdad que, sin imágenes, ni huellas de ninguna clase, el asunto está complicado. Lo único es intentar que la noticia no trascienda a la prensa. No, al menos, antes de que informen a la familia. Aunque no tiene muchas esperanzas en poder encubrir el hecho. En una pequeña ciudad de provincia como es Cuenca, sería como intentar atrapar todas las estrellas con un colador. Además, no es algo que pase con frecuencia. La gente no roba todos los días un muerto. Deben estar preparados para enfrentar cualquier tipo de sorna. Los Villarta son de una casta religiosa, y el sargento sabe de antemano lo que eso significa.

Nueve de la mañana. Uno de los agentes de la Guardia Civil se presenta ante el sargento. Su cara no aparenta tranquilidad. Algo grave sucede. Teme preguntarle, más que nada porque no sabe cómo afrontar tantos problemas en uno solo.

—Mi sargento, no sé cómo se han enterado. Pero… la prensa se ha hecho eco de la noticia. En la calle hay un periodista.

El sargento pega una brutal patada a una silla solitaria que se interpone en su camino.

—¡Maldita sea! ¿Cómo leches se ha enterado? ¡El juez va a pedir mi cabeza en una bandeja de plata! —protesta Casado. Él es el

responsable de la investigación. Incluso desde la comandancia de Cuenca han confiado en él. Tiene que solucionar este marrón cuanto antes. Nunca se ha sentido tan perdido en un caso—. ¿Dónde está ese periodista?

—Está fuera, mi sargento —contesta el agente.

Eusebio Casares, un hombre que roza la cincuentena. Bajito y tan delgado que parece un galgo de carreras. El pelo zanahoria resalta más aún entre su piel lechosa. En su pueblo tendría un mote, el Colorao. En cambio, su actitud es segura, resuelta y, sobre todo, tenaz. Un tipo, según los parámetros policiales, no de mucho fiar. De esos que en cualquier momento venden a su madre. Pero, claro, a los ojos del sargento, que tiene un radar para detectar a indeseables.

—¡Deje de atosigar a mis hombres con sus preguntas! —espeta a bocajarro el Cherokee al reportero. Nunca ha tolerado a los jetas que se entrometen en las investigaciones.

—Me llamo Eusebio Casares. Y me gustaría hacerle unas preguntas. Según mis fuentes, en el Anatómico Forense ha desaparecido un cuerpo. ¿Me lo puede confirmar? ¿Es cierto que se trata del hombre encontrado muerto ayer en El Pedernoso? ¿Tienen ya a algún sospechoso?

—Nadie va a contestar a sus preguntas. ¡Váyase!

—La gente tiene derecho a saber. ¿Es el Anatómico Forense un sitio seguro para guardar los cadáveres? —insiste el intrépido periodista.

El sargento es consciente de que no puede evitar que informe de la muerte de Tomás Villarta, porque la noticia se ha expandido como la sombra. En cambio, la desaparición de su cadáver es otro asunto. El juez ha ordenado absoluta discreción. Y está seguro de que sus hombres nunca se irían de la lengua. Así como tampoco los compañeros de la comandancia de Cuenca. Esto no huele bien. Pero el Cherokee va siempre un paso por delante de los demás; como dicen en su pueblo, con el pie echado. Conoce el juego del periodista. Basta que pregunte cómo se ha enterado del suceso. Una cuestión trampa, porque eso ya sería suficiente para tener la certeza de que su información es cierta. El Cherokee está acostumbrado a seguir rastro en pleno monte y en noches cerradas. El desarrollo de sus cinco sentidos ha sido entrenado por el GAR. Por lo tanto, un informador famélico no va a venir desde los Madriles a sonsacarle de sus casillas. Porque está seguro de que es de Madrid. Y no es que tenga nada en contra de los príncipes encantados de la prensa nacional. Solo que

están acostumbrados a publicar grandes sucesos, y mira por dónde, con él han tenido que dar.

El corresponsal ya ha conseguido su objetivo. Los agentes se han puesto nerviosos con su presencia. Es cierto que, con frecuencia, suele alterar a la policía. Sobre todo, a uno: Sebastián Villarta. Entre el inspector y él hay una enemistad. Él tiene la mala costumbre de estar siempre en los lugares donde suceden los crímenes, y Villarta, la idea fija de interponerse en su información. Esta vez, el asunto es muy jugoso para dejarlo escapar. Nada más y nada menos que la desaparición del cadáver del padre del policía. Por el momento, él es el único que conoce la escabrosa noticia referente a la identidad del cuerpo extraído de las cámaras frigoríficas. Casares intuye que el sargento, con aires de superioridad, va a informar al inspector jefe de su presencia, para cubrirse así las espaldas. Por eso, debe de antemano adelantarse a todos. El periodismo es una carrera de fondo, y a veces, las buenas formas son incompatibles. Aunque por esa parte, él no tiene problemas. Nunca resulta amable, y prefiere trabajar solo. Es lo que viene a ser, una rata de alcantarilla: poco agraciado, soberbio, a veces irrespetuoso, y otras, roza el cinismo. Pero Eusebio es consciente de sus malévolos atributos; es más, no hace nada para disimular. Está tan seguro de sí mismo que ha escrito el artículo antes incluso de confirmar la noticia. Su fuente viene desde primera línea; es segura.

CUENCA, LA CIUDAD DE LOS CADÁVERES PERDIDOS

> Cuenca, la ciudad encantada y mágica, esta madrugada ha sido empañada por un lamentable suceso, que bien podría tratarse de un guion de película de terror.
>
> Ayer, 12 de enero, en el municipio de El Pedernoso, localidad ubicada en la Mancha conquense y limítrofe con las provincias de Albacete y Ciudad Real, se halló el cadáver de un hombre de unos 70 *años. Su nombre c*orresponde a las iniciales T. V. El fallecido fue encontrado por un agricultor que trabajaba por la zona. Su autopsia estaba programada para hoy a las 8:00 h de la mañana. Sin embargo, para fatídica sorpresa de los forenses, el cuerpo ha desaparecido de la cámara frigorífica. La Guardia Civil trabaja en el caso. La investigación está en secreto de sumario.
>
> Informa: Eusebio Casares.

Por el momento, el titular y la jugosa noticia están escritos en su bloc de notas. Porque tan solo es un borrador de lo que saldrá mañana a primera hora en su periódico. Será portada y ocupará varias hojas de la sección de sucesos. Ya se imagina las felicitaciones de sus jefes. Siempre consigue los mejores titulares. Por eso, a pesar de su mala educación y grosería, lo soportan.

Por ahora se quedará en la ciudad. Más tarde se desplazará hasta la pequeña localidad originaria de los hechos: El Pedernoso, aunque, se refugiará en otro pueblo porque no hay ni pensiones, ni hostales. El último dato que tiene es de la Posada de Don Ángel, pero hace muchos años que permanece cerrada a cal y canto. La verdad es que eso no intercede en sus planes. No va a abandonar. Sabe con antelación que lo más gordo aún está por cocerse.

—Sargento, el tal Eusebio Casares ha sido el único que hasta ahora está informado del suceso. La noticia no ha trascendido en las principales cadenas de televisión, ni en los periódicos —comenta Estigarribia. Lejos de tranquilizar al Cherokee, el comentario hace alarde de que eso no es del todo bueno.

—Cabo, mire al cielo —ordena Casado—. ¿Ve brillar el sol entre las nubes despejadas?

—Sí, mi sargento —contesta algo desconcertado, porque nunca sabe qué puede esperar de él. Desde hace un año, y tras aprobar los exámenes para cabo, soñaba con un destino con playa o montaña. En cambio, lo destinaron al cuartel de Mota del Cuervo, lejos del agua salada y de poder practicar su deporte favorito; alpinismo y escalada. De poco sirvieron las reclamaciones por sus altas notas, ni tampoco tener un primo coronel en la jefatura de la Guardia Civil. En tres años volverá a pedir destino. Con ese propósito, ha dejado de contar los días que restan para marchar de tierras manchegas. Por ahora solo se centra en este caso. Y aunque cueste admitirlo, Casado le cae bien, a pesar de ser un tipo un tanto peculiar y bastante tacaño; siempre se escaquea a la hora de pagar los almuerzos. Incluso fuera de servicio, arrastra su roñosería. Y no entiende muy bien por qué todos los compañeros consienten ser monederos andantes, porque ni siquiera es carismático, ni derrochador de alegría.

—Pues, ese sol no garantiza que antes de que acabe el día no haya una nueva ventisca de nieve —aclara Casado.

—Lo sé, mi sargento. Por eso debemos estar preparados. Además, creo que, si ese tal periodista tiene información, estamos en un

problema. Más que nada, porque las opciones que nos deja no son muy buenas.

—Así es, Estigarribia. Las posibilidades para barajar son las siguientes: un topo dentro de nuestro equipo o ese tipo está implicado hasta la médula —sugiere el Guardia Civil.

18

La mañana avanza y el Anatómico Forense sigue precintado. Ha llegado un nuevo cuerpo para una autopsia. De inmediato, ha sido derivado a Albacete y custodiado por una patrulla de la Guardia Civil, para evitar imprevistos hasta llegar a la provincia vecina.

El Sargento Casado y su subordinado el cabo Estigarribia van de camino a El Pedernoso. Los dos guardan silencio, ni siquiera han puesto el CD de Camela que escuchan sin cesar. Por fortuna, para el cabo, el ruido del motor se filtra en el interior del vehículo y distrae en pequeños intervalos su atención. Estigarribia está tentado a fumarse un cigarro, pero sabe que su sargento lo fulminará con la mirada, para, después, darle la charla para adolescentes. Prefiere reprimirse la llamada de la nicotina. La nacional cuatrocientos veinte está despejada de tráfico. No así el cielo, que refleja en sus nubes la amenaza de más nieve. Los bosques de pinos forman un hermoso paraje blanco, las rocas picudas y de relieve irregular parecen extraídas de la imaginación de Tolkien. Unos buitres sobrevuelan las alturas con sus extendidas alas, semejantes a aeroplanos. El cabo abre la ventana para que entre un poco de fresco, ya que el aire caliente de la climatización es insoportable. El rumor del Júcar, que baja con bravura debido a las precipitaciones y a la nieve acumulada en las montañas, irrumpe en el paisaje conquense con majestuosidad, algo que provoca en Estigarribia una generosa sonrisa. De procedencia vasca, no acaba de acostumbrarse a las llanuras manchegas. Cuando discurren por la Alcarria y Serranía de Cuenca, se apacigua su morriña. Desde que visitó ese lugar por primera vez hace unos días, cada vez que pasa por ese tramo de la carretera siente la pura necesidad de detenerse a vislumbrar el sitio. Unos kilómetros antes de llegar al desvío de Valdeganga hay unas ruinas; según su información, se trata de un antiguo balneario inaugurado en los años veinte, y que hoy tan solo son pilares destruidos. El hermoso sendero, presidido de centenarios árboles, incita a adentrarse en esos legendarios vestigios

de paredes de adobe y piedra.

En la carretera se nota la senda que ha hecho la quitanieves. En los arcenes se acumulan pequeñas montañas heladas. Casado aminora la marcha y comienza a hablar.

—Estigarribia, cuando lleguemos al domicilio de los Villarta, déjeme intervenir a mí. Es un tema muy delicado, y usted aún no tiene la destreza bien desarrollada.

El cabo asiente, porque sabe que enfrentarse al comentario que acaba de decir su jefe le supondrá un marrón. Es cierto que no tiene las tablas que él, pero… ¿cómo las va a adquirir si no le deja ser participativo?

—A sus órdenes, mi sargento.

A medida que se acercan a El Pedernoso, los paisajes cambian. Los pueblos por los que pasan son blancos y muchos de ellos, en las avenidas, muestran sus casas más señoriales. Sin duda les hace falta un buen café; llevan desde las ocho de la mañana con la aguachirri de la máquina expendedora del Anatómico Forense. Han pasado por dos restaurantes, y el sargento no ha sugerido un alto para reponer fuerzas. A tan solo diez kilómetros de distancia de su destino, las tripas reclaman alimento y se hacen notar en sus estómagos. Por experiencia, Casado sabe que es un nudo que oprime sus entrañas. Desde que comenzase de voluntario en el Ejército, y ahora los muchos que lleva al servicio de la Benemérita, nunca se ha topado con un suceso de esta índole. Se ha enfrentado a delincuentes de todas las clases, ha irrumpido a altas horas de la madrugada la tranquilidad de unos padres para informarles de las muertes de sus hijos. También ha tenido que batirse a tiros con unos atracadores y muchos otros hechos escalofriantes, pero nunca a la desaparición de un muerto. Tomás Villarta se ha convertido en un reto, uno de esos complicados jeroglíficos a los que dedica su tiempo de ocio. Ahora debe enfrentarse a un enigma. Esta vez, Estigarribia está de su lado. A pesar de su juventud, lo apodan el Wolf, porque es capaz de seguir cualquier pequeño rastro hasta dar con el paradero del individuo. Hace de las coincidencias, oportunidades, y de las adversidades, virtudes. Es un todoterreno entrenado para cualquier tipo de operación. Además, es sensato, observador y minucioso a la hora de aplicar la lógica en un caso. Con pequeñas pistas, es capaz de hallar a un sujeto. Este chico le gusta, tiene mucho futuro por delante. Seguro que va a llegar lejos.

19

Son las once y treinta de la mañana cuando aparcan el coche en la calle principal de la vivienda de los Villarta. Llaman a la puerta; les abre un hombre demacrado, como si entre ayer y hoy hubieran pasado años. Su rostro refleja cansancio y sus ojos, falta de sueño. Como es costumbre, el sargento hace el saludo militar, seguido del cabo, que espera dos pasos por detrás de su superior.

—¡Buenos días! Supongo que vienen a darme el informe de la autopsia de mi padre y decirnos cuándo nos entregarán el cuerpo para darle sepultura.

Los dos guardias civiles se miran; no saben cómo explicarle la pésima noticia. Debido al corto intervalo de silencio, Sebastián, acostumbrado a leer entre los mutismos de los delincuentes, se adelanta y facilita el terreno a los agentes.

—¿Qué sucede? Porque que algo ha ocurrido es evidente, como también auguro que se trata de algo terrible. ¿Me equivoco? —Los invita a entrar. A toda costa quiere evitar los chismorreos de los vecinos.

Ante el descubrimiento del policía, se ven obligados a mantener las formas y a narrarle lo acaecido esa madrugada.

—Esta mañana, cuando el forense se ha dispuesto a practicar la autopsia a su padre, ha descubierto que… su cuerpo ha desaparecido. De lo único que estamos seguros es de cómo y cuándo han entrado. Lo han hecho entre las cuatro y las cinco de la mañana, y han entrado manipulando la cerradura mediante percusión. La Guardia Civil trabaja sin descanso en averiguar quién o quiénes han cometido semejante barbarie. No le aseguro que encontremos el cadáver, pero sí que haremos todo lo posible por averiguarlo. Es lo único que puedo decirle. —Después de desembucharlo todo, se siente aliviado y respira con profundidad—. Lo sentimos —acierta a decir.

Sebastián se sienta en una silla. Baja la cabeza y enfoca la mirada hacia el suelo, donde todos los dibujos naturales del granito se

unifican hasta formar una gran masa. Los ojos se nublan por las lágrimas y un nudo en la garganta le aprisiona la voz. Casado y Estigarribia esperan de pie alguna señal para intervenir en caso de desfallecimiento. Entre ellos y Sebastián hay un espacio que ninguno se atreve a cruzar, por temor a romper ese tiempo de asimilación que el ser humano necesita para rendirse o para luchar. Los dos sacerdotes bajan de sus habitaciones y entran en el salón para formar parte de ese mismo círculo.

—¿Qué sucede, hijo mío? —pregunta su tío Ramón. Es la primera vez que se pronuncia. Desde la muerte de su querido hermano, ha caído en una profunda tristeza que le ha impedido hablar.

—Mi padre, tío, mi pobre padre no solo lo han matado; ¡han robado su cuerpo! ¡Mi padre, mi pobre padre! —Llora como un niño; su dolor no encuentra consuelo alguno—. ¡Usted, usted tiene la culpa de todo! —grita al tiempo que señala al sargento con el dedo, acusándolo de tal desgracia. Por unos instantes se calma, para después provocar una erupción de graves inculpaciones—. En todo momento he creído que la muerte de mi padre ha sido un asesinato, y ese estúpido forense se ha aventurado a pronosticar, sin un estudio previo, que se trataba de una muerte natural. Todo sería ahora muy distinto si, desde el principio, lo hubieran tratado como un crimen. Ahora, no solo tengo la certeza de que ha sido asesinado, sino de que jamás lo enterraremos —su voz suena potente y fuerte—. Además, quien se lo ha llevado debía saber que todavía no se le había practicado la necroscopia y, por lo tanto, tenía convencimiento de que esperaba en el depósito, entre una de las cámaras frigoríficas. ¿Cómo, si no, de otra forma podría saberlo quien quiera que haya hecho esta monstruosidad? ¡Es más, quien ha perpetuado todo esto debe saber que provenimos de una familia religiosa y la importancia que supone el enterramiento de un ser querido en un camposanto! ¡Alguien que sabe todo de nosotros!

De pronto, el sacerdote don Herminio se hace la señal de la cruz. Su rostro está blanco como la nieve que cubre los tejados y las calles del pueblo. De las cuevas de sus hundidos ojos resalta un brillo de miedo. Aun así, consigue doblegarse, porque no debe romper el secreto de confesión. Por nada puede traicionar a su hermano Tomás. A toda costa debe acallar los latidos de su conciencia. Por las noches, cuando está a solas en su habitación, pide clemencia a Dios, postrado de rodillas, horas y horas. Eso le provoca consuelo inmediato hasta que

los pensamientos retoman su función de culpabilidad.

De pronto, se choca con la mirada de Sebastián. Está dispuesto a hablar, pero en el último momento se arrepiente. Está obligado a no caer en la tentación.

—Lo siento mucho —dice el sargento.

—¿Que usted lo siente? ¿Me puede decir cómo le explico yo a mi madre que su marido jamás será enterrado, porque ustedes han metido la pata? ¡Usted tampoco tiene una respuesta!

El sargento y el cabo permanecen en todo momento en silencio. Saben que, en esta ocasión, les favorece. Sin embargo, Sebastián no deja de arremeter contra ellos dos.

—¡Yo mismo buscaré el cuerpo de mi padre! ¡Aunque deba levantar hasta la última piedra y adentrarme en el más remoto lugar de la Tierra! Además, yo me ocuparé de la seguridad de mi familia, porque estoy convencido de que somos un claro objetivo.

—Usted sabe que hemos actuado según el protocolo y no hemos incumplido ningún paso. Nuestra actuación ha sido en todo momento correcta. Y usted mejor que nadie sabe que, a veces, las cosas no son lo que en un principio se cree; aún con evidencias, la realidad es distorsionada.

—¡Usted mismo lo ha dicho: con evidencias de que algo está fuera de lugar! ¡Y entre todos han dejado libre a un asesino!

Aun así, Villarta sabe que el sargento Casado está en lo cierto. La sangre le hierve en cada vena y en cada arteria de su cuerpo. Siente tanta impotencia y rabia que necesita explotar. Se levanta de la silla tan de repente que su tío Ramón, arrodillado a su lado, cae de espaldas, pero él no depara en su caída, tan solo en destruir, en arrancar de su corazón ese maldito dolor que devora como una rata sus entrañas. Cree que nada peor ya puede sucederle.

—Inspector Villarta, siento mucho comunicarle algo que seguro va a ser muy desagradable.

Sebastián se dirige desafiante hasta Casado. A escasos centímetros de su cara, pregunta:

—¿Más? ¿Cómo es posible?

—A pesar de poner todas las oportunas medidas para preservar la intimidad de su familia, la noticia ha saltado a la prensa. Lo siento mucho, créame, y si damos con quién se ha ido de la lengua, se lo haremos pagar.

—¡Dios mío! ¿En qué medios locales o regionales ha salido?

—Eso es lo extraño de esta situación. Se ha hecho eco de la noticia un periódico nacional y mucho me temo que nada podremos hacer para evitar que también estemos en todas las televisiones del país. Vamos, que, en cuestión de horas, todo se extenderá. —Casado ha sido testigo del asombroso cambio de expresión del policía. Es como si hubiera nombrado al diablo.

—Por favor, no me diga que es un tal Eusebio Casares.

—Sí, inspector, es él. Por su respuesta, adivino que no es pura intuición. Dígame, ¿conoce de algo a ese tipo?

—Sí, conozco a ese cerdo; es la carroña del periodismo. Y como usted bien vaticina, es cuestión de horas para que estemos en todos los medios de comunicación. Pero antes, tendremos el honor de estar en la portada de su periódico. ¡No tiene escrúpulos!

Comienza a dar puñetazos a la pared. Los golpes son tan salvajes y fuertes que atraviesan la pintura y la rasilla. Sus nudillos sangran. Con cada embestida, llora y se desgarra.

El sargento Casado y el cabo Estigarribia intentan detenerlo; las fuerzas de Villarta consiguen evadirles y arrastrarles.

—¡Deténgase, por favor! ¡Se va a romper las manos! ¡Por Dios bendito, deténgase!

—¡Mi padre, mi padre, quiero a mi padre de vuelta! —sus palabras son gritos y llanto—. ¡Mi padre, sargento, mi padre está como un maldito perro abandonado! ¡Y ese cabrón bastardo de Casares se atreve a lucirse con mi desgracia! Esto va a hundir para siempre a mi madre.

20

Al jaleo, Marta baja las escaleras mientras se sujeta a la barandilla de madera. Aún está muy débil. Nadie repara en su presencia.

—Sebastián, Sebastián, ¿qué sucede?

En ese preciso momento, Villarta se derrumba.

—Mamá, por favor, siéntate aquí a mi lado. El sargento Casado tiene algo que comunicarte.

El guardia civil, con un nudo entre el pecho y la garganta, asume su responsabilidad de la mejor manera posible. Desde que está en la Benemérita ha aprendido no solo a ejercer la ley, sino también a escuchar y a comprender las carencias y necesidades de las víctimas. Y en casos como este, echa mano del cabo Estigarribia, que tiene estudios de psicología. Con disimulo, hace un gesto con la cabeza para que sea él quien intervenga.

—Señora, me gustaría hablar con usted a solas, en un lugar más tranquilo.

Marta mira a su hijo sin entender nada. Sabe que debe de tratarse de algo muy grave y quiere afrontarlo cerca de él.

—No, nada puede ser peor que la muerte de mi esposo. Lo que tenga que decirme, quiero que mi hijo esté presente.

Villarta se recompone y se hace cargo de su madre; él será quien le explique la situación.

—Mamá, la muerte de papá ha sido lo peor que nos ha sucedido, pero ahora más que nunca debemos ser fuertes y permanecer unidos. —Guarda silencio unos segundos, traga saliva e intenta encontrar las precisas palabras—. De momento, a papá no podremos enterrarlo. Tenemos que esperar un tiempo. —Marta lo mira sin comprender nada. ¿Por qué deben esperar? ¿Por qué no pueden enterrar a su querido Tomás? Ya han pasado las horas estimadas para tener los resultados de la autopsia. De hecho, deberían haber hablado ya con don Paco, el párroco del pueblo, para acordar la hora del entierro. Y con los servicios funerarios del tanatorio, de las flores, de abrir el

panteón familiar… ¿Por qué su amado marido no será amortajado? ¿Deberá cruzar la frontera a lo divino con la sábana mortuoria del Anatómico Forense? ¡Cuánto ha cambiado la vida desde ayer!

—¿Cuánto tiempo hay que esperar?

—No tengo respuesta, mami. Lo siento.

—No entiendo nada, hijo. ¿Por qué no podremos enterrar a papá?

Sebastián tiene el alma amarrada por la pena. Su madre no se merece nada de todo esto. Ahora deberían estar con los preparativos de su enlace de oro. Es desgarrador verla tan abatida. No quiere lastimarla más, pero no encuentra la suavidad en sus palabras. Es como si el tacto se le estuviera escapando a borbotones, porque ¿cómo disimular lo que duele y te mata? ¿De qué manera se miente cuando la situación es tan despiadada?

—Mamá, el cadáver de papá ha desaparecido del Anatómico Forense, incluso antes de que comenzara la autopsia. ¡Lo siento mucho, mamá, lo siento tanto! —su voz se rompe porque no sabe cómo enfrentarse a esos ojos que lo miran sin entender nada—. Pero… te juro que… haré lo posible por traerlo de vuelta con nosotros. Mamá, ¿me has entendido?

Ella asiente. A falta de dos días para la celebración del cincuenta aniversario de su boda, una fecha que uniría a toda la familia, a cuarenta y ocho horas del nuevo comienzo en una etapa hacia la vejez plena, su vida se ha truncado. Y ahora ya no se duele del fallecimiento de Tomás, sino de que jamás podrá llevarle flores a su tumba. No hallará consuelo alguno en limpiar su losa, ni en ponerle velas en el Día de Todos los Santos. Tampoco se sentará en uno de los bancos que hay en los angostos senderos del cementerio, ni sentirá su ausencia bajo la sombra de un ciprés.

21

Después de que la Guardia Civil haya abandonado la casa de los Villarta, la noticia se extiende como la pólvora por El Pedernoso. Los vecinos, amigos, conocidos y allegados de la familia comienzan a concurrir en la vivienda de Tomás Villarta. Poco a poco, el salón se queda sin espacio. Don Herminio, seguido de su hermano don Ramón, inicia las oraciones del rosario. Marta está en el centro, resguardada por Sebastián que, en todo momento, la mantiene cobijada entre los brazos. A él se le cuelan unos pensamientos: María y su compañero Ledesma. Ellos dos son importantes piezas en su vida. Siente que los necesita. Tiene la pura necesidad de escuchar la voz de su chica y la de su amigo. Incluso al comisario Gutiérrez y a todo su equipo. Necesita sentirse arropado por los suyos, por su gente, esa que da todo cuando se vive una drástica situación y donde un segundo es suficiente para morir o vivir.

—Mamá, ahora vengo; necesito hacer unas llamadas. —Le deposita en la frente un suave beso, no sin antes darle una señal a una vecina para que acompañase a Marta.

Una vez a solas, Sebastián se refugia en su habitación. Todo está como si el tiempo se hubiera detenido, como si en el interior de esa nave de cuatro paredes forradas con sus héroes de los años ochenta no estuviera incluida en la vida, como si la Tierra, al girar en su órbita, hubiera olvidado ese pequeño espacio personal. Es el único lugar de la casa al que cree pertenecer. Toda la decoración la adquirió poco a poco en los kioscos de Madrid y durante el verano con sus abuelos. Sus padres trabajaban en la portería y él se dedicaba a decorar el dormitorio como dominio de una porción de aquella casona. Ahora, sentado en la cama, cierra por unos instantes los ojos, toma aire y muy despacio lo deja escapar por la boca. El silencio es desesperante, es como dejar pasar las horas muertas y sin resistencia. La ventana está abierta. Desde el exterior se cuela el sonido del constante goteo de la nieve fundida, que cae por los canalones de los tejados. En su cabeza,

los pensamientos son una centrifugadora. Su cerebro se debate entre la necesidad de tener un poco de calma y la inercia por continuar con la investigación. Tiene que haber algo por dónde comenzar. De hecho, sabe que el vínculo que une a su padre con su caso del psicópata es muy estrecho e importante. Por si fuera poco, cree que su tío Herminio tiene respuestas a muchas de sus dudas.

Sentado en el borde de la cama y con el teléfono entre las manos, duda. No sabe qué hacer. Necesita a María más que a nada. Y a su compañero Ledesma. Félix es uno de los mejores policías que conoce. Si alguien tiene un sexto sentido en un caso, ese es él. Piensa otra vez en María. La llama. Puede que también esté vigilada por el asesino, o tal y como creen, por los criminales, pues la opción de que sean dos no está descartada. Sus víctimas son novicios, y ahora, su padre. Hay algo extraño en toda esa conexión. Es como intentar que el aceite y el agua se unan. Si es cierto que es el mismo criminal, ¿por qué ha utilizado distintos patrones para cometer sendos asesinatos? Con los pobres aspirantes a curas cometió un extraño y sangriento ritual. Sin embargo, a su padre lo dejó arrojado en el campo, para después robar su cadáver. Todo ello carece de lógica.

—Dime, Ses —Así es como ella lo llama en la intimidad.

—Hola. —Las palabras bailan sin compás entre sus labios, y de pronto se rompe, la voz se le quiebra y se derrumba como un castillo de naipes—. Te necesito conmigo. —De nuevo se destruyen sus fuerzas y las lágrimas le brotan por la cara. Como puede, se recompone y continúa—: El cuerpo de mi padre ha desaparecido. —Cuando acaba esa frase, siente tanto dolor en su alma que ya le es imposible controlar el llanto.

—Ahora mismo salgo para allá. Te amo.

De repente, una idea invade de lleno a Sebastián.

—¡María, María! ¡Espera, no vengas sola! ¡Llamaré a Ledesma para que te recoja! —No quiere asustarla. Su compañero le ha puesto una escolta sin que ella sepa nada. Pero llegado este punto, no se fía de nadie. El asesino no es uno cualquiera; es un ser con una inteligencia suprema, con un alto coeficiente intelectual capaz de llevar a cabo perversos planes. Sabe que se ha llevado el cuerpo de su padre, con el solo hecho de herir en lo más profundo del alma. ¿Por qué, si no, ha cometido tan horrible sacrilegio? Habría bastado con matarle.

—Está bien cielo; espero a que Félix pase a recogerme. Meteré a Roco en su jaula. Ya sabes lo poco que le gusta.

—De acuerdo. Una cosa más… Por favor, no abras la puerta a nadie, solo a Ledesma.

María, entonces asustada, pregunta:

—¿Qué sucede? ¿Crees que corro peligro y por eso quieres que vaya contigo, verdad? —Las preguntas de María cogen por sorpresa a Sebastián. La ha subestimado, y sabe que, cuando se cree vencida, es más cabezota y hace todo lo contrario de lo que se espera de ella. Tras unos segundos de silencio, ella vuelve a insistir—: Es eso, ¿verdad? No me necesitas, lo haces por tu propia conciencia, por si algo me sucediera. Pues lo siento, pero hace mucho que cuido de mí; llevo haciéndolo desde antes de conocerte. No debes preocuparte.

—María, por favor, no es el momento de enfados. Claro que te necesito. Por favor, mi vida, hazme caso y espera con la puerta cerrada a Ledesma.

—Está bien, pero cuando todo esto pase, tú y yo tenemos una conversación pendiente. —Sin más, corta el teléfono y deja a Sebastián con la palabra en la boca. La última vez que tuvieron una conversación de esas que ella cataloga de importante, cortaron por dos meses su relación.

Después, telefonea a su compañero, que al primer tono descuelga el teléfono.

—¿Qué hay, jefe?

—Ledesma, te necesito, amigo. El cuerpo de mi padre ha desaparecido del Anatómico Forense y la Guardia Civil ya está trabajando en el caso, pero te preciso aquí conmigo. Hablaré antes con el comisario Gutiérrez. Una cosa más, amigo; es mejor que lleguéis por la noche. No quiero que nadie os vea entrar en casa. El factor sorpresa puede que sea una carta a nuestro favor.

Sebastián no recibe todo el apoyo del comisario tal y como espera, más que nada porque con él fuera del caso y ahora con la marcha del subinspector Ledesma, se queda sin sus dos mejores hombres. Y se juega mucho como responsable de la investigación del Asesino estilista, tal y como ha sido bautizado por la prensa. Bueno, más bien por Casares; todos los demás periódicos parodian sus titulares. Además, desde hace unos meses en los que comenzó a operar el psicópata, los jefazos lo traen frito; casi todas las semanas recibe una llamada apremiándole en el esclarecimiento del asunto. Sabe que, cuanto antes se resuelva la muerte del padre de Villarta, antes lo tendrá al cien por cien para él solo.

—Villarta, sabe que siento mucho por todo lo que está pasando su familia, y yo mismo le tiendo mi mano, pero le doy una semana. ¡Una semana, recuérdelo bien! Si en siete días todo sigue igual, quiero a Ledesma de inmediato aquí, de vuelta. Porque nuestro caso debe continuar su proceso. Además, tómeselo como un favor, porque eso ya no es competencia policial, sino de la Guardia Civil. Y espero no recibir ni una sola llamada de queja por parte de la Benemérita de que se han interpuesto en su camino, porque si no, estarán haciendo vigilancias todo un año. ¿He sido lo suficientemente claro, inspector jefe?

—Sí, comisario. Tan claro como el agua.

—Por cierto, Villarta, un consejo más antes de despedirnos. No se haga el héroe, porque hasta Ulises también lloró. Creo que me ha entendido. Échele un par de huevos al asunto, pero siempre con cabeza. Y manténgame informado en todo momento. Nada más.

22

Antes de terminar la conversación, a Villarta le asaltan las dudas. A Gutiérrez está ocultándole que es muy probable que el psicópata que les trae de cabeza y el asesino de su padre podrían tratarse de la misma persona. Y la evidencia de dos cómplices gana cada vez más peso. Como tampoco ha dicho que cree que él mismo es una pieza clave en la investigación. Teme que si confiesa todas sus conjeturas, sea apartado sin miramientos del caso, y ya que ha convencido al sargento Casado, no quiere quedarse aislado de todo. Se moriría si tiene que esperar a que los demás resuelvan sus incógnitas. Sobre todo, tiene que averiguar quién se esconde detrás de alguien tan sádico. El inconveniente más complicado al que se enfrenta si su comisario se entera de la posible vinculación es el riesgo de no solo dejarle sin su total confianza, sino que Asuntos Internos lo investigue y sea condenado por ocultamiento de pruebas.

El comisario Gutiérrez es de esos jefes duros que apenas regala una sonrisa, pero siempre está dispuesto a echar una mano si es preciso. Aunque si su furia te alcanza, puede hacer lo imposible por hundir a quien se interponga en su camino. A veces, Villarta tiene la sensación de que lleva demasiado peso en sus hombros. Debe lidiar a diario con mucha presión. Claro que es un pobre hombre que a sus sesenta años se ha enamorado de una mujer con una treintena de años menos que él y eso lo trae por la calle de la amargura, porque los celos son su mayor tormento. Y no lo culpa, ya que con tal hembra nadie está a salvo de ser celoso. Morena, de ojos negros, uno setenta y cinco de altura y caderas de medidas exactas. Y eso no es todo, sus pechos son de pecado y unas piernas kilométricas. Eso, sumado a que sus apretadas nalgas son el vicio de su comisario. Por todas esas virtudes, sus recelos aumentan como un globo y, también, esos malos momentos que son más frecuentes cada vez. Así que es mejor no estar en comisaría.

—Comisario, no he sido sincero con usted.

Silencio. Después un carraspeo de garganta, Gutiérrez, con voz autoritaria, pregunta:

—¿Qué quiere usted decir, Villarta?

—He requerido la presencia de mi compañero Ledesma porque no solo lo necesito para que me ayude a descubrir la muerte de mi padre y la desaparición de su cuerpo, sino que —Sebastián se detiene unos segundos para respirar, coger aliento e hinchar sus pulmones en una gran bocanada cargada de aire rancio que envuelve su habitación— tengo la firme sospecha de que nuestro hombre, el psicópata que desde hace meses nos trae de cabeza, y el asesino de mi padre pueden tratarse de la misma persona. Además, estoy seguro de que ha necesitado de un cómplice para llevar a cabo el tétrico hecho.

—¿Qué leches está diciendo, Villarta? ¿Cómo ha llegado a esa conclusión tan descabellada? ¿Qué tiene que ver un psicópata que mata a los pobres curas con su padre? ¡Explíquese de una maldita vez!

Sebastián narra todos los detalles sin guardarse nada en el tintero. Al igual que hiciera con el sargento Casado de la Guardia Civil. No quiere darle a su superior ni un solo pretexto para apartarlo del caso. Ahora solo cabe esperar el no haberse equivocado.

—Villarta, como comprende, esto lo cambia todo. Y que cualquier prueba que usted consiga será anulada por la defensa del asesino, en el caso de atraparle. Por otra parte, entiendo que apartarle de todo no serviría de nada, porque estaría al pie de la investigación. Apelo a su juicio como policía y a su confianza como hombre y que actuará en consecuencia. Por nada puede llevar la voz cantante en esta investigación; déjele todo el peso a la Guardia Civil y al subinspector Ledesma. ¿Me ha entendido, Villarta?

—Sí, comisario. Le doy mi palabra de que cumpliré con su mandato.

—Está bien, Villarta. El tiempo sigue siendo el mismo; disponen de una semana. Por favor, cuídense.

Cuando cuelga el teléfono, respira aliviado. Sabe que no tiene carta blanca para actuar e investigar, pero su compañero sí. Y a toda costa deben aprovechar esta semana de margen para tener algo sobre la mesa con lo que empezar a investigar a ese mal nacido. Ponerle cara, nombre, y llevarlo ante la justicia.

Sebastián, ahora que espera la llegada de María y la de su compañero Ledesma, se siente algo más tranquilo. La gente sigue llegando a la vivienda. Todos rodean a Marta, a los dos sacerdotes y a

Sebastián, tal y como se hace en un duelo. Pero en este caso, es velar a un invisible, a un recuerdo; es llorar a un vacío porque no hay difunto por quien pedir plegarias. Lo único real que rodea el tétrico ambiente es el sonido de las campanas que doblan a Tomás, a petición de don Herminio al párroco del pueblo.

—¡Diles que se detengan! ¡Eso es hacer burla de mi marido! —exclama Marta. En ese instante, don Herminio se levanta del sofá y se dirige a un muchacho y le dice algo al oído. Después, el joven desaparece. Las campanas dejan de sonar.

23

Las personas, venidas desde todos los puntos de El Pedernoso, permanecen en la casa con los Villarta. Por unos instantes, Sebastián siente la misma sensación que tuvo ayer en la cantera. Se siente observado y comienza a mirar los rostros de todos los allí presentes. Entre toda la multitud quizás se encuentre el asesino, y cual pirómano, esté observando cómo las llamas destruyen su obra. El inspector se levanta del lado de su madre; tiene que salir, porque todos los asistentes en la sala son conocidos y su sospechoso tiene que ser alguien nuevo en el lugar o, incluso, que haya retornado al pueblo después de mucho tiempo. En ese caso, Sebastián no lo reconocería. Una fuerte intuición se mezcla con el bullicio. De repente, atraviesa el gran patio, y a escasos dos metros de perderse por la puerta, ve huir a un hombre. Sabe que se trata de él. Sebastián sale corriendo, pero no logra alcanzarlo, ni tampoco ver su rostro. La gente lo detiene a cada paso para darle las condolencias. Cuando logra llegar a la calle, el individuo ha desaparecido. De la misma desesperación, golpea una de las hojas macizas de madera de las antiguas portadas. Siente un infierno en todo su interior que domina cada parte de su paciencia y razón.

—¿Alguien conoce a ese hombre que ha salido corriendo de mi casa?

Nadie se ha percatado del individuo. Todos están muy pendientes de lo que se cuece en los corrillos y, también, de todos esos chismes que llegan desde el salón. «¿Y qué dice Marta?», «¿Cómo está?», «¿Y los pobres curas?», «El más desagradable es el hijo, con esos aires de superioridad», «¿Por qué lo habrán matado?», «¡A lo mejor, solo ha sido un accidente!», «¡O muerte natural!», «El pobre Tomás estaba delicado del corazón». Todos esos comentarios y curiosidades atraen a los vecinos. Por eso nadie se ha fijado en ese tipo que desfila calle abajo. Excepto el sastre, que ha sido testigo de la huida al cruzarse con él, con Alejandro Higueras, un tipo charlatán y simpático, hijo de

un militar y amigo del pobre Tomás. Ellos dos han pasado juntos mucho tiempo. Además, siempre lleva una buena cartera repleta de billetes que, por otra parte, no se corta en mostrar. Paga generosas comidas en el restaurante Los Tejares. Y eso tapa cualquier defecto ante los ojos de los gorrones de turno, que, por una buena comilona gratis, son capaces de vender su criterio. En cambio, él siempre ha visto algo extraño. Lleva muchos años al servicio del pueblo como sastre, trabajando más de diez horas diarias, durante cuatro ininterrumpidas décadas detrás de un mostrador y entre las paredes de su estudio de costura. A lo largo del tiempo ha adquirido una gran destreza y picardía para descifrar los verdaderos caracteres de las personas. Lo mismo que desde el principio le ha hecho sospechar que tras Alejandro Higueras se esconde algo turbio. Nadie en la vida tiene momentos tan casuales. Al igual que ha sospechado de Tomás. Siempre a la defensiva y en alerta, como los pachones de caza, a la espera del silbido del viento. Su padre, un viejo zorro de la costura y de la caza, solía decirle que cuando alguien espera que el aire hable para emprender el camino es porque una inquietud lo atosiga. ¿Será eso lo que estuviera sucediéndole a su amigo Villarta? Porque ahora que ha visto correr como una rata callejera y asustadiza a ese tal Alejandro, el Comercial, como es conocido por el grupo del mus de los domingos, deduce que no es trigo limpio. En un abrir y cerrar de ojos, se ha perdido entre las callejuelas estrechas y empedradas del pueblo. Para no ser del El Pedernoso, se desenvuelve con soltura entre los atolladeros del laberinto urbanístico. A pesar de que es un municipio pequeño, los barrios parecen espirales, y cuando uno se adentra en las bocacalles sin conocerlas, puede acabar dando vueltas a una misma plaza, como un ratón enjaulado. Y no es el caso de Alejandro. Parece que ha estudiado muy bien el recorrido. Está seguro de que en plena oscuridad habría sabido hallar la salida del casco antiguo. Un punto más en su contra, y a favor del hipotético criterio del sastre.

Sebastián Villarta se detiene a su lado.

—Lo busca a él, ¿verdad? —pregunta el sastre, seguro de la respuesta del hijo de Tomás—. Se ha perdido por esas calles. ¿Qué ha hecho? —Antes de esperar la respuesta, el sastre continúa hablando—. Es Alejandro Higueras; se consideraba amigo de tu padre. Pero me ha parecido creer que huye de algo. Me ha recordado a los ladrones de gallinas.

Sebastián no entra en explicaciones. Es conveniente preservar la

intimidad de su clan familiar. Ya tienen suficiente con la imaginación de todos los habitantes del pueblo y de la comarca.

Sin entrar en detalles, comienza a interrogar al sastre. Necesita obtener la máxima información para enfrentarse al posible asesino de su padre y el más voraz y despiadado psicópata.

—Usted parece conocerle muy bien. Por favor, necesito su descripción.

Hasta este momento nunca ha compartido sus opiniones sobre el forastero. Ni siquiera con su esposa. Él es un hombre a quien no le gusta meterse en líos, y para eso ha tenido siempre que alejarse de las intimidades de la gente. Allá cada uno con su vida. Ahora todo ha cambiado. Se encuentra ante un inspector de policía que anda detrás de un compañero del mus; eso dificulta aún más su posición. No sabe el alcance de los hechos que inculpan al tal Alejandro Higueras. Si de verdad se trata de alguien peligroso, sabe que él puede hacer una descripción exacta de su aspecto. Eso lo pondría en una situación peliaguda. Nadie de los componentes de las partidas del mus sabe mucho del supuesto comercial. Solo aquello que les ha querido contar.

—La verdad es que no sé nada de él. Además, cualquiera de los amigos de tu pobre padre, que en paz descanse, te diría lo mismo o incluso más que yo —se excusa el sastre.

—Seguro que sí, pero ellos no están aquí, y usted sí. Aunque no se preocupe, porque a esos amigotes de mi padre también les llamará la Guardia Civil a declarar, si es necesario. Ante una investigación de esta índole, no se descarta tomar cualquier medida legal. Si teme hablar por meterse en algún lío, le prometo que nadie va a saber lo que usted y yo hablemos.

El sastre ya se ve echando viajes al cuartel de la Guardia Civil de Mota del Cuervo, y eso no puede permitírselo.

—Se llama Alejandro Higueras. Hijo de un compañero de mili de tu querido padre, que Dios lo tenga en su gloria. Desde que se conocieron, todos los fines de semana echábamos la partida de mus. Trabaja de comercial, pero no sé de qué. Tampoco dónde reside. Nos dijo que estaba separado, con hijos y con una exmujer demasiado pesada. Eso es todo lo que nos ha contado. Como he dicho, no es mucho…

—Muy bien. Eso es referente a su vida privada y personal. Ahora, dígame, ¿cómo es su aspecto físico? Necesito hasta el último detalle.

—Pues, es un hombre un tanto extraño. —Esa extrañeza marcaría

la diferencia para comenzar una búsqueda mucho más exhaustiva—. Con poblada barba que cubre gran parte de su rostro. Pelo negro y engominado. Muy alto; yo diría que un metro noventa o así. Cuerpo atlético. Atractivo para cualquier mujer; usted ya me entiende. Ah, y era manco de la mano derecha. Por eso siempre la llevaba metida en el bolsillo. Eso es todo lo que puedo decirle.

Algunas de las descripciones coinciden con la del joven albañil. En cambio, otras para nada tienen que ver, como la calvicie o la fea cicatriz en una parte del rostro. La suposición de Sebastián es que estaría ocultando sus verdaderos rasgos bajo disfraces. Algo que, de ser cierto, dificultará su identificación. Además, el sastre ha sumado una anomalía más de su aspecto; ha hecho mención de que le falta una mano, aunque sería una treta para ocultar la falta de dedos.

Después de la conversación con el amigo de su padre, vuelve a su domicilio. Se siente satisfecho, porque ahora está más cerca de encontrar al asesino que hace unas horas. Pero no quiere cargarse de muchas esperanzas, pues se encuentra ante un criminal muy escurridizo. Siempre le logra sacar un paso por delante.

—Por favor, señores y señoras, en el nombre de mi familia y mío, les agradezco que hayan estado acompañándonos en nuestro dolor, pero necesitamos descansar y llorar a solas la muerte de mi padre. —Mientras habla, está haciendo un enorme esfuerzo por contenerse y no decir lo que piensa: «Por favor, ¡váyanse de una vez de mi casa, malditos hipócritas! ¡Váyanse, que este circo ya ha terminado!». No obstante, se calla para no empeorar las cosas. Bastante mala opinión ya tienen de él por su seriedad y poca amabilidad con los Pedernoseños, como para crearse más enemigos. Además, puede incluso llegar a necesitarlos, sobre todo, a esas villanas de chismes, que parecen espías disfrazadas de amas de casa mientras barren las calles con la antena puesta. Sin olvidarse de los jubilados, cuando juegan a la petanca en el antiguo cementerio, convertido en un hermoso patio de recreo y, a veces, lugar de conciertos en las noches de verano. O a esas otras mujeres, que acumulan pan en sus alacenas, pero que cuando escuchan el pitido del claxon del coche del panadero, olvidan sus dolencias y dejan aparcados sus quehaceres, con el solo pretexto de cortar algunos trajes, como se dice a las críticas de lenguas largas.

Poco a poco la gente va saliendo no sin antes murmurar entre dientes la actitud de Sebastián. Cuando el reloj de la iglesia marca con

sus campanadas las cinco de la tarde, la casa se ha quedado vacía. Los Villarta se quedan como los cuatros palos de una baraja.

24

En su huida, Alejandro Higueras, para despistar a su perseguidor, ha girado hacia la derecha. Sabe que es todo lo contrario de lo que ha planeado en un principio, y quiere evitar a toda costa poner en preaviso de sus planes. Corre y corre sin detenerse ni a tomar aire. Se encuentra ante una calle recta y amplia. Al final, divisa el campo abierto y despedazado por la gran nevada. Una gran carretera nacional siega el camino en seco. Por unos segundos mira hacia atrás, y aunque ya el policía no lo persigue, no se detiene. Cruza la vía. A cien metros hay una arboleda, pero es tan pobre en árboles que su escasa densidad no puede ampararlo. Es entonces cuando se topa de bruces con un solar cercado por paredes encaladas. Por algunos tramos, su altura es irregular. De un salto, sumado a la potencia de sus pies y piernas, ha asaltado el corral y se adentra en el interior. Camina entre las piedras, procedentes de las ruinas del edificio colindante, que más bien parece una vieja casona de pastores. Entre la broza silvestre y las rocas ha encontrado un pequeño escondite. Intenta bajar el ritmo de su respiración, para producir el menor ruido. Y espera, no sin antes aferrarse al mango de su puñal, que guarda en uno de los bolsillos internos de la cazadora. No duda en usarlo si es preciso. Mueve una de los guijarros, y consigue provocar un pequeño agujero por donde observar qué sucede más allá de esa frontera. Comprueba que nadie lo busca ya. El sendero está vacío. Tan solo la umbría de la nieve y el frío campa a sus anchas entre los campos minados de soledad. Aun así, cree oportuno esperar más tiempo. Al menos, hasta estar seguro de que nadie lo espera para darle caza.

Poco a poco, el cielo pierde el color naranja del atardecer y entra en el crepúsculo. Cuando ya es noche cerrada, sale de su escondrijo. En la llanura de labrantíos alcanza a ver las luces de otros municipios, e incluso el alumbrado del castillo de Belmonte. Sabe que no puede volver a Las Pedroñeras, localidad donde vive en una casa de alquiler, desde hace varios meses. Por ahora es mejor no arriesgarse. Todo está

saliendo tal y como ha planeado. Es cierto que se ha expuesto demasiado al colarse entre la multitud del gentío en casa de los Villarta. Ahí quizás ha osado demasiado de confianza, pero ha podido comprobar que, ni en los momentos más bajos, el inspector de policía baja la guardia de sus instintos, ni de sus sentidos. Enseguida ha sido capaz de reconocerle, como pieza sin identificar entre la algarabía de las personas.

La nieve ha vuelto a invadir la comarca manchega. Los copos son tan grandes y espesos que parecen proyectiles que caen sobre las casas de El Pedernoso. Las calles son tomadas por la blancura. Las pisadas sobre el asfalto son cubiertas por la precipitación. Se siente amparado por el letal y rudo invierno. Es tal la soledad que en su recorrido solo escucha su propia respiración entrecortada, a medida que corre y avanza deprisa. Las escasas tiendas de ultramarinos, los supermercados y comercios están cerrados. Los coches, como fantasmas, esperan bajo un espeso manto inmaculado. Las aceras del barrio Peña están colmadas por una resbalante y peligrosa capa de hielo. Y la sal apelmazada brilla bajo los focos tenues de luz que desprenden las farolas, donde la helada también se ha adherido a los cristales. Es como divagar entre las entrañas de un paraje fantasmal. Cada uno de los habitantes de la localidad está sometido al sueño.

Son las tres de la madrugada. Los perros callejeros se alborotan con los ruidos provenientes de la carretera y que se cuelan en la noche para destrozar el silencio. El supuesto asesino de Tomás por unos momentos se detiene en la plaza Mayor, donde una rectangular fuente de fondo azul turquesa en su base se muestra altiva y desafiante frente al ayuntamiento. El chorro de agua proveniente de la pequeña cascada está congelado. Y el brillo de la gran helada se refleja hasta en las antiguas rejas de las viejas casonas de labranza. Puede escoger dos direcciones para dirigirse a su próximo escondite. Y se decide por adentrarse en la maraña de callejuelas del pueblo. Llega hasta la anchura de dos bocacalles. Sigue, avanza y se encuentra en el desamparo de la crudeza de la campiña. Entre la vegetación ve algunos conejos correr de un lado a otro. Poco a poco, las luces de la localidad se quedan atrás y se difuminan con la ventisca de nieve que se ha formado. Con la cabeza agachada y resguardada entre el gorro de su cazadora, avanza a contracorriente de la marea del viento. Su cuerpo, a veces, es doblegado por la fuerza del temporal. Con esfuerzo y con la cara azotada por el frío, llega a las ruinas del Molino de las

Ánimas. Conoce bien el terreno, pues durante meses ha estado inspeccionando posibles lugares donde esconderse en caso de necesitarlo.

Los vehículos que transitan por la autovía AP-36 iluminan con la luz de los potentes faros el esqueleto del edificio. Entre la oscuridad se hace espacio el ruido trepidante del río Monreal, que, con las nevadas, su caudal baja furioso y la bravura de sus aguas produce pavor. El lugar está rodeado por grandes álamos, encinas y almendros raquíticos por el invierno. Sin más entretenerse, entra en las tripas del emblemático sitio. Arroja todos sus enseres en el suelo y se sienta en la superficie. Sabe que, por el momento, debe esperar a que todo se calme un poco.

Una vez sereno, repasa en su cabeza todo lo acaecido hasta este momento.

A partir de ahora debe andarse con mucho cuidado. Aunque el sastre lo conoce por Alejandro Higueras, y con otro aspecto diferente con el que el joven albañil puede identificarlo, no debe errar en nada más. Ya ha arriesgado al allanar la vivienda de los Villarta en dos ocasiones.

Siempre ha creído que Tomás, la noche del incendio de San Luis, cogió algo que, de salir a la luz, estaría perdido. Por eso se arriesgó a entrar en su domicilio, tras pasar horas y horas, días y días hablando con él de cientos de cosas, entre ellas de la jardinería y de su gran apuesta con la que matar el maldito tiempo: un impresionante invernadero. Creyó que, de esconder algo, lo haría en el ornamento de cristal. Y lo hubiera encontrado de no inmiscuirse la indiscreta mirada de ella, Marta, la esposa del antiguo vigilante de San Luis. Rememorando el momento de la huida del domicilio de Tomás, vuelve a sentir el hígado en la boca. Fue todo un acierto esconderse en la caseta de jardinería. Mientras estuvo escondido tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantener a raya la fobia a los espacios cerrados que padece desde niño. Agazapado en la oscuridad del armario, abrió una rendija de la portezuela, así comprobó desde la ventana con acceso al jardín que todos los presentes abandonaban la cocina, y de cómo el hijo de Tomás llevaba desvanecida a su madre entre los brazos; instantes que él aprovechó para adentrarse en la vivienda y recorrerla: la salita, el comedor y después el enorme y amplio patio. Por unos segundos estuvo tentado a abrir las puertas de lo que parecían apartados antiguos de una típica casa de labranza. Quizás ahí

el malnacido guardara las pruebas que lo incriminan en turbios asuntos. Pero descartó la idea. Con la familia en el interior, era tentar mucho a su buena suerte. Con las botas una en su mano izquierda y la otra sujetándola entre los tres dedos que le quedaban de la diestra, corrió descalzo, dejando al descubierto uno de sus grandes secretos: una pronunciada cojera que disimulaba con un zanco en el interior del calzado, para igualar así los centímetros de altura entre las dos piernas y caderas. Esa sería una buena pista para dar con su paradero. Era una anomalía de nacimiento, quizá la mala simiente de un padre sin escrúpulos. Para evitar dejar marcas dactilares en ningún lugar de la casa, llevaba puestos unos guantes de piel. Una vez en la calle, durante unos minutos permaneció oculto entre el arco que formaba las portadas; solo salió de su escondite después de asegurarse de que la calle estaba despejada. Luego fue en busca de su vehículo, que había dejado en la extensa explanada de la cafetería Cervantes, en el aparcamiento, mezclado con los camiones de grandes dimensiones. Y sin más, se dirigió a la vivienda alquilada en el municipio de Las Pedroñeras.

Parece que hace mucho de todo lo que está recordando, aunque tan solo ha pasado un día.

Sonríe, satisfecho de cómo ha manejado hasta ahora el asunto.

Subsistir al miedo, vivir siempre entre el límite y dejarse atrapar por el mal no es casual. Todo está relacionado en una cadena de fatalidades. Ya después de ese paso, todo resulta mucho más fácil. Los cinco sentidos se afinan, las ideas se explayan y la mente cavila las peores maneras de venganza. Durante años ha perfeccionado sus crímenes con jóvenes prostitutas; escoge a esas pobres muchachas porque sabe que nadie las echará de menos. Los desgraciados clientes de esas chicas no son tan selectos como para preguntar por la que una noche le hizo un gran trabajo sexual. ¡Perras condenadas al infierno que, tras sus muertes, son glorificadas! Después entierra los cadáveres en un árido lugar, donde nunca nadie las hallará. No importa cuándo ni dónde atrapa a las chavalas; todas ellas terminan sepultadas en el mismo sitio. Sus huesos reposan bajo tierra, una seguida de la otra, hasta formar un círculo, un espacio vacante que sin demora será ocupado por la víctima más especial. Su gran amor. Por ella hace todo esto. Todas las hermosas mujeres a las que ha segado los sueños son el gran sacrificio. Seguro que ella lo entenderá. Desde el primer día que la vio, supo que siempre la amaría. Por eso, cuando vuelva a tenerla

con él y le explique todo, comprenderá. Porque cada uno de sus sentimientos, a lo largo del tiempo, lejos de apaciguarse, han crecido tanto que, a veces, se fusionan con esa voz que palpita en su cabeza y se agranda, y es capaz de dibujar en la oscuridad la silueta de su recuerdo. No conforme con eso, por las noches, cuando eso sucede, en un bloc y a carboncillo calca de su memoria la sonrisa, su cuerpo y su piel, sin olvidar los ojos. Cada vez la perfila de diferente manera y en distintos estados. Porque él no la ama como podría hacerlo cualquier hombre. No. Él la ama sin límites. Solo la quiere para él.

Todo eso que piensa se transforma en sus sesos en un gran hormiguero de recuerdos de su cruel infancia. Ahora retoma su pasado, porque qué es él sin su pretérito, sin ese dolor incesante que cada día escalda su corazón. Aunque se mortifique, necesita volver a sus orígenes para entender que no está loco y que nada es culpa suya.

Ningún niño llegaba al orfanato por mera casualidad. Ni tampoco ninguno de los chiquillos aterrizaba en aquel lugar sin unas severas cicatrices en sus cuerpos y corazones. Pero sí lo hacían llenos de esperanzas, que pronto se verían despedazadas. Él llegó a aquel solitario territorio cuando tan solo tenía cinco años de edad. Su madre era un cúmulo de errores. Joven, soltera y adicta a toda clase de drogas y alcohol. Solo se ocupaba de ella misma y de cubrir sus necesidades. Y deparaba en él cuando en raras ocasiones conseguía mantenerse serena. Entre tanta desgracia, debía salir a pedir comida para mantenerse con vida. Estaba sucio y pordiosero. Hasta que un día, el párroco del pueblo lo acogió en su casa. Allí estuvo unas semanas, en las cuales don Evaristo siempre se preocupó por su bienestar, e inocente, llamó a un amigo suyo, prior del hospicio. Poco tiempo después, dos sacerdotes acudieron a por él. Se despidió con lágrimas en los ojos de su salvador, creyendo que iría a un maravilloso sitio, donde conocería a otros niños con los cuales compartiría juegos y clases. Y tendría la oportunidad de ser adoptado por una buena familia. También aprendería a leer, a escribir y a hablar mejor, pues su mala pronunciación y tartamudeo eran motivo de burlas cuando jugaba al balón con otros chicos del barrio. Con esos sueños se subió al coche sacerdotal con el eslogan de San Luis. Nunca más volvió a ver a don Evaristo, porque ese día dejó de soñar. Todo eso que ahora recuerda forma parte de su pasado. En el presente es un hombre fuerte, hábil en tácticas de escape, tenaz, paciente y observador. Ha aprendido a ocultarse en las sombras para acechar, tal como un león.

Hoy es un hombre que carga a sus espaldas una gran losa de defectos y daños colaterales. En una parte de su rostro se extiende una cicatriz de una quemadura. La piel se torna arrugada y enrojecida. El tiempo no ha mejorado el aspecto, que parece una lapa incrustada, aunque la disimula con una especie de maquillaje espeso, de color rosáceo, que mejora en bastante porcentaje la marca. Pero para más seguridad, su cara la cubre con una poblada barba postiza. Tiene que distorsionar lo más posible su fisionomía. Se gana la vida muy bien como escolta privado de gente poderosa, capaz de aniquilar con tan solo un dedo a cualquier enemigo. Durante años, se ha estado entrenado en tácticas de ataque. Jamás ha cogido un arma de fuego, porque lo suyo no es hacer ruido. Cuando siega la vida a alguien le gusta sentir el calor de la sangre de sus víctimas entre las manos, y eso solo lo consigue hundiéndoles un puñal en sus cuerpos.

25

Recuerda, con una gélida sonrisa y una expresión de superioridad en sus ojos, el reencuentro fortuito que lo llevó hasta uno de aquellos cobardes vigilantes del orfanato de San Luis. Una mañana fue a comprar a un supermercado. Mientras esperaba su turno para pagar la compra en la caja, se topó con un hombre cuyo rostro le resultó conocido. Y su memoria lo trasladó a Friarosa, una pequeña población de la provincia de Valladolid. Enseguida lo ubicó en el chip de su reminiscencia. Por temor a perderlo, depositó en el suelo la cesta de productos ecológicos y comenzó a seguirlo. Aquel individuo se dirigía a su vehículo; debía de ser un cualquiera, sin mayores logros en su vida que un sueldo de mileurista y poco más, pues su coche era tan mediocre como su persona. Oculto entre la batería de autos del aparcamiento, acechaba todos sus movimientos hasta que, con pasos blandos, sigilosos y rápidos como los de un guepardo, le dio un golpe certero en el espacio entre el cuello y las cervicales, dejándolo, de inmediato, inconsciente. Está habituado a usar esa táctica de ataque cuando debe hacer algún que otro trabajo fuera de nómina. Sin perder ni un segundo, lo metió en el maletero y dejó caer el cuerpo sobre la rueda de recambio y algunas herramientas. Le registró los bolsillos de los pantalones y la cazadora, y extrajo la cartera, el teléfono móvil y las llaves del motor. Luego, de un portazo cerró la puerta, se introdujo en el interior del coche y condujo hasta las afueras de Madrid. Mientras conducía, cientos de imágenes y de gritos desgarradores tintinaban en su memoria. Se salió de la carretera y se adentró en una más estrecha. Quinientos metros más adelante cambiaba el asfalto del alquitrán por la gravilla y los baches. Las piedras chocaban con los bajos del auto, pero aun así no aminoró la marcha. Sentía verdadera impaciencia por aplicarle la ley del destino y aferrar sus manos al cuello de aquel malnacido. Cuando llegó a los pies de una colina, paró el motor. Se bajó del trasto de cuatro ruedas. Abrió el maletero, sacó el cuerpo y lo arrastró por el campo, al tiempo que los hierbajos y la

tierra quedaban adheridos a su ropaje. El desgraciado pesaba demasiado. Después, de uno de sus bolsillos cogió una bolsa destinada a la compra y la sajó por la mitad, la enrolló entre sus manos hasta convertirla en una fina atadura. Ató las muñecas de su enemigo. Con toda la serenidad que la existencia le había otorgado, se sentó a esperar a que despertara del letargo producido por su golpe.

—¿Qué quieres de mí?

Él lo miró mientras observaba todos sus movimientos. Después, sonrió.

—Lo sabrás enseguida.

Esperanzado, Matías cayó en su juego.

—Lo que quieras. Haré lo que me pidas.

—¿Te acuerdas de mí? —le habló tan cerca del oído que Matías podía sentir el calor de su respiración—. ¡Respóndeme, maldito! ¡¿Te acuerdas de esta cara, de estos ojos y, sobre todo, te acuerdas de esta cicatriz?! —le volvió a decir señalando con su mano accidentada la horrible quemadura que le arrugaba la parte derecha del rostro.

—No sé quién es usted. Creo que se ha confundido. Nunca antes le había visto.

Él se echó a reír. Era la única manera de detener los instintos voraces de asesinarle. Toda la furia contenida a lo largo de los años rebrotaba como un ser mutante, un virus dormido; algo sucio y maligno que ha invernado y madurado esperando el preciso momento para sentenciar la ejecución. Su cuerpo, doblegado a las emociones, respondió a los ataques de distinta manera. Dependiendo de las víctimas, sus manos podían variar de reacción. Ante una mujer, se muestran temblorosas, como si sus dedos estuvieran motivados y guiados por los deseos criminales; en cambio, ante el que fue vigilante se presentaba implacable, resuelto y seguro de todo. No vacilaba. Se sentía un gigante, algo antinatural, quizás como un monstruo, como un despojo, una parte de algo sin definir. Se sentía el tentáculo aniquilador de un todo, pero que el tiempo le otorgó la inmunidad a cualquier emoción. La inclusa de San Luis tenía ese poder; hacer picadillo cualquier atisbo de la verdadera personalidad. ¿O quizá solo hacía florecer la maldad que todo ser humano esconde en su interior? Es más, en ocasiones pensaba que ese lugar existía como algo fundamental para lograr aflorar esas íntimas identidades que construyen al hombre. Y años después, ahí se encontraba frente a un racimo de su pasado. Las normas del juego distaban mucho de cuando

él era un perdedor. Mientras lo miraba, en todo momento sabía cuál sería el siguiente paso. Esperaba. Sí, solo esperaba sonsacarle todo lo que necesitaba saber.

26

—Pues yo no te he podido olvidar. Esta cicatriz me lo impide. Estoy marcado de por vida, con la insignia del mal. Y te aseguro que hoy tendrás la tuya. —Aún recordaba el dolor y escozor de su rostro cuando una llamarada lo atrapó con un látigo de fuego. La cicatriz, desde la parte inferior del ojo hasta la comisura de los labios, era una especie de masa acorchada y más roja que el resto de piel. Daba la sensación de que era como una fotografía en 3D. Pero si por algo se caracterizaba su cuerpo era por la ausencia de dos dedos de la mano derecha. Uno de los curas se los rompió con la fuerza de sus propias manos cuando se negó a ser su siervo. Durante días estuvo llorando de dolor. Los sacerdotes le denegaron la ayuda médica; y debido a una infección, tuvieron que amputarle los dedos para evitar que la gangrena le afectase a todo el brazo.

—¡Por favor, no me hagas daño! De todo aquello ya ha pasado mucho tiempo y yo he rehecho mi vida. Ahora soy otra persona. Me he casado hace muy poco.

Pero él no entendía de clemencia.

—¡Vaya! Así que no me has olvidado…

Viéndose acorralado, Matías se despojó de esa careta de hombre bonachón y de arrepentido.

—Mira, chaval, yo solo cumplía órdenes. Nunca quise herirte. ¡Te lo juro!

Él solo lo miraba. Aquellos malvados curas que gobernaban San Luis le enseñaron a utilizar su mirada como una intimidatoria forma de sonsacar miedos al enemigo y congelar cualquier tipo de defensa. Matías se vio acorralado por los ojos de su secuestrador.

—El otro y yo éramos unos mandados. Hasta que fuimos conscientes de lo que allí sucedía. Entonces, y solo entonces, hicimos lo posible por ayudaros. ¿Por qué crees que nos marchamos? Además, tú bien sabes lo que sucedió después. Pudimos haberte delatado; en cambio, dejamos que te marcharas.

—Estábamos en iguales condiciones. ¿De verdad esperas que me crea que no sabíais qué nos hacían? ¡No me tengas por idiota! De nuestros ojos, de nuestros cuerpos brotaba el miedo. ¡Hasta los piojos de nuestras cabezas huían de allí!

—Te juro que éramos manejados por ellos. Si no, ¿cómo te explicas que nunca estuviéramos rondando por los pasillos cuando sucedían los hechos? ¡Porque siempre nos enviaban a hacer otro tipo de trabajos!

—¿Qué sabes de él?

—No sé a quién te refieres.

—Yo creo que sí. Te daré otra oportunidad.

—¿Tomás Villarta? Nada. Cuando nos marchamos de aquel sitio perdimos el contacto. Lo último que supe fue que, tras abandonar Friarosa, se había ido a trabajar en una portería en Madrid.

Sabía que le estaba mintiendo.

—No juegues conmigo; no te conviene.

—¿Qué te impedirá matarme cuando te diga lo que quieres saber? —preguntó Matías, aún esperanzado y, al mismo tiempo, retando al que podría ser su verdugo.

—Porque solo tienes dos alternativas. La primera: hablar y tener una posibilidad de vivir.

—¿Y la segunda opción?

—Callarte y morir.

Matías le dijo todo lo que sabía de su antiguo compañero. Pocas veces habían hablado desde que los dos abandonaran San Luis. Pero en las puertas del hospicio hicieron un pacto: guardar siempre silencio de lo que habían visto y vivido entre aquellos muros. Solo mantuvieron una mínima conversación que se redujo a unas pocas frases: «Algún día, uno de estos chicos se vengará. Solo nos queda rezar porque nunca nos encuentren, porque no tendrán piedad de nosotros».

—Solo sé que, tras jubilarse, se marchó a su pueblo, El Pedernoso. Te juro que es lo único que sé. Pero yo que tú, me andaba con mucho cuidado; su hijo es un respetado policía.

Era todo lo que necesitaba saber para comenzar su búsqueda.

—Te prometo que ya estamos a punto de terminar con este suplicio. Solo nos faltan unas cosas más. No es mucho, un pequeño detalle.

Matías sabía de lo que era capaz de hacer. Lo había visto en acción, aunque todavía mantenía algo de esperanzas en salir con vida de allí.

Solo tenía que seguirle la corriente y cooperar. Sin la menor idea de que su raptor ya estaba cavilando las posibles opciones de dar con Tomás. Y para eso, necesitaba saber con certeza algunos otros datos.

—¿Tú has estado en ese municipio?

—Sí, solo una vez.

—¿Recuerdas algo de esa visita? No sé, como un sitio, alguna particularidad del paisaje que te dejara rastro en tu memoria.

El inocente hombre no sabía adónde quería llegar su secuestrador.

—¿Como una laguna o algo así?

—Por ejemplo, eso podría servirme.

Con la esperanza de salir vivo de aquella complicada situación, Matías comenzó a hablar. Solo pretendía volver a los brazos de su recién estrenada esposa.

—La Celadilla era una laguna muy visitada por la gente de los alrededores, pero si algo me llamó la atención fue una cantera recóndita entre espesos pinares. Su extensión y terreno rocoso me recordaban a las películas del viejo oeste.

—Quiero que grabes tu voz diciendo estas cortas y sencillas frases. —Le entregó un papel con algo escrito—: «Tenemos que vernos. Aquello que tú creías ya ha comenzado. Te espero en la cantera». —Matías sabía lo que eso significaba. Comenzó a hablar cerca de la grabadora. Las palabras se le atascaban en su boca. El miedo era latente en cada fibra de su ser.

—¡No, no, no lo dices convincente! ¡Repítelo! ¡Y por tu bien, esta vez hazlo mucho mejor!

Después de varios intentos fallidos y unos cuantos puñetazos en el abdomen y cara, Matías consiguió hablar y resultar creíble.

—Tenemos que vernos. Aquello que tú creías ya ha comenzado. Te espero en la cantera.

Satisfecho, lo miró y le dedicó una gélida sonrisa. Luego, se colocó justo detrás de Matías. Cerca del oído, le dijo:

—Lo prometido es deuda, y yo siempre cumplo mis promesas.

Los ojos de Matías volvieron a brillar de esperanza. Traicionar a un compañero le estaba saliendo rentable.

Su último suspiro quedó silenciado en la hoja afilada del puñal. La sangre de la yugular salió disparada con potencia del cuello. Entre sus manos pudo sentir cómo la vida de Matías Pineda se perdía para siempre. Para evitar que alguien pudiera localizar al desaparecido por su móvil, abrió el teléfono, extrajo la tarjeta de memoria y lo apagó.

Se lo guardó en uno de los bolsillos; después lo utilizaría para hacer unas llamadas. No podía arriesgarse y enterrar el cadáver en el mismo sitio que cometió el asesinato, eso era un suicidio. Así que se echó el cuerpo a los hombros, lo metió en el maletero y dirigió el vehículo colina abajo. Llegó a un pequeño cerro, justo a las espaldas del montículo de rocas, pinos y matorrales. Se detuvo, abrió el depósito de combustible y dejó caer en el interior una cerilla encendida. Corrió hacia un lugar seguro, desde donde admiró el espectáculo de su obra. Impertérrito, permaneció mientras limpiaba con su chaqueta la sangre del puñal. Luego, cogió una piedra que envolvió con la prenda de vestir y, acercándose con sumo cuidado al coche en llamas, la arrojó con fuerza a la furia de las lenguas anaranjadas y amarillentas. Así se aseguraba de que jamás nadie pudiera relacionarlo con ese crimen, ni con ningún otro. También dificultaría la identificación del cuerpo calcinado y devorado por el fuego. Imaginaba la piel arrugada como un plástico y los huesos convertidos en una masa negra, y de cómo la cabeza y el tórax explotarían como palomitas de maíz. Nadie podría identificarlo. Eso le transmitió seguridad. Y con esa paz comenzó a descender hasta estar en el camino. Aquel era un lugar sin tránsito, pero según avanzaba hacia la ciudad escondido entre los pinos que bordeaban la carretera secundaria, el bullicio comenzaba a hacerse notar. Lo difícil era adentrarse en la nacional, donde el tráfico era denso, y más en esos momentos del día, pues eran las tres de la tarde, plena hora punta, cuando la gente salía de sus trabajos o se hacía el cambio de turnos en la clínica privada que había cerca.

Justo a la salida del sendero privado que rodeaba el hospital y varias empresas, esperó. Desde el punto en el que estaba, los conductores debían detenerse. En ese momento, podía ver con claridad quien conducía y el número de ocupantes. Tenía que saber elegir bien su ficha; no podía dejar nada al imprevisto. A lo largo de su existencia había aprendido que nunca se puede esperar nada de la providencia. Mientras que una chica joven miraba hacia el otro lado de la vía para ver si venía algún vehículo, él dio unos ligeros toques al cristal. La muchacha, sobresaltada, bajó la ventanilla.

—Disculpe, me llamo Manuel y trabajo allí —señaló con el dedo índice sin decir el nombre de la empresa—. Mi coche no me arranca, y ha comenzado a echar humo. Por favor, ¿podría acercarme a Madrid? Me he quedado sin batería en mi teléfono —se lo muestra—, y necesito ir al taller más cercano. —Cuando ideó ese plan, se acordó

que cerca del supermercado había un taller mecánico con servicio de veinticuatro horas.

La muchacha, desconfiada, intentó subir la ventanilla del coche y comenzó a acelerar. Él, muy astuto, dijo:

—Lo siento mucho. En los tiempos que corremos nunca debemos fiarnos de nadie, y no la culpo por ello. Pero créame. Si lo prefiere, le enseñó mi DNI, o puedo esperar a que pase alguien que me conozca.

La chica vio en su cara a una buena persona y accedió a llevarlo hasta Madrid. Además, le pillaba de paso.

Recuerda que nunca antes había tenido que reprimirse tanto la pura necesidad de asesinar. Quería tener entre sus manos esa sonrisa. Necesitaba que la vida de aquella mujer fuera suya. Deseaba verla agonizar. Tenía sed de muerte. Incluso imaginaba arrancarle la piel a tiras de su cuerpo, para extraerle hasta la última esencia de perfume a rosas que le bañaba el cuello. Se detuvo. Contuvo sus instintos criminales y pudo subyugar todos sus pensamientos y esa melodía que desde niño sonaba en su mente. Aquellas notas eran el trance de su locura, y cada vez le resultaba más difícil controlarla.

Cuando detuvo el auto en el taller que le había indicado, la chica siguió su camino sin saber que, por unos minutos, había sido la fantasía de un asesino.

27

Esperó hasta que el vehículo se perdió entre las curvas de la carretera, y se fue al supermercado; volvió a hacer la compra como si no hubiera sucedido nada. Ahí terminaba toda su relación con el primero de sus testigos. Después, esperó unos meses para seguir con sus planes, que ahora está cumpliendo.

La venganza se sirve en platos fríos. ¡Cuánto está disfrutando de todo! Porque lo fácil habría sido asesinar a Tomás Villarta, pero ahí hubiera acabado todo. Y él necesita provocar dolor, sufrimiento, dudas. Quiere hacer el mayor estrago posible. Por eso, armado de infinita paciencia, ha esperado todo este tiempo, y no se arrepiente de haber invertido hasta el último segundo para localizarlo.

Por el momento se encuentra atrapado en el Molino de las Ánimas; moverse de allí es un suicidio. Su tiempo es ilimitado.

Los recuerdos se le amontonan en la cabeza. Él rememora y disfruta de cada detalle.

Una vez que supo que su objetivo estaba en un pueblo llamado El Pedernoso, creó un arsenal de posibilidades con el que llevar a cabo toda la planificación. Primero, se informó del catastro del municipio y de la densidad de población. Sabía que en un lugar muy poblado resultaría más complicado hallar a un culpable. En el caso de una villa pequeña, todos se conocerían, y ese factor era un gran inconveniente. Aunque a la vez era también un punto para él, ya que El Pedernoso no disponía de cuartel de la Guardia Civil. Su alegría pronto se vio consumida al descubrir que, alrededor, la zona estaba cubierta. Pero solo se trataba de algo inesperado, nada tan importante como para cambiar su propósito. Debía seguir indagando. Cualquier pequeño detalle podía ser de vital importancia. Por último, alquiló una vivienda en Las Pedroñeras, porque, al tener más de diez mil habitantes, pasaría inadvertido. Además, en caso de ponerse feo el asunto, tenía fácil acceso a la autovía. Su actual trabajo como guardaespaldas le generaba bastante dinero. Sus ganancias se

doblaban cuando realizaba labores de alto riesgo, como eliminar a alguien que hacía demasiadas preguntas sobre sus jefes, o limpiar de escoria a quienes se entrometían en los asuntos de la saga para la que trabajaba. Gracias a ello, debía ausentarse con frecuencia, pero lejos de ser un fastidio, le serviría como tapadera, pues en su falsa documentación, su profesión era la de comercial, y su nombre: Alejandro Higueras. Durante un tiempo, estuvo experimentando su nueva imagen y personalidad. Cada uno de los gestos y vocablos que salían de su boca era producto de muchas horas de ensayo y actuación. Al final, consiguió un óptimo resultado. Su propia voz quedaba poco a poco relegada a segundo lugar. Un tono más agudo e intimista proyectaba mayor confianza. Era el más apropiado. Creía que un comerciante debía ser encantador para atraer clientes. Todo tenía que estar en concordancia para resultar más creíble. Sería como un actor preparándose para el papel más importante de su carrera. Ya solo quedaba darse a conocer con el personaje que había creado.

Eran las cuatro de la tarde de un domingo del mes de agosto. A esas horas, las calles asediadas por el sol eran como desiertos de sal. El asfaltado de alquitrán parecía derretirse. La bruma del calor distorsionaba el paisaje típico manchego. En los solares repletos de cardos secos y altos como cipreses, las cigarras con sus cantos desbrozaban la calma asfixiante. En ese caso, solo existen tres opciones en los pueblos: siesta, café o partida de mus. Los experimentados jugadores nunca perdían la oportunidad de fumarse un puro, una copa de orujo o resoli, un licor dulzón con sabor anisado típico de Cuenca. El falso personaje detuvo su vehículo cerca del bar La Parada, un local muy antiguo, pero con un encanto particular, ya que formaba parte de un gran edificio de los años cuarenta. Aún quedaban restos de arcaicos rótulos de un viejo cine. A lo largo del tiempo ha tenido cierta relevancia en la localidad, incluso ha servido de oficinas de cobros de la Seguridad Social. El local climatizado estaba repleto de jubilados que, sin dudar, desviaron la mirada de sus cartas, para depositarla en el forastero.

No se había equivocado. Tan solo tuvo que esperar en la barra mientras se tomaba su café y una copa de orujo de hierbas. Pensó que juntarse con los de la partida sería la prueba final para su cometido.

—¡Bueno, muchachos, imagino que sabéis la nueva noticia del pueblo! ¡Nuestro amigo Tomás vuelve a pasar por el altar!

—Hay que estar loco para casarse tres veces con la misma mujer —

dijo uno al que le faltaban algunas de las piezas dentales delanteras.

—Yo mismo le haré el traje. Tendré ese honor. Aunque estoy jubilado, retomaré el hilo y la aguja para que luzca como un flamante novio.

Él no perdía detalle de las conversaciones.

—La fecha es para el quince de enero. Además, yo estuve cuando Marta y él se casaron por primera vez. Así que esta boda me hace especial ilusión.

Al instante supo que se trataba de su hombre.

—Disculpen ustedes, pero no he podido evitar oírles. ¿Se refieren a Tomás Villarta?

—Sí, el mismo. ¿Lo conoce usted? —le preguntó un hombre menudo, de aspecto muy rural, aunque su edad no pasara de los sesenta. Entre los dientes sostenía un palillo que movía con su lengua de un lado al otro según hablaba.

—Yo no, pero mi padre me hablaba mucho de él; hicieron juntos la mili en Irún. Y ahora que durante unos meses estaré trabajando por aquí, me gustaría mucho conocerlo —hablaba convencido.

Tomás era un hombre muy celoso de su intimidad. Sin embargo, nada queda oculto entre cielo y tierra. Una noche, mientras buscaba en las redes sociales, la suerte le sonrió. Alguno de esos contactos que se aceptan solo por cotillear subió unas fotografías de dos jóvenes en el servicio militar. Enseguida reconoció a Tomás. Comenzó a indagar y, haciéndose pasar por sobrino de Villarta, logró contactar con Alejandro Higueras, hijo de un tal Antonio Higueras, que así se llamaba el difunto, padre y también compañero de su enemigo. A partir de ese momento, cogió prestada su identidad y se creó una historia creíble.

—Pues si se espera media hora, lo podrá ver. Porque siempre viene a las cuatro y media de la tarde.

28

Impaciente, miró su reloj. Nada en él le debía de recordar a aquel muchacho tímido, rebelde, de mirada fría y de aterida actitud. Nada de su verdadera identidad sobresalía de su disfraz; si no, estaría perdido, y todo por lo que había peleado y planeado se iría al traste.

El impostor recuerda esos momentos como los más agonizantes de su vida. Se iba a enfrentar al único hombre que podría delatarlo. Esperaba que el riesgo valiera la pena.

Las dieciséis y treinta. La puerta se abrió y por entre las cortinas de tiras de plástico se coló Tomás. Lucía mucho más mayor, aunque lo reconocería entre un millón de personas y un siglo de tiempo transcurrido.

—¡Mire, ahí lo tiene usted! —señaló el sastre.

—¡Tomás, este muchacho te busca!

Los dos se saludaron. Él pensaba en ese momento si aquel hombre recordaría el tacto de su mano. Porque la otra, la derecha, la disimulaba metida en el bolsillo.

—Créame que nunca he sido partidario de las casualidades. Pero a partir de ahora lo seré.

—¿Por qué, muchacho?

—Porque sus amigos estaban hablando de un tal Tomás y resulta que es usted. Yo me llamo Alejandro y mi padre hizo la mili con usted; siempre me hablaba de los buenos compañeros que eran ustedes dos. Y ahora que estoy trabajando por aquí, sentía curiosidad por conocerle. ¿Es o no es casualidad?

—¡Eres hijo de Antonio Higueras!

—Sí, ese es… era mi padre —contestó con absoluta certeza.

En el Molino de las Ánimas el tiempo transcurre muy despacio, y la noche se aferra al cielo como alma en pena. No parece que el alba llegue jamás a asomar en el horizonte, y los recuerdos siguen fluyendo en la cabeza de Higueras.

A partir de ese momento se hicieron amigos, echaban la partida

juntos con los demás integrantes. Y se ganó la confianza de todos ellos. Poco a poco consiguió ser uno más. Él y Tomás pasaban mucho tiempo juntos. Cada vez que intentaba hablar de cosas de la mili, desviaba la conversación. No quería profundizar demasiado en el tema, por temor a caer en contradicciones. Su enemigo le abrió las puertas de su casa. Volvió a ver a Marta. Temía que ella sí lo reconociese. Por suerte, no fue así. El farsante se fijó en una escalada de fotografías que adornaban una pared. Dos personas en distintas etapas de una vida juntos. Tomás y su hermosa esposa. La primera era el retrato de una joven pareja. La segunda era la historia de veinticinco años después, con sus cicatrices y grandes momentos inmortalizados en el objetivo del fotógrafo. El espacio vacío de la pared estaba destinado a las bodas de oro previstas para el quince de enero, según explicó el antiguo vigilante de San Luis. Pasaban los días y las semanas, y cada vez estaban más horas e instantes juntos. Comían en el restaurante Los Tejares, un lugar muy conocido en la comarca por sus asados en un horno construido en el interior de una antigua tinaja de vino de las bodegas. Entre las tripas de barro, la leña de carrasca doraba la carne de exquisitos lechones. Ni qué decir de su tarta de queso, un manjar que se deshacía en la boca como pedazos de cielo, inundando de un absoluto placer por el dulce gusto de cada papila gustativa. El propietario del lugar, un hombre tan alto como un templo, rudo y de aspecto bonachón, siempre les tenía reservado un pequeño rincón alejado de la multitud del gran comedor. Durante esas conversaciones descubrió mucho más a Tomás. Comenzó a hablar de su único hijo, un famoso inspector jefe de la Policía Nacional de Madrid, a quien los delincuentes y asesinos tanto temían. Al final de cada comilona siempre sacaba un pastillero de su bolsillo, extraía dos comprimidos de color rosita y tan pequeñas como lentejas; una se la tomaba con agua, y la otra se la depositaba debajo de la lengua.

—Hay que cuidar el motor del cuerpo, amigo mío —decía Tomás llevándose la mano al lado izquierdo del pecho.

Sin darse cuenta, Villarta estaba proporcionándole gran información; y eso, en las manos de un asesino, son mortales armas. Siempre hay que tener las espaldas cubiertas. Y el confiado hombre estaba dejando las suyas a la deriva de un ser sin escrúpulos. Poco a poco, se hacía más con la confianza de los Villarta. Todo estaba saliendo mejor de lo que había imaginado. Pero no por ello debía de bajar la guardia. Porque antes de llevar a cabo su broche final, debía

estar seguro del daño que causaría. No era nada fácil contener sus deseos de matarle; tenía que hacer verdaderos esfuerzos para controlarse. Porque no había esperado tantos años para echarlo todo a perder.

Poco a poco, se aproximaba el gran día de los Villarta; el quince de enero. Tenía que arrebatarle la vida antes; quería dejar al clan enemigo con la miel en los labios. El doce sería la fecha señalada. Setenta y dos horas antes del gran momento, Tomás moriría.

El rastro del recuerdo sigue atosigándole sin darle un respiro. Recuerda que el doce siempre ha tenido para él un significado especial. Pero él se niega los verdaderos motivos. Aunque han pasado muchos años, volver a repasar ciertas cosas le produce vulnerabilidad.

Cuando llegó por primera vez a San Luis y entraba por las grandes portadas de madera, desde el interior del vehículo y con los ojos de la infancia, creía que se adentraba en la boca de un monstruo de piedra verdosa. Y hasta que no estuvo dentro del edificio, no fue consciente de su inmensidad. Desde el extenso patio de juegos, para un niño de cinco años todo resultaba, cuanto menos, expectante. Desde ese punto percibió que los altos muros constituían una forma cúbica y milimetrada. Cada una de las paredes que forraban el rústico lugar estaban cubiertas por ventanas; unas daban a la fachada, y otras desembocaban con vistas a la platea. En ocasiones, creía que el cielo había dejado de existir en el resto del mundo, y que tan solo quedaba la porción que podía verse desde el epicentro de ese sitio, donde todos los inocentes muchachos correteaban para espantar los miedos que, durante la noche, los secuestraban. En cambio, después de haber sido engañado, herido y habérsele arrebatado la pureza de cuajo, tan solo buscaba un tranquilo rincón donde llorar.

El doce es el dígito que marca sus días y las fechas de sus asesinatos, aunque él no es el único juguete roto de San Luis. Muchos han sido los caídos en esa cruzada perdida de antemano. Y ahora, tantos años después algunos de aquellos pequeños objetos de placer hoy son un grupo de locos asesinos que calman su dolor, según la dosis de odio que acumulen en sus nómadas existencias. Desde el incendio que destruyó el maldito refugio de huérfanos, nunca más han vuelto a verse. Y cuando sale publicado en algún medio de comunicación un asesinato, siempre se fija en la fecha que fueron cometidos, como los mencionados por Eusebio Casares en su periódico. Según los patrones inequívocos, sabe que el autor de esos

crímenes es un desgraciado de aquella inclusa del horror. Esa cifra se ha grabado en la memoria de todos los que estuvieron recluidos en Friarosa. Pero nadie conoce sus identidades. Todos ellos seguro que han sobrevivido de distintas formas. A lo mejor hasta resulta que él es el más normal de todos.

29

Mientras está escondido en el Molino de las Ánimas, repasa los grandes e insignificantes detalles de los últimos acontecimientos y casualidades que lo han llevado hasta el lugar donde ahora se refugia. En el pueblo, Sebastián Villarta espera ansioso la llegada de Ledesma y de María.

La casa de los Villarta está envuelta en penumbras. La luz tenue de una de las lámparas que adornan el salón se refleja en los muebles y los ensombrece como si se trataran de unos fantasmas. El silencio ronda en cada habitación de la vivienda. El luto y el dolor son los únicos protagonistas en el interior de la casona. Sebastián, sentado en el sofá, bebe güisqui a palo seco. El líquido dorado abrasa su garganta, y como una bala entre la carne, va haciéndole un carril hasta llegar a sus entrañas. No está acostumbrado a beber; solo se permite algunas cervezas bien frías junto a sus compañeros cuando finalizan el servicio. Pero necesita algo fuerte para dominar y hacer frente a sus miedos. De pronto, entre el sigilo de la noche se oyen unos lamentos, unos llantos que lo estremecen. Sube hacia las habitaciones. Por unos momentos se detiene en el centro del amplio vestíbulo que lleva a los dormitorios. Escucha el silbido de un látigo que se bate en el aire; luego, un quejido. La puerta del aposento de don Herminio está entreabierta, con una fina abertura por donde se cuela la escasa luz proveniente de una vela. Sebastián mira entre la rendija y le recuerda a un escenario de la Edad Media. Observa a su tío con el dorso desnudo, arrodillado frente a la cama; se golpea la espalda con una fusta. Unas brechas ensangrentadas se abren en su piel pecosa. El inspector cree que se somete al cruel castigo por un pecado o una culpa que le puede estar atosigando sin mesura.

Abre la puerta y entra en el cuarto. Su silueta es empañada por la escasa llamarada que desprende la vela, que está sujeta por la boca de una vieja botella de cristal.

—¿Se puede saber qué haces? ¿Por qué te castigas de esta forma

inhumana?

El cura, sorprendido, en vez de detenerse se azota con más fuerza. Desde la muerte de Tomás, esquiva conversar o mirar a su sobrino. Sabe que tarde o temprano debe sincerarse con él.

—¡Basta, basta ya! ¡Esto no soluciona nada! —Villarta lucha con él para arrebatarle la cinta de cuero empapada en sangre.

—¡Déjame en paz! ¡No entiendes nada! ¿Por qué no dejas que me destroce el cuerpo hasta que me desangre?

—Creo que estás comido por una culpa que te está matando. —De la cintura coge su arma reglamentaria, de la que no se separa ni un instante, y se la ofrece al tiempo que le dice—: Tan solo los cobardes y culpables buscan en la muerte una salida. No sé cuál es tu carga, pero si por una leve casualidad tiene algo que ver con mi padre, juro ante tu Dios que yo mismo te quitaré tu asquerosa vida.

El religioso se echa a llorar y esconde el rostro entre la ropa de cama. Cuando encorva la espalda, la piel que le cubre la columna se abre y las heridas son bocas de las que emana sangre; se forma un reguero en zigzag que, despacio, baja por el sendero de cada una de sus vértebras hasta llegar al elástico de su calzoncillo.

—Te vuelvo a brindar la oportunidad de desahogarte, antes de rendirle cuentas a la muerte. Es la manera más honrada de cruzar las fronteras hacia lo Divino.

—¡Una vez más te digo que no puedo traicionar mi fe ni el sacramento de confesión! ¡Pídemelo mil veces y mil veces tendrás la misma respuesta! Y ahora, ¡vete de mi habitación!

Sebastián no ha llegado tan lejos en su carrera policial por casualidad. Siempre ha sido muy obstinado. Pero esta vez no es un simple caso; es la muerte de su padre y la desaparición de su cadáver. Tiene que hostigar y llevar al límite al único testigo que tiene. Porque, de momento, solo su tío tiene la clave de este misterio.

—No, de eso nada. De aquí no me voy a mover hasta que no desembuches todo lo que corroe tu conciencia. Te doy otra oportunidad. ¡Así que comienza a hablar ya y deja de perder tu tiempo y el mío!

—No, moriré con este secreto. Aunque me arriesgue a quedarme sin un lugar en el cielo.

La furia de Sebastián se desborda de su continencia y le hace olvidar a quién se enfrenta. Y como un animal entrenado solo para matar, agarra a su tío del cuello y comienza a apretar. El rostro de don

Herminio se va tornando azulado. Sebastián siente cómo, por entre los dedos, se le pierden los latidos de su corazón. Segundos después, el policía recobra la templanza y afloja la fiereza de sus impulsos y de sus instintos por acabar de una vez con todo aquello. El religioso, desesperado, coge aire. Sus respiraciones son grandes bocanadas de oxígeno. La normalidad le vuelve a teñir de color rosáceo la piel.

Con los ojos inyectados en rabia, Sebastián le hace una clara advertencia.

—Esto tan solo es una parte de lo que puedo hacer contigo. No me tientes nunca más, porque entonces olvidaré que eres mi sangre. —Después, coge de la mesita de noche una botella de agua y se la da—. Bebe y aclárate la garganta. Descansa y recapacita si te merece la pena esta situación. Yo ahora te dejaré solo, porque espero a unas personas que están a punto de llegar. Espero… que esta noche pienses en mi advertencia.

—¿Serías capaz de matarme?

Sebastián sabe su respuesta. Hasta hace dos días nunca habría tenido que debatirse ante una pregunta de esta índole. Nunca ha matado a nadie fuera de su profesión, o en defensa propia o en la de un compañero. Las balas que salen de su arma siempre están destinadas a un fin. Solo como último recurso, dispara.

—No lo dudes. No me pongas a prueba. Ya lo sabes, tienes hasta mañana para decidir lo que vas a hacer. ¡O te enfrentas a Dios o a mí!

Enfrentarse a su querido tío Herminio ha sido algo muy duro. Nadie está preparado para mantener un pulso de esas características con alguien que te ha sostenido entre sus brazos. Odia estas circunstancias tan horribles y dantescas.

El padre Herminio, al quedarse a solas en su habitación, comienza a llorar. Se siente atrapado; el cerco poco a poco se estrecha más. Se levanta de la cama y se aproxima al espejo del armario. Los dedos de su sobrino se han convertido en marcas rojas que le rodean todo el cuello. En verdad, está perdido. Ahora sabe que no debe tentarle. Ha demostrado de lo que es capaz.

30

Sebastián está en el salón dando vueltas de un lado hacia otro. Necesita hacer algo de una maldita vez. La espera lo está destrozando. Desde que ha llegado al pueblo no hace otra cosa. Primero, esperar a ver a su padre arrojado y muerto en el suelo; después, los resultados de la autopsia; luego la investigación de la desaparición de su cuerpo del Anatómico Forense, y por último, a que su tío se decida a hablar. ¡Está cansado de depender de la decisión de los demás para poder dar un paso en el caso! Todo es un reguero con varias direcciones, pero sin ninguna salida. Y se siente embargado de dudas y de inquietudes que cada vez se agrandan y expanden como una espesa y negra bruma que ensombrece cada rincón de la casa y se traga hasta el color vivo de los retratos que enmarcan las paredes, para mostrar el original blanco y negro de una época de algo lejano, que poco a poco está atrapándolo a él. Ahora mismo, Sebastián cree estar en un abismo, desde donde puede oír el rugido de la marabunta, y no divisar el ejército del mal que se aproxima. Ya no sabe qué esperar más de esta vuelta tan despótica de los Villarta. Siente que todo lo vivido hasta el momento ha sido una columna de mentiras. Su familia le recuerda a su compañero tiroteado en la pierna, la bala se incrustó entre la carne y desgarró tanto tejido que la herida no terminaba de cicatrizar. Y como una mala palabra adherida al alma, la infección se expandió por cada célula de su extremidad. La amputación lo salvó de la muerte, pero lo convirtió en un hombre amargado y sin escrúpulos. Eso mismo es ahora su clan, un pequeño grupo de células mal curadas.

Como un relámpago, una incertidumbre lo sobrecoge al recordar las palabras que su madre pronunció el día de la desgracia: «¡Lo sabía!». Repitió la misma frase tres veces. Y parecía muy segura de lo que decía. Sebastián sube las escaleras que llevan a los dormitorios. Sin contemplaciones, abre la puerta de la habitación de su madre. Para sorpresa, la encuentra sentada en la mecedora que hay frente al gran ventanal; es el único cuarto con vistas a la calle. Las luces de las

farolas iluminan su silueta. Las hojas de las ventanas están abiertas y el frío de las heladas se expande por el interior, al igual que el sonido de los ladridos de los perros callejeros.

—Mamá —dice Sebastián casi en susurros—, ¿qué está ocurriendo?

Pero Marta no contesta; sigue con la mirada perdida hacia los ventanales. La imagen que desprende parece la de un espectro. Se aproxima y se pone justo en su plano de visión, y tapa el destello de luz con su alta figura.

—¿Te importa si cierro la ventana? La habitación se está quedando fría y te pondrás enferma.

—¿Los oyes?

—¿A quiénes debo de oír, mamá?

—Dicen que cuando en la noche los perros ladran es para espantar a la muerte. Dime…, ¿tú también los escuchas?

Él no sabe qué contestar. Su madre dice cosas que no tienen sentido. Puede que esté perdiendo toda lógica y razón. Y no la culparía.

—¡Mamá, por favor, no digas más tonterías!

Marta se echa a llorar.

—¡No son tonterías! ¡Cuando sus ladridos cesen, uno de nosotros morirá!

—¡Mamá, por favor, basta ya! ¡Te lo ruego, cállate!

Pero ella no deja de murmurar una y otra vez lo mismo.

—El día que papá murió tú decías que lo sabías. ¿Qué querías decir con eso? ¿A qué te referías?

Marta llora. Una vez que ya ha pasado el efecto del sedante, es más consciente de todo lo sucedido. Y todas las lágrimas que quedaron suspendidas por el Valium, ahora se han vuelto más intensas.

—¡Lo sabía, claro que lo sabía, hijo mío!

—¿Por qué? ¿Acaso papá te comentó algo? ¿Le viste, algunos días antes, preocupado más de lo habitual? —Sebastián ahora actúa como policía. Debe dejar a un lado los sentimientos de hijo, si quiere llegar a un fin con la investigación.

—Hijo, ¿tú crees en los sueños?

—¿Qué quieres decirme? Mamá, por favor, háblame e intenta ser clara. Es la única manera de poder avanzar y encontrar el cuerpo de papá.

Marta mira a su hijo y las lágrimas le recorren la cara. En parte se siente culpable.

—Sebastián, sabía que algo malo iba a suceder y no lo detuve. Debí de impedir que saliera a dar su paseo, y no hice nada. ¡Y ha muerto por mi culpa! ¡Por mi maldita culpa!

—No eres culpable de nada. El responsable anda suelto por ahí, pero te juro que lo encontraré.

—Sabes, dos noches previas a la muerte de papá, tuve el mismo sueño. Soñé que tu padre no tenía rostro; que me hablaba y no podía escucharle. Intentaba correr hacia él, pero algo me retenía. Y su figura se perdía en una espesa niebla. Por eso sabía que era el preludio de algo malo. Y no me equivoqué.

—Mamá, eso son solo sueños. Y eso no te hace culpable de nada. Tú no lo obligaste a salir. Ni tampoco lo mataste. ¡Así que déjalo ya, por favor!

En brazos la lleva a la cama. Sobre la mesita de noche está la tableta de Diazepam que el doctor ha dejado para evitar que entrara en *shock* de nuevo. Sebastián da una a su madre junto con un vaso de agua.

—Hijo mío, si a ti te sucediera algo… yo no lo soportaría —le dice aferrada a las manos de Sebastián y besándoselas—. No me dejes nunca, Sebastián; eres lo único que me queda. No me dejes, no me dejes…

Su voz suena cada vez más bajita, y sus ojos se cierran hasta caer en la serenidad del sueño. Él le deposita un beso en la frente y se marcha de la habitación. Es la una de la madrugada. Ledesma y María deben de estar a punto de llegar.

Se lleva la mano a las sienes; tiene un espantoso dolor de cabeza. A lo mejor es la falta de sueño y el estrés constante al que está sometido. Busca entre los cajones de los muebles de la cocina algún analgésico que lo alivie. Entre la multitud de objetos acumulados halla el paquete de tabaco de su padre; eso le recuerda que debe estar ahora más atento que nunca a los pequeños detalles. No tiene que perder de vista a su tío Herminio. Ni tampoco a su madre. Por suerte, su tío Ramón no causa ningún problema. Es como si quisiera estar oculto y pasar desapercibido. De hecho, a Sebastián le extraña que, a pesar de las voces y el escándalo que han armado en la habitación de su hermano, él no haya aparecido para saber qué ha ocurrido. La última vez que lo vio ha sido esta misma tarde. Todos sus pensamientos se interrumpen cuando suena su teléfono móvil.

—Somos nosotros.

Ledesma y María acaban de llegar. Sebastián sale disparado hacia la calle; a toda costa debe impedir que los vean. Si el asesino está al acecho, podría ser intimidado y huir antes de poder atraparlo. Intentando hacer el menor ruido posible, abre las portadas para que Félix entre con el vehículo. Una vez en el interior de la casa, María saca el cajetín de transporte de Roco, que no deja de oponerse con sus maullidos a esa situación tan estresante. Cuando los dos se encuentran uno frente al otro, se funden en un abrazo. Se besan. Se buscan con la mirada mientras las lágrimas corren por el rostro de Sebastián. Por unos instantes, gira la cabeza para evitar que lo viese llorar. Pero no puede reprimir por más tiempo el dolor y la angustia que lo devoran desde hace casi tres días. Después, también se rompe junto a su compañero.

—¡Dios, lo que os he echado de menos! ¡Y cuánta falta me habéis hecho! —dice emocionado mientras abraza a los dos a la vez.

Sebastián porta en una mano la maleta de María; con la otra la abraza y se aferra a su cuerpo, por temor a que sea un mal sueño. Por nada quiere separarse de ella ni un milímetro. Abrazados, forman una sola sombra. Y así cruzan el patio hasta la vivienda. Félix, como siempre, cubre sus espaldas. Villarta da al interruptor de la luz y las lámparas muestran la grandeza de la casa. Ha olvidado abrir un poco las ventanas, para airear el olor a alcohol del interior. Tampoco ha guardado las mantas y almohadas que están arrojadas en el sofá.

—Siento mucho el desorden, pero como comprenderéis, ando algo liado. ¿Qué tal vuestro viaje? ¿Os habéis encontrado con mucho tráfico? Seguro que estáis muy cansados. Os mostraré vuestras habitaciones. —Villarta habla y habla porque teme volver a romperse. Siempre ha estado al frente de su equipo. Nunca se ha doblegado por nada. Sin embargo, ahora se siente tan perdido, que teme callarse porque en silencio es cuando el miedo más se apodera de él.

—¡Por favor, jefe, no siga martirizándose! ¡Está haciendo todo lo posible por su padre! —Sus pensamientos, una vez más, han sido interceptados por su compañero. Por eso son los mejores de la comisaría—. Sebastián, Gutiérrez ha sido muy claro. Solo tengo una semana para ayudarle en la pesquisa. Después, debo volver a Madrid. Usted mejor que nadie sabe a lo que nos enfrentamos con el caso que estamos investigando. ¡Así que no tenemos tiempo que perder!

—¡Gracias, amigo! Te necesito.

María está en la cocina y prepara café. Sabe que se avecina una

larga noche. Por eso no ha querido interrumpir a los dos policías. Ha buscado entre los cajones de los muebles y en la despensa, hasta que ha encontrado todo lo necesario. Después, en una bandeja ha preparado dos tazas. En la de Ses, como ella lo llama, ha puesto dos cucharaditas colmadas de azúcar, tal y como a él le gusta. Por último, se va al encuentro de ellos que, sin prisas, hablan en el salón.

—Gracias, cariño. Siempre tan atenta. Pero solo has traído dos tazas, ¿y la tuya?

—Yo estoy demasiado cansada y necesito dormir. Además, vosotros sois los expertos. Yo solo os molestaría. Creo que mañana os seré de más ayuda. Y no olvides que debo encargarme de Roco. Lleva demasiado tiempo encerrado en la jaula.

Sebastián la acompaña a la planta de arriba, llevando el equipaje de su chica. Ella porta entre sus brazos al siamés gordo, de mirada felina y amenazante. Por unos momentos, Roco vuelve a ser el dueño de toda la atención.

Ha decidido dejarle su habitación a Félix y él y María ocuparán la de sus abuelos. Una cama ancha, alta y de latón. Todos los muebles están anclados en el pasado. El perfume de la naftalina que fluye por el cuarto recuerda a Sebastián que está de prestado entre esas cuatro paredes. Sabe que su madre está aún sometida a la antigua usanza, y que sus tíos desaprobarán que un hombre y una mujer duerman juntos sin estar casados, pero sus reglas hace mucho que dejaron de importarle. Y ahora más que nunca necesita dormir abrazado al perfecto cuerpo de María y besar la suavidad de su piel. Sentir su respiración junto a su pecho y despertarse a su lado, para saber que una parte de su vida sigue igual.

—En ese armario encontrarás mantas. Espero que estés cómoda aquí. En cuanto pueda, estaré contigo.

Esa frase desde hace un tiempo ella la escucha demasiado.

31

El farsante sabe que va unos pasos por delante de la Guardia Civil y del inspector jefe de policía Villarta. Les lleva gran ventaja. Y todo gracias a una buena planificación.

Presiente que su final está cerca. Y no le asusta. No teme a nada, ni a nadie. Ha vivido suficiente como para endurecer sus inquietudes. No se es fuerte por lo que se hace, sino por lo vivido. Porque las palabras no fortalecen; son los hechos quienes crean el destino. Siempre ha sabido que es diferente. Pero él solo atiende a su voz interior, esa que desde hace años provoca extravíos en sus pensamientos, llegando a convertirse casi en algo físico. Incluso por las noches cree que se materializa en un ser. Y entre sueños traspasa la carcasa de sus costillas, sus órganos y le rompe la capa de la piel. Entonces, como un engendro viscoso, su otro yo toma la rienda de la escasa ternura que navega en su corazón. Y él se deja llevar sin cuestionarse la diferencia entre el bien y el mal. Lo más que le acerca al ser humano es la obsesión por esa maldita mujer.

Las malditas horas del reloj viajan tan lentas. Y el tiempo se hace cada vez más y más largo. Entre el espacio vacío y oscuro del molino solo está él, mano a mano con sus pensamientos. A veces le resulta duro enfrentarse a él mismo. Sabe que es diferente a los demás. Su razón no alcanza a entender la perplejidad de cada una de las células que lo componen. Eso provoca un fuego interno, justo en la parte occipital de la cabeza. Un calor abrasador, un escozor como el de una profunda herida que él identifica con unos deseos e instintos asesinos. Es cuando percibe que algo maligno se apodera de sus fuerzas y, como consecuencia, lo deja débil tal y como el delirio de unas fiebres altas. Es una máquina. Imagina y actúa en consecuencia de esa necesidad de apaciguar su sed de muerte. Y lo más asombroso es que no se siente mal. Porque es un poder que traspasaba todas esas fronteras o límites que separaban la hiperrealidad de lo sobrenatural.

En su cabeza transcurre todo a cámara lenta, desde que idea sus

barbaridades hasta que las ejecuta. Y vive y rememora cada uno de sus asesinatos con absoluto placer, con una erección incluida. El tiempo es un maestro que ha adiestrado sus emociones y le ha enseñado a manejar sus instintos, hasta el extremo de transformarlos en algo normal. Sabe que es más inteligente que la media de la población. Además, tiene un gran poder de manipulación, y eso le da un margen para producir dudas a sus objetivos. Y también provoca una baja defensa a quienes tengan la mala fortuna de interponerse en su camino. Para él, la gente que vive en el mundo son solo piezas de un ajedrez. Él, el rey absoluto, tiene el dominio. Es más, desde que comprende que es así y que sus acciones son mucho más fuertes que su intransigencia, no se resiste y disfruta de sus hechos. Sin remordimientos. Al fin y al cabo, de eso trata la libertad, de ser el dueño de las propias decisiones.

Ahora, escondido en el esqueleto de muros de piedra mordidos por el estrago del tiempo, rememora los pasos que ha seguido hasta este preciso instante. Cierra los ojos, porque está agotado de recorrer campos cenegados por la nieve durante la noche y por la adrenalina acumulada en su cuerpo.

Es un hombre muy astuto. Cualquier movimiento lo mide con antelación; no le gusta dejar nada a la improvisación. Se ha cuidado y recreado en los pequeños detalles para salir victorioso. En todo momento ha perpetuado las pautas de un plan muy bien estructurado. En primer lugar, durante días ha estado siguiendo, desde la distancia, los pasos de Tomás. Sus paseos matutinos, sus costumbres y horarios. Otras veces se hacía el encontradizo y se ofrecía a acompañarle. Otras, degustando juntos una buena comilona o almuerzos en el restaurante Los Tejares, alternando con Don Sancho, un mesón de carretera. En otras ocasiones, echando la partida de mus en el bar La Parada, donde un carismático camarero, de sonrisa bonachona y de bigote grueso, siempre les obsequiaba con un platillo de aceitunas. Durante el seguimiento, se percató de que, para llevar a cabo su fin, tenía que alejarlo más del pueblo. Después, debía hacerse con otro vehículo más acorde para cubrir las necesidades más precisas, sobre todo para recorrer terrenos pedregosos. Y para no exponerse más y no dejar rastro alguno de compra o alquiler cosa que la policía pudiera seguir, recurrió a un conocido que le debía un gran favor. Solo una llamada telefónica bastó para obtener su cometido.

—Rata, ha llegado el momento de que me pagues tu favor—. Jamás

ha sabido su nombre, pero bastaba con mirarle a la cara para saber por qué se apodaba como el roedor.

—Ha pasado mucho tiempo sin saber nada de ti. Dime, ¿qué necesitas?

—Quiero que me consigas un coche cuatro por cuatro. ¡Ah, una cosa más, procura que no haya estado involucrado en nada! Ya sabes…, lo quiero limpio.

—Tranquilo, sé hacer bien mi trabajo. Solo necesito saber dos cosas: ¿adónde te lo llevo y para cuándo lo necesitas?

Entre ellos las explicaciones sobraban. Los dos conocían las actividades que cada uno desempeñaba. En ocasiones, traicionaba a sus jefes, y le daba el chivatazo al Rata de una partida de chicas procedentes del Este, a cambio de un buen pellizco de dinero. Otras veces, los favores eran menos profesionales, ya que pasaban al ámbito personal. En una ocasión, el Rata estuvo involucrado en un asunto muy turbio con una organización criminal. La avaricia lo traicionó, y robó un par de millones de euros. Por ese motivo, se pasó semanas escondido, ya que habían puesto precio a su cabeza. Este hizo un trato con los criminales. Las cinco mujeres más sexis de los burdeles del Rata trabajarían durante un año para ellos. Fuere como fuere, salía ganando de esa forma. El tipo estaría en deuda con él. Y no dudaría en sacarle partido.

—Nos encontraremos en la estación de autobuses de Quintanar de la Orden, a las ocho de la mañana. No me falles. Ya sabes que yo no me ando con tonterías.

—Ok. Mañana nos vemos.

Al día siguiente, a la hora acordada, el Rata lo esperaba dentro del vehículo. Él había estacionado el suyo al final del aparcamiento. Llevaba vigilándolo más de diez minutos; no quería correr riesgos innecesarios. Hasta que no estuvo seguro de que todo estaba bien, no fue a su encuentro. Llevaban tiempo sin verse, pero el comerciante del sexo no había cambiado mucho. Su misma nariz, los mismos dientes y ojos que concordaban con su apodo. Alguna otra cicatriz nueva en su cara, producida por el navajazo de clientes insatisfechos.

—Aquí tienes lo que me has pedido —dijo al tiempo que le entregaba las llaves del auto—. Dentro encontrarás toda la documentación.

—Toma, aquí tienes las llaves del mío. ¡Es aquel de allí! Ya sabes lo que tienes que hacer.

Sabía cuál sería el destino de su vehículo. Los hombres del Rata lo llevarían a algún recóndito desguace, para convertirlo en una masa compacta que luego derretirían en un horno de fundición, y ese sería su fin. Un pedazo de chatarra sin más. Pero no importaba, pues había pagado una gran suma de dinero al propietario de la empresa de alquiler de vehículos, dos veces más que el valor del coche. Era la única manera de cubrirse las espaldas. Pero antes de despedirse de su camarada, necesitaba un último favor. Debía de hacerse con un medio de transporte adecuado para introducir un cuerpo congelado. Claro, esto último el Rata no debía saberlo.

—Necesito una furgoneta con bastante espacio en la parte trasera. A ser posible, de segunda mano. O más bien, que sea un cacharro. Quiero evitar costes. Ya sabes, una vez que no me sirva debes hacer lo mismo que con el coche. Te recompensaré.

—¿Para cuándo necesitas el burro? —preguntó el Rata.

—Lo antes posible.

—En cuarenta y ocho horas nos volveremos a encontrar en este mismo lugar y a la misma hora. No te pongas en contacto conmigo. La policía anda detrás de mí.

Con el todoterreno, comenzó la batida. En una semana, se dedicó a recorrer caminos y lugares alejados de la población. Necesitaba encontrar el sitio perfecto. Pero el tiempo pasaba y el doce de enero se le echaba encima y aún no tenía nada claro. Cuando la desesperación rozaba ya su paciencia y creía que ninguno de los parajes se adaptaba a sus planes, encontró la cantera. La inspeccionó palmo a palmo, y se sintió aliviado al comprobar que llevaba años abandonada. También se aseguró de batallar todo el entorno. Tenía que ver las posibles vías de escape. Se percató de que el bosque de pinos lo protegería. Además, multitud de senderos podían habilitarle facilidad y rapidez en la fuga. Así hizo, un día tras otro. Para ser más precavido y no dejar nada en el aire, midió el tiempo y otras opciones para llegar al lugar escogido. Seguro que investigarían las marcas de los neumáticos y seguir su rastro por el grosor de las ruedas. Esto le ocasionaría algún problema. Además, le sería complicado ocultar el automóvil. Enseguida descartó la idea de utilizar el vehículo. Lo dejaría en el garaje; era lo más sensato. La Guardia Civil buscaría a alguien con un auto de ciertas características. Por eso decidió coger el autobús y hacer el resto del recorrido a pie.

Dos días antes de la fecha elegida estuvo haciendo el mismo

camino en tres etapas. Primera: a las cinco y treinta de la mañana salió de su casa hacia la estación y cogió el primer bus proveniente desde San Clemente hacia Madrid, con parada en El Pedernoso. A las cinco y cuarenta, el autocar emprendió la marcha hacia su destino. Seis de la mañana: llegada al pueblo. Después continuó con la segunda fase. Nada más llegar a El Pedernoso, se adentró en las calles menos céntricas de la población. Bordeó la periférica del núcleo del municipio, que a esas horas aún estaba sumergido en el sueño, llegó hasta la plaza de El Cenicero. Luego, se dirigió hacia un espacio abierto entre las ruinas de dos viejas casas, convertido ahora en sendero, y emprendió el Camino de las Cruces. Al llegar a la última de las viviendas de nueva construcción, las luces se extinguían, y él se encontraba solo ante la oscuridad. Llegó a la ermita de Santa Ana, que, silenciosa y altiva, se pronunciaba en el paraje rural. Hasta ese momento había empleado una hora.

Postrema etapa: a las siete de la mañana tomó el sendero de San Isidro. Sabía que a esas horas los campos estarían desiertos. El mal temporal era un factor que le beneficiaba, pues sus huellas serían cubiertas por la espesa nevada que comenzaba a caer. Además, el tiempo pronosticado para los siguientes días auguraba precipitaciones de nieve muy densas. Llegó a las siete y treinta a la Cantería. Furioso, dio una patada a un matojo de hierbajos que se interpuso en su vista. Andaba muy justo con el horario y eso le dejaba un margen muy pequeño para los posibles errores. Debía ajustar más el tiempo. Mientras tanto, aprovechó para buscar algún sitio que le sirviera de escondite. Supervisó la cantera desde todos los ángulos, y encontró un sitio privilegiado para esconderse después de que cometiera el asesinato, y desde donde pudiera ver y seguir todo el espectáculo. La erosión del viento y el agua habían formado una pequeña cavidad entre las piedras. La entrada estaba cubierta por la vegetación que se había adherido a los pedruscos y formaba una costra. Arrastrándose como una serpiente, consiguió adentrarse en el agujero. La cueva era poco profunda y apenas tenía unos metros de espacio, pero a él le bastaba para ocultarse. Por suerte, entre la unión de las rocas había una fina rendija por donde observaría el protocolo policial.

El día previo al asesinato, el farsante amigo de Villarta hizo el mismo recorrido, pero esa vez cogió el autobús proveniente de Albacete, que llegaba al pueblo a las cinco de la mañana. Eso le dejaba un margen de una hora. También aligeró mucho más sus pasos.

En algunos tramos, corría para ganar más tiempo. ¡Lo había conseguido! Eran las seis de la madrugada.

32

Doce de enero. La muerte de Tomás Villarta era un hecho prefabricado con la percepción de un asesino. Todo salió como lo había planeado. Era consciente del estado peliagudo del corazón de su víctima. Si actuaba con inteligencia, por primera vez no se mancharía las manos de sangre. Pero debía ser muy rápido, porque el factor sorpresa era su mejor aliado. Se hubiera subido a la cresta de la cantera para divisar mejor la llegada de Tomás, pero antes se percató de que en una tierra colindante había un hombre faenando. Podría ser un testigo. Matarle no estaba dentro de sus planes. Por eso decidió ser paciente desde otro puesto más resguardado. Escondido entre unos grandes pedruscos y unos matojos altos y cubiertos de nieve, vio llegar por el camino al antiguo vigilante de San Luis. No dejó el lugar hasta que no llegó al punto central de la cantería. Entonces, sigiloso, se arrastró como un reptil hasta alcanzar una zona desde donde acceder a Tomás, pero sin descubrirse él.

—¡Ya estoy aquí, Matías! ¡¿Dónde estás?! —gritaba con voz desgarradora y asfixiada por la larga caminata.

—Aquello que creíamos… ya ha comenzado —decía una voz desde el otro extremo.

—Sal de tu escondite; estamos tú y yo solos. Hablemos y despidámonos para siempre —sugería Tomás, cada vez más asustado. Ese fue el momento donde comenzó a sospechar que se trataba de una trampa. Poco a poco, sus pasos se aproximaban más al camino. Y antes de que emprendiera una huida, su supuesto amigo comenzó a atacar.

—Creo que ya sabes que no soy Matías. Eres tan repugnante como era él. Haces bien en temerme, porque vengo de tu pasado. ¿Recuerdas San Luis?

—¿Quién eres? ¿Y qué es lo que quieres de mí? —Tomás cada vez se notaba más agotado y sentía que el corazón iba a salirse de su pecho. Pero soportaba las embestidas del dolor y la presión. Creía que

era debido a los nervios. Aguantaba de pie mientras su enemigo lo cercaba con voz intimidatoria.

—Soy aquel chico al que todos temían porque decían que en mis ojos vivía el mal. Y solo quiero demostrarte que no se equivocaban: Lucifer es una copia mía. —Sus risas resonaban en el espacio abierto de la cantera y el eco provocaba aún más temor en Tomás, que cada vez se le veía más descompuesto. Desde su escondrijo, observaba cómo se llevaba su mano derecha al brazo izquierdo. Esa era la señal cierta de que su víctima sufría un infarto. Era la hora de descubrirse, porque quería que, antes de morir, le mirase a los ojos.

Tomás lograba mantenerse de pie. Todos sus músculos estaban en tensión. Parecía un toro esperando el último estoque del torero. Vio acercarse la figura de un hombre vestido de negro. Fijó la mirada en él y pudo reconocerle. De pie, justo delante de un moribundo, comenzó a deshacerse de todos los complementos que cubrían su verdadera identidad. La peluca negra, la barba postiza y el zapato que contenía un zanco con el que disimulaba su cojera. Mostró su mano derecha, donde la ausencia de dos dedos era notoria, y por último, el maquillaje que cubría la parte de piel arrugada y rojiza de su rostro. La cicatriz parecía cada vez más latente, como una larva que respira entre una membrana tierna y de venas saltonas.

—¡Tú!, ¡eres tú! ¡Adelardo de la Hoz! ¿Cómo has sabido dónde encontrarme? —Por unos momentos cree venirse arriba por la misma impresión, pero tan solo era un espasmo más de su organismo, un reflejo del fallo de su corazón. Dicen que cuando a una persona está rondándole la muerte, siente una mejoría trascendental.

La distancia entre Tomás y él cada vez se acortaba más. Y su enemigo no hizo ningún ademán de huir. Parecía que llevaba esperando ese momento demasiado tiempo.

—Acaba ya conmigo; me haces un favor. La carga es demasiado pesada para seguir viviendo —suplicó Tomás. Sus palabras cada vez eran más suaves en el tono, porque en cada vocablo que salía de su boca empleaba una gran partida de aire, un oxígeno que no retornaba a sus pulmones, porque se escapaba como en la válvula de una rueda. Estaba fatigado, y por su frente y cuello resbalaba un sudor frío. Era el beso de la muerte. El paraje de pedruscos y tierras nevadas se difuminaba. Entonces, un grajo negro y con dos pequeñas pinceladas grises en sus plumas detuvo su vuelo cerca de él. Y sintió que algo tan poderoso e indomable como el acero se aferraba a su garganta, para

bajar por su esófago hasta detenerse en su corazón. Tosía muy fuerte, porque una vez leyó en Internet que toser con energía durante un amago de infarto podría dar tiempo para llegar a un hospital, pero él tan solo buscaba unos míseros minutos, los necesarios para decir lo que llevaba callando durante tantísimos años.

—Siempre hice lo correcto. Pero no pudimos salvar a todos. Eres víctima; no te conviertas en ellos.

—Demasiado tarde, Tomás. Dale recuerdos a Matías; te lo encontrarás algo calcinado.

Esas palabras fueron las últimas que Tomás escuchó antes de caer fulminado bajo una cama de nieve. La casualidad quiso que su cabeza golpeara con una piedra. Mientras que la sangre cercaba su pelo y cara, extendiéndose como una mancha de color negruzco, Adelardo de la Hoz sacó de su bolsillo un puñal con mango de marfil, y cuando ya estaba arrodillado ante el cadáver y dispuesto para coserlo a puñaladas para así descargar en cada milímetro de su cuerpo toda la rabia y violencia, se percató del ruido de un motor. Al mirar, vio cómo un tractor se dirigía hacia la cantera con su pala cargada de piedras y nieve. Tan solo tuvo tiempo de coger el teléfono móvil del suelo y esconderse en la cavidad de las rocas. Allí esperó. Después, fue testigo de la actuación de la Guardia Civil. Y luego también hizo la llamada a Sebastián Villarta, el temido e implacable inspector de policía.

Adelardo de la Hoz, ese es su verdadero nombre. Su identidad. Y ahora mucho más tranquilo y escondido entre la oscuridad de los muros de El Molino de las Ánimas, ríe a carcajadas. La jugada del destino ha provocado que la muerte de Tomás sea un infarto, inducido por él, claro, pero ante las pruebas forenses nadie podrá determinar implicación humana, ni el crimen como motivo. No obstante, su furia no había sido calmada, aunque eso ya lo tenía previsto, por eso planeó la sustracción de su cadáver. Así se llevaba a cabo una venganza. Cuarenta y ocho horas después de los hechos recuerda y saborea triunfante su jaque mate.

33

Sonríe, satisfecho de sus hazañas como asesino. Sin él pretenderlo, su memoria se traslada a su niñez. En Friarosa, cuando piensa en su tétrico pasado, donde cualquier parecido con la realidad, era pura imprevisión. Porque la muerte, a veces, era la única salida.

Recuerda a Manchas, un gato gordo, de pelo moteado de restregones negros sobre un fondo blanco, que frotaba sus lomos sobre las piernas de los chicos. Pero siempre estaba al lado de don Casimiro, el único cura que se libraba de la corrupción. Siempre se prestaba a todo. Recuerda cuando se arremangaba la sotana negra siempre sucia y se la subía hasta las rodillas, para entregarse a los juegos de los niños en el patio de altas y gruesas tapias de piedra y adobe que privaban de la libertad y de los sueños, más allá de aquel lugar. De todos los sacerdotes que vivían en la inclusa, él era el más cercano con los huérfanos y quien más se preocupaba por ellos. Su voz era dulce, serena y siempre conseguía tranquilizar los llantos de los pequeños que llegaban por infortunio a aquel sitio. Manchas era como un juguete para todos los chiquillos. Y don Casimiro lo premiaba compartiendo con él su almuerzo, el que consistía en dos tazones de leche caliente con pan. Mientras el cura comía sentado en la mesa del comedor, el felino metía su hocico y bigotes en un cuenco de barro que estaba en el suelo. Manchas era la cría olvidada de una arisca gata. Por suerte, fue encontrada por el carismático religioso que lo amamantó con la leche que daban las cinco gordas vacas que había en San Luis y que alimentaban a todo el orfanato. Desde entonces, vivían sincronizados. El padre Casimiro y el felino se cuidaban el uno al otro. Uno maullaba cuando el anciano se quedaba dormido cerca del fuego o del brasero, y el otro procuraba que nunca tuviera falta de cobijo y comida. Pero Adelardo no entendía aquella actitud de bondad hacia un insignificante animal. Una mañana, antes de que el calor veraniego asolara y se adueñara de las sombras del patio, todos correteaban y jugaban al escondite, a polis y cacos, y a la péndola. En ese instante

uno de los chicos más pequeños de la inclusa fue a coger a Manchas para abrazarlo. El felino tenía entre sus patas un trozo de tocino fresco, y el niño se llevó un zarpazo en la pierna, provocándole unos largos arañazos desde la rodilla hasta el tobillo. El chico comenzó a llorar. El religioso regañó a su mascota y después acogió en su regazo para calmar el llanto del chiquillo. Minutos más tarde, Manchas volvió a ser tan manso como habituaba. A Adelardo se le removió algo en su interior, y la voz se hizo más notable. Sus pensamientos comenzaron a ir más deprisa que sus intenciones, y en su cabeza comenzó una caótica sinrazón, una lucha interna entre su conciencia y sus instintos. Al final, la batalla la ganaron sus deseos incontrolados.

Esa misma noche, mientras todos los compañeros dormían, él se levantó. Descalzo y a oscuras siguió el hilo de luz proveniente del pasillo que entraba por debajo de la puerta. Con cuidado, giró el picaporte hasta que se abrió. Sin perder ni un instante, corrió a refugiarse detrás de las hojas de un hermoso ficus. Dos curas se dirigían hacia sus dormitorios. Por unos segundos, dejó de respirar por temor a ser descubierto, porque sabía lo que eso significaba. Por último, se dirigió a la cocina; sabía que don Casimiro estaría tomándose el último tentempié antes de irse a dormir. Estaba sentado de espaldas a la entrada; llamó a Manchas mostrándole un trozo de una raquítica salchicha que, durante la escasa cena, se había guardado entre sus pantalones. El confiado gato se acercó y muy hábil lo llevó hasta una distancia prudente. Allí lo abrazó y con suavidad comenzó a acariciar su pelaje.

—Buen gato, buen gato, Manchas.

Bajó unas escaleras que llevaban al subsuelo del orfanato. Unas puertas de madera maciza custodiadas por unas rejas. Para él no suponían ningún problema ni las cerraduras, ni tampoco el candado. Desde que encontró un alambre entre unas macetas y lo utilizaba como llave, entraba y salía con relativa facilidad. Y cuando las cosas se ponían feas, él se escondía entre los pilares del edificio. Sin dejar a Manchas en el suelo por temor a que se escapara, tuvo que forcejear hasta que consiguió que se abrieran las cerraduras. El interior estaba repleto de cachivaches. De las paredes, rezumaba la humedad, que se extendía a lo largo de los muros. Se adentró en la garganta del lugar, para así evitar que los maullidos alertaran a don Casimiro. Puso al felino en el suelo mientras seguía acariciándolo con dulzura. Manchas ronroneaba con los ojos cerrados. Entonces, con infinito cuidado,

cogió una barra de metal. La levantó en el aire tan alto como pudo, y con fuerza y brutalidad descargó el primer golpe sobre el cráneo del animal. Un único maullido, parecido al lamento de un niño, salió de su boca. Pero él no se detuvo; golpeó y golpeó hasta que la cabeza era una espesa masa de sangre y sesos. Impertérrito, miraba el cuerpo masacrado, y lejos de sentirse culpable, sonrió complacido. Había hecho lo que su voz exigía. Después, cogió la sábana que cubría un viejo y mellado piano de cola, y cubrió entre el tergal el cuerpecito del pobre felino. Volvió a subir las escaleras, resguardando entre sus ropajes el menudo cadáver. Por aquel entonces, Adelardo de la Hoz tan solo era un crío, pero eso no lo exentó de ser un buen planificador. Sin demora, y escondido entre las sombras de las grandes macetas, llegó hasta el dormitorio del padre Casimiro y depositó sobre la cama a Manchas. Y sin perder ni un segundo, se encaminó hacia el pabellón donde dormían los demás muchachos. Acurrucado entre el calor de su camastro, comenzó a escuchar al cura que, con voz alterada por la preocupación, llamaba a Manchas. Durante unos segundos permaneció callado. En cuestión de minutos, oyó un desgarrador grito; el sacerdote ya había hallado la masa de sangre y sesos del minino sobre su lecho.

34

La memoria de Adelardo de la Hoz sigue empeñada en volver al pasado. Y se traslada a su puericia. Cuando el reloj del campanario del orfanato rozaba la noche con su última campanada, esa era la señal que más temían los niños. Y todos ellos comenzaban a aferrarse a sus mantas; incluso unos a otros encadenaban manecitas, inocentes, al creer que eso les libraría. Los pasos de unos religiosos entraban en sigilo en la sala repleta de camastros. Se dirigían a uno de los críos. Ninguno nunca era seleccionado al azar. Lo sacaban del calor de la cama y hasta horas después no lo devolvían. Sabía lo que sucedería. Él mismo era uno de los preferidos.

A la mañana siguiente, antes de que el día irrumpiera de lleno en el cielo, todos los chicos estaban levantados. Desde el más grande al más pequeño, desde el más veterano al más reciente, todos y cada uno de ellos estaban junto a los pies de sus camas, al estilo militar. El muchacho que esa noche había sido escogido había dejado un surco de sangre en las ásperas sábanas de tergal desgastado. Era la irrefutable muestra de las atrocidades que había sufrido.

—Sé que uno de vosotros ha matado a Manchas. Os aviso, si creéis que es divertido, no sabéis en qué lío os habéis metido —sentenciaba uno de los guardianes. Tomás era mucho más blando a la hora de los castigos. No obstante, cuando se enfadaba, provocaba mucho temor, porque nunca se sabía cuál sería su reacción. Y todos los niños aprendieron que era mejor no tentarle.

Los chicos temblaban de miedo, algunos hasta lloraban porque sabían qué les sucedería si el animal no aparecía. Pero Adelardo se mostraba altivo, indiferente ante las amenazas del guardián. Tomás se acercó a él, y mirándole de arriba abajo, le dijo:

—Pareces muy tranquilo. Pero te voy a quitar esa estúpida sonrisa de una maldita vez de tu cara.

Sin más, le dio tal bofetada que sonó en el pabellón. Y Adelardo comenzó a sentir calor y dolor donde había recibido el golpe. Cuando

se estaba recuperando, recibió otro guantazo en la otra mejilla. Unas lágrimas comenzaron a brotar entre los lagrimales. En ese momento, supo que algún día lo mataría.

A pesar de que hace mucho tiempo de todo esto que recuerda, no puede dejar de sentir la cólera recorrer cada parte de su ser. Las cosas ahora son diferentes. Con el paso de los años ha aprendido a dominar sus impulsos asesinos y a moldear sus fuertes instintos. Eso le satisface de una manera descomunal. El engaño, la persecución y el seguimiento forman parte de un rol. Y tener entre sus dominios los últimos minutos y pensamientos de sus víctimas hace que se sienta importante.

35

—Si queremos ser tan hábiles y listos como nuestro asesino, debemos ponernos a su mismo nivel. Pensar y creer como él. Hay que tener todos esos frentes cubiertos. Es la única manera de dar con ese mal nacido.

—¿Qué quieres decir, Félix? —pregunta Villarta mientras se termina la segunda taza de café.

La primera impresión de Ledesma hacia Villarta ha sido nefasta. Lo ha visto demacrado, con unas profundas ojeras que ensombrecen sus ojos, más delgado y sin su característico humor. No es el mismo de días atrás. El dolor y la desesperación han arruinado su ímpetu. Pero él se encargará de devolvérselo para que resurja de sus cenizas.

—Jefe, debemos tener un espacio para el trabajo.

—No hay nada por dónde comenzar. Ya lo he intentado yo. Estamos jodidos, amigo. Nuestra única esperanza es averiguar algo más de Matías Pineda y de por qué el supuesto asesino tenía en su poder el teléfono del desaparecido. Y eso lo conseguiremos cuando se localice; no sabemos si se ha evaporado por voluntad o alguien lo ha hecho desaparecer. Solo entonces podremos hallar una conexión en el caso.

—Jefe, eso ya está en marcha. Nuestro equipo se está encargando. Sé que me pidió total discreción, y tengo toda la fe en nuestros hombres. Ellos quieren ayudar. Como ve, todos estamos con usted.

Félix no va a darse por vencido. No tienen por costumbre rendirse por lo que no se consigue, sino por lo que se avanza. Es un lema que ha aprendido a su lado.

—Jefe, sigamos la misma línea de investigación que en comisaría. Es cierto que nos hemos topado una vez más con ese periodista, pero podemos tenerlo en el punto de mira y controlar a ese cabrón. Ahora estamos solos nosotros dos, es verdad, pero eso nos deja un margen, porque vamos a hacer lo que nadie espera de nosotros.

—Sí, amigo mío, pero no debemos obviar que este caso pertenece a

la Guardia Civil. Y que cada avance o sospecha, debemos de informarles. De lo contrario, nos exponemos a que todo lo investigado no sirva para nada.

—Por ahora creo que deberíamos irnos a descansar y mañana a primera hora comenzaremos con la investigación.

Villarta lo que más desea en ese momento es acostarse al lado de María, demostrarle que ella no es un juego, sino un racimo de su vida. Decirle que odia cuando se enfadan y que la extraña cada momento que está lejos de ella, por temor a que sea el último.

Suben la escalera, y una vez más en el vestíbulo que lleva a las habitaciones, una luz se cuela por debajo de la puerta de su tío Herminio. Sebastián imagina que debe estar mortificado con su conciencia. Después de indicarle a su compañero su cuarto, entra a echarle un vistazo a su madre. Comprueba que continúa bajo los efectos de las pastillas. Duerme tal y como si su jodida realidad no hubiera sido alterada. Sebastián de pronto siente una intuición. Se acerca hasta el borde de la cama. Su cuerpo parece un bulto bajo las mantas. Despacio y con temor, extiende la mano para tocar su frente. Marta se remueve sin saber que su hijo vigila sus sueños. Ahora tranquilo, va en busca de María, porque la necesita más que nunca. Agotado y destrozado por el cansancio, se da una ducha. Los sonidos quedan atrapados en el agua y no escucha abrirse la puerta de la mampara; tan solo siente la presencia de ella cuando sus manos se aferran a su cuerpo mojado. Se vuelve y busca sus labios y sus curvas. Un ritual de caricias y un torrente de deseo los invade sin posibilidad de dominio. Hacen el amor de una manera salvaje, por el incontrolable éxtasis que se tienen. Por segunda vez, llegan al orgasmo. Se miran, se ofrecen sus bocas y, rendidos, se dejan caer sobre la superficie de la bañera. Después, se secan y se van a la cama. Ella busca los brazos de Ses; él solo quiere detener esos instantes para siempre. Los maullidos de Roco son la clara intención de hacerles saber a sus dueños que él también existe y que se encuentra muy asustado. Solo, ronda por la habitación como un mendigo mientras María lo ignora.

Sebastián intenta dormir, pero tiene demasiada adrenalina por sus venas. Además, el sexo y el exceso de café no se lo permiten. Se levanta, escurriéndose entre las sábanas para no despertar a su novia. Por unos segundos, se queda sentado en el borde del lecho y la contempla. Está tentado en acariciarla para despertar su apetito

sexual. Pero cae en la cuenta de que no ha dicho nada de lo que deseaba decirle. Una vez más, ha dejado en el bolsillo palabras rotas y sus sentimientos.

36

Se viste con los vaqueros y la camisa. Y se va al vestíbulo. Por debajo de la puerta de la habitación de su tío Ramón sale un pequeño haz de luz. Son más de las seis de la madrugada. Resulta extraño. Como un instinto, se dirige a la ventana que da al exterior y la abre. Los ladridos de los canes han cesado. Tan solo se escucha el sonido de los vehículos de la N-301. Recuerda las palabras de su madre: «Cuando los perros ladran por la noche, espantan a la muerte». Un escalofrío recorre toda su espalda hasta llegar a la nuca. Llama a la puerta de la habitación de Félix, que está dormido.

—Ledesma, Ledesma, ¡despierte!

Con una acción automática, abre los ojos y echa mano a su pistola, que está guardada bajo la almohada, y apunta a Sebastián con ella.

—¡Eh, eh, Félix, que soy yo!

—¡Joder, jefe! ¡Así no se entra en la habitación de un hombre que tiene un arma! ¡Podría haberle matado!

—Los perros han dejado de ladrar —afirma Sebastián con voz queda y resignada por el temor a que suceda algo. Y vuelve a decir—: Los perros han dejado de ladrar.

—¿Y para eso me despierta y se expone a recibir un tiro?

—Algo ha sucedido o está por suceder —avisa Villarta. Teme que el presentimiento de su madre sea verdad.

Ledesma se levanta de la cama. Y sigue a su jefe hasta la habitación de Herminio. Sigue arrodillado, envuelto en sus rezos y sin variar la posición en la que horas antes lo ha dejado. Al entrar, el cura gira su cabeza, asustado al ver a dos hombres empuñando sus armas en dirección hacia él.

—¡¿Pero te has vuelto loco?! —exclama el religioso.

—¿Estás bien, tío?

—Sí, ¿y tú, hijo mío? —Herminio mira al forastero que ha irrumpido en su cuarto en pantalones a medias de abrochar, y empuñando una pistola—. Imagino que tú eres el amigo al que mi

sobrino estaba esperando.

—Sí, así es. Soy el subinspector de policía Félix Ledesma —responde al tiempo que ofrece su mano; el cura la acoge y aprovecha el impulso para levantarse del suelo. Sus rodillas se resienten debido a las horas que ha pasado postrado en las baldosas, y al reuma que se pega a sus huesos con más ahínco a causa del frío y la nieve.

De pronto, escuchan un trepidante y seco ruido proveniente del patio exterior de la vivienda. Los tres se miran, sin saber qué ha podido suceder. María se despierta y sale en pijama al vestíbulo. Se asoman a la ventana. Entre las sombras pueden ver un bulto esparramado en el suelo de cemento. Como tres galgos de carrera, bajan las escaleras.

—¡María, quédate aquí y cuida de mi madre, que está en esa habitación! —le grita, desesperado, Sebastián.

Atraviesan el vestíbulo y el pasillo que lleva a la puerta de salida al patio.

Encienden las luces. Y allí, entre la superficie gris y áspera, yace el cuerpo de don Ramón. Se ha arrojado por la ventana desde un segundo piso, y al caer ha chocado con el borde de una gran maceta de cerámica. Un charco de sangre rodea su cabeza.

—¡Ramón, Ramón! ¿Qué has hecho, querido hermano? ¡¿Qué has hecho?! —Arrodillado junto a su cuerpo, don Herminio llora con gran amargura.

Sebastián permanece junto a su tío que, por unos instantes, abre los ojos y busca con la mirada perdida a su sobrino. Este le agarra la mano para intentar consolarle.

—Ya viene una ambulancia —dice Ledesma mientras intenta levantar a don Herminio.

Cuando Sebastián se acerca al pecho de su tío para proporcionarle consuelo, el sacerdote comienza a mover los labios, y susurra unas palabras. Sebastián acerca su oído a la boca del moribundo, y entre suspiros ahogados con los últimos latidos con sabor a muerte, pronuncia una última frase.

—Limpia el nombre de tu padre.

Con las manos enredadas en las de Sebastián, el sacerdote expira en el silencio de la madrugada.

«Cuando los perros ladran, espantan a la muerte».

37

El reloj del campanario de la iglesia irrumpe en la gélida madrugada con una única y rotunda campanada. Son las seis y treinta de la mañana del día quince de enero. Hay un muerto más en el clan de los Villarta. De su vida tal y como él la conocía ya no queda nada. Se siente como si el diablo jugase a la ruleta rusa con el mundo, y ellos siempre fueran la diana de una bala en la recámara. Sebastián culpa al asesino de su padre. Todo tiene relación, y según las póstumas palabras de su tío Ramón, se lo confirman. Nadie más ha escuchado su última voluntad. Por ahora, no dirá nada al respecto. No al menos hasta que, por su cuenta, averigüe qué parte de implicación tiene el pasado de su padre. Ni siquiera se lo confesará a María, ni mucho menos a Ledesma. Antes quiere estar seguro en la ciénaga donde navega. Teme que, al indagar, conozca qué o quiénes en realidad son los Villarta. Por el momento, lo que más le preocupa es evitar más muertes. Sus espaldas ya no soportan el peso de la culpa; es así cómo él se siente, un único culpable.

Poco después, una ambulancia y dos coches patrulla de la Guardia Civil llegan a la puerta de los Villarta. Ledesma, de inmediato, se hace cargo de la situación, y deja entrar a la comitiva, encabezada por el sargento Casado y el joven cabo Estigarribia. La desgracia vuelve a cebarse con la familia. El cadáver es rodeado por un cordón de profesionales: la policía judicial y los médicos. Sebastián y don Herminio están destrozados. Por suerte, Marta sigue sumergida en la profundidad del sueño de unos potentes somníferos. Y María se siente con libertad de abandonarla para acompañar a su novio.

—Inspector jefe Villarta, siento mucho los trágicos sucesos por los que está pasando su familia —dice, abatido, el sargento Casado. En toda su trayectoria, no ha visto nada parecido. Dos trágicas muertes en circunstancias sospechosas en una pequeña población de poco más de mil quinientos habitantes es demasiado, hasta para él. El grado de experiencia sugiere que nada o poco es casual en este caso, donde la

desgracia se ceba con una sola familia.

—¿Cómo ha sucedido todo? ¿Dónde estaban cada uno de ustedes? ¿Por qué cree que se ha suicidado?

Villarta está sugestionado y no puede ni articular palabra. Tiene un gran bloqueo mental. Y es víctima de un trepidante caos. Don Herminio ha tenido que ser atendido por los sanitarios, por un desmayo debido a la fuerte impresión. Eso hace que Félix sea quien responda ante el Cherokee.

—Todo ha sucedido muy deprisa. Mi jefe intuía que algo malo estaba por suceder y ha entrado a mi habitación muy asustado, y diciendo frases sin sentido. Después, hemos entrado al cuarto de don Herminio, y al encontrarlo bien nos hemos tranquilizado. De pronto hemos oído un ruido seco, como el de una estampida, y al asomarnos por la ventana, hemos visto que había un cuerpo en el suelo. Al bajar hemos comprobado que se trataba de don Ramón. Al mirar para arriba, la ventana estaba tal y como está ahora, abierta de par en par.

—Disculpe, ¿y usted es? —pregunta Casado.

—Félix Ledesma, subinspector de policía de la comisaría central de Madrid —responde al tiempo que muestra su placa. Y después continúa diciendo—: Llegamos esta misma noche, cerca de la una de la madrugada.

—¿Llegaron? ¿Quiénes?

—Yo y María, la novia de mi jefe. Es esa chica que acompaña a don Herminio. —Nunca antes se había visto en una situación semejante. Ledesma parece estar encerrado en la escena de una película de Agatha Christie.

—¿Por qué motivo han venido? Es más, ¿por qué de madrugada?

Félix se está cansando de tantas preguntas que, sin duda, tratan de analizarlo o desestabilizarlo, como si escondiera algo. Villarta ya le ha hablado del tal sargento Casado y del cabo de nombre impronunciable. Así que debe guardar la calma.

—Sargento, mi jefe nos necesita y por eso hemos venido. No escondemos nada. Además, estoy aquí con el permiso de mi superior, el comisario Gutiérrez. Puedo facilitarle su número de teléfono si precisa. Pero… le voy a dar más información. Antes de que sucediera toda esta desgracia, mi jefe y yo estábamos siguiendo la pista de un asesino, el cual creemos que tiene algo que ver con la muerte de Tomás Villarta. Como ve, yo hago también mi trabajo.

Casado, en parte, siente cierta molestia; no le gusta nada la forma

de hablarle el policía.

—Subinspector, estamos en el mismo equipo. Yo quiero que todo esto se aclare de una maldita vez y que no haya más muertes en esta familia.

—Pues si así es, deje de estudiarme y someterme a preguntas. ¡Y comencemos a trabajar juntos por el bien de mi jefe!

—¿Saben ustedes si había algo que le preocupara para llevarlo hasta la muerte? ¿Se mostraba más intranquilo o preocupado de lo normal? Según el médico, no ha muerto en el acto. ¿Ha dicho algo antes de fallecer? —El sargento se siente culpable por seguir indagando ante tan lamentables condiciones, pero tan solo sigue el protocolo.

Villarta se levanta del sofá, se dirige a Casado y muy próximo a él lo acusa de estar ciego.

—¡De verdad me está preguntando lo que creo! ¿Cómo se sentiría usted si en setenta y dos horas tuviera que asimilar la muerte de un hermano y la desaparición de su cuerpo?

Estigarribia intenta defender a su sargento, pero Casado se adelanta.

—Es cierto que la muerte trágica de un ser querido puede desgarrar a alguien por dentro, hasta el punto de la desesperación. Pero… no creo que este sea el caso.

—¿Qué quiere decir con eso, sargento? ¿Que mi tío no se ha suicidado?

El sargento no sabe cómo guiar la conversación sin que sus palabras sean travesadas. Quien tiene frente a él no es una persona de a pie; es uno de los mejores policías que tiene la ciudad de Madrid. Debe andar con pies de plomo, si no quiere meter la pata y llevarse un toque desde la comandancia.

—No. En ningún momento he sugerido nada de eso. Es más, desde el asesinato de su padre, mis hombres han estado investigando a cada uno de los miembros que componen su clan. Y cuando le digo todos, es todos. Creo que usted ya me entiende. —El sargento carraspea; suele hacerlo cuando se pone nervioso o se encuentra incómodo, en una desagradable situación. Tras una breve interrupción, prosigue—: Según tengo entendido, su tío, a pesar de su avanzada edad, impartía clases en un instituto de secundaria en Cuenca. Aunque ya estaba jubilado, jamás abandonó su profesión. Además, repartía su tiempo oficiando el sacerdocio en varios pueblos de la sierra, durante los fines

de semana. Un hombre muy devoto, estoy seguro, y entregado a Dios. Admirable, créame. Porque se resistía a esperar su muerte sin hacer nada. Lo que quiero decir es que en los últimos años no ha venido mucho por aquí. Y no visitaba con asiduidad el municipio.

—¡¿A dónde quiere usted llegar?!

—¡Cálmese, por favor! Adonde quiero llegar es que el motivo de desesperación por la muerte de su hermano no es factible en este caso. Debía de tener alguna otra cosa rondándole por la cabeza. O incluso, puede que se sintiera culpable por algo. Usted mejor que nadie sabe que, en nuestras profesiones, nos encontramos con desenlaces como este con demasiada frecuencia.

38

Sebastián sabe que el sargento anda muy encaminado. Y si quieren llegar al final de la investigación, debe cooperar. Pero antes, necesita algo de tiempo para indagar con más profundidad en todo el embrollo. Y la clave, una vez más, está en manos de su tío Herminio. De pronto, y proveniente del piso superior, se escucha el trepidante grito de una mujer. Sebastián sube las escaleras y de un portazo entra en la habitación de su madre, que, asomada a la ventana y con medio cuerpo fuera, ve el cuerpo yaciente de su cuñado Ramón.

—¡Mamá! —exclama Sebastián abrazándola muy fuerte, por temor a que caiga al vacío.

—¡Lo sabía! ¡Te lo dije! ¡Estoy maldita, estoy maldita! —grita, al tiempo que con sus uñas se araña la cara desde arriba hacia abajo, una y otra vez. Unas rojeces de diverso grosor y como trazados de un niño se han quedado marcadas en su rostro. A toda costa busca herirse para saciar sin duda su desasosiego infernal. En ocasiones, el daño y las heridas que uno se provoca son un código que calma el dolor y las inquietudes.

El sargento, desde el vestíbulo, es testigo de la escena. Sebastián intenta tranquilizarla y evitar que siga autolesionándose. Ella busca liberarse de los fuertes brazos de su hijo.

—¿A qué se refiere, señora? —Parece ser que la pregunta logra calmarla, porque, de cierta manera, es lo que busca: ¡que alguien la escuche! Marta mira con expresión de asombro. Vive todo como en dos planos dimensionales. Entre la realidad y la utopía de unos planes en común, que jamás podrán llevarse a cabo.

—¡Usted, por favor, debe escucharme y creerme! ¡Estoy maldecida por algo demoniaco!

En cuestión de pocos minutos, la habitación de Marta ha sido tomada por el cabo Estigarribia, el subinspector de policía Ledesma, por María, que desde el marco de la puerta observa todo, horrorizada, junto al sacerdote.

—Por favor, déjennos a solas —sugiere el sargento. Ninguno de los presentes se inmuta. Villarta toma cartas en el asunto. Él también se dispone a salir del cuarto, pero Casado le invita a quedarse.

—Veamos, señora, ¿por qué dice que lo sabía? ¿Y por qué cree en el disparate de que el diablo tiene parte en esta desgracia? —La voz de Casado es relajante. La serenidad con la que habla transmite confianza a Marta.

—Se lo he dicho a mi hijo, pero no me quiere creer. Dos noches antes de que mataran a mi marido, tuve un sueño. Siempre el mismo. Supe que era el presagio de algo malo. Hace unas horas me ha pasado lo mismo.

—¿Ha tenido el mismo sueño? —pregunta intrigado el guardia civil. Sabe que para las personas muy supersticiosas las visiones son el lenguaje de la vida. Pero él tiene otras conjeturas.

—No. Esta vez no estaba soñando. Dicen que cuando en la oscuridad de la noche los perros ladran, asustan a la muerte. Y cuando se detienen, el infortunio encuentra a sus víctimas. Entonces, ya nada puede detener los hilos del destino hacia la sepultura.

—Señora Villarta, eso son solo supersticiones, nada más. Usted no está maldecida ni mucho menos. Ahora creo que debería acostarse y descansar. Porque le esperan días muy duros.

Sebastián besa a su madre en la frente, y le dice:

—Mamá, por favor, deja de decir esas barbaridades.

—Quiero volver a dormirme. Necesito dejar de pensar y de sentir por unas horas. Dame más pastillas de esas, para que descanse y que despierte cuando todo haya pasado.

—No, mamá, llevas demasiados tranquilizantes. Ahora debes reponerte, porque yo te necesito a mi lado.

Pero ella se niega a afrontar la realidad. No tiene fuerzas ni las armas para enfrentarse al dolor de la desgracia. Primero su esposo, y ahora su cuñado Ramón. Teme que tan solo sean dos eslabones más de la cadena de sucesos que aún están por suceder. Y no soportaría ser testigo de una muerte más. La vida no está hecha para las cobardes. Aunque para ser sincera con ella misma, no solo teme a los sucesos, sino también a enfrentarse sola al mundo. A afrontar este día que les pertenecía a su esposo y a ella. Hoy serían las bodas de oro. Y cuando las luces del alba caigan del horizonte y a las ocho de la mañana repiquen las campanas de la iglesia, deberá vestirse de negro y olvidar su elegante vestido de novia que, como un murciélago, cuelga de una

percha en el armario, junto con el traje hecho a medida que, durante meses, estuvo cosiendo el sastre del pueblo. Todo parece como una calcomanía pegada a la piel: con el tiempo se deteriora y el dibujo se convierte en sombra. Hoy, quince de enero del dos mil nueve, la vida de Marta es la conversión de la más pura dicha al dolor más desgarrador que un ser humano es capaz de soportar. En unas horas, los vecinos volverán a ser testigos de una nueva desgracia en El Pedernoso. Hoy, los carillones del campanario sonarán una vez más al compás del réquiem por los Villarta.

39

Tan solo el ruido del tránsito de la autovía irrumpe de lleno el silencio en el Molino de las Ánimas. Los caminos y senderos que serpentean el lugar están embarrados debido al deshielo de la nieve. Los matorrales, el romero y los verdes cardos comienzan a coronar los campos y los cerros. La nieve resiste en los árboles y se aferra a la cima de sus ramas como un moribundo a la vida. El invierno muestra su más fiera rudeza en cada rincón. El río Monreal discurre con atrevimiento por el cauce, y el agua, como un saltamontes, brinca entre las piedras centenarias. Un robusto y gordo jabalí olisquea el suelo en búsqueda de algunas bellotas y de piñones esparcidos entre la vegetación. Poco a poco, el animal se aproxima a la entrada de las ruinas de la casa. Adelardo, sobresaltado, despierta de inmediato. El cerdo se encuentra a escasos metros de él. Sabe que, asustado, puede resultar muy peligroso. Aún recuerda la pierna sajada y ensangrentada de uno de los cazadores que acechaba en el coto privado de San Luis. El iluso creyó que el disparo de cartuchos sobre el lomo del puerco había sido letal y decisivo, pero se equivocó. Al aproximarse para rematarlo, la bestia hincó uno de los colmillos en su muslo, desgarrando la carne y los músculos.

El fuego podría haber sido una buena arma para usarla contra el peludo y robusto animal, pero en el cerco de piedras tan solo quedaban restos de ceniza y alguna que otra sobreviviente ascua. Recuerda que en su mochila hay un cuchillo, pero el jabalí pisotea todo, al tiempo que olisquea sus escasas pertenencias. Pegado a las paredes de adobe y tierra húmeda, busca el amparo de las lobregueces que invaden los rincones más alejados de la luz de la ventana, huérfana de cristales. Al final, el ladrón de un solo y astillado colmillo consigue hacerse con una manzana, y Adelardo se queda sin su almuerzo. Desde la oscuridad, maldice al animal. Solo cabe esperar que una vez satisfaga la curiosidad y el hambre, abandone el interior de la casa. Y así es; el seboso cerdo salvaje se aleja y devuelve los

dominios a Adelardo, que recupera el ritmo en sus pulsaciones.

No puede volver a sentirse así. Es más, no debe dejar que vuelva a suceder. Él es un asesino y está acostumbrado a enfrentarse a los ojos de sus víctimas. Con los años ha aprendido que nada hay más temeroso, y a la vez emocionante, que la mirada de alguien que sabe que va a morir. En esos escasos momentos es donde más se la juega. Porque cuando se carecen de esperanzas, cuando se sabe que todo ya está perdido, resurge el valor y las fuerzas para luchar hasta el final. Al igual que hace Sandra.

«Sandra, Sandra». Pronunciar su nombre le trae dulces recuerdos. Ellos dos, ahora, son una simbiosis. Sabe que ella es un producto del miedo. Puede huir; se ha ganado la libertad a pulso, no obstante, sigue a su servicio. Pero antes de pensar en ella como presente, prefiere recrearse en el pasado.

Cuando la secuestró, su propósito solo estaba en matarla como a todas las demás. Cada una de sus víctimas ha sido un bálsamo para lidiar con la verdad que arrastra desde la niñez. Cuando desgarraba sus carnes con la fusta de cuero y fundía cada latigazo en su piel; cuando la empapaba en agua y la sometía a corrientes eléctricas; o cuando descargaba en su cuerpo la furia de sus puños, ella resistía. Lloraba y gritaba, pero nunca pidió clemencia. Era como si llevara tiempo esperándole. En el orden cronológico de las muertes que llevaba a sus espaldas, Sandra ocupaba el número once. El caso es que, por méritos propios, ese lugar ahora está vacante. Es cierto que durante los días que permaneció encerrada y sometida a torturas ya era una señal para él. Recuerda que lo que más temía Sandra era formar parte de su colección de cadáveres. O ser la suma de cosas que formaban el santuario construido por objetos de sus víctimas. Por nada quería ser una más entre las fotos de las chicas asesinadas.

Sandra es suya. Le pertenece por derecho propio. Él ha hecho de ella la mujer que es ahora; alguien que no teme nada y que es capaz de enfrentarse a los ojos de la muerte sin miedo. Su chica, su sierva, como él la denomina, es hoy en día tan cruel y despiadada como el mismísimo diablo. Es la conversión de un ser sin esperanzas a un ente sin la menor piedad. La ha reconstruido como un castillo de Lego. Para convertirla en su compañera de vida, impregnándola, en aromas de óbito. Jamás ha tenido sexo con Sandra, ni con ninguna otra. En su cabeza siempre permanece el recuerdo intacto de ella, esa mujer que lleva calcada en sus sesos con hierro fundido. Recuerda que la primera

vez que secuestró a una mujer, antes de matarla, intentó violarla. Quiso abrirse paso a la fuerza con sus dedos y con su miembro erecto, pero era como si al tocar las carnes jugosas de sus víctimas, el poder del morbo se escapara de su mente. Volvió a intentarlo con la siguiente chica. Esa vez fue más allá. Se propuso entrar en ella de otra manera. Una vez cogida la práctica, todo resultó fácil. Tal y como un minero dentellea con fiereza la tierra, él se empecinaba en abrir el canal de las partes íntimas, vendidas y prestadas de todas aquellas putas. Con una estaca de madera maciza que arrancó de una pata de la silla vieja que encontró entre los cachivaches del sótano, perforó las profundidades delicadas de todas las prostitutas. Aullaban de dolor, y la sangre corría entre los muslos, y bañaban las manos de Adelardo, que no cedía en los bruscos movimientos. Todas, en ese punto, llegaban a la culminación total de las terribles torturas y morían desangradas. Ese era el momento más deleitable. Ahí, él podía disfrutar de sus deseos más carnales. Porque en cierta parte, así entendía las violaciones a las que fue sometido en San Luis. Cuando las muchachas gritaban, sus chillidos eran como los graznidos de los cuervos. Cuando la sangre desprendía su calor y olor a muerte, él más cerca del poder se sentía. Su erección más duraba, y esas imágenes de su cuerpecito de niño aplastado entre los amasijos de carnes de los sebosos y falsos hombres de Dios comenzaban a enredarse en su memoria. Llegado a ese éxtasis, lograba entender la fruición de todas aquellas cucarachas enfundadas en negras sotanas. Y todas las caritas de amargura de los inocentes que cayeron bajo las carnazas de los clérigos del demonio comenzaban a tener sentido para él. Porque ya era uno de ellos.

Sandra se libró de sentir el desgarro del palo astillado entre sus entrañas. La necesitaba. Ahora, tras la reconstrucción de una persona débil y sin más vida que el pasado y el presente, Adelardo ha hecho un ser inmune a cualquier sentimiento. Las torturas y el padecimiento que le hizo pasar han merecido la pena. Y tras sanar sus heridas, la dejó en libertad.

—Recuerda que eres mía, y siempre sabré dónde encontrarte, mi amor —fueron las palabras que le dijo a Sandra antes de dejarla libre. No hay cadenas más resistentes que las forjadas por el miedo. Después de un tiempo de entrenar su cuerpo y su mente, se despidieron, no sin antes proporcionarle un teléfono móvil para tenerla siempre localizable, y dinero. También le pagó seis meses de alquiler en el

edificio del propietario abusón, a quien le hizo una clara advertencia.

—¡Ella es de mi propiedad! ¡Si la tocas, te mato!

Desde ese momento, Sandra está entregada de nuevo a la prostitución. Pero esta vez, en el local de su amigo el Rata. Así tiene atados dos cabos. La mejor fórmula: una puta más un mercenario de mujeres, igual a un óptimo resultado.

Resulta cómico que el jabalí lo haya derivado a Sandra. Matará a ese maldito animal, le sacará las vísceras. Después, cuando se coma sus duras carnes, volverá a sentir seguridad en sí mismo. Su mecanismo de defensa es así, y siempre ha funcionado. Quien osa retarle, siempre encuentra la muerte.

40

Sabe que se arriesga mucho permaneciendo en el Molino tanto tiempo. Cualquiera que pase por el camino podría descubrirle; entonces, tendría que asesinarle. Eso solo agravaría la complicada situación y descubriría su tapadera. Debe permanecer al menos dos días más resguardado en las ruinas del paraje. La infinita espera lo está derrumbando, porque sabe que, tras la desaparición del cadáver de Tomás, se avecina una gran avalancha de dificultades. Por ahora, debe resistir en la trinchera de las malditas ruinas.

Los víveres se le están agotando. Tiene que buscar algo de comida antes de que sus tripas le reciten otro concierto. Siente el estómago vacío. Con la apresurada huida de El Pedernoso no ha tenido tiempo de aprovisionarse de comida. Y desde entonces, se mantiene con los almendrucos que encuentra en el suelo y, como despojos de temporada, caídos de las ramas del ancestral almendro que está en la parte trasera de los escombros. Calma su sed con las cristalinas aguas del río Monreal. Por ahora, el paraje cubre sus necesidades más básicas, pero necesita algo de proteína. Cuando se dispone a volver a su refugio, su pie se engancha con algo que le impide avanzar. Se arrodilla para poder soltarse, y se da cuenta de que los cordones de sus botas están enredados entre las púas de un largo alambre. En los intentos fallidos por liberarse de las redes de metal, se hiere en los dedos y las manos. Pero consigue su propósito. Otra vez sus entrañas le reclaman alimento. Entonces, se le ocurre una idea. Sentado en el tronco de un árbol desfallecido debido a las tormentas de los últimos días, coge el alambrado e intenta enderezarlo sujetándolo con las suelas de su calzado de estilo militar. Con las manos metidas entre las mangas del anorak, para evitar seguir hiriéndose, logra estirar el enrejado.

Cruza al otro lado del río Monreal, en donde hay un coto de caza. Es sábado, y se arriesga a que algún cazador madrugador ande a la búsqueda de algunas piezas. La paz y serenidad del lugar le traen el

repique de unas campanadas. Entre campaneo y campaneo, hay un pequeño intervalo de tiempo. Intenta afinar más el oído. De nuevo escucha los toques. Sin duda son tristes. Es señal de que doblan a un caído. ¡Alguien ha muerto! Por unos instantes, eso le alegra, porque según las leyes morales de un pueblo, cuando uno de sus vecinos fallece, el municipio acompaña a sus dolientes hasta el último momento. Eso le da un margen para intentar cazar algún conejo. Pero… la dicha se ve empañada por una duda. ¿Y si la Guardia Civil ha encontrado el cadáver de Tomás Villarta y las campanas son para él? Enseguida descarta la idea. Porque para encontrar el cuerpo, antes deben descifrar un jeroglífico, y solo una persona tiene las claves. Y por ahora le tiene cogido por el pescuezo, y no hablará.

Más tranquilo, retorna al interior de las ruinas del molino. Revive el fuego con las escasas ascuas que aún se mantienen en el fondo de las cenizas. De la mochila pisada y emborronada por las pezuñas del jabalí, extrae el cuchillo. Apoya el alambrado entre una piedra y con el filo del puñal, con mucho esfuerzo, consigue cortar un trozo. Guarda el resto; puede que más adelante le sirva. Después, con sumo cuidado, dobla uno de los extremos hasta hacer un pequeño lazo, con el suficiente espacio para que quepa la cabeza de un conejo. Orgulloso de su hazaña, sale en busca de una presa.

Sin apartarse de la ribera del río, sigue su curso hasta encontrar un acceso al otro lado. Entre matojos, cañaverales y zarzas se alza un hermoso y restaurado puente medieval, compuesto por dos semicírculos sobre dos gruesas columnas que forman una amalgama entre el verdino de las piedras históricas y otras más recientes, extraídas de la antigua cantera. Cruza el monumento y se adentra en unas tierras fértiles rodeadas de majanos y pequeñas islas de carrascas. Nunca antes ha cazado, no sabe por dónde comenzar a buscar. Se supone que los pequeños animalejos deben de estar resguardados en madrigueras, al igual que los topos. Se le ocurre tirar guijarros hacia todas las direcciones de los campos cubiertos por la nieve. De unos agujeros hechos en la blandura del terreno, unos conejos salen corriendo tan rápido que Adelardo solo consigue ver sus pelajes grises como ráfagas de un rayo. Tiene que ser un poco más preciso a la hora de arrojar los cantos, si quiere comer algo más que almendras. Con delicadeza, se arrodilla sobre la humedad del terreno. De un cubil asoma la cabeza un conejo; sus orejas tiesas se divisan entre las piedras. Acercándose muy lento y con sigilo, Adelardo

extiende la trampa mortal de púas de alambre justo delante del animal. Sujeta enérgicamente el lazo para evitar perder su pieza de caza, y con la otra mano da una palmada fuerte cerca de la guarida. Asustado, el animal comienza a correr y su cuello queda atrapado en la lazada de alambre. Su cuerpo se retuerce por la angustia. Adelardo disfruta, y recuerda a todas esas mujeres a las que ha sometido a torturas antes de acabar con ellas. Con la pieza sacia su hambre y, aun así, continúa hasta hacerse con dos ejemplares más. Sabe que despellejarlos va a ser una ardua tarea. Nunca antes ha hecho nada de eso, aunque quizás sea algo parecido a lo que hizo con Manchas, aquel manso gato del orfanato, pero con la diferencia de que esta vez no puede destrozar la carne, porque es el único sustento del que dispone. De lo que sí está seguro es que no tiene que dejar rastro alguno de pieles, vísceras ni de sangre; eso sería exponerse demasiado. Además, la Guardia Civil está en alerta de cualquier cosa o movimiento que esté fuera de lo habitual en el municipio y su entorno. Regresa sobre sus mismos pasos. Entre la maleza de la espesa vegetación, esconde a los cuis. Y después, con los pies cubre de tierra sus huellas. Sabe que cualquier cosa olvidada o dejada al azar puede ser su perdición. Antes de retornar a su escondite y de dejar por el momento el coto, echa un último vistazo para asegurarse de que no olvida nada. Cruza el puente. Una vez en el camino, busca un sitio oculto donde llevar a cabo el despiece de la caza. En dirección hacia Santa María de los Llanos, otro de los pequeños pueblos que rodean El Pedernoso, halla un pequeño sendero que baja en forma de pendiente hacia unos abandonados huertos. El terrenal es distinto en ese rodal; es blanquinoso debido al salitre que resalta en la superficie. En la huerta castigada por el olvido, tan solo quedan unos surcos como cicatrices de un recuerdo, alejado de la mano del hombre. Los rayos del sol que atraviesan las nubes descargan su tenue luz sobre una placa de metal que se encuentra al fondo. Impulsa todas sus fuerzas para izar la tapa metálica con las dos manos. Tras varios intentos, lo consigue. Es un pozo. A simple vista, parece estar seco. Coge una piedra y la deja caer. Mientras se desliza por el vacío, Adelardo se arrodilla hasta llegar con su cabeza al mismo borde de la profunda cavidad. Tarda unos segundos en escuchar el sonido de la onda del canto al hacer contacto con el agua.

Hunde la punta del puñal en los lomos de las liebres, y comienza a sajar con un corte limpio desde arriba hacia abajo. Las vísceras de los

animales desprenden un fétido olor. Huelen como a la putrefacción de los cadáveres; es el mismo e intenso hedor que se expande por las tuberías, por los desagües, y que se increpa a las paredes, aferrándose a los focos que alumbran las anchas y frías mesas de metal del Anatómico Forense. Aún recuerda el olor a muerte cuando entró para robar el cuerpo congelado de Tomás Villarta. Arroja al fondo de la poza los restos y el pelaje de los conejos; el agua se encargará de su pudrición. Así, nadie lo descubrirá. Las piezas de caza cuelgan de sus manos ensangrentadas. Sube por la empinada senda, y se encamina hasta la ribera del río Monreal. Con delicadeza, limpia las rojas y duras carnes magras de los animales. La bravura de la corriente arrastra la sangre, y quedan exentas de rastro visceral sus manos, la afilada hoja del puñal y el mango. Regresa a la casona del molino, por el carril abundante de vegetación. Así, sus huellas quedan protegidas por la maleza. Luego, cruza el camino y otra vez tapa la marca de sus pisadas.

41

Sobre las incandescentes ascuas deposita los conejos limpios y abiertos en canal; luego los cubre con más brasas. Impaciente, espera a comérselos. Durante toda la mañana se dedica a saciar su voraz apetito. Saborea hasta el último trozo de carne rojiza y tierna, porque los animalejos tan solo eran unas crías. Los huesos los esconde entre la blanda tierra que hay en la parte descubierta del abandonado edificio. Cuando el hambre devora al ser humano, el cerebro no es capaz de procesar todos los datos. Ahora, más sereno porque su estómago ya no se revuelve como los rugidos de un león, piensa el motivo que lo llevó a adelantar todos sus designios.

Él hubiera preferido vengarse el mismo día del enlace de oro entre Tomás y Marta, pero unos comentarios durante el transcurso de una partida de mus desencadenaron en prisas. Pese a ser precipitado, el propósito ha salido bastante bien. Después de todo, los Villarta ahora tendrán varias fechas para el recuerdo. Porque el mes de enero del 2009 siempre señalará sus vidas como la marca de un cerdo en el matadero.

Recuerda que comenzaba la cuenta atrás; era la recta final y habían entrado en los últimos días previos a la unión de oro entre Tomás y Marta.

—Una pregunta, Tomás: ¿también debes confesarte esta vez?

Sorprendido por la pregunta de su amigo, sonrió y contestó:

—¡Claro! Pero no entiendo muy bien a qué viene esa pregunta.

—Se supone que al casarse con la misma persona tres veces todos tus pecados deben de estar ya perdonados.

—¡Vaya tontería! —respondió.

Adelardo ahí vio su oportunidad para poner nervioso a Tomás.

—Yo solo me he casado una vez, y aún recuerdo por los apuros que pasé cuando tuve que confesarme. Porque ya sabéis, algunos pecados están mejor guardados debajo de la cama… Además, los curas nunca sacian sus curiosidades. A veces creo que alimentan sus vidas con los

secretos del confesionario. Pero tengo una duda: cuando te casas por tercera vez, ¿debes deshacerte de tus equivocaciones ante un sacerdote?

El rostro de Tomás empalideció de repente. De todas las cuestiones o bromas relacionadas con su boda, esa estaba hecha con intención, aunque él no supiera que estaba siendo coaccionado por su falso amigo, quien jugaba con mucha ventaja.

—Pero Tomás no tiene ese problema. Él juega en casa, porque tiene línea directa con Dios, ya que sus hermanos son curas —salió en su defensa el sastre.

—Bueno, supongo que entonces es un alivio. Tus pecados quedarán a salvo, al menos hasta que alguien los descubra —remató Adelardo.

—Amigos, se me hace tarde y no me siento muy bien. Creo que, por mi parte, la partida se ha terminado.

—¡Pero… si vamos ganando! —exclamó otro de los jugadores.

Adelardo, esforzándose por disimular sorpresa, intentó convencerlo. Aún necesitaba que siguiera confiando en él. De lo contrario, sus planes se irían al traste. Y esa no era una opción.

—Tomás, si ha sido por mi comentario, te pido disculpas. Tan solo ha sido una broma, nada más.

Sin prestar atención a las disculpas, Tomás se marchó. Y Adelardo temió que lo hubiera reconocido y relacionado con los oscuros años en Valladolid.

Cuando llegó a su casa, Adelardo se deshizo de la peluca y la arrojó al suelo. La barba le picaba horrores, tanto que alrededor le había salido un pequeño sarpullido. Acabar con la vida de Tomás Villarta se había vuelto una obsesión, una doctrina que practicaba todos los días antes de salir de casa y todas las noches, hasta altas horas de la madrugada. Como devoto de un santo, le dedicaba tanto tiempo como era posible a repasar una y mil veces los pasos a seguir, para acabar con su enemigo. A lo largo de su seguimiento, había tomado diversas fotografías de Tomás desde varios ángulos. Las paredes de su habitación estaban empapeladas con todas las fotos recopiladas. Llegó a conocer al milímetro cada gesto y cada expresión de su rostro. Sabía que cuando Tomás arqueaba las cejas era porque algo le sorprendía, o cuando se cruzaba de brazos era un mecanismo de defensa. También, cuando gesticulaba con su boca era porque deseaba decir algo, pero no se atrevía. Adelardo tenía estudiada cualquier expresión de sus ojos.

Tomás ignoraba las llamadas telefónicas del supuesto Alejandro Higueras. Y Adelardo ya no volvió nunca más a echar la partida de mus. No creyó oportuno dejarse ver rondar por los bares ni calles del municipio. Los días posteriores los empleó en recorrer e inspeccionar los caminos hasta la cantera. En realidad, estaba ansioso porque llegase la hora de su muerte. Tenía que ser cauto y no pecar de imprudencia. Cuando no estaba ocupado en recorrer senderos, se encerraba en la casa, comiendo comida basura y viendo películas de Alfred Hitchcock en el ordenador. Creía que muchos de sus personajes estaban hechos con jirones de él. De hecho, había visto mil veces la película *Psicosis*.

Adelardo, escondido en el Molino de las Ánimas, recuerda todo.

42

En el Anatómico Forense de Cuenca se está practicando la autopsia al cadáver de Ramón Villarta.

—¡Maldita, maldita sea mi suerte! ¿Se puede ser más obstinado que este policía? —protesta Casado. El cabo, por su parte, introduce unas monedas para sacar tres cafés de la máquina expendedora—. ¡Estigarribia, este poli nos va a tocar mucho los huevos! —dice muy exaltado, pero sin levantar demasiado la voz, pues Sebastián Villarta está a tan solo unos metros de ellos dos, sentado en una silla y sin apartar la mirada de la única puerta de acceso a la sala de autopsias. Ha insistido mucho en saber si hay otra salida desde ese punto. No quiere arriesgarse a perder el cuerpo de su tío.

—Mi sargento, creo que yo en su lugar haría lo mismo.

Casado intenta guardar la calma, porque sabe que no conviene exaltarse. A veces, los nervios y el estrés le provocan subidas de tensión. Y piensa que ya solo queda un año para jubilarse y recorrer el mundo junto a su esposa. Es lo que llevan intentando hacer desde que se casaron, pero las carreras universitarias de sus dos hijas han dejado sin sueños al matrimonio. Tiene en sus manos el caso más complicado de su carrera, como sargento de la policía judicial en el cuerpo de la Guardia Civil, desde que está en el cuartel de Mota del Cuervo. Además, cuenta con la aprobación del teniente-coronel de la comandancia de Cuenca. En su última conversación con él, sus palabras no solo le han dado aliento, sino también el reconocimiento a toda su trayectoria en la Benemérita. Nunca se ha conformado con ser uno más. Todo lo contrario; con cada cosa que ha iniciado no ha bajado de ser el número uno. No por rivalidad, tampoco así por orgullo. Solo es su forma de ser y de entrega en todo lo que emprende. El Cherokee no es mera casualidad. Ha aprendido que las coincidencias solo son encuentros entre un destino y una acción. Se llama así por sus cualidades. Resistencia, para soportar situaciones extremas. Confianza, para avanzar a pesar de las adversidades.

Fortaleza, porque incluso cuando se tiene todo en contra no se detiene. Pero si algo lo hace tan peligroso para los criminales es su inagotable persistencia. Nunca se da por vencido. Una vez estuvo durante dos días con dos noches batallando montes hasta hallar la última pieza de ropita del cuerpo de una niña de corta edad. Aquel caso destrozó toda su entereza, dejándolo durante mucho tiempo bastante tocado. Ella fue encontrada muerta en las cercanías de unos agrestes campos repletos de árboles y espesa vegetación. A pesar de los sinsabores de su profesión, siempre se ha sentido orgulloso. Jamás se ha planteado abandonar. Nada mejor que sus propios compañeros valoren sus virtudes y esfuerzos, tanto como para creerle merecedor de las semejanzas con la tribu de indios. ¡Ese es él! Y ahora, un puto psicópata se lo está poniendo difícil, pero no imposible.

Esta es su última oportunidad de dejarse la piel, una vez más. Qué mejor medalla que la dignidad para el dorado retiro junto a su mujer.

—Sí, tiene razón. Discúlpeme.

43

Los dos guardias civiles vuelven junto al inspector de policía, que permanece inmóvil y sin dejar de mirar la puerta de la sala de autopsias. En un momento, el forense sale del interior para avisar de que van a proceder con la autopsia.

—Disculpe, doctor, pero… ¿hay algún inconveniente para que yo esté presente en la autopsia? —En multitud de ocasiones, Sebastián ha sido testigo de cómo se abre un cuerpo y se busca entre sus órganos las causas de su fallecimiento. Es cierto que esta vez es distinto, pues quien está en la mesa de acero es el cadáver de su querido tío Ramón, pero cree que lo superará—. Soy policía, estoy acostumbrado a esta clase de situaciones. Creo que… puedo superar ver uno más —alega con la intención de seguir protegiendo a su familia.

—Créame, no es lo mismo. Se lo digo por propia experiencia. Cuando crees que puedes con todo y que las adversidades no traspasan el corazón, es ahí donde más equivocado se está. No es igual guardar para siempre intacto el recuerdo de unas sonrisas, ni todas esas palabras que en algún momento marcan nuestras vidas. Créame, no, para nada es lo mismo sentir esa parte del ser querido que aún perdura en ti que absorber el fétido olor de su muerte. No, nunca será igual si usted entra en la sala de autopsia y ve cómo ese ser a quien tanto ama tan solo es una materia, una masa para analizar.

—Pero… es que… yo no puedo permitir que suceda otra vez.

El doctor conoce el caso, pues sus compañeros le han puesto en antecedentes.

—Le doy mi palabra de que no sucederá. Confíe en mí.

Villarta, junto al sargento Casado y al cabo Estigarribia, espera sentado en unas incómodas sillas hechas para soportar el silencio de la gélida sala de espera. Hace tanto frío que las escasas palabras que Casado dice y las respiraciones de los tres hombres se convierten en vaho. Las manos del sargento se van tornando rojas debido a los sabañones que, con disimulo, intenta rascarse, pero el sigilo es de tal

magnitud que el roce de la piel al contacto de la tela del uniforme suena como un relámpago.

Saben que tras la puerta de doble hoja solo hay podredumbre guardada en depósitos frigoríficos.

Sebastián mira el reloj redondo y metálico que hay sobre la puerta de la sala de autopsia. El tiempo y el espacio no siempre están en acorde. Parece que entre los segundos y minutos hay un vacío temporal que jamás culmina.

Durante las tres horas que ha durado la autopsia, Sebastián, sin moverse de su silla, ha inspeccionado cada centímetro del Anatómico Forense. Ha podido comprobar que la cerradura ya ha sido reparada, que las cámaras están en pleno funcionamiento y que cubren todos los ángulos desde la entrada hasta el final del corredor. Incluso puede asegurar que en el interior hay vigilancia para dar fe del estudio y la conclusión final del resultado forense. Sabe que quien robó el cuerpo de su padre debía de haber estado al menos una vez en el sitio. O tener los planos del edificio. De lo contrario, toda búsqueda a ciegas sería una pérdida de tiempo. Además, deduce que es de una extremada inteligencia, para ser capaz de retener en su memoria la distribución de las videocámaras. No descarta la complicidad interna. Al fin y al cabo, en todos los oficios hay traidores. De hecho, lo valora como una posibilidad. Ya no solo para entrar, sino para trasladar el cadáver. Además, debería haber huellas de alguna furgoneta o coche fúnebre, porque la opción de un vehículo convencional está anulada. Tendrían que romper todos los huesos del cadáver para que cupiera en el maletero. Unos restos congelados son como el tronco de un árbol.

Después de una interminable espera, las puertas de doble hoja dejan de ser una frontera entre el cadáver del sacerdote y el inspector jefe de policía.

—Ya hemos terminado con el examen forense de su tío. Ya pueden llevarse el cuerpo para enterrarlo. Aunque la caja debe ir precintada, más que nada por el mal estado del cuerpo —explica el doctor, al tiempo que entrega al sargento Casado un sobre cerrado con el resultado de la necroscopia—. Por norma, las derivaciones llegarían en dos o tres días, pero dado el caso, queremos compensarle de alguna manera, ahorrándole la desesperación de la espera.

—Doctor, espero que no haya encontrado sorpresas. Dígame la causa. Ha sido suicidio, ¿verdad?

—Lo siento, inspector, pero me temo que lo de su tío no ha sido un

simple suicidio. Hemos hallado algo más.

Casado abre de inmediato el sobre y empalidece de la impresión. En este caso, todo se complica a pasos agigantados. Es como estar viendo una mala película y en un parpadeo, de repente, todo lo predecible se torna interesante.

—¿Cómo? ¿En serio? —exclama Casado mirando al inspector y después al cabo.

Sebastián le arranca de las manos el documento al guardia civil y lo ve, pues la letra está resaltada en negrita para destacar la causa de la muerte.

—Al abrirle, vimos algo extraño en sus órganos, sobre todo en su corazón. Estaba dañado, pero no por causas internas y metabólicas, sino por agentes externos. Profundizamos mucho más en su estómago, en su contenido, y al analizarlo, ¡no dábamos crédito! El patólogo y toxicólogo han encontrado una gran ingesta de una planta mortal y venenosa, el *Nerium Oleander*. Es uno de los venenos vegetales más potentes y peligrosos.

—¿*Nerium* qué? —pregunta Casado.

—*Nerium Oleander*. A pesar del nombre, es muy común en patios y jardines. Ustedes, es muy posible que la conozcan más por adelfa, o también, por laurel en flor. Sus flores pueden ser de color rosa o amarillo, también son muy perfumadas, pero sus hojas son muy tóxicas.

—En mi casa, en el patio externo hay dos arbustos de esta clase. De hecho, yo tengo varias fotos con mis abuelos delante de las plantas. Pero… ¿y cómo extrajo el veneno?

—Hemos encontrado en el estómago trozos de hojas masticadas. Otras incluso enteras. Debido a la descomposición y fermentación de los alimentos, la ingestión fue entre cuatro y cinco horas previas a la defunción. Tiempo más que suficiente para que el veneno comenzase a surtir efecto. Creemos que, debido a las alucinaciones, confusión, desorientación y dificultad respiratoria entre otros muchos factores nocivos, se arrojó por la ventana, golpeándose fuerte en la cabeza y causándole casi una muerte instantánea. Tan solo sobrevivió unos minutos.

«Limpia el nombre de tu padre», esas palabras se le han quedado clavadas en la memoria a Sebastián.

44

Cuando abandonan la ciudad de Cuenca, los vehículos siguen el mismo orden protocolario. Encabezando la cadena, el sargento y el cabo en el coche patrulla de la Guardia Civil. En el centro y resguardado, el vehículo fúnebre con los restos del padre Ramón. Y cubriendo las espaldas, el inspector de policía. Ya que ha preferido que su compañero y amigo el subinspector Ledesma se quedara al cuidado de su familia. Con todo lo sucedido, teme que en cualquier momento se sume a la desgracia otros nuevos acontecimientos. María y su madre, ahora convertida en una mujer frágil y asustadiza, junto a un cura cobarde son un flanco muy débil.

Durante el trayecto, los de la Benemérita están sumidos en un tenso silencio. Cada uno con sus pensamientos, intentan mantener la calma. Estigarribia admira a ese policía, porque a pesar de la tragedia familiar, lucha y lucha sin darse jamás por vencido. Parece estar hecho de otra pasta. Al igual que también siente veneración por su sargento. En el último año, aunque le cueste reconocerlo, ha aprendido mucho a su lado. Es verdad que sus formas y métodos no son los más propicios; incluso su cinismo roza la mala educación y en ciertas ocasiones resulta irritante su actitud de superioridad. A pesar de todo eso, cree que es un ejemplo a seguir. Casado es pájaro viejo en el oficio y ve las cosas mucho antes de que la gran mayoría sospeche el mínimo resquicio en un caso.

Poco a poco se alejan del bullicio de la ciudad. Los grandes bosques de pinos proporcionan cobijo y seguridad. La comitiva fúnebre se va adentrando en un laberinto de grandes y picudas rocas. En algunos tramos de la carretera, las curvas son más cerradas y los carriles se estrechan, dando la impresión de que están circulando por el cuello de un embudo. En los puntos donde el paisaje se intensifica mucho más y queda poco espacio para una actuación de urgencia es donde el peligro se acentúa y causa más nerviosismo.

Un cartel anuncia la proximidad de los baños de Valdeganga. La

semana anterior, Estigarribia hizo una excursión con su equipo de fotografía, con la sola intención de captar con el objetivo de su cámara el maravilloso entorno. El lugar, a pesar de su lamentable estado de deterioro, parece estar vivo, como si cada poro de las ruinas tuviera vida propia. El armazón formado por la unión de los dos hoteles está envuelto por una capa rosácea absorbida por el adobe de las paredes; el color carcomido por el transcurso del tiempo es la piel original del antiguo edificio. El paraje ha formado una amalgama con la deteriorada construcción. Entre los árboles y la hiedra que se arremolina entre los rincones, la naturaleza ha creado un misterio que evoca a la incertidumbre. En sus visitas, ha tenido ocasión de hablar con el guarda forestal encargado de vigilar los dominios del bosque. El cabo es un gran apasionado de la historia, pero no de esas que se escriben en los libros, sino la insólita, la que se ha vivido y palpado, y quién mejor que los lugareños, aquellos hijos y nietos de quienes trabajaron en la grandeza y lujos del balneario, desde su inauguración en 1920 hasta su cierre definitivo, en la década de los años sesenta. Según el agente medioambiental, los suelos de los salones del balneario, varias décadas atrás, eran hermosos mosaicos de mármol; ahora se hallan sitiados por pinos y olmos. De sus techos ya inexistentes colgaban magníficas lámparas de los mejores cristales de Bohemia. Un paraíso construido y pensado para el disfrute de la aristocracia española. Cuenta una leyenda que bajo el subsuelo de despojos de piedras y hierbajos se esconde la verdadera esencia del manantial; unas termas romanas donde el rumor del agua puede oírse rugir, sobre todo en la estación invernal.

El sonido del teléfono irrumpe de lleno en los pensamientos de Estigarribia, y todas las imágenes del balneario se caen de su memoria. En el bolsillo del sargento Casado suena el móvil. Nunca se acuerda de dejarlo sobre el soporte que está pegado con varias capas de pegamento en el salpicadero del coche. Tiene que hacer varias maniobras con las manos al tiempo que levanta el trasero del asiento, para coger el celular. Cuando por fin lo consigue, y sin mirar la pantalla, se lo pasa al cabo.

—¿Dígame?

—Soy Villarta. Deduzco que Casado está ocupado conduciendo. Por favor, ponga el altavoz porque necesito hablar con ustedes.

Estigarribia activa el manos libres.

—Es el inspector Villarta. Quiere hablar con los dos.

—¡Adelante, Villarta! ¡Le estamos escuchando!

—Sargento, me gustaría pedirles un favor. Sé que no es prudente para la investigación, pero… ¿sería posible que mi madre y mi tío, por el momento, no fueran conocedores de la drástica noticia? —Sebastián sabe que no las tiene todas con él. El protocolo exige riguroso orden en el procedimiento para esclarecer el caso.

—Inspector Villarta, lo que me pide es impropio y más en un suceso de esta índole. Cualquier cosa que nos aporten sus familiares puede ser el hilo que deshaga esta madeja. No le prometo nada.

—Sargento, se lo pido como favor personal. Déjeme al menos hablar antes a solas con mi madre. Debo prepararla para soportarlo. Y a mi tío, bueno, querría protegerlo por su edad avanzada. No creo necesario entrar en detalles que puedan provocarle un infarto. Pero si aun así decide hacerlo, yo quiero estar presente.

El sargento sabe que está en un grave aprieto. Es una fusión entre el deber y su buen corazón.

—Está bien, Villarta, pero, solo le concedo un par de horas para que usted hable con su familia. Después debemos interrogarles.

Otra vez los Villarta, durante semanas, serán la comidilla de bares, tiendas y comercios. Tomás era así, don Ramón era asá. Todos hablarán y sacarán sus propias conclusiones; harán juicios y veredictos. El clan está marcado de por vida. Es más, se convertirán en la leyenda negra del municipio. La calle de los Curas será señalada como curiosidad. Y en la madrugada de Todos los Santos se rememorará en el ayuntamiento, por la gente del lugar. Por las ventanas, se oirán los gritos de los amantes del miedo. También será itinerario obligatorio para esas noches de verano donde se teatralizan escenas y sucesos destacados e importantes, porque la historia de Tomás Villarta será patrimonio de la villa. El infortunio de la saga sacerdotal, sin duda, cambiará el rumbo del pueblo.

El taller de la entrada está cerrado. En la gasolinera ubicada en la N-301 hay varios vehículos repostando combustible. Todo está en su sitio. Camiones que forman un cordón en el aparcamiento de la cafetería Cervantes, un clásico del pueblo. El tráfico de la carretera discurre fluido como siempre. Todo, todo permanece igual. Excepto él. Cuando mira por la ventanilla de su coche, no puede ignorar el nudo que estrangula su respiración. Con todo el follón, se le ha pasado avisar a Félix que viene en camino.

El coche fúnebre se dirige al tanatorio para preparar el velatorio.

Vecinos y moradores del morbo acompañan a la familia. Es tal la curiosidad que suscita el caso que la calle está repleta de fisgones. Una vez más, la banda musical con el repique de campanas anuncia la tristeza.

Sebastián, Casado y Estigarribia entran en la vivienda. A pesar del gentío, todo se torna silencio. La muerte anda suelta y sin ramal. Eso que se presiente y tanto asusta, eso que no se ve, pero se percibe; lo que no se nota, pero que existe. Es tanto el tétrico ambiente que se respira, que hace insoportable toda la situación. El mismo escenario de hace tres días, pero con un miembro familiar menos. Es como jugar al escondite, pero cada vez hay menos jugadores.

—Tengo que hablar con vosotros —dice dirigiéndose a su madre, a Herminio, sin olvidarse de su novia y de su querido amigo y compañero Ledesma. Antes de dirigirse a la planta de arriba, Sebastián ha mirado a Casado, como pidiéndole ayuda para que intervenga. Teme que no pueda ni articular palabra—. Debo deciros algo. —La emoción está embargándolo, robando terreno a la templanza—. El tío Ramón ha hecho una locura —consigue decir de una tirada y en una sola frase.

—¿Qué significa eso? ¡Sé más claro, por Dios, hijo! —exclama, desesperado, Herminio.

—El padre Ramón ingirió el veneno de unas hojas muy tóxicas. Eso hizo que tuviera alucinaciones y por eso se arrojó por la ventana —intervine el sargento. Hay que decir todo de golpe. Los rodeos solo llevan a confusiones.

—Pero… ¿por qué ha hecho una cosa así?

—Mamá, lo siento mucho. No sé decirte la causa de su mala decisión, pero te juro que no volveré a permitir que suceda nada malo.

Don Herminio llora con amargura. Su dolor va mucho más lejos que el repudio del acto que ha hecho su hermano. No pregunta nada acerca de la autopsia. Tampoco se interesa en saber si ha sufrido mucho antes de morir. Su actitud llama la atención de Ledesma. Es como si sus lágrimas fueran puro teatro. Es más, para el subinspector acostumbrado a leer los gestos y movimientos de la gente, el padre Herminio tiene un perfil sospechoso. Sabe más de lo que dice.

—Ahora, debemos irnos al tanatorio para decirle el último adiós —dice Sebastián sin separarse ni un milímetro de su madre. Cree que debe protegerla. Presiente que algo grave está por venir, y que nadie está a salvo.

Antes de bajar las escaleras, Sebastián mira a Félix y sus ojos se dirigen hacia el lado donde está el sacerdote. Su compañero sabe cuál es el siguiente paso.

45

Durante el velatorio, la gente entra y sale, dándole el pésame a cada uno de los miembros familiares. Han venido alumnos y profesores, compañeros suyos. También los representantes de las alcaldías de los pueblos, donde ejercía el sacerdocio. Todos ellos se detienen durante unos segundos frente a la cristalera de la sala frigorífica, donde permanece el ataúd sellado. Sobre la tapa hay expuesta una fotografía del padre Ramón. Marta ha querido homenajearlo con ese recuerdo. Como un espectro, Herminio ha desaparecido del interior del tanatorio. Y todas las condolencias recaen sobre Sebastián y su madre. Ledesma es quien ahora retoma el relevo de su jefe. Con disimulo, sale a la caza del cura. Nadie huye de la postrimera despedida de un ser querido; solo los culpables o los débiles rompen la fila para desertar del dolor.

Dicen que un hombre se mide por sus pensamientos, por sus caídas y superaciones; incluso por el pulso que echa a la vida. Pero nunca se recuerdan por su cobardía. Dicen que un hombre se mide por sus pasos o por sus fracasos, pero nunca por su traición. Y Ledesma cree que sobre el padre Herminio recae una losa de culpabilidad. ¡Apesta la porquería que esconde! Solo hay que rascarle en un trocito de su conciencia, para que vomite eso que está devorándole.

Retirado del murmullo del gentío, fumándose un cigarrillo y con sus ojos encarados hacia un horizonte de esqueletos de obras inacabadas por la crisis, Ledesma encuentra al religioso.

—¡Vaya, es aquí donde se esconde!

—Yo no me escondo de nada. Tan solo necesito estar solo, eso es todo —responde sin retirar la mirada del punto hacia donde dirige todos sus temores.

—Pues no es lo que parece. Claro que a veces sucede eso con las personas, que nunca muestran su verdadera cara. —Félix sabe que está siendo un verdadero cabrón, pero… ¿acaso ese no es su trabajo? Ahora lo tiene a solas para él. Es el momento de presionarle un poco

más. Cuando uno está abatido, deja aflorar sin resistencia y como meros impulsos sus debilidades.

—Creo que usted quiere engañarse, incluso puede que hasta se crea sus propias mentiras, pero no por eso lo hace mejor mentiroso. Porque yo enseguida le he calado. Usted tiene dos caras.

El cura guarda silencio y evita mirar al policía. Teme que sus ojos reflejen la verdad de eso que calla. Su hermano le confió un secreto que, de saberse, hundiría a la familia para siempre. Sobre todo, a Sebastián. A veces reza a Dios para que sus pecados hayan sido perdonados. Y en sus ofrendas, ofrece el dolor de las muertes de su Tomás y de su querido Ramón, sin olvidarse de quienes partieron antes. Sin entender que la vida, a veces, solo es un macabro juego.

—¡No estoy engañando a nadie! Además, ¿por qué no me deja en paz y se mete en sus propios asuntos?

—Padre Herminio, me va a perdonar, pero… ¡usted es uno de mis asuntos!

El sacerdote le dirige la vista por primera vez desde que han iniciado la conversación. Y desafiante dice:

—Mi sobrino ha pedido que me investigue, ¿verdad? ¡Le faltan agallas para hacerlo él! —Sus ojos se llenan de lágrimas, pero, con furia, se aproxima a Ledesma, e hincándole el dedo índice sobre los musculosos pectorales del subinspector, grita con desprecio—: ¡Pues entérese, no tengo miedo ni a usted, ni a nadie! ¡Solo responderé ante Dios y la Virgen!

Félix Ledesma no es un hombre que se intimide con facilidad; no retrocede ni un centímetro.

—¡No vuelva a tocarme! Y voy a darle un consejo, comience a rezar, porque va a necesitarlo.

Ledesma se dirige al velatorio para tranquilizar a su jefe. No es conveniente formar un espectáculo. Todas sus operaciones siempre se han caracterizado por la suma discreción. Pegarse al sospechoso, sin dejarse ver; ese es su lema.

Al paso suyo, el sargento Casado y el Cabo Estigarribia entran en la sala designada a la familia Villarta. Tanto a la entrada como a la salida los asistentes del duelo firman en el libro de condolencias. La Guardia Civil después debe revisar con cautela cada una de las páginas. No se puede pasar nada por alto. En lo más insignificante, siempre se halla la respuesta. Mientras tanto, no dejan de estar atentos a cualquier movimiento casual. Entre la multitud, la misión de control

y vigilancia se vuelve muy dificultosa. Mezclado con la gente quizás se esconda el asesino de Tomás.

46

Las horas avanzan y Sebastián no se ha separado ni un instante del sofá donde su madre permanece sumergida en el dolor. María tampoco se ha separado de su lado. Y el padre Herminio, al regresar del exterior, ha optado por sentarse en un sillón, próximo a la pared de cristal que lo separa del ataúd que custodia el cuerpo de su querido hermano.

Un hombre se acerca hasta el lugar de los dolientes y estrecha la mano en orden de fila. Primero a María, después a Marta, a quien dedica unas palabras:

—Siento mucho la muerte de su familiar. —La mano de ella continúa prisionera entre las del forastero.

Luego, estrecha la mano de Sebastián.

—Le presento mi más sentido pésame.

Mientras el desconocido avanza hasta el lugar adonde se encuentra Herminio, Villarta lo sigue con la mirada. No es del pueblo, de eso está seguro.

El semblante de su tío Herminio presenta un drástico cambio con su acercamiento. Eso advierte a Sebastián de que algo está fuera del sitio. También se percata de que el hombre no entabla relación con los compañeros del difunto. Ni siquiera ha saludado a los representantes de los municipios en donde su tío oficiaba misa. Esa persona tiene algo que lo inquieta. Su sola presencia lo está alertando, pero no sabe qué. Igual que ha aparecido, se escabulle entre el gentío, que no cesa de entrar y salir para hacer los típicos corrillos y charlar con la intención de ponerse al día de los acontecimientos. Sebastián se levanta, no sin antes dejarle a María al cargo de su madre. Y sin esperar la reacción de las dos mujeres, se dirige hacia la salida y se cruza con Félix y con los dos guardias civiles.

—¡Está aquí! —Sin dar más explicaciones, comienza a abrir todas las puertas, e incluso asalta la sala donde reposan algunas cruces, velas y restos de otros velatorios—. ¡No ha podido esfumarse como el

humo!

—¿A quién se refiere? —pregunta, exaltado, el sargento.

—¡El asesino de mi padre!

Sin perder ni un minuto, los agentes arrojan a la papelera los vasos de plástico que contienen un insípido café de la máquina expendedora. Se ha vuelto una costumbre en los últimos días.

—¡Buscad también en las inmediaciones! ¡Puede que se haya escondido entre las obras! —da la orden el sargento.

La gente no sabe muy bien qué ocurre. Todos observan sin perder detalle. En el pueblo están sucediendo tantas cosas en tan corto intervalo de tiempo que no les da la curiosidad para más, y los chismes se acumulan como alpacas en el campo.

Nada, sin rastro alguno de quien Sebastián acusa de asesino. Ninguno de los presentes en el velatorio ha visto nada, ni tampoco a nadie salir huyendo del lugar. Al final, todo parece haber sido un espejismo a consecuencia del agotamiento físico y psicológico al que está sometido.

—¿Está seguro de que ha visto a alguien sospechoso? —pregunta el sargento. Antes de que Sebastián responda, continúa hablando—: Cuando somos sumisos de una difícil situación o tenemos herida el alma, creemos ver cosas que, en realidad, no son.

—¡Le digo que he visto algo extraño en ese hombre!

—¡Vayamos dentro, jefe, que estamos dando un espectáculo!

Sebastián, con los ojos inyectados en rabia e impotencia, se aparta de su fiel compañero, al tiempo que le dice:

—¡Que los demás duden de mí, no me importa, pero tú no, amigo! ¡Tú no!

—Jefe, hemos revisado palmo a palmo y no hay nadie. Por favor, vuelva adentro con su madre; yo me encargo, ¡se lo prometo!

Ledesma se queda a solas con el cabo Estigarribia, y este le pregunta algo que lo deja desconcertado.

—¿Por qué le ha prometido eso si usted cree que todo es producto del cansancio? Ha visto algo, ¿verdad?

Pero Félix contesta con otra pregunta al joven.

—¿Cuánto tiempo hace que usted está en la Guardia Civil?

—Tres años, señor.

—Cuando lleves la mitad de tu vida, encontrarás muchas respuestas. Ahora solo tienes dos opciones: seguirme o quedarte aquí a esperar la orden de tu superior.

—Disculpe que insista, pero… eso no me ha respondido.

—Mire, cabo Esti… ¿Esti… qué?

—Estigarribia. Soy vasco, por lo tanto, no quiera saber mi nombre, porque entonces ya ni lo pronuncia —intenta gastarle una broma para quitar tirantez entre ellos y acortar la distancia entre rangos.

—Perdón. Como le iba diciendo a su respuesta. Mire, he puesto muchas veces mi vida en sus manos, y si hemos cerrado importantes casos siempre ha sido por su instinto. ¿Eso aclara todo?

—Subinspector Ledesma, mi nombre es Dunixi. Pero puede llamarme Dioni, si le es más fácil.

—Está bien, pues entonces, sígueme.

Pero de pronto, su teléfono móvil suena. Sabe que se trata de algo muy importante, porque el número es desde comisaría. Algo ha sucedido. A medida que escucha la conversación, la cara de Ledesma cambia de color y aspecto.

—Por favor, cabo, encárgate tú de revisar la zona. Yo debo hablar de inmediato con mi jefe.

—¿Ha ocurrido algo grave? —Estigarribia también tiene muy desarrollado el sentido de la percepción. De inmediato sospecha que la llamada que ha recibido el policía tiene mucho que ver con el caso Villarta. Y si es así, es a la Guardia Civil a quien corresponde dicha información. Pero el subinspector quiere deshacerse de él, enviándolo a revisar todos los rincones del pueblo.

—Disculpe, subinspector, pero no creo que deba dejarnos fuera del caso. Recuerde que somos nosotros quienes estamos al mando de la investigación.

—Y no lo olvido, cabo, pero esta información es algo que pertenece al cuerpo de policía. —Sin más preámbulos, se dirige al interior del tanatorio. Sabe que la noticia que debe darle a su jefe puede cambiar por completo el rumbo de la investigación.

Estigarribia ignora las órdenes, y sin pensárselo, sigue los pasos de Ledesma. El cabo presencia cómo Félix dice algo al oído a Villarta y los dos salen apresurados del velatorio. Entran en el baño de los hombres; a toda costa, buscan un sitio lejos de las miradas. Una de las potentes luces que hay en el techo se torna molesta por su constante parpadeo. Está algo descuadrada y parece que los cables hacen alguna mala conexión entre ellos.

—¿Qué sucede? ¿Habéis encontrado a alguien tal y como yo sospechaba?

—No. Pero tengo algo.

—¿A qué se refiere, Ledesma?

—Ayer, unos excursionistas encontraron un vehículo calcinado. En el interior, se hallaron restos humanos; unas piezas dentales. ¡Adivine a quién pertenecían!

—No estoy para adivinanzas, ¡suéltelo ya!

—El forense no pudo determinar el tiempo exacto que hace desde su muerte, pero sí a quién pertenecían. Nada más y nada menos que a Matías Pineda. Por casualidad y por despiste del asesino, a los pies de las ruedas y en la carrocería quemada ha aparecido un cordón de oro, que su esposa ha reconocido como propiedad de su esposo, aportando una fotografía donde llevaba este cordón. Eso solo explica que su padre y Matías Pineda han sido asesinados por la misma persona. Pero aún están muy lejos de saber la identidad del asesino.

—Sin duda, entre mi padre y Matías hay una conexión. Pero… ¿cuál? ¿Por qué ha utilizado el teléfono de Pineda para comunicarse conmigo? No creo que sea tan incrédulo para arriesgarse tanto.

—Nos podría ayudar la viuda —sugiere el inspector—. Quizá ella tenga las respuestas.

Los dos policías se sienten con la obligación de informar al sargento Casado y al cabo Estigarribia. Pero ellos se han adelantado.

—Espero que no sean tan ingenuos como para creer que pueden ocultarme algo —dice el sargento.

—Ahora mismo íbamos en su búsqueda —explica Ledesma, mirando fulminante a Estigarribia.

Sebastián explica todo al guardia civil. El hallazgo del cadáver de Matías Pineda, otra víctima del mismo psicópata. Y un mismo pensamiento ha invadido la suspicacia policial de los cuatro. A lo mejor se están enfrentando a un asesino en serie.

—Que nuestro equipo investigue más a fondo el entorno de Matías. Esa puede ser nuestra salvación —ordena el inspector jefe de policía Villarta—, e informe de inmediato al comisario Gutiérrez. No quiero darle ningún motivo para que nos aparte del caso.

—El equipo se ha adelantado a sus órdenes. Es más, frente al hallazgo y nuevo giro de los acontecimientos, Gutiérrez ha tomado el control del caso.

—No me sorprende —replica Villarta. Después se calla, porque cree que Ledesma puede aportar algo nuevo, según las averiguaciones.

—Nada, jefe. No hemos conseguido gran cosa por parte de su

viuda. Según ella, y después de nuestras comprobaciones con el libro de familia, tan solo llevaban tres meses como matrimonio. Un enlace de conveniencia; ella rumana y él solterón, los dos tenían algo que ganar. Una la nacionalidad española y el otro, no vivir en soledad la última etapa de la vida. Matías no se había casado nunca. Ninguno sabía nada del pasado del otro. Ambos comenzaban desde cero.

—¿Y se ha indagado en su familia?

—Sí, jefe. Nada. Era hijo de madre soltera, y hace varios años que murió. No hemos podido localizar a nadie más. Ni siquiera tenía un domicilio fijo. Por lo visto, era un nómada. O estaba en constante huida —explica Ledesma.

El caso cada vez se torna mucho más difícil.

—Entonces, ¿ya está? Encontramos por primera vez una pista que puede llevarnos ante el asesino, ¿y resulta que no tenemos nada? —Sebastián está abatido. Por unos momentos ha creído que todo podría acabar de un momento a otro, y ahora se encuentra de nuevo en el punto de partida. O peor, quizá, porque todo parece una ruleta difícil de detener. Con gran desilusión, regresa al velatorio, mientras que los demás, sin expectativa alguna, reanudan la búsqueda del sospechoso.

47

Adelardo, alertado por los rumores de las campanas anunciadoras de una muerte, ha querido arriesgarse y saber si sus instintos siguen tan vivos como siempre. No ha temido aventurarse en ser visto. Pero esta vez, no puede presentarse como Alejandro Higueras; el sastre lo ha visto huir. Y con total seguridad, ha dado al inspector Villarta todos los pelos y señales de su aspecto. Por fortuna, siempre lleva consigo unos accesorios de disfraz y maquillaje con los que poder ampararse. Ha llegado al pueblo y se ha escondido detrás de los troncos de los árboles que serpentean el camino. Cuando ha alcanzado la abandonada y destartala fábrica de vigas de cemento —una ambiciosa construcción que ahora sobrevive al deterioro del olvido y el paso del tiempo—, se ha detenido. Desde ese punto, con unos pequeños prismáticos, ha estudiado en detalle la panorámica del tanatorio. No está seguro de que su intuición sea cierta, por eso espera una señal. Al cabo de media hora, por fin, dispersado de la multitud, ha localizado a un cura. Un alzacuellos blanco destaca entre su negro hábito. Está mucho más viejo; su estatura ha menguado, y sus ojos todavía mantienen el mismo lujurioso brillo. Adelardo rememora el segundo en que don Herminio y él se encontraron por primera vez.

Fue en su despacho. El sacerdote como director del centro y él como interno. Los dos se estrecharon las manos como dos hombres, pero uno de ellos tan solo era un niño. Él había puesto todas sus esperanzas en el nuevo rector. Quería que las noches volvieran a pertenecerle. Es cierto que ahora es un asesino, y que la culpa y la conciencia hace tiempo que no le afectan. ¿Pero qué habría sido de él si nunca hubiera estado interno de San Luis? ¿Son ellos los culpables de su designio? Es como si la vida antes de llegar a ese lugar no hubiera existido. Es más, por mucho que lo intenta, no logra visualizar el rostro de su madre. Solo sus borracheras y abandono, pero nunca su cara, ni su sonrisa, ni mucho menos sus besos. Dicen que los miedos de la infancia nos acompañan hasta el fin de nuestras existencias. Su

único temor es el recuerdo del sonido de los pasos retumbando por los largos pasillos del orfanato. Era la señal de que, esa noche, algunos de los niños no dormirían en sus camas. Ese miedo se ha pegado para siempre a su ser. Es lo único que, a pesar del tiempo, sigue mordiéndole el alma.

Adelardo sonríe. Al final, su venganza está saliendo rentable. La muerte, a veces, es un alivio.

Sin duda, su instinto no le ha fallado. Muy deprisa y en línea recta, ha avanzado hasta uno de los almacenes. Desde allí ha resultado mucho más fácil rodear algunas de las calles cercanas a la funeraria, para así hacer creer a la gente que viene desde el interior del pueblo. Toma todas las precauciones para evitar que su tapadera sea descubierta. Nadie repara en él. Se mezcla entre el gentío y camina erguido y seguro de cada uno de sus pasos. Quiere desestabilizar al clan de los Villarta. Hacerles temblar. Producir desconcierto, con su sola presencia. Hacerles saber que sus vidas penden de un movimiento. Y que no están a salvo en ninguna parte. Adelardo quiere transmitirles lo vulnerables que son sus pobres existencias. Ha utilizado palabras de consuelo, emborronadas por la burla. Las miradas han sido personalizadas. La de Marta ha sido fija; quería transmitirle esperanza. A María le ha dedicado una penetrante y seductora. La siente parte de su vida, porque durante un tiempo ha estado siguiéndola, colándose en su casa y oliéndola mientras dormía, en las horas que Sebastián estaba de servicio. También ha estado vigilándola en la cafetería a la que ella suele acudir todas las mañanas, a eso de las diez. La ha tenido tan cerca de él que hasta ha podido aspirar su perfume a violetas. Por supuesto, con otra apariencia más formal y de ejecutivo. Traje, gafas de pasta en color negro, peluca blanca de falsas canas y una fina y cuidada barba. Con su actual aspecto, es imposible que le reconozca. Así ha podido averiguar cosas cotidianas, pero a la vez personales, como sus gustos para desayunar: una tostada con pan y tomate, acompañada de un té con leche y dos sobres de sacarina. María es esa clase de mujer que tiene el don de enamorar tanto a hombres como a mujeres. Es perfecta. Cuando sonríe, unos hoyuelos se marcan en sus mejillas. Cuando hace viento y se despeina, su rubia melena es si cabe aún más bella. A ella jamás la enterraría; después de matarla, la embalsamaría para así contemplarla todas las noches.

Se dirige a Villarta, con derroche de provocación y desafío. Sabe

que tiene ante él a su mayor contrincante. No va a ser fácil derrotarle. Un volcán de poder regurgita en su fuero interno. Con don Herminio ha empleado otro método. Al estrecharle la mano, ha cruzado el espacio de la cordialidad y se ha pegado a su cuerpo. Cerca de su oído, Adelardo ha pronunciado una corta y concisa frase: «De tu pasado he vuelto; en tu presente estoy. San Luis, 1960».

Don Herminio, con el rostro blanquecino como la cera de la vela que acompaña al féretro de su hermano, lo observa y recuerda con total claridad. Acude a su memoria el capítulo treinta y dos, versículos del veinticuatro al cincuenta y dos, del libro de Deuteronomio:

«Mía es la venganza y la retribución, a su tiempo el pie de ellos resbalará, porque el día de su calamidad está cerca, ya se apresura, lo que les está preparado».

Satisfecho de su cometido, Adelardo se encamina hacia el exterior de la sala, con el único propósito de esconderse. Pero antes de dejar el velatorio, se ha girado hacia Villarta y le ha sostenido la mirada, buscando en todo momento la provocación del inspector. Después, se ha mezclado con las personas que, ajenas, comentan los más recientes acontecimientos del lugar. Y tal y como ha aparecido, se ha esfumado. Sin dejar más huella que la siembra de terror e incertidumbre en los protagonistas del duelo. Ha administrado muy bien su tiempo. Está acostumbrado, porque para él, un segundo puede ser la diferencia entre respirar o morir. En su vida, los intentos fallidos son balas. Por eso, como experto en la materia, con un solo vistazo al entrar en el tanatorio, ha sabido identificar los flancos débiles del edificio. Y uno de ellos es su techo. Escondiéndose en el baño de hombres, y sin perder ni un minuto, ha buscado un punto de apoyo en el lavabo. Pero sabe que debe ser muy metódico para no dejar las marcas de sus pisadas. Eso sería como las típicas flechas fluorescentes que marcan una salida. Se descalza. Ata los cordones entre sí y se los rodea al cuello. Por último, se sube sobre la peana de porcelana blanca, y de un impulso y ayudado de su altura, consigue subirse. Coloca la placa fina y ligera de escayola. Todo el techado se asemeja a fichas de dominó: si cae una, el resto también lo hará. Acurrucado entre la base del falso revestimiento y el cableado que recorre cada palmo de la cámara de aire que hay hasta llegar al tejado, ha esperado el momento para escapar. Tiene previsto seguir oculto hasta que el entierro parta hacia la iglesia. Desde su escondrijo, ha escuchado la conversación del

inspector Villarta y su compañero. Por desgracia, han encontrado los dientes de Matías Pineda. Debería habérselos arrancado antes con unos alicates. Y para colmo, el fallo del cordón de oro. ¡Maldita su suerte! Ha sido un error de principiante. Cuando se queda solo, recorre con libertad el techado. Con precaución, coloca los pies entre las partes más sólidas, para así no correr peligro de caer al vacío. Escucha atentamente las conversaciones de los vecinos del municipio. Parecen pequeños nidos de avispas; no producen ni aportan nada, solo molestan con sus malas habladurías. Los más osados, con la imaginación disparada, hablan de Marta como posible responsable de la muerte de su cuñado. Dicen que era su gran amor secreto. Se atreven a profanar la vida de don Ramón, aún en cuerpo presente. Sus barbaridades llegan a ser hasta obscenas, tales como que se suicidó porque no soportaba más su secreto de homosexualidad. Ninguno de los hipócritas coincide en sus versiones.

48

Ya doblan las campanas, y su sonido se adentra en el velatorio para anunciar que la hora se acerca. Pronto deberán decir adiós al cura. El llanto se agoniza, y Marta se aferra a su hijo con fuerza, por temor a desfallecer. A pesar de la tristeza, siente cierta envidia; su cuñado tendrá un lugar en el panteón familiar mientras el cuerpo de su esposo aún está desaparecido.

La consternación es notable en el rostro de Sebastián. Está seguro de que el asesino de su padre sigue merodeando por el lugar.

Exasperados, Ledesma y el cabo Estigarribia persisten en su busca. Examinan cada rincón de los alrededores. Han buscado debajo de los vehículos aparcados en filas paralelas, y en el campo de fútbol El Pedernal. El atardecer ya pinta los cielos mientras ellos siguen rebuscando en los vestuarios, entre las gradas y en el minibar, sin obtener resultados. Después, con permiso de la joven alcaldesa, asaltan la piscina municipal. No se dejan ni un solo espacio. Pero no hay rastro alguno. Félix Ledesma sabe que su jefe tiene buen instinto, pero cree que esta vez ha sido traicionado por la necesidad de hallar un culpable. Han revisado hasta el parque municipal, entrando y saliendo por cada uno de sus arcos, una construcción coqueta y atrevida que da luz y color al pueblo; es más, Estigarribia lo compara con el parque de Gaudí, en la ciudad de Barcelona. Nada. Las mismas nulas deducciones.

—Si Villarta está en lo cierto, no ha podido ir tan lejos en el corto intervalo de tiempo —sugiere el sargento.

Vuelven al tanatorio. Cuatro hombres llevan a hombros el ataúd hasta el interior del coche fúnebre, repleto de coronas por ambos lados. Todas ellas con las típicas dedicatorias.

Sebastián busca en los ojos y en el rostro de su compañero algo que le diga que está en lo cierto. Félix mira a su jefe, y con lentitud, mueve la cabeza de un lado hacia otro. Minutos después, una procesión seguida de otros muchos vehículos encarrila el camino,

carretera arriba, hacia la iglesia. Todo el pueblo acompaña en su postrimero adiós a don Ramón. Todos excepto el alguacil, que se encarga de colocar las sillas en su sitio y dejar las cosas en orden. Después, cierra las puertas y tira los ceniceros repletos de cosas; recoge algunos vasos de plástico que han dejado regados por las mesas de la cafetería. Agarra una a una las papeleras, para tirar sus contenidos al contenedor de basura. Adelardo vigila cada uno de sus movimientos. Por ahora no tiene intención de dejar un muerto más. Pero no descarta la posibilidad si se ve sin opciones. Se introduce en el bolsillo de sus vaqueros un cordón de nailon que ha encontrado en su escondite. Con él lo estrangulará, lo introducirá en alguna de las salas y cerrará las puertas con llave. Nadie notará nada extraño, y él podrá huir. Se está preparando. Sus dedos ya comienzan a tensarse. Se prepara para saltar encima. Será tan rápido que no tendrá tiempo de reacción y su tenue cuerpo quedará atrapado entre los brazos fornidos de aquel hombre. De pronto, el trabajador sale a la calle y se encamina hacia uno de los contenedores que hay cerca de la carretera. Eso le da tiempo más que suficiente para salir de su guarida, dar un salto hasta el suelo y huir antes de ser visto.

Al regresar, el alguacil echa un último vistazo a todo el recinto funerario. En uno de los baños, halla dos placas de escayola esparcidas por el suelo y rotas en varios trozos.

«¡Estas obras tan modernas!», piensa, no sin antes revisar con esmero la melladura del techo. Echa otra rápida ojeada al tanatorio y cierra la puerta con llave. Su jornada por hoy ya ha terminado.

49

Mientras que el coro de la iglesia canta una salve como despedida al sacerdote, Adelardo corre campo a través envuelto en los colores anaranjados del atardecer. Es sábado por la tarde y a esas horas menguan las posibilidades de encontrarse con algún agricultor. Aun así, debe ser cuidadoso. «En la confianza está la caída», decía uno de los curas del orfanato.

Vuelve a tener hambre. Los conejos que ha cazado y después comido esa misma mañana ya no calman sus tripas, que reclaman alimento como pequeños alienígenas enfadados. Y sin piedad, sus salvajes pensamientos le envían la imagen del jabalí, no solo por saciar su apetito, sino por puro orgullo y venganza. Debe matarlo, pero antes tiene que prepararse bien. El mayor triunfo es la sorpresa. Dispone de tiempo para idear una trampa eficaz, capaz de soportar el peso y las embestidas del animal. Hace unos días, recorrió el mismo camino de noche y no pudo apreciar nada del paisaje. Ahora, con el sol a punto de ponerse, ve los viñedos encogidos por la poda y esquilados como ovejas. La tierra ya se puede pisar, aunque sus pies aún se ahondan en la esponjosidad y blandura de la humedad tras la nieve. Los árboles, dispersos y esqueléticos, parecen centinelas cadavéricos. El pueblo está asentado en un terreno salitroso; también hay mucha vega, y entre los humedales de las riberas de las acequias ahora repletas de agua, hay una barrera de cañaverales. Antes de decidirse por alguna de las cañas, las observa. Después, a las elegidas las coge entre las palmas de sus manos, para calcular el grosor y la ligereza. Al final, se decide por dos juncos: uno es fuerte, recto y manejable; el otro es grueso, pesado y resistente para ejecutar golpes. Cuando llega a su escondite, la luz del día se ha extinguido.

Mañana domingo es día de caza y los cazadores no perdonan dos jornadas sin practicar su afición. Corre riesgo de ser descubierto. Tiene que marcharse de inmediato del molino, pero no conoce el terreno y vagar por los campos en la más absoluta oscuridad es un atrevimiento.

En su escondite tiene todo lo necesario para sobrevivir; refugio, techo, y puede hacer fuego sin llamar la atención de los lugareños.

La Guardia Civil está al acecho de cualquier mínimo sospechoso movimiento. Entonces, se le ocurre una idea. La poza donde esta misma mañana ha arrojado la piel y las entrañas de los conejos puede servirle de escondrijo. Aunque debe hacerlo con mucho cuidado, para no caer al agua; de lo contrario, le será imposible salir. Para eso, esperará a que amanezca. Por ahora enciende una fogata y a entrar en calor. Después, sentado junto a la hoguera, comienza a pelar las cañas, a despojarlas de su follaje natural. De entre las dos, coge la más ligera. Se levanta y simula hacer movimientos samuráis, provocando un siseo en el aire. Luego, intenta doblarla entre sus rodillas, pero se resiste. Se siente satisfecho de su buena elección. Sin más, con su puñal emprende la labor de contornearle la punta hasta que adquiere la forma de un arma segura. Por último, con el roce de una piedra, comienza a darle filo. La faena lo ha tenido bastante entretenido, pero se siente satisfecho. Reserva la otra vara más gruesa como bastón y estoque en caso de ataque. Son más de las tres de la madrugada. Está agotado de caminar y de mantener el cuerpo rígido y en tensión mientras ha estado escondido en el tanatorio. Sabe que, si se duerme, corre el riesgo de no despertar antes de la llegada de los cazadores al coto. ¡Qué mejor manera que despistar el sueño que recreándose en Tomás! ¡Cuánto ha disfrutado de su muerte! A pesar de su furia desenfrenada por coserlo a puñaladas tras caer abatido al suelo, Adelardo no se arrepiente de cambiar a última hora los acontecimientos.

Pero por el momento, lo que más urge es encontrar a ese jabalí, matarle y hacer de sus carnes una escabechina. Nadie, ni siquiera un cerdo reta a Adelardo y queda impune.

La madrugada se cuela por los espacios vacíos que dejan los barrotes de la ventana y los tenues rayos del sol reflejan sus sombras en las paredes. Es hora de partir. Los cazadores deben de estar a punto de llegar. Antes, recoge sus pocas pertenencias en la mochila. Sobre las ascuas sobrevivientes del fuego vacía el resto de agua de la cantimplora, y sobre las cenizas coloca varias piedras. Antes de dejar el escondite durante unas horas, con la punta de una de las cañas ha hecho garabatos por toda la zona donde ha estado. De esa manera, sus huellas quedan cubiertas y distorsionadas. No está seguro de que vaya a funcionar, pero puede ser una forma de despistar. Por último, sale

del molino tan aprisa como sus pies se lo permiten. Y siempre por las laderas del río o el ballico de los lomos centrales que construyen una línea recta, la misma que divide al sendero en dos partes iguales. Y haciendo varias filigranas, consigue llegar al huerto abandonado. Realiza todo el ritual para levantar la pesada tapa de la ancha boca de la poza. Lanza una pequeña piedra. Una vez más, quiere cerciorarse de la profundidad. Arrojado al suelo y con la cabeza pegada a la abertura del hondo, se da cuenta de que en una de las paredes hay un sobresaliente de tierra caliza. Ese es el punto exacto donde debe anclar sus pies y mantenerse. A una gran roca incrustada en la tierra, ata una cuerda. Antes de bajar, tira con fuerza de ella para asegurar su resistencia. Y como si de un antiguo guerrero se tratase, cruzadas en la espalda y atadas a su cinturón, transporta las varas, ahora convertidas en letales armas. Le resulta complicado sujetarse atado a la soga mientras porta el metal que cubre el ancho agujero. Con mucho esfuerzo, cruza entre sus piernas la cuerda, manteniendo el equilibrio. Unas gotas de espeso sudor le recorren la frente, para después caer por los ojos y resbalar por el rostro. Al fin, consigue volver a colocar la tapa, dejando una leve ranura por donde entra un fino hilo de luz y el aire. Lo separan de la superficie ocho metros, y hasta el fondo del pozo, otros tantos. Pero él solo se concentra en la parte de arriba, donde la vida fluye. En el silencio, la más absoluta oscuridad es librada con el destello de una linterna de bolsillo, porque el escaso albor proveniente de la ranura no alcanza a esa hondonada. Todos sus sentidos se agudizan y se hacen más intensos. Huele y siente en su piel la humedad de las paredes excavadas entre piedra y tierra. Escucha el goteo del agua caer entre las grietas resudadas. También, el movimiento de algunos roedores entre la pantanosa profundidad. Incluso ve un baile de ojos, que se mueven de un lado hacia otro. Por fin, sus pies tocan el tope de la repisa. Adelardo se asegura de la solidez antes de dejar caer su peso. Un solo resbalón y está perdido. Las horas caminan muy lentas. Escondido bajo las entrañas de la tierra, se siente más cobarde que nunca. Odia a las ratas, y sabe que está rodeado y sitiado por el enemigo en el campo de batalla. No tarda en escuchar los ladridos de los perros irrumpiendo el sigilo del pozo. Sus pisadas retumban en la cubierta como el trote de caballos. Las voces de los cazadores se filtran hasta donde él está. Desde ese punto interno, todos los sonidos procedentes del exterior llegan en ondas distorsionadas. «¡La perdiz ha caído alicortada!», «¡La liebre está

encamada!» son algunas de las frases que más claras puede escuchar. No sabe cuál es su significado, pero imagina que es el vocabulario de los cazadores. Oye los disparos de las escopetas de caza.

50

No sabe cuánto tiempo lleva ahí metido, pero desde hace un buen rato no escucha nada más allá de su propia respiración, la cual ha ido controlando para no caer en pánico y no malgastar oxígeno. Además, desde el fondo sube una peste nauseabunda producida por el estancamiento del agua; supone que de las vísceras y las pieles de los conejos que arrojó esa misma mañana. Ya no quedará nada. Pues las alimañas peludas habrán devorado hasta el último pelo. Adelardo se las imagina peleando entre sí, para alcanzar un trozo de festín. Y por unos instantes, siente que algo sube por el interior de su pantalón. El filo de unas uñas se clava en sus piernas y nota un repugnante cosquilleo de unos largos y duros bigotes que olisquean su piel. Entra en pánico porque sabe las consecuencias que trae el encierro con uno de esos bichos. La oscuridad es su hábitat. En el pozo, ellas no tienen enemigos. En la cadena de supervivencia en el inframundo encenagado, las ratas son devastadoras. Aterrado, se baja los pantalones; teme encontrarse con las rojas y fulminantes miradas. Por fortuna, todo ha estado en su imaginación. Precavido, se introduce las patas del pantalón por debajo de las botas de militar. De esa manera evita que su pesadilla sea real.

Ya es hora de abandonar el escondite, pero ahora sabe que se enfrenta a una doble dificultad. Pues cuando llegue al último trazo y casi esté rozando la superficie, tiene que hacer un enorme esfuerzo, para levantar la tapa. En verdad, teme ese momento. ¿Y si no tiene suficientes fuerzas? ¿Y si la tapa se ha ajustado con las pisadas de los canes? Todo son dudas que están a punto de resolverse. Está en el limítrofe del último metro de cuerda. Enfoca la luz de la linterna que sujeta entre sus dientes. Los músculos de brazos y manos se tensan; los de sus piernas se agarrotan y le producen calambres en los gemelos y los aductores. Adelardo resiste el dolor porque sabe que, si ahora se detiene, quedará atrapado entre las peludas roedoras. Por fin, la cubierta de metal cede y consigue desplazarla hacia un lado. ¡De

nuevo en la superficie! Respira hasta invadir de aire fresco y puro sus pulmones. Su reloj marca las trece horas. ¡Ha pasado cinco horas metido ahí dentro!

Ahora, es a él a quien le toca ir de caza. Pero antes, hace el mismo recorrido hasta el molino, no sin lavarse la cara y las manos en el agua clara del río. Necesita despejarse y eliminar de sus ropas y de la piel el olor a podredumbre. Mientras se lava, escucha un ruido. Contiene la respiración. Con movimientos muy lentos y precisos, extrae del cinturón la artesana y afilada lanza. No sabe qué o quién es, pero no dudará en arrojar su arma contra el intruso. Unos grandes matorrales se mueven, y entre ellos distingue el pelaje negruzco del jabalí. Lo reconoce por la falta de uno de sus colmillos. Su tamaño impresiona. El animal, ajeno a su acecho, hunde el hocico entre el suelo y arranca las raíces con su único canino. Con pasos blandos, Adelardo cubre la distancia que lo separa del cerdo, y desde un lugar privilegiado en el que permanece oculto, afina su puntería. Sabe que solo dispone de un solo intento. Después, solo pueden pasar dos cosas: o que la bestia le ataque, o que Adelardo salga victorioso. Están en igualdad de condiciones. A una sola apuesta de su contrincante. Con la pértiga entre las manos y en posición de ataque, Adelardo levanta el brazo, lo echa para atrás para coger impulso y lanza con fuerza el arma. Esta se hinca en el lomo del jabalí. El cerdo montés cae sobre los matorrales y las zarzas. Adelardo se acerca con temidos pasos, porque aún respira y puede ser peligroso. A pesar de las mortales heridas, intenta por todos los medios defenderse de su agresor. Bestia y hombre se miran a los ojos. Rodeando el cuerpo del puerco, extrae la lanza y la vuelve a hundir con ayuda de un puñal, pero esta vez en la yugular. Proyectada hacia el exterior y con presión, un gran chorro de espesa y caliente sangre le ensucia tanto las manos, como las ropas. Le da muerte.

Con las rodillas sobre el lomo del jabalí, Adelardo ejerce toda su fuerza para hacer un profundo corte, desde la garganta hasta el bajo vientre. Las vísceras se desparraman por el lecho de hierba. Con las dos manos y ayudado por el filo del cuchillo, arranca las entrañas. Una vez vaciado el interior, ata las patas por las pezuñas, y entre la rama más gruesa de la carrasca introduce la cuerda. Adelardo suma fuerzas y concentración en la polea y punto de apoyo, para izar el pesado cuerpo. Una vez que cuelga del árbol, comienza a despellejarle de la vasta piel. Ya solo queda despedazar sus carnes rojas, que le servirán de sustento. Primero, los jamones; luego, los lomos y

costillares. Las porciones las transporta en hombros hasta el Molino de las Ánimas. Las deja guardadas y liadas entre la base de una lona que encontró el día que llegó al lugar. Por último, vuelve al punto donde despedazó al animal. Entre la esponjosidad de la tierra, con ayuda de sus manos y de una de las varas, cava un hoyo estrecho y profundo. En su interior, deposita los restos de la bestia, para así encubrir su presencia. Esa misma tarde saborea el primer trozo de carne del puerco. Está dura y sosa, pero su hambre es tan voraz que no importa. Adelardo mira al fuego. Con la boca llena de carnaza, es consciente de algo que hasta ahora no había advertido. Durante meses planeó la muerte de Tomás Villarta; la ha llevado a cabo y ha disfrutado de ella. Además, ha jugado al escondite con su cadáver y ha sometido a su familia al dolor más absoluto. Ha sentido hasta el límite la adrenalina. Y para más colmo, está devorando a bocados a su último enemigo, el salvaje cerdo. En cambio, siente que se aburre. Porque, ¿qué misterio hay en ser un profesional del crimen, haber llevado a cabo una obra maestra y no tener el reconocimiento de la prensa, ni tampoco de la policía?

La partida se reinicia. Los Villarta están en el tablero del juego. ¡Comienza la diversión!

51

El panteón familiar abre la boca de sus profundidades para recibir el cuerpo de don Ramón. La última vez que Sebastián vio enterrar a un familiar suyo, él tenía casi treinta años. Entonces, creía que enterrar a su abuela había sido lo más doloroso, sin imaginar cuánto dolor sentiría más tarde.

En la puerta de la casa familiar, los dos guardias civiles se despiden, pero antes, Casado advierte a Sebastián:

—Inspector, soy consciente de todo lo que padece en estos momentos, pero debo advertirle que este caso es de la Guardia Civil. Cualquier paso que ustedes dos… —Dirige la mirada a los policías; hace una breve pausa y continúa—. Como les estaba diciendo, cualquier paso que den por su cuenta en esta investigación, están obligados a informarnos. De lo contrario, saben las consecuencias.

El subinspector Ledesma se adelanta a su jefe y se adueña de la palabra.

—Ante todo, nuestra obligación es con la ley. Por esa parte, pueden estar tranquilos. Solo pido que ustedes también nos mantengan informados en el proceso del caso. Es lo justo.

Los policías y los guardias civiles se estrechan las manos.

Nada más entrar en la vivienda, el nudo de la sospecha se cierra en el padre Herminio. Sebastián intenta disimular y prepara unos sándwiches calientes de jamón de York y queso fundido para la cena. Su madre apenas prueba bocado, porque dice que solo siente una profunda tristeza. Para Sebastián, ese comentario representa un gran alivio, porque a toda costa debe deshacerse de su presencia. Con sutileza, sugiere que se acueste en su habitación. María se ofrece para acompañarla. Ledesma y el sacerdote se fuman un cigarro en el jardín y Villarta extrae del primer cajón del mueble de cocina una tableta de somníferos, prescritos por el doctor. En una servilleta de papel lía dos comprimidos y los machaca con un mortero; luego, echa el contenido en un vaso y remueve la mezcla con una cucharilla. En el prospecto de

la medicación, en el apartado de sobredosis, era equivalente a más de cinco grageas. Por lo tanto, un par de ellas no supone ningún riesgo. Por nada quiere dañar a su madre. Solo la necesita dormida.

Sebastián se encamina hacia la segunda planta. Entra en la habitación de Marta, que una vez más está frente a la ventana abierta. Las sombras de las luces que entran por los cristales se proyectan en su silueta. En los últimos días, su cuerpo ha sufrido los estragos de la angustia y del temor. La cintura se le ha estrechado. Los hombros se marcan tanto que parecen los brazos de un perchero. Los huesos se le dibujan bajo la tela del camisón. Todo en ella ha cambiado.

—No quiere acostarse en la cama hasta que no oiga ladrar a los perros —se justifica María por la incapacidad de convencerla para que se vaya a descansar.

—Mamá, por favor, no empieces con tus predicciones —dice al tiempo que cierra la ventana.

—Sebastián, ¿aún no me crees? ¡Yo no estaba equivocada!

María contempla a su novio sin saber a qué se refieren. Cree estar en la continuidad de una vieja conversación, en la que no debe entrometerse.

Sebastián le da el vaso de leche; ella lo rechaza, pero al final, acepta. Después, la acompaña a la cama. Se sienta a su lado como si de un niño se tratase. Besa su frente y le dice:

—Mamá, todo va a pasar.

Ella sonríe. Antes de quedarse dormida y aferrada a la mano de Sebastián, dice algo que consigue emocionarlo.

—Debo acostumbrarme a los besos maternales, porque el amor expiró para siempre en mis labios. Ahora… tú eres mi único guardián.

—Sí, mamá. Voy a cuidar de ti.

Los somníferos han hecho efecto. No puede evitar sentir remordimiento. Sería imposible vivir si le sucediera algo a su madre por su culpa. Con la palma de la mano, le toca la cara, el cuello y palpa el pulso que cronometra con su reloj. Su frecuencia cardiaca está dentro de los límites de la normalidad. No convencido, se acerca a su oído y susurra con voz penetrante:

—Mamá, mamá.

Marta contesta con un quejido sacado de la profundidad del sueño. Reacciona al sonido. Con un dedo recorre el camino desde la mano que posa entre las sábanas hasta el codo. Así se asegura que está entregada a los efectos de los somníferos y que se encuentra en buen

estado. Más sereno, baja al piso inferior. Al padre Herminio y a Félix se suma María, que disfruta de la serenidad de la noche mientras se fuma un cigarrillo. Otra vez, los ladridos de los perros comienzan a oírse a lo lejos.

Sebastián aprovecha para echarse en un vaso ancho y de grueso fondo un buen lingotazo de güisqui. De un solo trago, el contenido llega a las tripas con la garra de un puñetazo. El segundo se lo toma con más calma y es capaz de saborear el sabor a añejo. Los demás integrantes entran y se encuentran a Sebastián bebiendo la tercera copa. Sus ojos tienen ese brillo característico de ternura engañosa que produce el alcohol. María lo conoce, pero quien mejor sabe cada uno de sus gestos, palabras y aspavientos, es con quien pasa muchas horas al cabo del día. Ledesma reconoce enseguida que su jefe ha bebido más de la cuenta. Intenta llenarse por cuarta vez el vaso, pero Félix se opone quitándole la botella de la mano. Sebastián está rabioso y lleno de impotencia. En esos momentos, don Herminio se interpone en el plano de su dolor e ira, y sin compasión, comienza a atacarle.

—Pensaba dedicarte un brindis con mi última copa. ¡Lástima! Me apetecía mucho.

Don Herminio sabe que está en el punto de mira de su sobrino. Se la tiene jurada.

—¿Sabes, tío? Nunca he estado en la piel de un mentiroso, pero puedo percibirlo. Primero sudan las manos. Luego se desvía la mirada y se muerde el labio inferior. Y, por último, habla dando datos innecesarios. Todo eso es lo que tú llevas haciendo desde la muerte de mi padre.

—¡Por Dios, Sebastián! ¡Yo nunca miento!

El enfrentamiento entre el religioso y el policía cada vez se intensifica más. Y el volumen de la voz de ambos también aumenta.

—¿Me estás diciendo que, si ahora mismo entrara en tu habitación y buscase hasta en el rincón más pequeño y escondido, no hallaría nada? ¿De verdad crees que puedes retarme?

—Por favor, Ses, vámonos a descansar. Es tarde, estás cansado y pasado de tragos. No hagas nada de lo que después puedas arrepentirte —sugiere María.

—Cariño, te amo; eso ya lo sabes, pero no entrometas entre mi tío y yo. Sé de lo que hablo.

María, ofendida y con los ojos llenos de lágrimas, responde:

—Fuiste tú quien me llamaste. Solo estoy aquí por ti. Pero mañana



a primera hora, volveré a Madrid.

52

Sebastián sabe que ha cometido un error. Pero está tan enrabiscado con su tío, que no atiende ni se disculpa con ella. La ve partir y no es capaz de detenerla. ¡Aquí y ahora debe sonsacarle información!

—¡Veamos, querido tío, cuánta valentía se esconde bajo tu sotana, cuando ponga patas arriba cada centímetro de tu cuarto! —Se levanta y sube las escaleras de dos en dos, seguido de su compañero Ledesma y de don Herminio, que desde abajo grita.

—¡¿Qué vas a hacer?! ¡Sebastián, Sebastián, por favor, contente!

Asustado por las posibles acciones de su sobrino, coge por la espalda a Félix y lo adelanta. El subinspector está a punto de caer por las escaleras.

Sebastián entra en la habitación del padre Herminio. Arranca con rabia la ropa de cama y la deja en el suelo. Levanta de un solo movimiento el colchón y abre la funda que lo envuelve. Todo eso ante los ojos de su tío que, nervioso, intenta detenerlo. Revisa la mesita de noche, extrae y vacía cada uno de los cajones. Luego, la voltea sobre sus patas de madera, sin obtener resultados. Félix se une a la búsqueda mientras el sacerdote ruega y suplica que se detengan. El sifonier y el armario también son registrados. Los cuadros que adornan las paredes tampoco se libran. Ni el de la Virgen de Fátima, ni El Sagrado Corazón de Jesús son inmunes a la ira de Sebastián, que comienza a impacientarse y a perder los nervios. De un giro, coge a su tío de la sotana y lo levanta de la única silla que hay en el dormitorio.

—¡Dime dónde está!

—¡No sé a qué te refieres, hijo mío! ¡Por favor, detente; estás cometiendo un error conmigo! —llora y suplica el cura. En setenta y dos horas, esta es la segunda vez que ve a su sobrino tan endemoniado.

—¡Cálmese, jefe!

—¡No me da la gana calmarme! ¡Este canalla esconde algo sobre mi padre y yo voy a encontrarlo! Así que…, si no me quieres ayudar, al

menos no molestes.

Sebastián está fuera de sí. Siente que es víctima de un engaño; que todos los miembros de su familia son portadores de secretos, y que cada uno de ellos, incluida su madre, es culpable. La incertidumbre hace que desconfíe de todos. «¡Dios mío, me estoy volviendo loco!», piensa al creer que todo es un complot.

—He venido para ayudarle. ¿Qué estamos buscando?

—No lo sé, compañero. No lo sé, pero cualquier cosa relacionada con mi padre; fotos, cartas o algo así —contesta mientras mantiene a su tío agarrado por el ropaje sacerdotal. A Herminio el alzacuello se le ha descolocado y su cara expresa espanto, porque sabe que es cuestión de minutos para que encuentren algo.

Félix tira de las cortinas. De la barra metálica, las anillas caen como naipes por el suelo. Algunas de ellas llegan a los pies de un taburete.

—Jefe, fíjese en el taburete. ¿No le parece extraño que todos los muebles sean antiguos y que el tapiz del asiento no?

La cara del cura palidece. Se acerca la verdad; esa que debería permanecer oculta para siempre.

Sebastián levanta el puf. Lo ojea desde arriba hacia abajo. Ledesma saca su navaja del bolsillo y raja la funda de piel verde que cubre el asiento. Entre las tripas de espuma aparece un sobre que, de inmediato entrega a Sebastián.

Al abrirlo, caen unas fotos sobre sus zapatos negros y relucientes, como tiene por costumbre lucir.

—Tú lo has querido; yo solo intentaba protegerte. Ahora ya no hay marcha atrás —dice el cura ante la mirada de asombro de su sobrino.

Las fotos no presentan alarma alguna para Sebastián, que no entiende nada. Unas fotografías señalan a sus tíos, cuando eran unos rapaces y aún no estaban entregados a la religión. Los dos se muestran muy sonrientes. Otras, ya con los hábitos, los hermanos posan como si nada pudiera hacer añicos sus existencias. Ha visto esas imágenes en otras ocasiones. Sigue pasando los retratos. Una fila de niños, de entre tres años hasta la adolescencia, exhibe sus cabecitas rapadas. Parece una secuencia del Holocausto; lo único que marca la diferencia es la vestimenta. El pijama no es de rayas, sino que está compuesto por unos pantaloncitos cortos azul marino, a juego con un jersey y unos calcetines blancos. La fotografía está tomada en un fondo que no le resulta del todo desconocido.

—Este sitio… me es familiar. No sé dónde lo he visto. Pero… yo he

estado ahí.

—Jefe, esa foto parece sacada desde el mismo infierno. Mire. ¡Fíjese en las expresiones de todos y cada uno de los chavales! Sus caras expresan de todo menos felicidad.

Sebastián observa con detalle todas las fotos. Las imágenes se acumulan entre sus manos. Algunas de ellas están pegadas entre sí, por permanecer juntas tanto tiempo. La siguiente fotografía muestra a un pequeño sentado en el regazo de un sacerdote. En otra se ve a don Herminio sentado en un majestuoso sillón y apoyado en una elegante y antiquísima mesa de roble, en lo que parece un despacho. Sin embargo, los siguientes retratos son los que más llaman su atención. Con un uniforme parecido al de los niños, pero con pantalones largos y camisas grises, su padre y otro hombre posan ante lo que es una fuente cercada por muros y árboles. Otra de su progenitor sujetando entre sus brazos a un niño de corta edad. Sebastián encuentra otras fotografías en las que aparece una mujer joven, portando en su seno un bebé. Ahora está muy distinta, pelo corto y caoba, con surcos de arrugas en su rostro y con los ojos apagados de dicha. Su madre era una mujer muy bella. Por aquel entonces, en sus días de juventud, era toda una gran belleza, de melena larga y destellante, ojos claros, cuerpo de diosa y la estatura de una modelo. Sebastián se fija en el niño y cree que puede tratarse de él. Pero tampoco está seguro. En su casa nunca ha visto retratos de él en sus primeros años de su infancia. Como si todos los momentos de su vida, hasta los cuatro años, se hubieran hermetizado en la habitación del olvido. Como si sus neuronas hubiesen hecho un trato con su memoria para aislar esa parte de su condenada y jodida existencia, y crear un vacío de dos estados; el temporal y el sentimental. Pero, ¿por qué? Dicen que el ser humano comienza a tener conciencia de sus actos y a formar su propia historia a partir de los tres años. Entonces… ¿por qué él no? Tan solo el chirriante sonido del triciclo forma un vínculo que se aferra a sus sueños. Y eso, en cierta manera, quema y pesa en su conciencia como si él fuera culpable de algo.

—Algunas de estas fotos las guardaba la abuela en sus famosas cajas de metal de las galletas que mis padres traían de Madrid. Esas imágenes no me preocupan. Aunque… igual quiero una explicación. Lo que necesito que me reveles, querido tío, son estas otras fotografías.

53

Don Herminio guarda silencio. Podría hablar y romper el secreto de confesión, pero decide abstenerse. Dicen que lo que se calla hace costra y cicatriz. Mentira. A veces solo se sobrevive con la inútil esperanza de que el tiempo todo lo cure. ¡Maldito él y maldita su ética!

—¡Contéstame de una vez! —Sebastián levanta tanto la voz que retumba las paredes. Ninguno de los tres percibe la presencia de María, que, desde el umbral de la puerta, observa todo. No saben cuánto tiempo lleva ahí. Villarta baja la mirada, avergonzado, pero no desiste en su empeño por hallar la verdad. Porque una persona solo es de verdad cuando su historia también lo es. De lo contrario, pasa desapercibido por la vida. Y él quiere dar pasos con huella. Decidido, se encamina hacia donde está su chica. La ve sonreír y, aun así, ante sus ojos y su presencia, cierra la puerta, dejándola fuera del círculo de confianza. Sabe que esa acción traerá serias consecuencias.

—Y ahora, comienza a hablar, porque… te hago una advertencia, tío: por las buenas sabes que soy muy bueno, pero… no quieras conocerme más por las malas.

El cura traga saliva, y rompe su silencio no sin antes advertirle:

—Has cometido los peores errores de tu vida. El primero, herir a quien te ama y…

—Continúa, tío. ¿Y el segundo?

—Indagar en lo que ya estaba enterrado.

—Déjame a mí decidir cómo quiero equivocarme. ¡Ahora, habla de una vez!

—Está bien, pero te diré hasta donde pueda salvar el secreto de confesión, sin ofender a mi fe. Y por supuesto, solos tú y yo.

—No, tío. —Sebastián mueve la cabeza de un lado para otro—. Por si no te has dado cuenta, estamos en medio de una investigación criminal. Él es policía, y debe estar conmigo para constatarlo todo. Por lo tanto, él se queda. Aunque si prefieres, habla con la Guardia Civil.

El cura se ajusta el alzacuello, se coloca bien la sotana negra, respira en profundidad y mira hacia el cielo; se santigua y se sienta sobre la cama. La suerte está echada.

—Es verdad, algunas de esas fotos las has podido ver en las cajitas de metal de galletas. A simple vista, parecen solo inocentes fotografías. Ahí comienza todo. A veces, hijo mío, lo más sencillo e inocente es lo más voraz.

El inspector jefe de la policía Villarta y el subinspector Ledesma escuchan muy atentos. Intuyen que la historia es más compleja de lo que en un principio han creído.

—Mi pobre hermano Ramón me acompañaba en ese retrato que sostienes entre tus manos. Aún no nos habíamos formado como sacerdotes. Tan solo éramos unos muchachos más del pueblo que se divertían los domingos pescando renacuajos en la Navazuela, o demostrando nuestra puntería con los paneles de abejas que colgaban de los árboles. Esa foto solo significa el antes y el después de lo que éramos.

—Si no es importante, ¿por qué estaba escondida?

—Porque, como te he dicho, esa foto marca una época entre mi hermano y yo.

Sebastián sigue sin entender nada, y Ledesma, al ser ajeno en la trama familiar, es más directo y, sin vacilación, acosa al sacerdote a preguntas, como si estuviera en la sala de interrogatorios de la comisaría. Al fin y al cabo, para eso ha venido. Han pasado las primeras cuarenta y ocho horas desde su llegada y tiene el tiempo limitado para esclarecer el caso, o intentar averiguar la conexión de las muertes de los dos seminaristas. Y por ahora, no parecen avanzar mucho.

—Mire, don Herminio. Mi jefe, su sobrino, el inspector jefe Villarta, está siendo demasiado blando con usted, pero yo tengo la paciencia justa. Creo que nos vamos entendiendo, ¿no?

El cura asiente y prosigue.

—Para comenzar —prosigue Sebastián—, ¿quién es este chico que posa a tu lado tan sonriente? ¿Es algún amigo?

—No. Se trata de Tino, mi hermano. Algunos años mayor que yo. —El cura se echa a llorar como un niño. De uno de los bolsillos saca un moquero y se limpia las lágrimas.

—¿Por qué jamás nadie me ha hablado de él? El abuelo siempre decía que había tenido tres hijos. ¿Por qué ocultaba la existencia de

otro descendiente?

—Hijo mío, a veces es preferible creer nuestras propias mentiras que vivir con una pura verdad. Ahí tu compañero —señala a Ledesma— ha estado muy afinado. Soy un mentiroso.

—¿Qué diantres significa eso, tío?

—Tino era el mayor de los hermanos. Era tan distinto de lo que un hombre esperaba. ¿Comprendes, Sebastián? ¿Entiendes… a dónde quiero ir a parar?

—No. Perdóname, tío, pero sigo sin comprender.

—Mi hermano era todo lo que se espera de una mujer. Y eso, tu abuelo jamás lo entendió. Y una madrugada, mientras estábamos cazando, una bala perdida lo alcanzó. Murió en el acto.

—¿Un accidente?

—No, un asesinato. Mi propio padre mató a mi querido hermano. Él nunca asumió su atroz acto. Por eso, yo ingresé en la Iglesia para salvar el honor de mi familia. Y el monstruo de tu abuelo volcó todo su amor paternal a mi adorado Tomás, que al ser el más pequeño no era consciente de la atrocidad de los Villarta. Porque mi hermano Ramón y yo tan solo sentíamos odio por él. Y creo que moriré odiándole.

—¿Por eso está enterrado en un panteón separado de toda la familia?

—Sí. Mi madre siempre decía que en vida debía soportarle, y dormir en la misma cama, pero que en la muerte quería estar sola.

—Ahora entiendo algunas cosas. Al fin y al cabo, la tierra solo reclama lo que le pertenece. Es como si mi padre hubiera vivido una existencia prestada. La justicia divina se ha encargado de llevárselo con él.

Don Herminio, como hombre de Dios, se siente ofendido y recrimina a Sebastián el repudiado comentario.

—No, hijo mío. ¡No ofendas a Dios; él no es vengativo! La vida solo es una rueda, a veces injusta, sí, pero nunca movida por el desagravio de nuestro señor. —Al terminar de hablar, el padre Herminio tres veces consecutivas hace la señal de la cruz, y besa el escapulario que guarda entre sus ropas negras. Cree que así evita el pecado de su iracundo sobrino.

—Padre Herminio, hay que continuar porque quedan más cosas por explicar —añade Ledesma.

Tras un breve descanso, en el que aprovecha para limpiarse el

sudor que resbala por su frente, prosigue:

—Cuando me formé en el sacerdocio, los primeros años estuve recorriendo multitud de pueblos de España. Ninguno de ellos se caracterizaba por su gran población. Algunos incluso solo tenían diez habitantes. Pero yo era feliz. De hecho, creo que es el ciclo de mi vida que más he disfrutado. Un día, recibí la orden de trasladarme a una población de Valladolid, llamada Friarosa. El municipio era pequeño, pero con mucho encanto. Era el típico lugar perdido entre las extensas llanuras vallisoletanas. Mi misión no era ser el párroco de la iglesia, sino dirigir San Luis, un antiguo orfanato rodeado de densas arboledas. Debía sustituir al director que, una semana antes, había fallecido. Nunca conseguí saber el motivo de su muerte. Nadie hablaba con claridad sobre el tema. Por los pasillos solo se escuchaban rumores, pero nada más. Me costó mucho gozar de la confianza de los demás sacerdotes, pues todos ellos eran reacios a demostrar afecto. Tampoco lo tuve nada fácil con los niños; eran como diminutas máquinas acostumbradas a obedecer. Lo que me impactó fueron sus cuerpecitos y sus cabezas rapadas. Exigí explicaciones. Uno de mis compañeros me dijo que, unos días antes de tomar yo posesión de mi cargo, tuvieron una plaga de piojos y, para subsanar el problema de raíz, decidieron rasurar a todos los internos. También me interesé por la delgadez de los muchachos. Su contestación tenía razón de ser. Me dijo que habían pasado por graves problemas económicos y tuvieron que racionar la comida. Corría el año 1960. Enseguida expliqué el problema al arzobispado de Valladolid, quien negó tener notificación alguna de la gestión económica. Alguien mentía. Pero yo era el nuevo, y necesitaba su apoyo para llevar a cabo mi trabajo, sacar adelante a esos muchachos y buscarles una buena familia.

—¿Y qué pasó con la comida de los niños?

—Las principales comidas volvieron a ser abundantes. Y en pocas semanas, los niños notaron en sus cuerpos y sus caritas la adecuada alimentación. No solo eso; las sonrisas y el miedo fueron desapareciendo de sus rostros. Sus ojos ya no estaban condenados a mirar siempre hacia el suelo. Y les cambié el horroroso y desgastado atuendo por otros nuevos y más alegres. El carbón de la calefacción volvía a correr por las tuberías de hierro. Las persianas se levantaron y la oscuridad de los pasillos fue invadida por la luz del día.

—Según usted, era el Mesías de esos niños —dijo Ledesma poco convencido—. Más bien parece el cuento de la Cenicienta. Solo faltan

que los ratoncitos y pajaritos tejieran los nuevos uniformes de los pequeños.

—Si usted va a burlarse de mí, mejor me callo. Juro que es la verdad.

—Perdone. Continúe, por favor.

—Estaba seguro de que algo grave había sucedido antes de mi llegada. Porque a cada una de mis decisiones, algunos de los sacerdotes reaccionaban extrañados; otros, en cambio, me facilitaban las cosas, pero no tanto como para ayudarme en mi cometido.

—¿Cuál era ese cometido? —pregunta Sebastián.

—Indagar. Por alguna parte debía haber documentos de las finanzas del lugar; facturas, impresos de adopción, firmas en el libro de visitas, o entradas y salidas de los niños.

—¿Y qué averiguó?

—Nada, nada. Pregunté y exigí respuestas, pero nadie abría la boca. Todos tenían una invisible mordaza. Era como si algo oscuro se hubiese cernido entre los muros de ese lugar. A veces, la atmósfera de desconfianza era asfixiante.

—Pero… ¿y por qué no dio parte al arzobispado?

—¿Con qué argumentos? No tenía nada que probase mis sospechas. Tan solo una, pero nunca sería tomada en cuenta.

Ledesma se fija en su jefe y este en su tío. Después, el subinspector dispara la pregunta.

—¿Por qué no?

—Porque se trataba de un niño. Sus ojos jamás los olvidaré, como tampoco su voz.

—¿Por qué? ¿Qué tenía de especial ese niño? —pregunta su sobrino.

—Su mirada era la más fría que yo hubiera visto. Su voz tenía siempre la misma entonación. También tartamudeaba. Por eso permanecía callado la mayor parte del tiempo. Era como un zombi. Siempre estaba al acecho de carne fresca. Aquel muchacho desprendía algo extraño. Sin embargo, sus palabras calaron hasta el tuétano de mis huesos.

—¿Qué hostias le dijo?

—«Ha salvado la vida de las cucarachas. Pero no a todas, la principal ha muerto».

—¿Qué quiso decir con eso? Se refería a los curas, ¿verdad?

—Sí. Después él mismo me dijo que el anterior director del

orfanato había sido apuñalado mientras dormía. Hice algunas preguntas y lo único que pude averiguar fue que su cuerpo apareció tendido en su cama, con un cuchillo de cocina clavado en el corazón. Entre otras horripilantes cosas.

—¿Cree que pudo haber sido él? —pregunta Ledesma. Mientras que el viejo sacerdote ha estado describiendo al muchacho, el subinspector se ha estado imaginando su físico. Y en su imaginación se ha dibujado el rostro del chiquillo.

—A simple vista y en aquel momento, no lo creí. Pero aquel chico no conocía la inocencia.

54

Villarta hace una reflexión mientras asimila la imagen de un niño asesinando a un adulto.

—¡Espere un momento! ¿Cómo era el cuerpo del asesinado? Es decir, ¿era delgadito y menudo o, por el contrario, era fuerte y grande?

Por unos segundos, el padre Herminio regresa hacia el pasado; aunque él no lo había conocido, sí lo recuerda en una foto.

—Cuando yo me incorporé al trabajo, él ya llevaba alrededor de una semana bajo tierra. Pero según la fotografía del despacho, ya que todo estaba tal y como él lo había dejado, parecía un hombre de estatura considerable, de un metro setenta y de constitución recia.

—No es posible que pudiera tener las fuerzas necesarias para atravesar la caja torácica de un adulto y llegar hasta el corazón. Solo caben dos opciones: que el director estuviera atado e indefenso, o que el asesinato fuera cometido por un adulto —añade Ledesma.

—Nunca lo sabremos; al menos hasta que no atrapemos al asesino —comenta Villarta.

—Ha hecho mención de su voz, ¿por qué? —insiste Ledesma.

—A pesar de que no pronunciaba bien las erres, intimidaba.

—Pero, ¿qué edad tenía ese niño? Es más, ¿es alguno de los que posan en esta foto? Si es así, ¿puede usted identificarlo? —continúa el subinspector.

—Había llegado unos años antes que yo. Y en ese momento, tenía tan solo ocho o nueve años. Sí, puede parecer sorprendente para su edad, y poco creíble, pero el mal no tiene límites. —Entre sus manos sostiene la foto. Luego, de su sotana saca una lupa, que pone encima de sus gafas. Observa con absoluta atención, y enseguida palidece.

—Es el primero de la fila de arriba, comenzando por la derecha. Y hoy lo he visto.

En ese momento, Villarta deja de pasear de un lado a otro de la habitación y se detiene justo enfrente de su tío. Con mirada

fulminante, se dirige a él.

—¿Era el hombre que a última hora llegó al tanatorio? Era él, ¿verdad?

—Sí. Era él.

Ledesma sabe que su jefe ahora ya no es el inspector jefe de policía. Sebastián Villarta se ha convertido en un civil, o más bien, en una bestia cargada de absoluta ira.

—Jefe, usted estaba en lo cierto. Pero ¿dónde diantres se escondió?

Sebastián sigue atosigando con más preguntas a su tío.

—¡¿Por qué no dijiste nada?! ¡¿Por qué has esperado a decírmelo ahora?!

—Porque tuve miedo.

Él lo coge de la pechera, y con tanta rabia como dolor, escupe unas palabras llenas de reproches.

—Si se me escapa ese malnacido, ¡tú serás el único culpable!

—Vayamos por partes. Sabemos que el asesino sigue nuestros movimientos, que anda muy cerca de nosotros, y que su principal objetivo es usted, jefe. Como todos los psicópatas, el nuestro también tiene una obsesión, y esta es su familia. Pero para adelantarnos y cogerle por los huevos, debemos pensar y sentir como él. En resumen, ponernos en su piel.

Villarta sabe que Félix va por buen camino.

—Así es. Pero nos falta la primera parte de la película. Y esa es mi infancia. —Por unos segundos, permanece callado. Como pocas veces le sucede, está asustado. Teme al vacío que hay en su cabeza. Está inseguro y receloso de averiguar parte de su niñez: esa etapa vetada en su memoria. ¿Y si no le gusta lo que averigua de él mismo? Tras esa reflexión, continúa—: Hasta ahora has hablado de tu vida. De la desgracia familiar. De tu faceta de detective fracasado y hasta sin quererlo, de tu miserable cobardía. Pero ¿qué hay de mí? ¿Por qué yo sé que estuve allí y no logro tener nítidos recuerdos? ¿Por qué nunca se ha hablado de ese lugar en mi presencia?

El cura dirige su mirada hacia el suelo, porque sabe que esa parte de la historia debe averiguarla él.

—Lo siento mucho, Sebastián. Te he dicho ya suficiente para ponerte en el sendero adecuado. Pero el resto del recorrido, debes hacerlo tú. De lo contrario, estaría traicionando la voluntad de tu padre.

—No, tío, me estás traicionando a mí.

Nunca antes Ledesma ha visto a su jefe tan abatido. Pero él tiene unas preguntas más.

—Perdone, padre, pero permítame unas preguntas… ¿Hasta cuándo estuvo dirigiendo la Casa de Expósitos?

—Hasta el año 1963, que me ofrecieron el puesto de director en el Seminario de Cuenca.

—¿Y se atrevió a dejar solos a todos esos niños que tanto le necesitaban? ¡Usted los abandonó! —reprochó el subinspector.

55

Don Herminio siempre se culpó por esa decisión. Si no hubiera sido tan cobarde, hoy Tomás estaría vivo. Porque la muerte de su hermano Ramón, a pesar de que ha sido inoportuna, no tiene que ver nada con el asunto de San Luis. De eso está seguro. Pero tampoco delatará nada, si no es preciso. Es preferible que el pueblo entero siga creyendo que han sido la presión y la pena quienes se lo han llevado bajo tierra. Así, su reputación quedará limpia. Con su muerte también se lleva un secreto.

—Solo cumplía con mi deber. Además, por aquella época mi madre enfermó, y aunque no era nada grave, yo quería estar más cerca de ella. Yo no hice nada malo. Durante mi estancia allí, los niños siempre estuvieron a salvo. Y mi sucesor venía muy bien recomendado por el arzobispado.

—¡Eres un cobarde! Pero eso ya lo sabes. Lo que me importa ahora es saber cómo llegaron mis padres a ese lugar. ¿Qué hacían allí? ¿Por qué se marcharon? ¿Y quién es ese hombre que está posando en esta fotografía junto a mi padre?

—No todo lo hice mal. Unos meses antes de marchar a mi nuevo destino, quise asegurarme de que los niños estarían protegidos. Por eso contraté a tu padre como guardián de los pequeños, y a tu madre, como cocinera. Y ese hombre de la foto era otro de los guardianes. Matías Pineda, creo recordar que era su nombre; un vecino del pueblo Friarosa. Esa misma fotografía se las hice yo el primer día de sus trabajos. Esto es todo lo que puedo desvelarte.

—¿Ha dicho Matías Pineda? —pregunta, sorprendido, Sebastián.

—Sí. Matías Pineda. Era un buen hombre. Tu padre y él se hicieron grandes amigos. Hasta donde yo sé, entraron y dejaron aquel infierno el mismo día —explica el padre Herminio.

—Esto aclara muchas cosas. Ledesma, ahora sabemos qué unión había entre mi padre y el tal Matías. Está claro que el asesino actúa por venganza o por encubrir un secreto. Aunque me decanto por la

primera opción.

—Sí, jefe. Si las dos personas que podrían delatarle ya están muertas, ¿por qué robar el cuerpo de su padre?

La vida de los Villarta es como un laberinto. Muchas direcciones y escasas salidas. Sebastián no tiene la intención de darse por vencido. Pero aún hay unas cuestiones más por resolver.

—El tío Ramón, antes de morir, me dijo que limpiase el nombre de mi padre. ¿A qué se refería con eso?

El sacerdote enmudeció. No sabía que Tomás hubiera compartido con él su secreto, ni hasta qué punto estaba informado del asunto.

—No lo sé, hijo mío. Pero seguro que tú lo averiguarás. Cierto es que ya solo quedamos tú y yo del clan de los Villarta.

Don Herminio se ve agotado por el interrogatorio. Sebastián y Félix notan el cansancio en sus cuerpos. Necesitan descansar. Dentro de unas horas, deben reunirse con el sargento Casado y el cabo Estigarribia para informarles de todo lo acaecido durante la noche. Los dos policías saben que, de no hacerlo, estarían incurriendo con la ley. Además, necesitan ayuda. Pero antes de salir del cuarto, Villarta coloca el colchón y la cama en su sitio. Ledesma coge los cajones del suelo y los introduce en el sifonier. La tela de las cortinas está rota debido a que han sido arrancadas de cuajo. Y las anillas, olvidadas, siguen esparcidas por la superficie de ladrillos como testigos del caos.

56

Félix cae en la cama rendido, agotado. Sebastián está sentado en un sillón. La luz de los farolillos que entra del patio exterior se refleja en la silueta de María, que duerme tranquila. ¡Es tan hermosa! La quiere con todas sus fuerzas, y haría cualquier cosa por ponerla a salvo. Nunca dejaría que nadie la dañase. Pero…, esta noche, él ha sido muy grosero con ella. Todos sus pensamientos son interrumpidos por Roco, que nada más ver a Sebastián, salta del cojín de la silla, para darle la bienvenida. Lo coge entre sus brazos, y acaricia su cabecita de un color marrón intenso. Las orejas son puntiagudas y de colores distintos. El gato le cae bastante bien. A veces, a escondidas, lo malcría dándole golosinas. Aunque ha costado bastante el entendimiento entre el felino y él. Al fin y al cabo, Sebastián ha sido el último en llegar a la vida de María. Repara en una maleta que está apoyada sobre el armario. La sujeta para asegurarse de que no es un truco. El peso confirma sus sospechas; María tiene intención de marcharse a primera hora. En silencio, se desnuda y deja caer su ropa sobre la alfombra. Se mete en la cama y busca el cuerpo de su novia. Los dos tienen por costumbre dormir desnudos y abrazados. Los hombros de ella parecen finos hilos de seda. El cabello le huele siempre tan bien que resulta imposible olvidar su fragancia. La cintura tiene la justa medida. Y sus piernas son como las brújulas que lo guían hacia la perdición y el pecado carnal. La ama y la desea con la misma intensidad. Ella comienza a revolverse entre las sábanas. El dedo de Sebas recorre su espalda, y eso la vuelve loca. Sus deseos se reactivan. Está enfadada, pero sabe que no puede dejarlo solo. A veces, es como un niño pequeño. No se resiste; le consiente que de sus caderas haga filigranas. Lo necesita tal y como es, a veces un canalla. En cambio, compensa las otras ocasiones donde se muestra su salvador. Podría tener a otros hombres. Ella es consciente del poder de seducción que ejerce en los ojos masculinos, porque lo vive a cada instante en su trabajo. Reconoce que nadie como él para hacerla rozar el abismo y el

cielo, al mismo tiempo. Solo su inspector jefe de policía tiene las cualidades más extremas para saber llevarla a la cama, o para que pierda la serenidad. Uno frente al otro se miran, se tocan los rostros y se besan con verdadera pasión. Las caricias son como torrentes en sus cuerpos. Están tan excitados que llegan al éxtasis con tan solo el juego de sus dedos. Después, llega la entrega total. Forman un solo ser. Hacen el amor, tan desesperados por los miedos de cada uno de ellos que sus pieles reciben la agresividad de arañazos. Para María, Ses es su mundo.

—Lo siento mucho, María. No quería herirte.

Ella lo besa. Está cansada de tantas disculpas.

—Una vez más te perdono, pero no olvides que todo suma.

Sebastián intuye que María perdona, pero con condiciones. Eso, en cierta manera, lo intimida. Los dos saben que están en un punto de su relación en el que no hay avances. Él es de esos hombres que gusta a las mujeres, según dice Ledesma, cuando intenta llevarlo como gancho a algún sitio. Alto, de cuerpo atlético, maduro, pero bien conservado. De pelo negro con algunas canas que engrandecen más sus encantos.

María se entrega al sueño sin más preámbulos, pero Sebastián no deja de darle vueltas a todo lo que ha dicho su tío. Y piensa en su madre. ¿Sabrá ella la atrocidad que cometió su abuelo? Por instinto protector, va en su busca.

—Mamá, eh, mamá —dice Sebastián al oído. No quiere perturbar su descanso, ni tampoco asustarla. Durante unos instantes, el felino se escapa de sus brazos y camina hacia la cara de Marta, que recibe con agrado sus arrumacos. Poco a poco, abre los ojos debido a las cosquillas que provocan los bigotes de Roco.

—¿De dónde ha salido este gato? —pregunta aún algo somnolienta.

—Es Roco, el gato de María.

—¡No me gusta!

Sebastián le da un beso, y como a un niño, le revuelve su pelo. Su madre es la que más está sufriendo. Solo por ella, encontrará el cuerpo de su padre.

—Voy a prepararte algo de desayunar. ¿Te puedo dejar a Roco? Es muy simpático. ¡Y mira, mamá, no te va a arañar porque no tiene uñas!

Marta se queda sentada en la cama, con la espalda apoyada en la almohada. Desde ese punto, la percepción de su dormitorio es muy distinta ahora. Parece que tan solo hace minutos que se haya

despedido de su marido. Sin embargo, hace ya cuatro días. Sabe que todo torna a esa llamada que recibió unos instantes antes de partir. Intuye que tiene algo que ver con ese pasado del que él siempre ha querido mantenerla alejada. Siempre ha querido protegerla. Como a su hijo. Y ha muerto cumpliendo su juramento de jamás desvelar lo que sucedió tras esa trágica noche de la huida.

Mientras que el café se hace en la cafetera y las tostadas se doran en el tostador, Sebastián acude a la entrada principal de la casa. Rememora las costumbres de su padre; desayunar leyendo las noticias de la prensa. Cree que los ejemplares de estos días deben de estar acumulados en el buzón, porque el maldito destino ha tenido a la familia demasiado ocupada enterrando a sus muertos. Sebastián abre la puerta, y el cielo comienza a pintarse con los primeros rayos de la mañana. La calle se torna vacía; tan solo algunos vehículos y tractores irrumpen con sus motores la virginidad del alba. Tal y como ha pensado, los diarios informativos esperan apilados en la cesta de metal que hay en el arco de la portada de madera. Al coger los periódicos, observa que en el fondo hay un sobre blanco. Su primera intención es cogerlo, pero su instinto policial se lo impide. Un anónimo puede contener mil intenciones. Un ciudadano normal lo abriría y, de inmediato, leería el contenido, pero él no es uno cualquiera, es el inspector jefe de policía de la comisaría central de Madrid. Pero, ante todo, el núcleo principal de la investigación, o mejor aún, el objetivo a destruir. Durante unos segundos, se mantiene detenido frente al correo; tiene que hallar la forma de extraer el sobre, sin tocarlo. A toda costa, quiere preservar las posibles huellas. La primera fecha datada de la prensa corresponde al fatídico doce de enero, día de la muerte de su padre. De por sí solo, eso ya es una pista, pues quiere decir que esa mañana estaba tan preocupado por algo que olvidó las pequeñas cosas que lo hacían feliz. Villarta tiene la firme sospecha de que siempre estaba buscando algo entre las páginas de sucesos. Pues era en lo único que deparaba su atención.

Por curiosidad, y recordando lo que dijo el sargento Casado el mismo día de la desaparición del cadáver de su padre, busca entre las páginas de sucesos y en los principales titulares de las portadas. Justo la fecha del trece de enero. En primera página, una foto del Anatómico Forense de Cuenca, junto a varios vehículos de la Guardia Civil. Encabezando el titular: CUENCA, LA CIUDAD DE LOS CADÁVERES PERDIDOS.

Su enemigo, siempre fiel a la crueldad de sus noticias. Entre las mil maneras de escribir una noticia, ha escogido la que más daño puede causar. Debido al interés de su carnaza, los periódicos han agotado la tirada. Es pájaro viejo en el oficio. Sabe encontrar la diana y el punto exacto de atención. Está seguro de que Ledesma y los guardias civiles Casado y Estigarribia son conocedores del aciago titular, pero han preferido omitirlo. Por ahora, se concentra en el misterioso pliego. Por la mitad, dobla un noticiario, y entre las letras y anuncios, acoge la supuesta incógnita. Pero al tacto, comprueba que no solo se trata de papel, sino que hay algo más sólido. Cuando entra en la vivienda, deposita la prensa sobre la mesa. Repara en el ruido de la cafetera y en el olor a quemado del pan. Roco, con pisadas fantasmales, baja las escaleras, para ir directo a sus piernas.

—¡Eh, amigo! ¡Me has encontrado! ¿Has dejado sola a mamá? —Desde que María le otorgó la custodia compartida del gato, muchas son las veces que mantiene conversaciones con el animal. Algunas de vital importancia, como los miedos a estropear la historia más auténtica que ha tenido en su vida. Pero en otras ocasiones, narra al felino esas horribles y repetitivas pesadillas.

Su madre ha seguido al gato. Ella también busca compañía. Unos instantes después de que Sebastián se marchase y se quedara a solas con Roco, los muebles de la habitación se han convertido en sombras, y cada uno de los ángulos ha comenzado a tornarse en mortales recuerdos. Incluso ha podido percibir un pesado y dulzón olor a incienso. Sabe que el único lugar más seguro de la casa está cerca de su hijo.

—Mamá, pero ¿qué haces levantada? Ahora mismo te iba a subir el desayuno.

—Creo que las tostadas se te han tostado demasiado.

Sebastián asiente, y sin entrar en detalles, explica que se ha entretenido en ir a buscar la prensa. Por supuesto, aparta los periódicos para que su madre no vea los escabrosos titulares, pues el tal Eusebio Casares ha abierto una cruel veda para otros informativos. Gracias a Dios, no han encendido la televisión, pero sabe que el suceso ha saltado a la pantalla. Por supuesto que también omite la sospechosa misiva. No quiere alertarla más. Aunque de nada ha servido tanta protección. Marta ve los diarios escondidos y apilados en el fondo de la mesa de cristal. Cuatro en total, la suma exacta de los días que han transcurrido desde la muerte de su marido.

Marta clava la mirada en el invernadero, y recuerda que el día que su esposo murió, ella vio a alguien entre los cristales.

—Sé que vi a alguien en el invernadero. No sé quién era. Solo recuerdo su figura; negra, alta y fácilmente confundible con un ente. Sebastián, ¿verdad que no es un sueño?

Sebastián se encuentra sin salida. Mentir no es una opción. Con su madre, solo cabe afrontar la verdad. Cualquier otro intento sería un suicidio emocional. Y decide firmar un pacto con su ética, para no sentirse culpable.

—Sí. Viste a alguien. Y nunca más volverás a verle. Recuerda quién soy, mamá.

Ahora los dos entran en ese juego de creerse, aunque sus miedos sean tan letales como la triste conformidad que los envuelve.

Después de sus medias verdades, Sebastián, con máxima prudencia por no contaminar las posibles huellas, sostiene el sobre con unas pinzas de la colada. Y comprueba que no hay ninguna dirección del remitente; solo en el destinatario y con letras mayúsculas SEBASTIÁN VILLARTA. Su nombre está escrito sobre las inscripciones electorales de las últimas elecciones. No hay sellos, ni cuño de correos. Podría abrirlo; la tentación sugiere que no piense en las consecuencias.

57

Antes de abandonar el Molino de las Ánimas, ha enterrado la carne sobrante del jabalí. Un gran banquete para los gusanos y las alimañas. Y después, con todos sus instintos e intenciones ha vuelto a establecerse en la casa que, desde hace unos meses, tiene alquilada en el municipio de Las Pedroñeras. Le ha llevado unas cuantas horas llegar al lugar. Desde El Pedernoso, y en plena noche, amparado por las sombras, ha emprendido el camino de regreso hasta la localidad cercana. La luna llena ha actuado de guía entre los campos. Desde el centro del sendero, ha podido visualizar la impactante silueta del Toro de Osborne, próximo a la carretera Madrid–Alicante. Según se acerca al pueblo, el campanario de la iglesia se abre en el cielo cubierto de estrellas, y como una aguja gigante de acero, sobresale entre las casas. El gélido aire de invierno roza las imponentes campanas. Su vivienda está situada en la plaza principal, justo en la cumbre de una esquina, donde más se intensifica el viento. Este provoca una bolsa de aullidos al chocar con las cascarillas de las paredes de cal. De las dos puertas que tiene el prestado hogar, accede por la trasera. La calle está menos transitada, permitiéndole gozar de más libertad para sus movimientos. El interior de la morada está húmedo. Puede encender la estufa de leña, pero entonces se vería identificado. A toda costa, necesita pasar inadvertido. Entra en el baño, se mira en el espejo y observa su aspecto tan descuidado, donde el libertinaje de su barba ha poblado su rostro. Huele mal. El abandono corroe cada centímetro de su cuerpo. Enciende el calentador de gas para después ducharse. Adelardo busca entre los cajones de cada uno de los muebles del salón algún papel y bolígrafo. Como cotidiano olvido, los inquilinos siempre dejan un rastro de sus vidas en los fondos del mobiliario. Encuentra un cuaderno de páginas pintorreadas de garabatos de colores, que a lo mejor perteneciera a los tesoros de algún niño. Justo en un borde y rodando, aparece un boli azul con tapa mordisqueada. Para evitar que las letras se queden grabadas en el resto de hojas de la libreta, arranca

una, y escribe. Y su buena racha se ve culminada al hallar unos sobres de propaganda electoral. Introduce el anónimo en el interior de uno de ellos. Satisfecho de su hazaña, entra en el baño. Se desnuda. El agua es recibida con agrado en su espalda dolorida. Dormir en el suelo le ha pasado factura. Aún se aprecian en sus extremidades las magulladuras y los arañazos por la erosión de las paredes de roca, al descender por la profundidad del pozo. Y también las costras que perduran del día de la muerte de Tomás. La cavidad rocosa de la cantera era estrecha y cortante.

Cuando sale de la ducha, la noche aún perdura en el cielo. Tan solo la luz de la farola se refleja entre los tupidos cristales de la pequeña ventana del baño. Desnudo, las huellas de sus pies mojados se esparcen por el suelo de baldosas.

De la maleta coge un chándal de marca y se viste. La indumentaria deportiva proporciona una coartada, ya que siempre puede alegar que ha salido a practicar deporte para matar al insomnio. A esas horas de la madrugada, las calles siguen vacías de tránsito. Solo las panaderías están abiertas. Un agradable aroma a pan recién cocido en el horno sobresale entre el particular y familiar del ajo. Adelardo cruza la arteria principal del pueblo hasta llegar a la carretera nacional. Solo lo separan unos pocos kilómetros para que el verdadero juego comience. Como toda historia, esta tiene dos partes.

Sube la empinada cuesta que lleva al pueblo de El Pedernoso, desde la primera entrada de la N-301. Mientras conduce, un hormigueo de entusiasmo recorre la carcasa de su columna vertebral. Su osadía es como un pulso con el riesgo. Al ser descubierto, el retorno no es posible. Adelardo avizora ambos lados de la carretera. El campo abierto ya no es ninguna opción. Si algo falla en este nuevo atrevimiento que está a punto de cometer, puede terminar muerto, o peor aún, entre rejas. La helada madrugada está tomada por un fuerte viento que se arremolina en los hierbajos que crecen rozando el arcén de la nacional. Y los escasos árboles desnudos que han resistido a las nevadas muestran las ramas como espantapájaros. Incluso las señales de tráfico se balancean cual títeres. Llega hasta el primer cruce donde se disemina en varias direcciones. Por el espejo retrovisor ve a un coche patrulla de la Guardia Civil, que va justo detrás. No sabe si lo están siguiendo a él o todo es pura casualidad. Debería dar ya el intermitente para adentrarse en El Pedernoso, pero por ahora tiene que continuar el trayecto para no levantar sospechas. Si lo detienen,

todo acaba. Es consciente de que, por una vez, no tiene nada planificado. Siente una ligera rigidez en el cuello. Las manos, sujetas al volante, comienzan a temblarle. El pánico se apodera de él. No quiere acabar sus días en escasos metros cuadrados. Prefiere la muerte. Llega a la cafetería Cervantes, que a esas horas está repleta de camioneros, y por fin respira. La Benemérita da la intermitencia para entrar en el amplio estacionamiento. Adelardo avanza y deja atrás la gasolinera y los carteles de Cepsa que son ninguneados por el fuerte cierzo que se enreda entre las corrientes de las calles desérticas. Más tranquilo, se dirige al segundo de los cruces que llevan al centro del municipio. Cuando está lejos de cualquier mirada, apaga las luces y se cuela entre los callejones. Una vez en el núcleo de la población, se desplaza guiado por la iluminación de los faroles que alumbran la principal avenida. Para el motor, y entre la intersección de dos callejas, deja escondido el auto. Con pasos ligeros llega hasta la vivienda de Tomás Villarta, y en el buzón deposita el sobre con una sorpresa. Está tentado a llamar al timbre; entonces, escucha unos pasos provenientes del interior de la morada. Huye y busca refugio. Desde el escondite, observa cómo el inspector de policía recoge la prensa y el sobre. El cebo ha picado. Sube a su coche y emprende el regreso a casa. Durante el corto trayecto, una fina sonrisa de placer contornea sus labios. Está deseoso de ser el único e indiscutible protagonista.

58

Comienza la siguiente etapa de su plan. Ahora solo cabe esperar que el inspector de policía sea audaz. Hasta ahora, no se lo ha puesto fácil. Pero quiere ser descubierto; no por cualquiera, pues eso estropearía todas las sorpresas que tiene preparadas. Recuerda una vez más al orfanato, cuando los sacerdotes organizaban yincanas en el patio. Esos días nunca han cesado de persistir en el recuerdo. Intenta despistar las imágenes que relampaguean su memoria, y para ello enciende la radio. El tercer tono de pitidos anuncia las seis y media de la mañana, después las noticias que, como siempre, se ceban en la crisis que persiste desde el 2008.

La mejor manera para ser pieza fundamental de actualidad es dar carnaza a la prensa. Las manos comienzan a temblarle. Da un brusco volantazo e invade el carril contrario de la carretera. Sabe que esa es la señal más directa de que sus instintos insaciables han vuelto a entrar en erupción. Conoce su mente. Domina su cuerpo, y sabe que esta ocasión es distinta a las otras. Cada una de sus víctimas ha dejado un dulce recuerdo. El sonido de sus pieles abriéndose en canal. Esos gritos que aún se acumulan entre los espacios de su reminiscencia y que cada noche reviven con la misma intensidad. Quiere una experiencia nueva. Al fin y al cabo, aún hay un hueco libre en la lista negra de muertes. Y esa vacante debe cubrirse. Por ahora, de todas las candidatas que Sandra le ha aportado, ninguna muestra las cualidades óptimas. Todas rubias y ojos claros, sí, pero nada más allá de eso. Ni siquiera se excita con sus fotografías. Se siente como un escritor sin musa. Y cada cuerpo que él somete exige tener un lenguaje auténtico, aunque ninguna se asemeje a la original. Esa mujer que desde hace años se ha apropiado hasta de su amor propio. Al fin y al cabo, todas son una copia de ella. Cada cadáver guarda un mensaje oculto. Se desvive porque todo salga a la luz. Llegado ese momento, todo cobrará sentido.

Avanza por la avenida principal de Las Pedroñeras. Adelardo está

agotado. Comer algo siempre reactiva sus instintos. Cuando llega a su casa, encierra el vehículo y se dirige cuesta abajo. La furgoneta, según lo acordado con el Rata, ya tiene que ser hierro fundido. Se alegra de no haber utilizado el 4x4. De esta manera, se desplazaría con libertad.

Las calles están desiertas; el viento azotador y frío se arremolina entre los árboles de la plaza. Nadie. Tan solo el crudo silencio se deja sentir en cada callejón que desemboca en la avenida principal. La tahona de pan está tan cerca que puede incluso absorber los aromas que salen del horno. Al entrar, el calor y el olor a horneado calman las rojeces de sus mejillas, debido al intenso y helado viento. Y la ve. Una muchacha joven, con toda su virgen lozanía aún por descubrir. Su cuerpo es la imagen pura y cristalina del perfeccionismo. Unos coquetos rizos de sus cabellos rubios se escapan por debajo del gorro blanco. Sus dorados mechones embellecen su inocencia. A pesar de que el pantalón y la camisa de confección ancha distorsionan su silueta, Adelardo la imagina delgada y de carnes prietas. Su dermis es nívea como la leche; eso le encanta. Anhela abrir la textura y suavidad de la piel con su fusta, y dibujar sendos trazos en cada parte de su fisionomía. Ella, y solo ella, es la predestinada a ser su musa. La desea. La necesita y, sobre todo, quiere tenerla entre sus manos ya. La muchacha se dirige a él con una bonita sonrisa.

—¡Buenos días! ¿Qué quiere?

Pocas veces se ha hallado ante una mujer tan hermosa. Sabe que hablar más de lo preciso altera a veces su confianza de expresión verbal. Calla. Y sonríe tímidamente. La fea cicatriz de su cara ahora está al descubierto. Ha vuelto a exponerse al mundo como en realidad es. La quemadura en el rostro es un rasgo identificativo. No se cubre, ni disimula nada de su fisionomía. Es él en su estado más puro. No obvia que, cada minuto que avanza, el círculo se estrecha y que es cuestión de horas o días que le den caza. Pero por el momento, está frente a ella, a su próxima víctima.

La joven sonríe, inocente y ajena, sin saber que es la protagonista de una muerte anunciada.

—Señor, dígame lo que quiere. Pan, bollería, galletas recién horneadas…

—Dos barras de pan y una bolsa de cada uno de los dulces —atina a decir Adelardo. «Tengo que fotografiarla», piensa.

Al pagarle, Adelardo deja una generosa propina. Ella, aunque joven, sabe lo que eso conlleva, y no acepta.

—Señor, son ocho euros; el resto puede usted guardárselo. No aceptamos propinas. Esto no es un restaurante.

—Disculpe, no pretendía molestarla. Por favor, ¿podría tomar una foto al escaparate? Hay tantas cosas ricas, que quiero que mi madre lo vea y se anime a comer. Ya sabe…, las personas mayores…

La chica accede sin problema. Al fin y al cabo, todo vale para hacerse publicidad. Y este hombre es un nuevo cliente. Antes ha estado algo desagradable, y está harta de que su padre le diga que debe ser más simpática con la clientela. Pero al cabo de la mañana, son muchos los pesados que babean con su físico. Cada vez está más arrepentida de haberse quedado en el pueblo y no haber aceptado una oferta para ser modelo de lencería fina. La saga de la masa del pan debe continuar generación tras generación.

59

Por el momento, Sebastián ha ignorado la incertidumbre del contenido de la misiva. Es cierto que está intrigado, pero antes de emprender la lectura, decide prestarle atención a su madre y sonsacarle toda la posible información y veracidad de la historia, sin obviar la comprobación de las posibles coincidencias con lo narrado por su tío. Ahora más que nada necesita estar anclado a un presente, para así volver al pasado y retornar sin resquebrajarse. A veces, cuando ha sentido la pura necesidad de profundizar en sus pesadillas, siempre ha temido quedarse sin energía, o más aún, sin el hilo conductor hacia sus días. Sobre todo, a María, porque ella es esa parte de su mundo, ese descanso tras una dura y larga jornada en la comisaría. María, tan dulce y a veces tan enigmática, pero esas dos mitades que componen su ser hacen que sea necesaria para su supervivencia en el constante enfrentamiento entre el bien y el mal. «María, María, María», repite una y otra vez, sin que su nombre y su esencia escapen de sus labios. Ella es su equilibrio. Por esa razón, teme regresar a ese pretérito que se proyecta cada noche en sus sueños. ¿Y si ese niño que pedalea en el triciclo se pega a la piel de su actual existencia? La mente tiene varias formas de retroalimentarse; una de ellas es de los recuerdos que dejamos estacionados en el olvido y que, como un parásito, se alimenta de nosotros.

—Sé que tienes muchas preguntas. Soy consciente de todo lo sucedido esta noche pasada. Mientras los demás descansabais, tu tío Herminio vino a mi habitación y me despertó. Te recomiendo que la próxima vez, eches más dosis de somníferos en la leche. La que me diste no fue suficiente —confiesa Marta, con voz sosegada y sin alterarse.

Sebastián se queda sin palabras. Su madre es demasiado inteligente para intentar cualquier cosa con ella. Es más, los engaños solo han derivado a encontrarse en esta situación. Pero él, en todo momento solo ha querido protegerla. Ahora es consciente de que los dos, madre

e hijo, han estado jugando el mismo papel, pero desde distintos frentes. Dos guerreros, mismo enemigo y diferentes armas con las que combatir. Juntos son más fuertes.

—Lo siento, mamá; lo he hecho para protegerte. Prometo no sedarte más. Ahora necesito toda la verdad.

Roco, sentado sobre el regazo de Marta, mira desafiante a su amo. Se siente guardián de su nueva amiga.

—Gato traidor —dice Sebastián sonriéndole. Después, ve a su madre, y adelantándole una parte de su futuro, sigue diciéndole—: Mamá, te has ganado a Roco en unas horas; a mí me llevó varias semanas. Al volver a Madrid, os haréis compañía.

—Hijo, de esa parte ya hablaremos.

—Está bien. Vayamos a lo importante. Comienza desde el principio.

Y entre sus manos coge el rostro de Sebastián. Quiere que su hijo, vea cada expresión de sus ojos. Quiere que halle la verdad en sus gestos, en sus arrugas y en toda su fisionomía.

—Como has podido comprobar en las fotografías y por lo que has descubierto en ellas, tu padre y yo estuvimos en San Luis, un orfelinato perdido entre un valle y rodeado de profundas arboledas. Estaba, y si no me equivoco, aún sigue allí, al menos sus cimientos, porque hubo un incendio y quedó muy dañado. O eso espero; que ya no funcione como hogar para los desamparados niños. Como te iba diciendo, allí estuvimos trabajando unos años, antes de que tú nacieras. Cuando tu tío nos ofreció aquel trabajo, nada deparaba todo lo que después sucedería. —Marta, por unos momentos, enmudece y se lleva las manos a los ojos, para limpiarse las primeras lágrimas que brotan de los lagrimales. Toma un sorbo de café, acaricia a Roco y continúa—: Hijo, allí desarrollé todos mis instintos como madre. Era por la noche cuando más fuerte los sentía. Un chirrido de puertas nunca fue tan aterrador. Durante el tiempo que estuvimos coincidiendo con tu tío Herminio, todo estaba bien. Fue después cuando sucedieron los hechos.

—¿Papá era culpable de algo? ¿Hizo, o peor aún, no hizo nada para salvar a inocentes criaturas?

—Tu tío era el eslabón que, de cierta manera, imponía orden en el caos. Mi querido Tomás y su compañero debían de instar obediencia a los sacerdotes, sobre todo al sustituto que entró como director. No recuerdo el nombre, pero sí el año, 1963, la época en que Herminio regresó a nuestra tierra.

—Mamá, ¿cuál era tu trabajo? —Quería comprobar si su testimonio coincidía con el del sacerdote.

—Cocinera, entre otras cosas. También debía limpiar, pero lo que más me gustaba era ayudar con los huérfanos. Todos ellos estaban necesitados de amor maternal. No puedes hacerte una idea de la tristeza que reflejaban sus ojitos. Algunos eran tan frágiles que el viento podría llevárselos. Pero una simple caricia, o una galleta, les hacía muy felices. —Marta realiza otro esfuerzo para controlar sus emociones.

—Mamá, si no estás bien, lo dejamos aquí y seguimos otro día.

—No, cielo, es ahora o nunca. Dispongo de las agallas. Más tarde, puede que necesite uno de esos somníferos que… escondes en los cajones.

Sebastián la anima para que continúe. Cada vez está más cerca de la verdad.

—Papá cada vez llegaba más y más decepcionado a las habitaciones que nos correspondían como unidad familiar en el orfanato. Decía que algo pasaba con los niños y que no pararía hasta descubrirlo. Yo, por aquel entonces, poco o nada podía imaginarme a lo que se refería. Recuerdo que, a partir de las doce de la noche, todos los ruidos se intensificaban. Era como si las paredes encogiesen y los muros se dilatasen. Durante el silencio de las madrugadas, los perros siempre ladraban; y sus ladridos me tranquilizaban, porque cuando la elipsis se hacía insoportable, podía escuchar algunos llantos y quejidos. Pero durante el día, todo parecía estar en perfecta armonía. A veces, creía que todo estaba en mi imaginación. Comencé a echar de menos algunos de los pequeños que, a escondidas, se acercaban por la cocina a por algunas galletas. Al preguntar a los sacerdotes, me decían que estaban enfermos y recuperándose en enfermería. Otros, que habían sido adoptados. Y entre dudas, premoniciones y miedos, el tiempo transcurría. Después de unos años intentando ser padres, y cuando ya teníamos agotadas todas las esperanzas en el empeño, me quedé encinta. Durante los primeros meses, tuve que guardar reposo en cama, y por ese motivo, volví al pueblo para que tu abuela me cuidara. Para mí, fue un respiro. Volvía a sentir la libertad del sueño. No sentía el peso de la responsabilidad. Todas mis emociones volvieron a restablecerse a niveles humanos y normales. Hasta que después de dar a luz, tuve que regresar a San Luis. De inmediato, todas mis inquietudes volvieron a acosarme. Y la preocupación porque

te sucediera algo ganó intensidad.

—¿Qué sucedió después?

—Que me acostumbré a vivir subida en una constante situación de pánico. Cada nuevo día era igual al anterior. Y yo no supe diferenciar lo malo de lo menos grave.

Villarta comprende a su madre, porque en su trabajo, él siente esa misma presión.

—Tú crecías sano y eras feliz. Al principio, siempre jugabas en los dominios de nuestra intimidad y en el pequeño patio que nos correspondía, como escape oxigenado a ese tétrico lugar. Pero después, te cansaste de dar vueltas por el mismo sitio, y emprendiste la carrera por los largos pasillos del hospicio. Caías simpático a todo el personal, incluido a los curas, siempre con sus largas caras vestidas de amargura. Poco a poco, me dejé ganar por la falsa confianza. Pero una noche, uno de los pequeños estaba muy malito. Tenía altas fiebres; entre delirios, pronunciaba mi nombre. Y tu padre me llamó para que estuviera con él en las que podrían ser sus postremas horas. Por fortuna, con mis cuidados y con mis ruegos, salió de las manos de la muerte. Pero estuve varias noches a los pies de su cama. En una de esas fatídicas ocasiones, te despertaste y, al no encontrarme, saliste en mi búsqueda con tu triciclo. Llegaste a la puerta de madera maciza y de labrados imposibles, y con la esperanza de hallarme dentro, abriste esa frontera repleta de oscuros secretos. Cuando tu padre volvió para ver si estabas bien, te buscó por todas partes. Recuerdo que, esa noche, tu nombre retumbaba entre las húmedas paredes, y que los cristales de los grandes ventanales estaban quebrados por mis gritos. Yo no entendía nada, pero papá sabía lo que se podía esperar de ese drástico momento. Era consciente del peligro que corrías. Y yo, inocente, solo pensaba que te habías extraviado en el laberinto de puertas y escaleras. Desesperado, me envió a las habitaciones para que esperase tu regreso. Te juro, hijo mío, que nunca supe qué sucedió. Pero cuando papá volvió contigo entre los brazos, tú venías temblando y envuelto en lágrimas y aferrado al cuello de tu padre.

Marta se cubre el rostro con las dos manos. Quiere espantar todos sus recuerdos, pero es inadmisible, pues el cofre de los enigmas ya no puede cerrarse.

—Mamá, por favor, tranquilízate. Podemos parar.

Pero ella se niega. Lleva mucho tiempo guardándose todo eso.

—Esa misma noche emprendimos la vuelta al pueblo. Durante

horas estuvimos circulando por la carretera. A toda costa, debíamos salir de Friarosa y alejarnos de Valladolid. Durante todo el recorrido estuviste abrazado a mí. Cuando hacía ademán de echarte en el asiento, te aferrabas a mí, con mayor intensidad. El miedo recorría cada parte de tu pequeño cuerpo. Recuerdo que los árboles que bordeaban la carretera parecían espectros. Entre los espacios de sus troncos era capaz de vislumbrar los brillantes y vivaces ojos de las lechuzas. Nos esperaba aún un largo recorrido, junto a la única compañía de los animales nocturnos y guiados por las blancas líneas de los arcenes. Pero… lo que más recuerdo es el semblante preocupado de mi querido esposo. En él no veía miedo, solo dolor. Algo muy grave había sucedido.

—Pero… ¿y no le insististe para averiguar qué me había sucedido? —pregunta Sebastián, sorprendido. Él es incapaz de no compartir con María algo de semejante relevancia. ¿O sí? Al fin y al cabo, ya lo está haciendo. ¿Quién es él para juzgar a su madre? Eran también otros tiempos, en donde el hombre aún seguía teniendo dominio en sus esposas.

—No. Porque sabía que, a toda costa, intentaba protegernos a ti y a mí. Y creo que así ha muerto.

60

El inspector Villarta asiente, aunque sabe que hay una verdad mucho más profunda y de raíces negras que su madre evita a toda costa. Quiere creer en su inocencia. Así él también se cura de perjuicios contra ella. O quizás su padre creyó que la única forma de protegerla sería la ignorancia real de los hechos.

Marta, consciente de lo que su hijo espera de ella, prosigue su narración, evocando esos momentos de la huida del orfelinato.

—Cuando comenzaba a despuntar el día, llegamos a El Pedernoso. Nadie nos esperaba. Pero tampoco nadie preguntó nada. Eso me sorprendió. Ese silencio total. Un hermético secretismo podía palparse en el ambiente. Y deduje que tus abuelos habían sido informados con antelación. No por tu padre, pero sí por tu tío Herminio.

—Mamá, lamento por todo lo que tuviste que pasar por mi culpa. —Sebastián se siente responsable. No sabe aún por qué, pero se cree todos esos sentimientos que llegan desde su alma, donde se almacena parte de una historia.

—No sientas algo que no recuerdas. Es la única manera de sobrevivir —contesta Marta—. Antes de volverse a ir a Valladolid, me dijo algo que ni siquiera con el paso de los años he podido descifrar.

—¿Qué te dijo?

Marta vuelve a ser víctima de la emoción.

—«Nunca olvides que, pase lo que pase, siempre debes creer en mí». —Marta prosigue con su narración—: Tú y yo nos quedamos aquí. Y él regresó a Friarosa.

—¿Y cuándo regresó?

—Al cabo de unos días. Pero…, nunca más volvió a ser el mismo. Gran parte de su forma de ser quedó para siempre entre los muros de aquel lugar.

«Pues ahora yo soy el heredero universal de todos sus pecados», piensa Villarta, porque excarcelar sus pensamientos y darles libertad con su voz, cree que sería una declaración de culpabilidad de algo que

no ha dejado rastro en su memoria

—¿Y cómo acabamos en Madrid? —pregunta para despistar el hormigueo que siente en cada corpúsculo de su organismo.

—Por mediación de un vecino que se jubilaba, nosotros ocupamos su puesto de trabajo en la portería, donde tú has crecido. Y jamás nos permitimos hablar de nuestro paso por aquel lugar.

Mientras Marta narraba todo, don Herminio ha estado escuchando, oculto entre las sombras de las escaleras. Tal y como le confesó su hermano, su mujer desconoce todo lo acontecido en el pasado. Otra vez, el cura está en el punto de mira. Ahora tiene a un asesino detrás y el hostigamiento de Sebastián y de su compañero. Sin obviar a la Guardia Civil. Aunque como zorro viejo, posee otras fotografías y una carta de las que nadie sabe nada. Las lleva siempre con él, escondidas en un falso bolsillo que él mismo se ha cosido entre el forro de raso negro y la tela de la sotana. Don Herminio, desde hace un tiempo, camina por el mundo con los secretos de los Villarta en la intimidad de sus negras ropas sagradas.

61

Las siete y treinta de la mañana del lunes. Sebastián de inmediato debe ir al cuartel de la Guardia Civil, en Mota del Cuervo. Pero antes, necesita informar a su compañero Ledesma. Y por supuesto, se lleva con él a su tío. Teme que, en su ausencia, emprenda la huida. Él es quien sabe la verdad de todo. Y el único testigo. Aunque también le consta que, al no estar presente en los hechos, el juez no lo tendría en cuenta, porque es testigo indirecto del caso. Ahora más que nunca debe encontrar al asesino de su padre. Por mucho que le pese, su vida y sus recuerdos ahora están en manos de un psicópata. ¿Por qué su padre querría mantener oculto a toda costa lo sucedido aquella noche? ¿Por qué regresó y nunca más volvieron a hablar del tema? Solo cabe una posibilidad: debió ser algo terrible. Por eso lo dejó todo oculto bajo la confianza de su tío. Aunque a estas alturas, Sebastián ya no está seguro de que esa fuera la única razón. Durante años, toda la familia ha seguido unos idénticos patrones de hipocresía. Cada vez, todo se enreda más, y se entiende menos.

Poco a poco, todos van desfilando de las habitaciones. El primero ha sido el subinspector Ledesma, luego María, con su melena desdeñada y la bata de felpa que Marta le ha prestado. Por último, el padre Herminio, que entre las manos porta dos maletas negras. Su alzacuellos está torcido y la sotana medio arrugada, como si toda la noche hubiera dormido envuelto en sus hábitos. Paseándose entre las piernas de todos ellos, Roco divisa a su dueña y va en su busca. Sebastián cree que el gato tiene alma de perro.

Poco a poco, todos van sentándose alrededor de la mesa de la cocina, excepto don Herminio, que sigue de pie, acercándose más y más a la puerta que lleva al jardín y al imponente y acristalado invernadero. Las flores y plantas parecen estar burlándose del clan de los Villarta; pues mientras que ellas crecen y sus colores pintan de alegría las paredes de cristal, Marta, Herminio y Sebastián se debilitan entre sus inquietudes. Cada uno de ellos guerrea en su interior con la

crueldad de esas recónditas incógnitas que ensombrecen sus vidas.

—¿Adónde crees que vas, tío? —pregunta Sebastián, detenido frente a él—. Déjame tus maletas; las devolveré a tu cuarto. —Sin más, se las arrebata de las manos y sube las escaleras ante la mirada atónita de los presentes.

—Marta, ¡tu hijo es un insensato! ¡Y su imprudencia nos va a llevar a todos a la perdición! —exclama enfadado y fuera de sí.

—Cálmate, Herminio. Sabe lo que hace —dice Marta muy pausada. Debe apoyar a su hijo. Al fin y al cabo, ahora su cuñado y ella dependen de Sebastián.

—¡¿Que me calme?! —alza la voz al formular la pregunta—. Pretende que sea infiel a Dios divulgando algo que tu marido me dijo bajo secreto de confesión. ¿Y tú me pides que guarde la calma? ¡Eres igual de insolente que él!

Félix y María se ven sin saber qué hacer. No les toca a ellos mediar en el orden familiar. Los dos, con sus miradas, imploran que el inspector se incorpore a la discusión.

—¡No me hagas reír, querido Herminio! Tú y yo sabemos por qué te aferras a la religión. —Esto último lo dice con la más absoluta serenidad.

El sacerdote la contempla con verdadero odio. Marta no es tan frágil como aparenta. Ella y el padre Herminio son dos titanes que luchan enfrentados entre sí. En cualquier momento se traicionarían, y en ese frente, el que más resista será el vencedor.

Sebastián ha oído el ataque de su madre. Sin duda, sabe la verdad de los Villarta, pero decide no intervenir.

—Querido tío, espero que estés listo, porque en unos minutos nos vamos al cuartel de Mota del Cuervo. Y agradecería que las maldiciones y el mal talante los dejes para cuando debas enfrentarte al sargento Casado.

Nada más decir eso, Félix se va a su cuarto para cambiarse. Sabe cuánto agradece su jefe la puntualidad. Por su parte, Sebastián se dirige a María y la abraza. Ante la presencia de Marta, se besan.

—Mamá, ¿por qué no le enseñas a María la joya de esta casa? Es una experta en decoración; seguro que puede echarte una mano. —Una vez que sus trabajos en la portería llegaron al cese por la jubilación, Tomás mataba su tiempo en el invernadero. En cambio, Marta durante años ha estado reuniendo muebles, abalorios, adornos y aperos de labranza antiguos. Desde siempre, su principal objetivo ha

sido crear un pequeño y particular museo manchego. Pero, desde la muerte de su marido, todo carece de importancia. Su proyecto se ha apagado, como su propia vida.

—Hijo, seguro que María tiene cosas mejores que hacer que entretener a una vieja. —Nunca ha empleado esta palabra para definirse, pero ahora es tal como se siente. Ya no importa que sus canas resalten entre el color falso que tiñe su pelo. Ni que sus uñas desaliñadas no luzcan como de costumbre. Ni siquiera que sus esperanzas estén limitadas al día o quizás a los momentos. El asesinato de su esposo no es lo peor que tiene que asimilar; es la desaparición de su cuerpo. Por las noches, sueña con él. Cree escuchar su voz. Incluso teme moverse en la cama. Por nada del mundo quiere perder la esencia de su perfume, que aún perdura en las sábanas que se niega a cambiar. Es el único recuerdo al que se aferra y que la mantiene atada a Tomás. Nunca ha sido consciente de cuánto lo amaba. Apenas come, ni tampoco bebe, solo respira, porque no depende de su propia voluntad. Está delgada; su piel parece un papel de calco. Y no quiere compartir con nadie la ilusión del museo.

María es consciente de que Marta solo necesita estar tranquila. Comenzar una relación forzada entre nuera y suegra no es el mejor inicio para nada.

—Cariño, puedes irte tranquilo. Tu madre y yo vamos a estar bien.

Poco después, Ledesma, el padre Herminio y Sebastián Villarta emprenden el corto viaje hacia la localidad de Mota del Cuervo. A esas horas de la mañana, la N-301 está muy transitada, pero la mayoría es gente de las localidades vecinas que se dirigen al hospital de Alcázar de San Juan. Sebastián gira hacia Mota. Lo primero que les da la bienvenida son los gigantes molinos que se muestran indiscutibles protagonistas del pueblo. Después, rodean la primera rotonda donde se yergue el símbolo escultural de una torre habitada por un cuervo. Sin duda, esa imagen lleva a Sebastián al recuerdo del primer encuentro con el cadáver de su padre. Hace mucho tiempo que no se adentra en las calles de este municipio. Tiene gratos recuerdos, cuando en vacaciones venía con sus abuelos todos los martes a comprar al mercadillo. O cuando su abuela compraba en la pastelería de Mojicón unos típicos dulces llamados Pepes, y los famosos triángulos de chocolate. Aún es capaz de recordar ese olor a una mezcla de golosinas y toda clase de pasteles. Era el premio correspondiente a su buen comportamiento. Nada que ver con lo que

es ahora la calle Mayor. Poco o nada queda ya de esa nostalgia que por instantes ha removido su corazón. Tantos años después, regresa por motivos tan distintos. Esta vez está a la caza de un asesino, pero no cualquiera, sino el de su propio padre.

Una vez al final de la calle, giran a la derecha y se adentran en un zigzag de callejas que llevan hacia su destino. Un gran cartel inscrito en el arco que hay sobre la entrada infunde confianza: «Todo por la patria». Saben que no deben detener el vehículo cerca del cuartel; es el perímetro de seguridad. Sebastián llama por teléfono a Casado, para avisarle de su llegada. Sin demora, el sargento da la orden precisa al agente de vigilancia para que dejen pasar a los policías Sebastián Villarta y Félix Ledesma, junto con el sacerdote. La valla se sube para que entren con el vehículo, al tiempo que ven salir a Gerardo Casas, acompañado de una mujer menuda y de aspecto rollizo. Los dos hombres se miran. El rostro del agricultor está mancillado por magulladuras recientes, y uno de sus ojos lo tiene cerrado debido a una notable hinchazón que, sin duda, el policía atañe a una pelea. El labriego, con timidez, baja la cabeza y concentra su atención en el suelo, mientras que su esposa se aferra al brazo para procurarle consuelo. En su semblante se percibe la preocupación, y aflora una desazón que intenta desmentir de su cara. Impresiona ver a un hombre hosco y rudo convertido en astillas. De su desparpajo ante los paisanos, y de su instantáneo heroísmo ya no queda ni rastro. Está apagado y taciturno. «¿Por qué estará en el cuartel? ¿Tendrá la Guardia Civil algo contra él? ¿Habrá recordado algo más del fatídico día de la muerte de su padre?», piensa Villarta mientras se adentra despacio en el aparcamiento del cuartel. Sin dejar ni un instante de mirar por el espejo retrovisor, aparca. Está tentado a salir corriendo detrás de Gerardo Casas para sonsacarle información y obtener respuestas a todas esas preguntas que arden en el tintero de su curiosidad. Pero la voz de Ledesma lo retrae de su intención.

—¡Jefe, jefe! ¿Entramos ya? El sargento debe de estar esperándonos.

Poco después, los tres son recibidos en el despacho del sargento. Antes de comenzar con la cordialidad de los saludos, Villarta dispara a bocajarro todas las preguntas que retiene guardadas y haciéndole peso en la boca del estómago.

—Me he cruzado con Gerardo Casas. No tiene buen aspecto. ¿Qué hacía aquí? ¿Sospechan de él? ¿Tienen algo en su contra? ¿O acaso es

que ha recordado algo importante de aquel día?

—Lleva aquí desde anoche. El muy estúpido se emborrachó y se agarró a porrazos con su vecino, y con una pala, machacó el coche nuevo del desafortunado. Su mujer ha venido a por él.

—¿Ya está? ¿Eso es todo? ¿No se les ha ocurrido indagar el motivo de su borrachera? A lo mejor tiene tanto remordimiento en su conciencia que bebe para olvidar el asesinato de mi padre —protesta encabronado el inspector. Está resentido, pero intuye que ese tipo esconde algo.

—Inspector Villarta, ¡usted vuelve a tomar a mi equipo y a mí por una panda de necios! ¡Por supuesto que lo hemos investigado! ¿Cómo cree que nos hemos enterado de la reyerta de ese idiota? ¡Desde el primer día está bajo la vigilancia de la Guardia Civil! Hemos retrocedido hasta el instante que ese petardo salió del vientre de su madre, y ¡está limpio! Ni siquiera tiene una jodida multa de tráfico. Es más, hemos pinchado su teléfono, y lo único interesante que hemos hallado son las conversaciones telefónicas con una línea erótica. ¡Y nada relevante para el caso, solo podemos acusarlo de ser un hijo puta muy salido! —exclama el Cherokee, exaltado y molesto por las dudas que Villarta siembra en él. Pero su discurso y protestas aún no han terminado. Continúa increpando al gorrión de ciudad, tal y como se dirige a Sebastián cuando está a solas con Estigarribia—. ¡Para colmo, ha pillado a su mujer en la cama con el vecino! ¡Joder, como para no romperle el coche; yo le hubiera reventado la cabeza! ¡Así que, inspector, como puede ver, su visita a nuestro cuartel es solo un asunto de cuernos! —Sebastián no pide perdón. Ni siquiera se retracta de ninguno de sus reproches; sigue creyendo que ese hombre con aspecto de bonachón esconde algo.

—¿Y por qué hostias no ha dicho usted nada de la vigilancia e investigación del individuo? —reclama Sebastián.

—Porque al no haber nada de interés, tampoco quería desviar la atención del caso. Además, respecto al Anatómico Forense, estamos trabajando, inspector jefe Villarta, pero no le voy a engañar, no tenemos nada por dónde comenzar. En la comandancia de Cuenca, mis compañeros han estado interrogando a los forenses y ayudantes. Sus manifestaciones son ciertas. Nada, ni una sola huella. Quien perpetrara el robo del cuerpo de su padre sabía muy bien hacer su trabajo.

—Yo traigo novedades, sargento. Pero aún no sé hasta qué punto

nos pueden ayudar.

—No entiendo. ¿Tiene ya algún sospechoso? —pregunta Casado bastante sorprendido.

Sebastián deposita sobre la mesa del despacho una pequeña bolsa de papel; en su interior está guardado el sobre sin abrir.

—¿Qué es esto?

—Aún no lo sé. Como puede comprobar, está sin abrir. En todo momento he querido preservar todas las posibles huellas o restos de ADN. Pero creo que se trataría de un anónimo. Y por el tacto y bulto, deduzco que de algo más. Estaba en el buzón, entre los periódicos atrasados. Por lo que no aseguro cuándo ha podido ser enviado.

Ledesma mira sorprendido a su superior. Ahora y en este preciso momento es conocedor del anónimo. Espera que haya tenido sus razones, y que la desconfianza no sea una de ellas. Aunque puede llegar a entenderlo. Él mismo, nada más leer la primicia de la prensa, la ha ocultado a su jefe, porque sabe que eso lo desestabilizaría aún más.

—Está bien. Nos encargaremos cuanto antes de esa parte. Por otra, deduzco que su tío está aquí para acompañarlos. En estos duros momentos, la familia es el mejor refugio —dice el sargento Casado, dirigiéndose al cura. A estas alturas de su carrera, ya está de ida y de vuelta de todo. Y de inmediato, ha apreciado algo en los ojos del padre Herminio.

—Está aquí para declarar. Él ha visto al asesino. Ayer, tal y como yo presentía, estuvo en el funeral de mi tío. Y pudo hablar con él. Además, sabe cuál podría ser el motivo del crimen.

El cabo Estigarribia toma el relevo de la palabra.

—Discúlpeme, inspector jefe Villarta, pero ¿y por qué no lo ha dicho antes? Nos hubiera facilitado mucho las cosas.

—Porque no es tan fácil. El testimonio está sometido a secreto de confesión. Según él, mi padre se lo confesó para así intentar salvarme.

Casado interviene. Se levanta de la silla, rodea la mesa repleta de papeles y se pone a la altura del sacerdote. Lo mira, busca en sus ojos algo que exprese miedo o debilidad. Pero no encuentra nada de eso. El Cherokee no se deja engañar. Conoce a una legua cuando una persona está a punto de perder la quietud. Unos instantes, tan solo unos segundos, bastan para que el cura se venga abajo.

—Yo, al igual que ustedes, me debo a mi obligación. —Una y otra vez repite la misma frase. Se aferra a ella como un pecador a la cruz

—. No puedo… traicionar mi fe. Por favor, entiéndanlo. Se lo ruego.

—Inspector Villarta, ¿no le ha informado usted a su tío que está en la obligación de decir todo lo que sabe acerca del caso? O por el contrario… ¿ha dejado que la debilidad gane la batalla a su deber? —El sargento a veces echa mano de su cinismo.

—Sargento, llevo muchos años en la policía como para ser débil. Pero aquí lo tiene, y de aquí no va a salir sin declarar. Yo no tengo ninguna prisa.

Los dos saben que todo entra dentro del juego para confundir al testigo. Son viejos zorros en el oficio. Cada uno en su cuerpo, pero igual de competentes. La eficacia es su principal norma. El mejor jugador nunca muestra sus movimientos.

El cabo Estigarribia toma posesión para informarle al cura lo que sucederá si no coopera.

—Mire, padre, según la Ley de Enjuiciamiento Criminal, tiene derecho a declarar. Yo entiendo su postura. Ahora, usted debe entender la nuestra. Está obligado a declarar. Pero, aun así, ¿puede negarse? ¡Claro que sí!

—Está bien, pues me niego —dice el cura manteniéndose en su obstinación en no revelar el secreto de confesión de Tomás.

—Claro, ¿esa es su última decisión?

—Sí. Sin duda alguna.

Estigarribia, sin desviar la mirada del sacerdote, alcanza el teléfono de la mesa del sargento y levanta el auricular. Marca los números en las teclas y espera el sonido. Llegado a ese paso, cualquier detenido se viene abajo y canta. No es el caso de don Herminio.

—Estoy llamando al despacho del juez. Ante él deberá declarar. Y si aún quiere agotar la paciencia del magistrado, tenemos la última alternativa; la cárcel.

—¡Espere, espere un momento! —exclama y pide clemencia ante la presencia de su sobrino.

—Ya te avisé, tío, de lo que podría sucederte. —Villarta se muestra frío y distante. Llegado a estos extremos, donde su testimonio puede ser crucial, nada lo detiene.

—Te dejo en la buena compañía de Estigarribia. —Antes de salir por la puerta, don Herminio se aferra a la mano de Sebastián, como última táctica. Está perdido. Su sobrino logra deshacerse de los largos dedos que le sujetan. Mientras, el sargento Casado, el subinspector Ledesma y Villarta se encaminan hacia otro de los despachos vacantes.

—No se preocupe, si alguien puede sonsacar información, ese es mi hombre. Es tenaz y persuasivo hasta la saciedad.

62

Sobre la mesa, limpia y ordenada, Villarta deposita el sobre envuelto en una bolsa de papel. Deja sobre la superficie las fotografías que su tío ha mantenido escondidas durante años, a excepción de la prueba del asesinato de su abuelo, porque no tiene relevancia en el caso.

—Esto se supone que es el anónimo, y algo más que aún tenemos que descubrir, pero… ¿estas fotos?

—Son retratos de los niños que, por aquel entonces, residían en el orfanato de San Luis. Entre los años 1960 y 1963. El tiempo que mi tío estuvo en ese lugar. He rodeado con un círculo el que a lo mejor sería nuestro sospechoso.

El sargento Casado saca una lupa del primer cajón de la mesa. Comienza a repasar la imagen señalada. En verdad, encuentra algo en los ojos de esos niños que asusta. Por el momento, las deja a un lado porque quiere centrarse en el contenido del sobre, no sin antes seguir el protocolo. Del mismo cajón, extrae todos los preparativos para el rastreo de papilares; también, unos pares de guantes. A toda costa deben cuidar mucho cada detalle de una de las pruebas más importantes y sólidas que tienen hasta el momento. Deben preservar los posibles restos de ADN. Sobre la cubierta de propaganda electoral, vierten el reactivo magnético en polvo. Con una pequeña brocha, lo reparten por todas las dimensiones del papel. Solo falta cotejar las huellas en la base de datos. Creen poco factible que pueda estar fichado.

Tanto Casado como Villarta imploran a la buena estrella para que la torpeza del responsable esté latente. Con el filo de un abrecartas, rompe el sobre, y con unas pinzas, intenta extraer el contenido. Lo primero que cae en la superficie es un teléfono móvil. Villarta palidece al reconocerlo de inmediato. La boca se le seca y el corazón parece ser el sonido de una orquesta mal afinada. Es el aparato de su padre. Y una hoja de cuaderno. Se trata de una potente prueba, pero Sebastián de antemano intuye que ningún asesino se deja llevar por la

compasión, y menos alguien capaz de secuestrar un cadáver. De inmediato, hace ademán de coger el móvil, encenderlo e introducir el pin. Se lo sabe de memoria; su padre era muy predecible: 1968, el año del nacimiento del inspector. Pero antes de saltarse el riguroso protocolo, una vez más deben comprobar que no hay huellas. Escasos minutos después, se chocan con el iceberg de la nada.

Sebastián coge el teléfono y escribe los dígitos en las teclas grandes y vistosas del teclado del teléfono. Se escucha el característico sonido del encendido del Nokia. La pantalla se ilumina. La batería está al ochenta por ciento. Tomás apenas tuvo tiempo de gastarla. La primera comprobación que hace es la de las llamadas. En las salientes, la lista la encabeza Marta. También, el propio número de Sebastián, ya que el día anterior había estado hablando con él. Amigos como el sastre y el grupo de la partida de mus. Nada extraño ni fuera de lo normal. Todo da un giro cuando entran en la sección de llamadas entrantes; el orden es el mismo, su mujer sigue en la cabeza del pelotón de los contactos, a excepción de la postrimera semana, donde el número correspondiente del mismo abonado, un tal Alejandro Higueras, se acumula en el bloque de llamadas rechazadas o bloqueadas. ¿Por qué razón su padre cortó tan tajante la fluida comunicación? Por ahora, saben que ese tal Higueras era amigo, según el sastre. Entonces, ¿qué explicación hay? Es cierto que es el sospechoso principal, pero desconoce por completo las causas. Otra llamada reflejada el mismo día de la muerte de su padre lo descoloca. Alguien lo llamó a primera hora. Sebastián encuentra algo extraño y familiar en las últimas cifras: 3654. Sin mediar palabra y ante la atenta mirada de todos, busca en la memoria de su propio teléfono las llamadas que entraron en un día exacto y una hora precisa: el doce de enero, a las once y treinta de la mañana. Tal y como ha creído, los números coinciden. Y según la investigación, pertenecen a Matías Pineda.

—¡Esto no puede ser! —exalta Villarta envuelto en desesperación.

—¿Qué ocurre, jefe?

Muestra el número a Ledesma. Este al principio no entiende nada, hasta que ve la hora y el día. En ese momento, los dos se miran. Saben lo que significa. A excepción del Cherokee, que cada vez está más perdido.

—¡Pero me quieren decir qué hostias pasa! ¡Además, coño, parece que han visto a un fantasma!

—Así es, sargento, así es —responde Ledesma. Tras una breve

pausa, prosigue—: Por orden de mi jefe, aquí presente, y como bien le informamos en el velatorio de don Ramón, investigué a quién correspondía este número. Y es el mismo que telefoneó a Tomás a primera hora y después al inspector Villarta. Pertenecía a Matías Pineda.

—¿El mismo que encontraron calcinado unos excursionistas? ¿Ese del que solo encontraron los dientes? —insiste el sargento Casado.

—Así es, el mismo. Quien llamó a mi padre esa misma mañana y que después me telefoneó a mí no solo se trata de la misma persona, sino que es el asesino de los dos.

—¡Venga ya! ¡Este caso, y perdóneme usted, inspector Villarta, tiene más giros que una noria! ¡Aquí hasta los muertos son capaces de bailar una sardana!

Sebastián, aún con el teléfono entre las manos, se sienta. Se queda pensativo y sin hablar durante unos minutos, que para los demás se hacen eternos. En voz alta y clara, comienza a esclarecer y a atar algunas conjeturas.

—Mi padre era un hombre muy desconfiado. Jamás habría ido a esa cita sin conocer a quien le hizo la llamada.

Villarta busca la opción de grabación de llamadas; recuerda que la instaló en el teléfono de su padre. Entre la lista, aparece esa precisa conversación del doce de enero: «Tenemos que vernos. Aquello que creímos, ya ha comenzado». La voz de las grabaciones no coincide. Ni en entonación, ni tampoco en intensidad. No hay duda, se trata del mismo número, pero de distinta persona de quien llamó el día doce de enero.

—El tipo es toda una máquina y un cerebro en organizar asesinatos —exclama el guardia civil—. Esto no es cuestión de días, sino de años de planificación.

—Jefe, si este tipo se ha molestado en enviar el teléfono de su padre, sin antes borrar nada, es porque quiere que le pillemos. Está intentando mandarle un mensaje.

Villarta vuelve a tener una intuición. Sin más, se va a la sección de vídeos y fotos de las aplicaciones del móvil. Lo que ven los deja en jaque mate. En una grabación, su padre poco a poco cae al suelo. Su semblante, taciturno y desencajado, lleva inscrita la muerte en los labios amoratados. Los ojos cada vez se tornan más cristalinos, y sus pupilas se dilatan ante algo que ve y que le causa horror. El miedo le recorre el rostro. Tomás está siendo grabado dando las últimas

bocanadas de vida. El vídeo se corta cuando yace ensangrentado sobre el lecho de una piedra.

—¡Joder, qué perverso! —comenta el sargento—. Pero esto avala lo que los forenses han barajado desde un principio, que se trata de una muerte natural.

—Pero inducida por alguien. ¡Su muerte es producto de un plan! Y si durante todo el tiempo se ha hecho pasar por su amigo, es factible que fuera conocedor de las enfermedades coronarias que sufría mi padre. Eso, desde mi punto de vista, es alevosía y omisión de auxilio —protesta Villarta muy exaltado—. Da igual que no emplease la fuerza o la violencia para terminar con su vida, sigue siendo culpable. El corazón de mi padre ha sido utilizado como arma letal.

—Inspector Villarta, la Guardia Civil está con usted y su familia. Además, no voy a permitir que ningún maldito loco avasalle con la tranquilidad de mi distrito.

Sobre la superficie de la mesa sigue esperando el escrito con el anónimo. Tras la ingrata sorpresa del teléfono, creen que ya nada les sorprendería más. Pero no pueden estar más equivocados. Todo es la suma de una cadena muy bien elaborada.

Veo, veo, inspector Villarta. Comienza el juego. Recuerde, nada entre usted y yo es casualidad. Esta es la tercera pista de la yincana. El premio, el cuerpo de su padre. ¿Jugamos?

—Como le digo, sargento Casado, este criminal es más inteligente de lo que nos creemos. Si ha decidido escribir con su propio puño y letra es porque nos está enviando a su infancia. No solo quiere que le encontremos, sino que… sepamos quién es.

—Según el escrito, se trata de la tercera pista. El teléfono, el anónimo, pero ¿cuál es la primera? —pregunta el sargento.

Entonces, recuerda las palabras que le dijo unas horas después de cometer el supuesto asesinato: «Se lo estoy poniendo difícil, pero es lo mejor del juego: retar al contrincante». Esa es la primera pista. Ahora se arrepiente de no haber estado más atento a cada detalle. Pero él no sabía que estaban jugando. Han perdido un tiempo muy valioso.

Ledesma sabe que su jefe está en lo cierto. Sin embargo, no es bueno que se implique tanto; cualquier tipo de error, por pequeño e insignificante que sea, les perjudicaría la investigación. También está el caso de los seminaristas asesinados.

—Jefe, este cabrón quiere llevarlo al límite y jugar con usted. No se preste a ello.

—Su compañero tiene razón, Sebastián. Hágale caso y déjenos a nosotros encargarnos de este criminal. —Dándole una palmada en la espalda al inspector Villarta, cree que es suficiente para convencerlo. Pero todos en el despacho saben que nada va a apartarlo.

—No. He prometido a mi madre devolverle el cuerpo de mi padre y es lo que haré. Si quiere jugar, pues, que así sea.

Nadie trata de convencerlo. Es inútil interponerse en su camino.

—Si vamos a jugar, debemos prepararnos bien.

—Así es, sargento. Él nos lleva mucha ventaja —añade el subinspector Ledesma.

Sebastián es consciente de que no se encuentra en su comisaría, que no está rodeado de su ambiente, que puede que no disponga de su equipo de élite en casos tan importantes, pero sabe que Ledesma, los dos guardias civiles y él forman un pequeño, pero competitivo y profesional escuadrón. Se enfrentarán al asesino con las herramientas y tácticas de las que disponen. No obstante, el tiempo corre en su contra.

—Sargento, ¿de cuántos hombres disponemos?

El sargento está bastante limitado de personal. Ejerce el mando de un cuartel con agentes muy cualificados, pero graduados en policía judicial, solo dos; él y Estigarribia. Y están obligados a proteger a varios municipios, entre ellos El Pedernoso. Es cierto que son pueblos muy tranquilos. El verano es la época del año donde los delitos se intensifican, especialmente en las ferias; y para el jolgorio ferial todavía queda mucho. Aun así, no puede dejar indefensas las localidades.

—No muchos.

—¿Cuántos, para ser exactos? —insiste Villarta.

—Estamos solos, si es a lo que se refiere. Ustedes dos, el cabo y yo. Ese es todo el equipo. ¿Pero qué diantres esperan? Es un pequeño cuartel, y poco acostumbrado a este tipo de casos —responde el sargento. De hecho, él se retiró de la policía judicial cuando su nieta de seis años le mostró un dibujo escolar donde todos estaban excepto él, porque, según la pequeña, siempre estaba viajando. No ha disfrutado de sus hijos, pero sí de su nietecita. Está un poco desentrenado, pero nunca ha olvidado sus instintos policiales. Por algo le llaman el Cherokee.

—Está bien. Debemos reunirnos de inmediato.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo, sargento —responde Villarta, encaminándose hacia la puerta.

—¿Y qué hacemos con su tío? —pregunta Casado. Estigarribia aún está interrogándolo. Y para partir de algo, necesitan esa declaración, incluso con la dificultad de que pueda o no ser aceptada en un juicio, al tratarse de un testigo indirecto. Se la juegan, pero es mejor que nada.

63

Antes de entrar en el despacho donde está siendo interrogado el padre Herminio, Sebastián se detiene. Se vuelve hacia sus compañeros, y sin previo aviso, les hace una advertencia.

—La próxima vez que se enteren de algo que me incumba a mí, espero que no sean tan necios como decidir que es mejor ocultármelo.

—¿A qué se refiere? —pregunta el sargento. Ledesma permanece callado porque sabe la respuesta. Cuando vieron la noticia en los periódicos y en la televisión, como fuente principal Eusebio Casares, decidió ocultárselo a Villarta. Lleva muchos años junto al inspector jefe como para saber que nada pasa inadvertido por sus ojos.

—¿Me toma por estúpido al creer que no me enteraría del titular de los periódicos sobre mi padre? ¡Si hemos salido hasta en los telediarios!

—Asumo mi culpa —replica Casado—. Mi intención ha sido protegerle.

—Yo sé cuidar de mí; no necesito que nadie intervenga en mi vida. ¿Ha quedado claro?

Tanto el Cherokee como Ledesma asumen y aceptan. Sin más, se dirigen en busca de Estigarribia, que cada vez se muestra más persuasivo.

El padre Herminio se mueve inquieto en la silla. Las paredes del despacho están cubiertas de varios títulos académicos. Nervioso, coge un portafotos de la mesa y la gira sobre la superficie. El sargento Casado se ve sonriente junto a una mujer muy hermosa y una pequeña. Deja la fotografía y centra su atención en una pluma bañada en plata.

—Don Herminio, sigamos, por favor. Nos hemos quedado cuando usted se marchó de allí, entre el año 1960 y 1963.

—Pues, yo sabía que allí habían sucedido cosas, pero no podía demostrar nada. Era como luchar contra la invisibilidad.

—Eso ya me lo ha dicho varias veces. Necesito que avance. O de lo

contrario, me veré obligado a acusarlo de encubrimiento.

En ese momento se abre la puerta y entra el sargento, seguido de los policías. En el rostro de Estigarribia se aprecian signos de desesperación. Interviene Ledesma.

—Creo que sigue igual de obstinado. Pero solo está encubriendo a un asesino. Eso nos obliga a detenerle.

Cuando va a cogerle para ponerle las esposas, el cura se retuerce como una serpiente e implora misericordia a su sobrino, que, imperturbable, contempla la escena.

—¡Hijo mío, no consientas que me traten así! ¡No soy un delincuente!

—¿Y por qué crees que estás en el despacho y no en una fría sala de interrogatorio? Te hemos dado la oportunidad de hablar, y te empecinas en no hacerlo. Pero ya nos hemos cansado de tu actitud —explica Sebastián. Le duele verle así, pero, ante la muerte de su padre, es implacable.

—Cuando desapareciste en la noche, tus padres te buscaron por todas las partes del orfanato. Abrieron todas las puertas. Miraron en los patios, en la cocina, en la despensa, y en todos los despachos. Y tu padre temía lo peor porque, en las últimas semanas, se enteró de lo que allí sucedía. Aunque no hasta tal extremo. Solo había creído que se trataba de adopciones ilegales. Pero lo consentía, porque cualquier futuro era mejor que seguir entre los muros de San Luis.

—¿A qué diablos te refiere? ¿Qué me pasó? ¿Me secuestraron? ¿Quiénes?

—Tu madre se quedó en su habitación para estar protegida. Mientras, tu padre y su compañero seguían buscándote. Entre los dos sacaron al director de su cama, recriminándole que dijera dónde estabas. Este sabía que, si hablaba, no tendría ninguna oportunidad de salir airoso de la crítica situación. Lo necesitaban o jamás te encontrarían.

El sargento, el cabo y Ledesma están atentos a la declaración del sacerdote. Se temen lo peor. Y Villarta sigue interrogando a su tío.

—Esa noche fue terrorífica, porque se esperaban un aciago desenlace.

Ledesma teme que sus sospechas se confirmen y trata de seguir con el interrogatorio. Villarta se lo impide.

—Ya continúo yo. Vaya usted con el sargento y el cabo a planificar los pasos a seguir.

Villarta se siente más vulnerable que nunca. Percibe que todo a su alrededor ha sido una mentira. Como si su vida, tal y como él la conoce, se escapara de su alcance. Su corazón es suyo, sus pensamientos y cada una de las emociones, pero al mismo tiempo, no parece sentir nada. Por unos instantes, solo puede escuchar el chirriante ruido del triciclo de tres ruedas.

—Estoy preparado para todo.

—Uno de los chicos más veteranos, ese que sale en las fotos —señala con el dedo las fotografías que custodia entre las manos el sargento—, si se fijan bien, le faltan algunos dedos de la mano derecha. Y si no me equivoco, también tenía una pronunciada cojera. Él es una víctima más de San Luis.

—Vayamos por partes, y no nos desviemos del tema principal —recuerda el sargento.

—El director del orfanato, al verse en apuros, confesó. Pero no sin antes, llegar a un trato con tu padre. Le llevaría hasta donde estabas, si juraba no delatarle a la policía. Y si lo dejaban escapar. Si no, nunca te hallaría.

El sargento ofrece al cura una copa de su mejor brandy. El padre Herminio acepta con agrado. Y de un solo trago, se termina el dorado líquido. Está tan nervioso que el alcohol no le ha producido carril alguno en el recorrido hacia el estómago. Le ofrece el vaso vacío para que Casado lo rellene de coñac. Sin contemplaciones, se lo bebe. Una vez más sereno, continúa con su declaración.

—Estabas retenido, a las afueras del pueblo de Friarosa. Durante la noche, tu padre y Matías fueron a tu rescate. Al llegar al cruel destino, escucharon el llanto de un niño. Sin dudarlo, dieron una patada a la puerta y arrasaron con la vivienda. Fuiste rescatado de las garras de un cruel pederasta. Afortunadamente, aún no habías sido pasto de su pecado, ni tus tiernas carnes fueron mancilladas. Muchos otros niños no gozaron de esa dicha. Era un hombre vinculado al orfanato; nada más y nada menos que el encargado del mantenimiento. Él, junto al director y otros sádicos que poco tenían de buenos sacerdotes, regían una red de prostitución infantil.

—¡Dios mío! ¡Es terrible! ¡Eso no puede ser verdad, eso no puede ser verdad! —dice una y otra vez Sebastián. Su voz cada vez es más débil, y se apaga como la luz de un candil. No quiere que nadie le vea en ese estado y se dirige hacia la ventana con vistas al patio del cuartel. Un árbol de hoja perenne, recortado en forma circular, de

tronco fino y algo arqueado, como las piernas de una criatura, se convierte en el punto de reflexión. A Sebastián, en estos momentos le gustaría salir corriendo, para que el viento y la distancia borrasen de su memoria la imagen que su tío ha descrito. Como el nudo de un potente tifón, los recuerdos se arremolinan en sus sesos. Pero él permanece inmóvil, dándoles la espalda a sus compañeros y a su tío. Este, viéndole tan abatido, se levanta de su asiento con la intención de apoyar a su sobrino.

Sebastián siente la mano de su tío sobre su hombro. Y por unos instantes, deja salir todo el dolor y la rabia que lo está engullendo. Desconsolado, se abraza al sacerdote y llora.

—Lo siento, hijo mío. Te dije que era mejor no rascar en el pasado. Ahora tienes que ser más fuerte que nunca, porque esto no ha hecho nada más que empezar.

Esas palabras le hacen reaccionar de una manera abrupta.

—Eso quiere decir… que… hay más asuntos por descubrir, ¿verdad?

El cura no contesta, y para evitar enfrentarse a sus ojos que reclaman sinceridad, se vuelve a su asiento. Sabe que no puede seguir callando por más tiempo. Es ahora o nunca. Mientras, el subinspector Ledesma, el sargento Casado y el Cabo Estigarribia hacen una piña alrededor de un compañero caído. Don Herminio introduce la mano en el interior de la sotana y, a tientas, encuentra el bolsillo secreto. Aferrado al tacto del papel envuelto en la suave tela de terciopelo, se siente seguro. Pero está cansado de llevar el peso sobre sus hombros y, sobre todo, en su corazón, que poco a poco se va debilitando. Es hora de mostrar el gran secreto de los Villarta.

—Sebastián, a tu pregunta si hay más por descubrir, sí, lo hay. —Y muestra a todos algo envuelto en un pequeño saquito de tela.

64

Sebastián se deshace del calor de los arrumacos de sus compañeros y se encamina hacia su tío. Intenta arrebatarle de la mano la envoltura que contiene la otra parte de su vida. Pero el padre Herminio se adelanta y de un solo movimiento se aferra al papel.

—¡No, espera! Antes de que descubras la verdad, debes jurarme por el recuerdo de tu padre que lo comprenderás todo. Aquí está la confesión de un hombre muy atormentado.

Tras realizar el juramento por la memoria de su padre, don Herminio entrega a Sebastián el enigma de los Villarta.

—Estas son las palabras de mi padre. Y quiero leerlo a solas. Después, les juro por mi vida que pondré toda la información a la disposición de ustedes. Espero que me entiendan.

Los demás salen del despacho del sargento Casado. Don Herminio se queda, porque intuye que su sobrino va a necesitarle más que nunca. El papel está doblado por varias veces. Por suerte, el contenido no se ha visto dañado.

Querido hijo:

Puede que la vida nos trate bien y podamos disfrutar juntos de grandes momentos. Pero si estás leyendo esta carta, es porque nuestros caminos se han separado para siempre, y ahora te toca ser fuerte y seguir adelante tú solo. Porque como buen conocedor y amante del riesgo, bien sabes que, a veces, todo se complica y nuestro mundo, en cuestión de un instante, puede variar de dirección. Mi rumbo cambió hace mucho tiempo, cuando tú tan solo eras un niño de tres añitos. Pero, para ser sinceros, San Luis, un perdido orfanato en tierras de Valladolid, fue el causante de todo.

Yo antes era un cobarde, un hombre que pasaba desapercibido por la vida. Pero cuando esa noche te perdí, mi buena voluntad también expiró. No hay nada en la vida más terrible que perder a un hijo. Una noche, mientras recorrías los pasillos del hospicio buscando a mamá, alguien se fijó en tu carita de ángel, en los rizos como caracolas y tu sonrisa. Y te secuestraron, te arrebataron de tu madre y de mí. En ese momento, resurgió la bestia que dormita en cada uno de nosotros. Porque, todos tenemos una en nuestro interior. Nunca lo olvides.

Ahora, quiero contarte la verdad de qui*é*n soy. No me juzgues; no al menos hasta que no tengas descendencia y conozcas la grandeza del amor verdadero. Porque, Sebastián, créeme, hasta que no eres padre, no sabes qu*é* es querer a alguien más que a ti mismo.

Desde hacía tiempo, algunos niños desaparecían, otros lloraban ocultos bajo sus mantas, y otras veces, los gritos se oían detrás de gruesas y macizas puertas de madera. La explicación era las adopciones. Los llantos, decían que provenían de la enfermería y otros, de castigos por mal comportamiento. No queríamos perder nuestro trabajo, y siempre nos conformábamos. Hasta que desapareciste una noche. Mi compañero Matías y yo te buscamos por todas partes. Al final, el director, viéndose acorralado, confesó. Estabas en manos de un pederasta. Pero llegamos a tiempo de salvarte. Esa noche y en ese preciso instante, me convertí en un animal. Pero no solo tú eras la única víctima en aquella casa. Muchos niños fueron víctimas de las entrañas de San Luis. Un remolino de odios e ira se desató de nuestras conciencias. Y sin contemplaciones, mi fiel compañero y yo asesinamos a sangre fría al malnacido y usurpador de las sonrisas y la inocencia de tantas criaturas. Después, enterramos su cuerpo a cuatro metros de profundidad, en un terreno lleno de hierbajos y matorrales que estaba en la parte trasera de su casa, a las afueras del pueblo. Pero eso no nos bastaba. Necesitábamos seguir aplicando nuestra propia ley. Esa noche, Matías y yo éramos dos hombres muy peligrosos. Los dos nos sentíamos traicionados debido a que aquellos malditos curas habían abusado de inocentes. A nosotros dos nos hervía la sangre porque nos habían involucrado en algo tan sucio y atroz. Habíamos sido

engañados y utilizados. Y ante la justicia, seríamos encubridores. Cuando regresamos al orfanatorio, sin mediar palabra, sabíamos cuál iba a ser nuestro sucesivo paso. Cuando te volví a dejar bajo el amparo de los brazos de tu madre, Matías y yo nos encaminamos a por nuestro siguiente objetivo. Habíamos visto en el patio de la entrada el coche del director del orfanato. Y dedujimos que aún no se había escapado. Sin dudarlo, fuimos a por *él. S*abíamos dónde encontrarlo. Estaba en su despacho, donde descubrimos que, tras la mesa del escritorio, había unos muebles que escondían una habitación oculta. Allí, no solo hallamos toda clase de fotografías pornográficas de chiquillos, que después cogimos como pruebas, sino también varios cuadernos con anotaciones y documentos valiosísimos. Es la única forma de cubrir tus espaldas. Lo entenderás cuando lo veas. Todo lo encontrarás oculto en un lugar que solo tú conoces el significado (Japón). Ah*í* localizarás todo. Y hallamos una caja fuerte, repleta de grandes sumas de dinero, que Matías y yo donamos a hospitales infantiles. Sí, lo sorprendimos con las manos en la masa. Intentó sobornarnos con una generosa cifra; aquello aceleró su muerte. Estábamos ciegos de odio y nos hubiéramos enfrentado al mismo diablo. Nuestros pensamientos fueron escuchados, y tras la puerta apareció él, Adelardo de la Hoz. Fue testigo de cómo ahorcamos al director de La Casa de Expósitos, mientras sus pies aún pateaban en el aire y su cuello colgaba de una de las vigas de madera que sujetaba los pilares del lugar. Todavía me despierto con pesadillas de aquel momento, porque cuando cierro los ojos, es como volver a ese instante y puedo escuchar los crujidos de su gordo y seboso pescuezo atado con los cordones de los grandes cortinajes que cubrían los ventanales. Su voz se estaba extinguiendo, dando paso a unos gorgoteos de su garganta mientras las cuerdas vocales se iban pegando entre sí. Cuando creíamos que aquel muchacho convertido en un adolescente nos delataría, dijo algo que nos infundió pánico: «Otra cucaracha muerta. Ahora sois igual que yo. Pero yo prefiero desangrarlos, como cerdos que son». Después, salió huyendo del despacho.

Una vez que descolgamos el cuerpo sin vida del desgraciado, lo liamos entre la tela de una cortina y, a escondidas, lo enterramos en un viejo y abandonado cementerio, donde ya no yacían ni restos ni tumbas y que, desde hacía años, estaba siendo utilizado como huerto. Luego, para no levantar sospechas, abandonamos el coche entre los espesos bosques de encinas, a varios kilómetros de San Luis. Después, lo más sensato era poneros a salvo a ti a y mamá. Os traje al pueblo. Pero regresé. No podíamos dejar abandonados a todos aquellos niños. Sin embargo, confesar en la policía implicaba una investigación. Y eso no nos convenía. Por lo tanto, solo nos quedaba una opción: avisar al Arzobispado de varias irregularidades, pero ocultando la verdad. Nuestra ensayada explicación era que pasaban hambruna y malos tratos por parte de algunos sacerdotes. Le amenazamos con publicarlo en la prensa si no hac*í*a pronto algo. E hizo lo que cabía de

esperar. Para evitar a toda costa un escándalo, en días sucesivos los pequeños fueron repartidos en diferentes lugares infantiles. La primera parte ya estaba solucionada, pero mi amigo y yo seguíamos sintiéndonos culpables, y eso a largo plazo acabaría con nosotros. Por eso tramamos otro plan. Dejamos pasar unos *días, en donde los sacerdotes, más seguros, ya se veían impunes e intocables. Muy lejos de las intenciones de Pineda y de las mías propias. Por nada íbamos a permitir que a*quellos curas malvados quedaran libres y absueltos de toda culpa. Nuestro plan era atosigarlos hasta el máximo nivel, para que ellos mismos se entregaran a la ley. Pero alguien se nos adelantó. Aquel chico con mirada de diablo permaneció todo el tiempo escondido entre los sótanos. Nadie reparó en su presencia, quizá porque a nadie le convenía que aquel muchacho hablara. Siempre creaba problemas. Los religiosos eran quienes más le temían. Era el mayor de todos los internos. Y creímos que, con todo el revuelo, había conseguido escapar. Nada más lejos de la realidad, pues no estaba en sus propósitos abandonar el refugio de infantes sin consumar su venganza. Agazapado y en silencio, esperó hasta quedarse a solas con todos los componentes de la inclusa. Su maldad era un amasijo de horribles ideas, y esa condenada noche llevó a cabo la más maquiavélica. Cuando todo el espacio estaba siendo invadido por el silencio, salió de su escondite, sorprendiendo sobre todo a las cucarachas humanas, que, cobardes, se recluyeron en uno de los despachos, el más alejado del ala norte del fuerte de San Luis. Te preguntarás qué tenía de especial esa habitación. Era un cuarto amplio, de gruesos muros y de grandes ventanales, enrejados de arriba abajo con recios y forjados barrotes de hierro. La puerta de acceso a la sala era de dos hojas de maciza madera de roble, que actuaba de barrera y que a veces amortiguaba los gritos de los pequeños cuando eran abusados y castigados. Ellos solos se habían metido en una mortífera trampa. Estaban enjaulados, sin salida posible. Adelardo había atrancado los portones con una barra de forja fundida cruzada entre sus asideros. Desde el exterior, rompió los cristales con piedras y echó pequeñas antorchas hechas de trapos prendidos en gasolina que había extraído aspirando con una goma de los depósitos de los vehículos. El combustible enseguida prendió las cortinas y el mobiliario. Las llamaradas se extendían a gran velocidad, alcanzando con rapidez las sotanas de los infelices y desgraciados clérigos. Con todas las salidas cerradas, sus muertes eran un hecho. Cruel, pero justo castigo. Aun así, nosotros intentamos salvarles, vertiendo cubos de agua en el portón de dos hojas, pero las lenguas anaranjadas parecían tener vida propia y se revolvían como colosales tentáculos de un monstruo marino. Una de ellas atrapó al muchacho y le abrasó parte de la cara. Somos los únicos testigos de todo aquello. He vivido siempre con el temor de que nos encontrara. Aquel crío tenía algo en su mirada que helaba la sangre. Nunca olvidaré su horrible cicatriz en la parte derecha del rostro, ni tampoco su pronunciada cojera. Así como tampoco su mano derecha, la cual parecía una garra de un pájaro de malagüero, pues le

faltaban dos dedos; el índice y el corazón. ¡Parecía Quasimodo! Mientras desaparecía entre el humo del fuego, gritaba: «*¡Ahora nadie me detendrá!*».

Perdona a este viejo, que al final ha seguido las directrices de su propia sangre. Soy un asesino, como también lo fue mi padre. Y volvería a serlo por preservar siempre tu vida. En cambio, Adelardo de la Hoz es un ser sin entrañas.

Perdóname, porque siempre me creíste un héroe.

65

Sebastián reconoce la letra de su progenitor. Incluso lo ha sentido tan cerca de él que ha creído oír su voz narrándole la desgarradora confesión. No tuvo que resultarle nada fácil afrontar los pecados ante un hijo. No se atreve a juzgarlo, porque aún no se ha estrenado como padre. Él ahora es un respetado inspector jefe de policía, pero… ¿sería capaz de matar a alguien a sangre fría solo por venganza? Sabe que no quiere enfrentarse a solas con Adelardo de la Hoz, porque no se siente con fuerzas de resistirse a la tentación de descargar sobre él el cargador de su pistola. Eso como hombre; como agente de la ley siempre estará al servicio de la justicia. Porque nunca olvida los mandamientos que adquirió en el templo Shaolín: el Kung Fu es el equilibrio entre el cuerpo y la mente.

Ahora entiende la razón por la que Adelardo, alias Alejandro Higueras, asaltó la vivienda y el invernadero.

De inmediato llama a sus compañeros, que entran apresurados y con la curiosidad avivada.

—Sargento, ya sé por qué Adelardo de la Hoz entró en mi propiedad. Buscaba algo que, de salir a la luz, él podría verse muy perjudicado. Debemos ir de inmediato a mi casa. ¡Que el cabo Estigarribia me acompañe! ¡Japón, Japón! ¡Mi padre era muy listo! ¡A mí jamás se me hubiera ocurrido!

Estigarribia conduce sin entender nada. Pasan por la puerta trasera para evitar encontrarse con nadie. Sin mesura, abren el invernadero y Sebastián le hace una pregunta un tanto extraña a Estigarribia.

—¿Cuáles son las flores típicas de Japón? —El guardia civil no sabe la respuesta a una pregunta que lo coge desprevenido. Al final, los dos terminan buscando en Google.

—Los lilium. ¡Mire, Villarta! Por la imagen, ¡deben de ser aquellos de allí! —dice el cabo, señalando un rincón donde las flores de varias tonalidades se alzan mezcladas y formando un precioso racimo repartido en varias macetas. Una a una, levantan los receptáculos de

la tierra, e introducen las manos y el brazo hasta el fondo. En las ristras centrales de flores, Villarta toca algo con los dedos. Hace un hoyo para extraer con facilidad la caja, envuelta a la vez en varias capas de plástico con burbujas. Cortan el embalaje con unas tijeras de podar y cogen el contenido. Apresuradamente, coloca todo y regresan al cuartel, donde, impacientes, espera el resto del equipo. Depositan el cofre de metal sobre la mesa del despacho del sargento, y quedan extasiados con el hallazgo.

Fotografías escandalosas y de alto contenido pornográfico. Violaciones de niños, castigos severos como parte de un juego macabro y sexual. Cintas de vídeo de los pederastas. Por lo visto, uno de los preferidos de los pedófilos era Adelardo de la Hoz, a quien obligaban a participar con los más pequeños. Junto a las fotos, hay también unos antiguos recortes de la prensa nacional del año 1979. Unas imágenes en portada, junto con un llamativo titular. Documentos privados de contabilidad. Cuadernos repletos de anotaciones, tales como las entradas y salidas de varias partidas de niños. Sus nombres, y otras veces, unos números que identificaban a cada criatura. Seguidamente, las cantidades de dinero por la venta. Incluso, partidas de nacimientos falsificadas.

En otra carpeta, varios titulares de periódicos de la época.

EL MISTERIOSO INCENDIO DE SAN LUIS

> Nadie ha visto nada. Las llamas han devorado gran parte del ala norte del orfanato de San Luis. El pequeño pueblo de Friarosa, perteneciente a la provincia de Valladolid, llora por los sacerdotes devorados por las llamas.

SAN LUIS, UN LUGAR PARA EL RECUERDO Y UN CASO FANTASMA

> El orfanato San Luis quedará para siempre en la memoria de aquellos pequeños que se quedaron sin su hogar.

Al seguir desdoblando más recortes, se encontró un titular mucho más reciente, del año 2007, escrito por su viejo enemigo, Eusebio Casares. No solo mencionaba el misterioso incendio del orfanato, sino

que junto a una fotografía del monumental edificio devorado por las llamas estaba el mismo retrato que encontró oculto en la habitación de su tío. Pero esta vez, haciendo mención y señalando con un círculo a un chaval, que se parecía mucho al descrito por su padre y don Herminio.

> Cuarenta años después del incendio de la inclusa en la localidad de Friarosa, de la provincia de Valladolid, ¿este chico podría ser testigo o verdugo?

—¡Maldito sea! —estalla en el prestado despacho de Casado—. ¡Este miserable es peor que un grano en el culo! —Sabe que los periodistas siempre tienen fuentes de información en las grandes ciudades, pero la cosa cambia cuando se trata de pueblos pequeños. Sebastián frunce el ceño. Algo no encaja en todo este asunto. Lamenta haber estado tan desesperado por la muerte de su padre, porque eso ha conseguido alejarle de su mortífera y eficaz suspicacia. Por unos instantes, vuelve a echar un vistazo a la carta. Entre todo el contenido de la misiva, destaca una frase, que subraya a lápiz: «Nuestro camino, en cuestión de un instante, puede variar de dirección».

Después de leerla, llega a una conclusión. De inmediato, llama al sargento, al cabo y a su compañero el subinspector.

—¡Señores, debemos dar un giro a la investigación!

Los tres se quedan bastante sorprendidos, entre otras cosas, porque desconocen por completo qué contienen los papeles que Villarta comprime entre sus manos.

—¡Mi padre nos está ayudando! —dice con unas lágrimas semejantes a las de un niño, más que de un hombre asustado.

—¿Qué? Un momento… ¿Qué hostias dice, jefe? —pregunta, anonadado, Ledesma. A su impresión se unen Casado y Estigarribia.

—Sabemos que su situación es difícil y eso, pero… ¡no me joda, Villarta, con que se le ha presentado su padre en mi despacho, porque me acojona! —exclama el sargento. Acostumbrado a situaciones extremas en el GAR, teme más a un espíritu que a un etarra.

Para hacerse entender, Villarta les deja que lean y asalten las confidencias de su difunto progenitor. No importa que descubran lo que hizo para salvarle la vida. Después, leen los recortes de periódicos. Ellos comienzan a entender la situación. Todo ha dado un giro de ciento ochenta grados.

—Bien, bien, bien —repite tres veces Casado. Ya es una costumbre en él, una coletilla a la que siempre recurre cuando algo consigue

sorprenderlo—. ¡Cómo son las cosas! Hasta hace unas horas no teníamos nada por dónde empezar, y ahora se nos abren varias vías.
—Sin duda, son retos que ya tenía olvidados. En los últimos años se ha dedicado más a seguridad ciudadana. Y este caso le ha devuelto a una investigación que entraña altos riesgos. Extraña los viajes, las interminables guardias vigilando a un sospechoso, las persecuciones a toda pastilla por la carretera mientras las ruedas quemaban el asfalto. También añora los tediosos e interminables interrogatorios. Todo eso que conlleva ser diplomado en policía judicial y criminología. En cambio, ahora, lo más peligroso que hace es cruzar el paso de cebra que hay en la calle Mayor. Por eso, este caso lo tiene tan absorbido que ha olvidado hasta sus ataques de gota.

—Veamos, tenemos varios puntos por dónde comenzar a buscar. El primero, comparar la caligrafía de los anónimos —comienza a exponer Ledesma.

—Uhm, no, eso creo que debemos descartarlo. Para poder hacer la comparativa, hay que rebuscar en los ficheros escolares de San Luis. Y según el escrito de Tomás, todo habría sucumbido durante el incendio —responde Estigarribia, haciendo un extraño ruido con la boca.

—No, no hay que dejar nada fuera de la mínima posibilidad. Nos jugamos mucho en este caso —responde Ledesma, que en todo momento piensa en los dos seminaristas asesinados. Nunca dice nada, pero a veces sueña con sus cadáveres, y eso sin duda mortifica sus noches.

Casado repara en el cura, que sigue atento a todas las posibles pistas. Siempre ha sentido curiosidad por el trabajo de su sobrino. Y ahora tiene la ocasión de colaborar. Sin embargo, después de complicar tanto la investigación, no cree factible que dejen que se quede. El sargento parece haber leído sus pensamientos.

—Padre Herminio, un hombre lo llevará de regreso a casa.

Se siente utilizado, pero, al fin y al cabo, ya no puede aportar nada más. Ha intentado dejar oculto el secreto de confesión de su hermano. Pero, por otra parte, se siente aliviado. Aunque ahora que lo piensa mejor, ¿con qué intención Tomás le había dado la carta, las fotografías y los recortes de los periódicos? Ahora está claro; temía algo, Y un día se presentó en la residencia destinada a los ancianos curas para entregarle toda la información:

—Hermano mío, aquí te entrego toda mi vida; protégela con la tuya. Y solo si es preciso, entrégasela a mi hijo. Pero no antes de mi

muerte. Presiento que se acerca mi hora.

Él ha cumplido. Como un buen boxeador, ha resistido hasta el último *ring*. El resto es cosa de la policía.

66

Sebastián ha decidido traer de vuelta a su tío. Durante el trayecto de vuelta a El Pedernoso, el inspector lo observa. Su semblante es serio. Pero él siempre es así. Sabe que está ofendido. Villarta lo mira de reojo, por temor a intimidarle. Se está aguantando la risa, porque le recuerda con sus gestos a un niño pequeño. Solo falta que se ponga a formar una rabieta. El sacerdote, entre los dientes y labios, sostiene un pitillo medio doblado por haber permanecido guardado en alguno de sus bolsillos. Antes de prenderle fuego con un viejo encendedor de mecha, lo ha enderezado con sus dedos largos, finos y arrugados.

—Lo siento mucho, tío. Perdóname. ¡Nunca te habría hecho daño! —Pero el sacerdote aspira, carga sus pulmones de humo, exhala el aire y el coche se inunda de una pequeña nube grisácea. Ha sido amenazado de muerte por su sobrino. Llegado incluso hasta las manos. Ha sido insultado. Ha temido por su vida. Se ha rasgado la piel con un látigo porque la culpa lo estaba carcomiendo. Han saqueado su habitación. Humillado y obligado a traicionar un secreto de confesión. Y, por último, ha sido entregado como un malhechor ante la Guardia Civil, viéndose obligado a entregarles la última voluntad de su querido Tomás. Todo eso es para estar muy cabreado. Hasta que llegan a las antiguas yeserías, ahí se deshace su enojo. No sabe qué tiene ese lugar… La blancura de la albariza aún se expande por la tierra. El salitre corre por sus venas, como su propia sangre. Ahora son muchos los huertos que rodean las escasas ruinas, mantenidas con alfileres, a lo largo del tiempo. No, ya no está molesto con el pequeño Sebastián. La vejez ha minimizado parte de su fuerte temperamento.

—Nunca me perdonaré haber abandonado a aquellos chicos. Conmigo estaban seguros. Si alguien es culpable… soy yo.

Sebastián intenta guardarse las lágrimas que amenazan con salir de sus ojos. Una emoción se expande por su pecho hasta llegar a la garganta. En el cuartel ha tenido que mantener la compostura, pero ya no puede resistirlo más. De golpe, gira el volante hacia el arcén

derecho y adentra el vehículo en un estrecho camino arenoso.

—¿Adónde vas, hijo? —pregunta su tío, asustado y aferrado con fuerza al asidero de la puerta.

Sebastián no responde. Las palabras están ahogadas en una rabia que sale de la profundidad de las entrañas. Como si otro ser estuviera adueñándose de su voluntad. De pronto, pisa el freno y las ruedas se clavan en la tierra del camino. Se baja del coche. Tal y como sucedió cuando su madre le comunicó la muerte de su padre, vomita todos los sentimientos, todo el dolor que durante días lleva guardándose. Entre la maleza, esparce el contenido de sus jugos estomacales. El padre Herminio espera de pie apoyado en el capó del automóvil.

—¿Te encuentras mejor?

Sebastián grita, grita tan fuerte que siente cómo se desgarra su voz. Una bandada de pájaros alza el vuelo y abandona las ramas de los árboles, que hasta entonces pacían dormidos.

—¡¿Por qué?! ¡¿Por qué?!

El sacerdote se dirige hasta su sobrino. Los dos se miran. Sebastián busca el abrazo de su tío. Necesita el amparo de su propia alcurnia. Es el momento de llorar. No hay lugar para el inspector jefe de policía, sino para el niño de tres años a quien, una noche, secuestraron con la intención de violarle. Su padre impidió su posible muerte. Y él no ha podido salvar la suya. Solo encontrará consuelo cuando halle su cuerpo.

—Sebastián, hijo mío. No te mortifiques más. El único culpable de su muerte es Adelardo de la Hoz. ¡Encuéntralo y haz justicia!

—¡Por la memoria de mi padre, lo haré!

El camino es muy estrecho para dar la vuelta y deben continuar circulando hasta encontrar un ramal directo a la carretera. Los olmos parecen ser los mismos que los de su niñez, pero con más cicatrices en sus cortezas, y de troncos con tantos nudos como años tiene Herminio. El sendero parece una ratonera; cada vez se estrecha más. La vegetación es muy espesa. A pocos metros, vislumbran las ruinas de una vieja casa.

—Es el Molino de las Ánimas. ¡Qué recuerdos me trae este lugar!

Sebastián percibe emoción en su tío, y detiene el vehículo. Los dos se bajan. Mientras que Herminio se empapa del entorno, Sebastián inspecciona el terreno. Entra en la casa. Un olor putrefacto inunda el interior. En la primera inspección ocular observa que alguien ha abandonado las ruinas en las últimas horas. Una gran sospecha aplasta

sus sienes con mucha presión. Observa el cúmulo de cenizas esparcidas por el suelo de desgastados e incoloros adoquines de cerámica, que hace pensar que alguien ha estado durante días atrincherado entre los restos del molino. Enseguida, su instinto pone en el punto de mira a su enemigo. Todo el tiempo ha estado observando a su familia, y se ha desplazado por los caminos con total libertad. Además, el tiempo ha sido crucial para su discreción. ¿Por qué no se les habrá ocurrido revisar las inmediaciones del pueblo? Con mucho cuidado de no alterar nada, sigue inspeccionado el entorno. Según se va acercando al pequeño solar trasero que rodea los vestigios de la casa, el olor es aún más nauseabundo. Una espesa manada de moscardones vira sobre un significativo acervo de tierra. Por el color más oscuro, Sebastián sabe que no hace mucho que ha sido removida. Su corazón da un vuelco. Como poseído, se tira al suelo y se planta de rodillas sobre la vasta vegetación, y con sus propias manos, comienza a escarbar. La peste se hace más insoportable. Entre la tierra removida, comienzan a aparecer restos de carnes. Enseguida, se percata de que pertenecen a un animal. Por un momento ha creído que se trataba del cadáver de su padre.

—Sargento Casado, quiero que mande a un equipo de criminalística al Molino de las Ánimas. Es un lugar escondido y perdido donde creo que ha estado escondido nuestro hombre.

—¿Dónde está ese sitio? —extrañado, pregunta, porque nunca antes ha oído hablar de ese lugar.

—Debe tomar el primer camino a la derecha de la 301, dirección El Pedernoso. Pasando la segunda curva del puente, verá los esqueletos de los yesares. Al borde de una arboleda, ahí hallará el angosto sendero. Sígalo todo recto y me encontrará. Le estaré esperando.

Sebastián sigue inspeccionando el sitio, aunque no espera encontrar grandes cosas, ni muchas pistas. El terreno está próximo a un coto de caza, y las posibles pisadas del sospechoso pueden haberse mezclado con las de los cazadores y canes. Para no alterar más el terrenal y la escena, decide quedarse sentado sobre una piedra, cerca del río. Mientras, su tío hace algo insólito. Se arremanga la sotana y se descalza; primero, la bota, y después, los calcetines gordos de lana que la madre superiora tejió y le regaló para las Navidades. Por último, se sube los faldones negros e introduce un pie en las frías aguas del río Monreal. La corriente juguetea entre sus dedos y juanetes.

—Vas a coger un buen resfriado.

El padre Herminio, riéndose de gozo, contesta.

—¡Qué va!, ¡qué va! ¡Esto es la gloria, hijo mío! ¡Cuántos recuerdos gratos me trae este lugar! Mientras que tus abuelos esperaban a que el molinero les moliera el trigo, mis hermanos y yo jugábamos a pescar lagartijas y remojarnos en el río. Por aquel entonces, aún estábamos muy lejos de la desgracia que después rompería para siempre a la familia.

De pronto, como salido del viento, subiendo la cuesta, se aprecia la silueta de alguien y se oyen los ladridos de varios perros. Cuando está en la cresta del repecho, distingue a un pastor, seguido de un gran rebaño de ovejas, salpicado con alguna que otra cabra negra. Sabe que, si la piara llega a pisar el molino, cualquier mínima posibilidad de encontrar una pista se desvanecerá. Y corre loma arriba para detener al hombre.

—¡Deténgase de inmediato!

El pastor no sabe de dónde diantres ha salido el tipo que se dirige hacia él, moviendo los brazos como si estuviera espantando moscas.

—¿Qué dice? —pregunta desconcertado.

—Que no puede bajar al molino. Es el escenario de una investigación policial. Debe darse de inmediato la vuelta.

Pero el hombre no está acostumbrado a que nadie le dé órdenes. Entre otras cosas porque es un espíritu libre. Acampa a sus anchas, y sus ovejas arrasan con toda la vegetación que encuentra en su camino. Además, entre la arboleda halla refugio del frío tan intenso que desde hace días se ha quedado pegado en el ambiente.

—No sé quién pijo eres, pero llevo caminando *toa* la mañana para que ahora —se dirige a su perro, lanudo y escandaloso. El animal parece entender la conversación de los humanos— nos digas que no podemos entrar en la arboleda. ¡Pues se ha *jodío* mayo! Que yo sepa, no es *privao*. Llevo pastoreando *toa* la vida desde *guacho*, y en unos días, y si Dios mediante quiere, voy a cumplir casi setenta años, *asinque*, ajusta las cuentas. *Asinque* apártate de mi camino, si no quieres que mis ovejas pasen por encima de tu cuerpo.

Pero Sebastián no puede permitir que el pastor se salga con la suya. Eso sería la destrucción masiva de pruebas. Sabe que lleva encima la placa de policía, y también su arma. Desde que su familia está amenazada, no se separa de ellas.

—Si usted se empecina en no atender mis órdenes, me veré obligado a detenerle. —Muestra la placa y le explica qué podría

sucederle.

—¡Válgame, Dios! A ver, muchacho, yo no quiero problemas. Pero… espera un momento… ¿Tú no eres el chico del *matao*? ¡Sí, hombre! ¿Cómo se llamaba el hermano de los alzacuellos? ¡Tomás! ¡Eso es, Tomás!

—Sí, soy yo.

—*Pos*, no te preocupes hermoso, que podemos rodear el cañaveral e ir al otro lado del río. Pero hasta ayer a ponerse el sol, ya más bien rozando la noche, por aquí había un hombre merodeando. Es más, desde allí —señala en dirección hacia unos campos que se ven entre los espacios abiertos de los árboles. Y próximo a las columnas de hormigón y vigas donde comienza el puente de asfalto de la autovía —, yo pude verlo. *Anque*… Yo creo, mira lo que te digo, que me *paice* que él a mí no me vio. Y según me estás *deciendo*… creo que me *he librao* de una buena. ¡Ya no *pue* uno ni estar tranquilo en el campo! Y eso que la parienta dice que yo no corro peligro. *¡Mecagüenla!*

—¿Pudo usted hablar con él?

—Pero… ¡no te estoy *deciendo* que no me vio! Además, yo estaba *recogío* entre los majanos, para evitar el frío que en estas fechas cae sobre el terreno. ¿Sabes? Aquí los inviernos son *mu* duros, y el frío deja la piel más seca que la de un bacalao. Pero yo a él, sí que pude verlo.

—¿Podría describirlo?

—Era un hombre tan alto como un ciprés, así *parecío* a ti. Cojeaba bastante de una pierna. Estaba calvo.

Todas las características son la suma de algunos rasgos descritos por los testigos, tanto por los albañiles que están trabajando en casa del vecino, y por su tío Herminio. Sin duda alguna, se trata de Adelardo de la Hoz.

67

Al volver Sebastián al molino, ve a Casado y a Estigarribia, que ya están merodeando el terrenal. Varios hombres enfundados en monos blancos esperan la orden del sargento para comenzar la búsqueda de pruebas. Entran mientras el cabo se separa del grupo para seguir a solas con su inspección. Seguido por un rastro invisible a los ojos de los demás, continúa caminando, siguiendo los pasos del supuesto asesino. Sebastián intenta decirle algo, pero el sargento lo detiene.

—¡Déjelo! Cuando sigue un rastro, nadie puede detenerlo. Confíe en mí; sé lo que me digo.

Estigarribia anda varios metros por delante de todos; Casado y Villarta siguen a sus espaldas. Cruzan el puente, llegan a un coto privado de caza y avanzan entre la maleza. El cabo se detiene ante unas ramas rotas y otras vencidas, que permanecen en el árbol de tronco grueso y centenario. Olisquea el aire como si de un perro se tratase. Se inclina sobre sus piernas, para después arrodillarse. Luego coge un puñado de tierra húmeda entre las manos y la huele.

—Hay un cuerpo enterrado —dice mirando a su superior y a Villarta.

Entre los tres comienzan a escarbar. Aparecen la piel negruzca y las entrañas de un animal.

—Se trata de un jabalí. Ha sido descuartizado entre esas ramas. Y quien haya sido el autor, ha sido muy cuidadoso de no dejar rastro alguno. Es un hombre muy astuto y audaz.

—De esos restos he encontrado más en las ruinas del molino. Por un momento, he llegado a pensar que podría tratarse del cuerpo de mi padre.

Sebastián comenta la conversación que ha mantenido con el pastor.

—Sé que es él. Se trata de Adelardo de la Hoz. Ha estado aquí, escondido durante días.

Tras un rastreo exhaustivo, encuentran varias huellas de semejantes tipologías que las halladas sobre el montón de arena del domicilio de

Tomás Villarta, el día del asalto a su domicilio. Solo que, en esta ocasión, el pie derecho tiene más hendidura que el izquierdo. Eso es lo único que consiguen en claro. Por lo demás, todo está limpio.

—Nadie se arriesga a ser visto si no está dispuesto a llegar hasta el final. Si ha estado escondido aquí durante días, estoy seguro de que no ha abandonado la comarca. Hay que peinar los pueblos colindantes; puede que se oculte bajo identidades falsas —dice Sebastián. Según su experiencia como policía, sabe que ningún asesino se expone tanto si no es con un fin.

—Daré la orden de sondear todos los pueblos colindantes con El Pedernoso. Y en particular, las localidades de tres mil habitantes o más, ya que pasaría más desapercibido. Debemos ponérselo difícil a este cabrón —responde el sargento Casado.

En cuestión de minutos, el Molino de las Ánimas se queda despoblado de interés. Vacío y silencioso, como en su estado natural desde hace décadas. El padre Herminio mira por el espejo retrovisor del vehículo cómo el paisaje se queda de nuevo en el recuerdo de su infancia. Sebastián va conduciendo por los pétreos caminos y enarboladas cuestas. Vuelven al pueblo. Después, regresará al cuartel de la Guardia Civil. Ahora más que nunca, deben estar concentrados. Sabe que aún les lleva mucha ventaja el supuesto asesino, pero cada vez cierran más el círculo.

Cuando entran en el domicilio de los Villarta, Marta está mostrándole a María todos los detalles y restos del que hubiera sido sus bodas de oro. Sobre la cama, tendidos como féretros descansan el vestido y el traje de los novios. Hasta la alianza se mantiene custodiada en su cajita. Todo aquello que podría ser un futuro, ahora está cerrado en un paréntesis. Entre su chica y la matriarca, tal como a veces la llama Sebastián, están guardando en cajas todos los complementos nupciales. Cuanto más tiempo estén en el armario, más esencia y recuerdos crearán, ha debido de pensar Marta.

—Hijo, tu padre y yo teníamos un hermoso viaje de novios. Queríamos ir a París y a Suiza. En la agencia no nos devuelven todo el dinero, solo pueden aplazarlo. Yo no voy a ir.

—Mamá, cuando todo esto termine, nos iremos tú y yo. Te lo prometo.

Pero Marta ya no tiene ganas de viajar. Se siente vieja, pesada y cansada de todo, hasta de vivir. En su vida ya nada volverá a ser lo mismo, y a estas alturas, nota tanta pereza de emprender algo nuevo,

que solo se le ocurre decir algo que coge por sorpresa a su hijo.

—Este viaje debéis disfrutarlo vosotros dos. Sois jóvenes y estáis enamorados.

Los dos se miran, sin saber qué decir. Sebastián accede a coger los billetes de avión y hotel. Quizás sea una segunda oportunidad para ambos. Sabe que se aman, que se quieren con extrema locura. Son dos animales salvajes en la cama, pero algo se está rompiendo. Su relación es como una balsa de agua, a simple vista se ve llena, pero hay una fuga invisible que está dejando vacío el estanque. No estaría tan preocupado si creyera que tan solo son cosas suyas, porque está seguro de que ella también percibe que algo se está extinguiendo. Tienen pendiente una conversación que se empeñan en eludir, por temor a que sea como la última copa entre dos amigos.

—Mamá, todo esto puede esperar.

Pero María ha entendido otra cosa. Le ha sonado a evasiva, ha usado la desgracia familiar como escudo para no enfrentarse a ella, para no tener ese tiempo para ellos dos, sorteando así ese diálogo que puede ser el declive.

—Debo regresar a Mota; me esperan en el cuartel. No nos esperéis a Ledesma ni a mí. Tenemos mucho trabajo por delante.

Mientras conduce con dirección a Mota, no deja de pensar en la situación. Recuerda el anónimo, la carta de su padre y los recortes de periódico. Como una ruleta, unos pensamientos rondan sin dejarle descanso. Debe haber algún vínculo entre Casares y Adelardo. Porque si no, no hay explicación para que él sea el primero siempre en dar todas las noticias relacionadas con el caso. En cambio, hay algo que lo despista. Si por alguna razón los dos son cómplices, ¿por qué motivo lo ha querido exponer como sospechoso en su artículo de prensa? ¿Venganza o estrategia?

Ha llegado al cuartel. Dentro, lo esperan el pequeño y extraño equipo de investigadores. Durante su ausencia, han hecho algunos avances. En ningún momento han dejado de repasar una y otra vez las pruebas que tienen en su poder. Por ahora han descartado ir a Friarosa para buscar documentos con los que comparar la caligrafía. Sus argumentos son sólidos; todo se destruyó en el incendio. Y es muy probable que muchos de los curas que vivieron en San Luis hayan muerto o tengan demencia. Claro que cabe la posibilidad de que sigan siendo unos depravados y prefieran morir con sus pecados. Deben ceñirse a lo que tienen. Y por ahora ya conocen su físico. De hecho, el

Departamento de Criminalística de la Guardia Civil está trabajando en su retrato robot. Confían que, con las fotografías antiguas, más las descripciones recientes de los testigos, sean un añadido para unos buenos resultados. Por el momento, Casado ya ha dado la orden directa de proceder con los controles en las carreteras, sobre todo en la N-301 y N-420. Sin olvidar los principales caminos con acceso a los pueblos colindantes con El Pedernoso. Comienza un rastreo por los lugares más cercanos a la localidad, pero centran todo su interés en Las Pedroñeras, Mota del Cuervo y Belmonte. La concentración en la investigación es absoluta. Cenan en el cuartel unos bocatas de calamares del bar La Plaza. Apenas descansan. El tiempo se les agota. Y Ledesma debe regresar pronto a Madrid. Tiene que cumplir con lo pactado con el comisario Gutiérrez. Y en un equipo pequeño, si se va uno de los buenos, las opciones de resolver el caso con éxito se esfuman. Tienen que trabajar a contrarreloj.

—Veamos. De un momento a otro, nos enviarán el retrato robot. Pero por ahora debemos centrarnos también en Eusebio Casares. Mientras conducía hasta aquí, he estado pensando mucho en él.

—Coincido con usted, inspector. Ese hombre esconde algo e, incluso, puede haber alguna relación. Pero no tenemos nada con lo que acusarlo; tan solo podemos pedir su colaboración. Nuestras sospechas contra él son fundadas y el juez del caso no las aceptará. Debemos tener algo más sólido.

Como por arte de telepatía, suena el teléfono en el cuartel. Un agente llama al sargento, y con el aparato girándolo al aire en una mano, indica que tiene una llamada telefónica.

—Sargento Casado, ¿dígame? —responde.

—Soy Eusebio Casares. Y necesito hablar con ustedes de inmediato. Tengo información que… podría ser de gran utilidad.

En un folio, Casado escribe una frase y se lo da al agente. Este, sin mesura, se lo entrega a Villarta: «Casares al teléfono». Todos dejan lo que están haciendo y acuden a donde está el sargento, que ha puesto altavoz para que todos escuchen la conversación.

—Sargento, estoy hospedado en el hotel Mesón Don Quijote. Aunque ya son más de las diez de la noche, puedo acercarme al cuartel. Lo que tengo que confesarles es mejor hablarlo en persona.

Todos los presentes se quedan atónitos. No saben si se trata de un juego sucio para conseguir información, o si está en un marrón y quiere salir airoso. Pero según Villarta, esa actitud no es propia de él.

Y ya son muchos años de enemistad. A veces se conoce mejor a los enemigos que a las amistades. Y según el perfil del periodista, no es un tipo que derroche generosidad con sus averiguaciones. «Está tramando algo», piensan Félix y Sebastián.

—No me gusta esto, sargento —sugiere el subinspector—. No es de fiar. Es una rata, se lo aseguro.

—Está bien. Lo espero en el cuartel dentro de diez minutos. —El guardia civil acaba accediendo a la petición del informador. Pero no es tan tonto como para recibirlo a pecho descubierto.

—Tranquilos. Si quiere cooperar, lo hará a nuestra manera. Lo llevaremos a la sala de interrogatorios. Ahí no verá nada que pueda llamar su atención. Pero debemos ser amables con él, porque no queremos que escriba algo nefasto contra nosotros. Ya saben que a veces las palabras distorsionadas son más dañinas que un arma —explica el sargento.

Es verdad que no conocen tanto al periodista, como los policías, pero es pájaro viejo en el oficio. Y si puede conseguir algún avance, no descarta nada.

68

Abandona la habitación del hotel Mesón Don Quijote, Casares, con paso decisivo, se dirige hacia el cuartel. Las cosas se están poniendo turbias. El asunto cada vez es más complicado y puede salpicarle. Es cierto que siempre ha presumido de no tener escrúpulos cuando es capaz de descuartizar con sus palabras al escribir una noticia, que es sucio y rastrero hasta la saciedad, que sus fuentes son gente en la que nadie repararía, o que es capaz de meterse en cualquier antro con tal de sacar provecho para engrosar su cuenta a base de artículos. No le importa pagar una buena suma de dinero al desperdicio de la sociedad, donde las ratas también corren peligro. Ha llegado a hacerse pasar por indigente para escribir desde primera línea cómo se siente bajo un cartón y, como base, la calle helada de la ciudad. Pero ser la tapadera de un asesino, eso ya es otra cosa. Servir como cebo para que un psicópata cometa atrocidades es un precio muy alto, y su libertad está por encima de todo. Y por nada quiere acabar sus días en una cárcel. Prefiere estar con los buenos. Esto es lo que tiene pensado decirle a la Guardia Civil. Sabe que sus argumentos son convincentes.

Se encamina por el patio del cuartel, y no es consciente de que el Cherokee lo está observando y que ha estudiado cada uno de sus pasos y gestos. Que nada se escapa a su vista. Aunque no solo es vigilado por Casado; desde el otro lado de la planta alta donde están ubicados los despachos, se encuentran al acecho dos hombres más, Ledesma y Villarta; este último consigue romper un lapicero entre los dedos. La tensión corre por cada parte de su cuerpo. Nada más poner un pie dentro del edificio, cuatro agentes, siguiendo la orden explícita de su sargento, cachean de arriba abajo el menudo y esquelético cuerpo del periodista. Le obligan a vaciarse los bolsillos de su atuendo invernal, un abrigo que le queda como un sayo, pues los extremos de la prenda parecen dos ramales. Quieren reducir el mínimo riesgo, porque entre la ropa puede llevar alguna minúscula cámara de vídeo. Con un tipo como él, cualquier error ocasionaría un derrumbe en la investigación.

Tras pasar con nota el registro, dos de los agentes lo acompañan hasta la presencia de Casado, que a toda costa quiere aparentar que su presencia es necesaria. Según la trabajada percepción del sargento, un tipo como Casares, cuanto más alabanzas y parafernalia se le muestra, más seguro se siente. Los cursos intensivos de psicología criminal que ha hecho a lo largo de su carrera parecen estar dando sus frutos. No todos los sociópatas están clasificados en los ficheros policiales; algunos, como el periodista que tiene delante, andan sueltos a la merced del mal. Es la sensación que el guardia civil siente cuando acoge entre los dedos la menuda y esquelética mano del hombrecillo vestido como un payaso de ferias.

—Gracias por querer cooperar con nosotros. Cualquier dato por su parte puede ser de vital importancia. Aunque sabemos las limitaciones que conlleva su profesión.

—Por eso estoy aquí, sargento. No es tan fiero el león como se ve en la selva.

Le ofrecen un café que él rechaza. Quiere ir de inmediato a la clave del asunto. Sabe que no están solos los tres, que en cualquier parte del cuartel nada queda impune ante los ojos de Villarta y su fiel compañero.

—Bien, quiero comenzar diciendo que no me siento culpable de nada, ni tampoco nadie me ha hecho venir hasta aquí. Solo actúo motivado por mi ética profesional.

—Y nosotros se lo agradecemos. Como comprenderá, debemos grabarle para que conste que no está bajo coacción alguna, y quede constancia de su testimonio. Así, ambas partes nos curamos en malentendidos. ¿Está de acuerdo?

—Sí —responde el pelirrojo huesudo.

La declaración debe centrarse sobre todo en Tomás Villarta, pero sin olvidar el caso de los seminaristas asesinados en Madrid. En ningún momento en sus primicias en la nota roja de España, donde sus artículos son despiadados y fuertes, hace mención alguna a la dedicación de los jóvenes asesinados. La curiosidad de Villarta es averiguar si es por simple estrategia o, por el contrario, es algo que ignora. Si sucediera lo último, se encuentran ante una intersección de dudas. Porque al ser el primero en informar, no creen loable que no tuviera esa información. O de lo contrario, es un pacto entre el asesino y él. Ante esa posibilidad, puede resultar aún más peligroso. Tienen que atajar el tema con infinita suspicacia, aunque Casado cree que el

menudo hombre está de vuelta de todo. Sus ojos son como los de un mirlo, pequeñitos pero muy vivos. Su nombre, Eusebio Casares Fonseca, aumenta tres veces más que su enclenque cuerpo, que es un tanto peculiar. Su cabeza no tiene mayor tamaño, ni sus piernas son arqueadas. Es simplemente un hombre con ornamento de niño. Su fisionomía es raquítica desde un extremo al otro. Si se escondiera en un cajón de los archivos, pasaría desapercibido. Lo único largo y destacado de él es su viperina lengua.

—Está bien, señor Eusebio Casares Fonseca. Ese es su nombre completo, ¿verdad?

Él asiente y contesta con un rotundo y seco sí. Sabe que todo son tecnicismos burocráticos. Después, certifican la edad y residencia habitual. A lo que responde sin entrar en detalles. Todo es muy mecánico. Sí, y poco más es lo que responde a esas cuestiones.

—De acuerdo. Usted ha venido ante el cuartel de la Guardia Civil de Mota del Cuervo sin ser coaccionado. ¿Es así?

—Sí, sargento. Y me gustaría comenzar de inmediato. Mi tiempo también es muy valioso. Debo enviar varios artículos a mi periódico esta misma noche.

—Entiendo, entiendo…

Ahora es cuando el meollo del caso puede resolverse, al menos en cierta medida, o liarse más, si cabe.

—Comencemos por la primera parte, ya que es de la mejor manera de seguir el orden de los factores, que, en este caso, sí altera el producto. Como bien sabe, y digo bien, porque a las muestras me remito, usted es el primero en llegar siempre a las escenas de dantescos crímenes, tal como los sucedidos en Madrid con los jóvenes que aparecieron muertos y torturados. Usted mismo bautizó al despiadado asesino como El estilista, por su forma de engalanar a sus pobres víctimas. ¿Cómo y por quién se enteró? —Casado ha pecado de directo, pero no pueden estar perdiendo el tiempo. Tienen el paso primero, pero aún faltan varios pases para llegar a portería, así como la destreza de un jugador en el campo de fútbol.

—Vaya, no pierde baza. Le gusta ir directo al grano. Aunque le recuerdo, sargento, que yo he venido para ayudarles con el caso Villarta.

—Está en lo cierto. Pero tiene dos opciones: o decirnos cuánto sabe respecto al caso, según usted, del Asesino estilista, o pasar a nuestra lista de sospechosos. Y créame, no creo que en su profesión le

beneficie mucho ese sambenito, porque ya sabe cómo funciona esto. Por aquí, por la Mancha, se suele decir mucho un dicho: «Créate fama y échate a dormir». Así que… en sus manos tiene la dosis de popularidad que está dispuesto a soportar.

69

Su semblante ha cambiado. Su seguridad se está tambaleando. «Una encerrona en toda regla», piensa Casares, y muy bien preparada por parte de la Guardia Civil. Él sabe que esta pullita viene por parte del inspector jefe. Ha sido muy astuto. Lo ha subestimado. Ahora se ve con la obligación de responder, porque su reputación es lo más sagrado que tiene, y aunque no es santo de la devoción de ningún compañero de periodismo, infunde respeto. Y esa es su mejor tarjeta de presentación.

—El doce de junio a altas horas de la noche, recibí una extraña llamada telefónica. Una voz distorsionada de hombre me dijo que había cometido un asesinato. Me dijo el lugar exacto, el desguace de vehículos El árbol. En un principio, creía que se trataba de una broma pesada, pero no podía arriesgarme a perder la primicia de la noticia. En el segundo de los crímenes, sucedió igual: mismo día, el doce, pero del mes de agosto. Y en otro lugar, también apartado de la aglomeración, una urbanización abandonada debido a la burbuja inmobiliaria.

—¿Cómo se hizo con su número telefónico? —pregunta Casado.

—No lo sé. A mí me conoce mucha gente. Al cabo del día hablo con multitud de personas de todo tipo y lugar. Tengo confidentes que pueden haberse ido de la lengua y, a cambio de un dinero, dijesen mi número de teléfono. No sé.

—En ningún momento hace mención de sus profesiones. ¿Lo ignora o es parte de su moralidad? —Esta vez intervine Estigarribia. Los dos guardias civiles están echándose un pulso en el juego de poli bueno y poli malo. Uno es suave y educado; el otro, directo y brusco. Eusebio cree que juega con ventaja porque es conocedor de la maniobra de despiste al que está siendo sometido, pero ignora hacia dónde quiere ser guiado.

—Creo que usted sabe muy poco de periodismo. Voy a explicarle. Cuando nos dan un chivatazo de algo importante, a no ser que sea por

orden de un juez, no estamos obligados a ser generosos con nadie. A su pregunta si conocía o conozco la identidad o dedicación de las víctimas, no. Solo la noticia. Nada más.

Casado sabe que está mintiendo. Ningún periodista deja pasar por alto una jugosa información, si con eso puede sacar tajada. Pero entrar ahí sería una partida perdida, porque no hay nada con qué constatar sus sospechas. Pero las sorpresas no han terminado.

—Está bien. Pero si es así, ¿por qué le llamaron a usted para cubrir una información básica que cualquier otro periodista podría hacer? —Antes de darle tiempo a contestar, el sargento hace la misma pregunta, pero más directa—: O, mejor dicho, ¿usted me creería a mí si yo contestase lo mismo?

—No sé: nunca he pensado en eso. Yo recibí las llamadas, acudí, verifiqué e informé. En ese orden. Nada más.

Pero el Cherokee aprieta más las tuercas.

—Bien, bien, pero tengo otra duda. Ya ve, usted, tengo la mala costumbre de ser curioso. Mi mujer me lo suele decir mucho. Quizás sean los años… —dice con ironía y queriendo dar un toque de gracia —. De entre la carpeta, saca un recorte de periódico de dos años antes. Arrastra el papel entre la base de madera y la palma de su mano. El informador la coge. Echa un corto vistazo y mira con descaro al sargento.

—Es mío.

—Eso ya lo sé.

—Entonces…

—Quiero saber de dónde sacó esa vieja fotografía. ¿Por qué pone en el foco de atención a ese chico?

—Soy periodista, ya se lo he dicho varias veces. Nunca delato a mis fuentes, ni justifico mis métodos para hallar información.

De nuevo Estigarribia se dirige a él.

—¿Sabe lo que yo creo?

—¡Sorpréndame! —exclama con burla.

—¡Que usted es uno de estos chicos que salen en el retrato!

—No sabe qué está diciendo. Yo nunca he estado recluido en una inclusa. Tengo padres. Mi madre hace unos años que murió de cáncer, pero mi padre aún vive en la casa familiar en Segovia. —Sabe que está dando demasiados datos. Eso no es bueno.

—No dudo de que sea así, pero… puede que fuera adoptado después de abandonar aquel lugar tras el fuego. Es más —prosigue,

pero esta vez con una sólida prueba que hace que Casares se venga abajo. Justo delante de él, el sargento dibuja un círculo con un rotulador—. Mire, este de aquí se parece a usted. Encaja con su fisionomía. ¿Qué tiene que decir ahora?

Esto no está saliendo tal y como él ha planeado. El maldito cabrón del sargento ha descubierto su juego. Ahora está jodido.

—Le informo, señor Casares, que ha pasado de ser cooperante de la Guardia Civil a sospechoso. Coopere con nosotros y podremos hacer que su vida no sea tan complicada. Todo lo que usted ha leído de las cárceles le aseguro que no se aproxima a la realidad, porque son aún peores.

—¿Va a seguir con el cuento de que alguien llamó a su teléfono o va a comenzar a hablar de una vez? Porque, por el momento, usted es nuestro único sospechoso y acusado de cómplice —pregunta y añade Estigarribia.

Casares asiente. No tiene más opciones. Él solo ha caído en su propia trampa.

—En efecto, ese soy yo. Aquello era un infierno. Pero eso supongo que ya lo saben.

—No hace falta que entre en detalles. Como bien supone, estamos informados de todo.

—Ustedes quieren saber el paradero de Adelardo de la Hoz.

—Sí. Pero también el lugar donde ha escondido el cadáver de Tomás Villarta.

Villarta y Ledesma están escuchando toda la conversación desde el otro lado de la habitación. Un micrófono oculto debajo de la mesa permite que no pierdan el hilo. Sebastián tiene una imperiosa necesidad de entrar en la sala y de arrancarle la confesión a ese hijo de perra. Ahora comprende muchas cosas. Está en el ajo.

—Está detenido por cómplice y encubridor de los crímenes de Madrid. Así que antes de que usted comience a hablar, debe llamar a su abogado. Si no dispone de uno, el Estado le asignará uno de oficio. Por ahora, esperaremos —informa Estigarribia al detenido. Lo llevan a la celda mientras se presenta el letrado. A pesar de que está dispuesto a colaborar, no se arriesgan a interrogarle, porque su declaración podría quedar nula. Y ahora que lo tienen cogido por el cuello, no quieren echarlo a perder.

Los policías y la Guardia Civil saben que están más cerca de encontrar respuestas al caso. Casado se niega a acceder a que los

policías estén presentes en el interrogatorio. Eso intimidaría al sospechoso y se negaría a decir ni una palabra.

—Usted, mejor que yo, sabe que no es prudente. Lo tenemos acojonado.

—¡No es justo, sargento, y lo sabe! ¡Es nuestro caso! —replica el subinspector.

—Desde que hay relación entre los crímenes cometidos en Madrid y la de Tomás Villarta, ha pasado a manos de la Guardia Civil.

—Recuerde, sargento: yo estoy aquí por el Asesino estilista y por orden de mi comisario Gutiérrez. Y no voy a volver con las manos vacías ante él. Así que, si tiene usted algún problema, llámele, pero yo voy a interrogarlo —protesta Félix.

—Está bien, pero usted —dice señalando a Villarta— se queda aquí, esperando y viendo el interrogatorio desde el cristal. Y dejen de tocarme más los cojones si no quieren que los enchirone por obstrucción a la justicia.

La discusión se acaba con la presencia de la abogada de oficio, que dos horas más tarde ha llegado al cuartel. Siempre es Carmela Chicote la encargada de llevar los casos sin recursos. Pero esta vez han enviado a otra. Es la primera vez que aparece por el cuartel.

—¡Vaya, pensaba que vendría Carmela! —masculla por lo bajo, pero claro, para que Estigarribia lo oiga. La letrada se presenta.

—¡Soy Enriqueta Sanabria, la abogada de oficio para defender al señor Eusebio Casares!

Se saludan con falsas sonrisas, y la letrada se dirige a la sala de interrogatorios. El aire puede cortarse con las miradas de tirantez que se cruzan mientras esperan que un agente traiga al detenido.

—Bien, no perdamos más tiempo. Retomemos donde nos hemos quedado —sugiere Casado—. Pero esta vez, alguien se va a incorporar a nosotros, si no tiene inconveniente. —Se abre la puerta y entra Félix Ledesma.

70

—Vaya, nos volvemos a encontrar, señor Casares. Como ve, soy como Dios, me encuentro en todas partes. Ahora, me va a explicar a mí, ¿cómo es eso de las llamadas que de noche recibía para acudir a los lugares de los crímenes?

Eusebio traga saliva. Durante meses ha estado acosando a la policía con sus titulares. Algunos de ellos eran producto de sus confidentes, como aquella vez del tío que chuleaba a maduras para sacarles el dinero.

—Le repito, ¿sabía usted o no sabía a qué se dedicaban los chicos asesinados?

—Conteste a la pregunta —ordena la abogada.

—Sí. Lo sabía. Pero no podía publicarlo, porque si no, quedaría clara evidencia de que yo estaba implicado. Pero le juro que yo no tuve nada que ver con sus muertes. Me enteré cuando recibí la llamada.

—¿Qué le ordenaba?

—No era una orden. Como bien le he dicho antes a él —dice señalando con la cabeza a Casado—, en la primera llamada, un individuo me avisó de que había dejado un cuerpo abandonado en cierto lugar. En la segunda ocasión era el mismo *modus operandi*, solo que esa vez ya no lo puse en duda. Y sin más, acudí. No fue hasta la tercera llamada que no me confesó la identidad de los asesinados. Aunque, como podrán ustedes imaginar, era evidente, porque… —Se levanta de la silla y da un golpe en la mesa— ¡yo les hice a ustedes un favor! ¡Maldita sea! ¡Lo tenía todo para hacer una carnicería periodística!

—¡Siéntese y siga hablando! —ordena Ledesma con el semblante serio y con gestos intimidatorios. Cuando se hace el silencio en la sala, prosigue con el interrogatorio—: ¿Y qué le dijo en esas posteriores conversaciones?

—Me dijo que me conocía muy bien. Que yo era aquel niño llorón

que Manchas arañó en la pierna, el gato de don Casimiro, el cura cocinero. Y que por eso me iba a dar una primicia.

—¿Cuál? —pregunta Casado.

—Que los dos cadáveres pertenecían a la iglesia. Que eran dos jóvenes seminaristas. Pero llegó mucho más allá. Esa vez estaba muy generoso en sus argumentos. Me dijo que uno era español y que el otro fiambre era de nacionalidad sudamericana.

—¿Por qué cree que te reveló dicha información? —pregunta el subinspector.

—¡Y yo qué sé! ¡Tendría remordimiento de conciencia!

—Bueno, no creo que un asesino de su calaña sufra de remordimientos. ¿Sabes lo que yo pienso? —Sin dejarle opción para responder, Félix continúa hablando—: Pues que, al haber compartido convivencia en San Luis, sabía que podía contar contigo. Y el código entre ratas siempre queda oculto. Y tu silencio demuestra que no me equivoco. —Llegado a ese punto del interrogatorio, donde todas las cartas están expuestas, Ledesma deja de tratarlo de usted, para adquirir un tono más despótico y comienza a tutear al detenido sin contemplaciones, ni a medias tintas.

Al tiempo que está escuchando, el periodista niega con la cabeza las acusaciones del policía.

—¿No? Entonces, ¿por qué no acudiste a la policía a denunciar el caso? —insiste, pero esta vez dando un fuerte golpe sobre la base de metal—. ¡Y déjate de tonterías ni jueguecitos, que nos conocemos muy bien!

—Porque el artículo que escribí dos años antes sobre el incendio de San Luis me delataba. Además, puede que sea un incordio, pero no soy ningún tonto. Si yo en aquel momento hubiera descubierto las identidades de los cadáveres, ustedes me hubieran dado caza, y más con la necesidad imperiosa de hallar a los culpables.

Ledesma se queda con la última palabra que ha pronunciado. «Culpables». Nadie, ni siquiera la Guardia Civil sabe ese dato. Son detalles que no han salido de base de la policía nacional. Cada vez está más seguro de la implicación del gusano de Casares.

—¿Y por qué lo escribiste si sabías que alguno de aquellos chicos podría encontrarlo? —pregunta el subinspector, dejando al lado el incriminatorio comentario.

—Porque quería llamar la atención de uno en concreto: Adelardo de la Hoz.

Ledesma poco a poco va entendiendo la situación del individuo. Al final, todo es una conspiración de un pasado drástico que hoy en día ninguno de los involucrados ha podido olvidar. Pero no es eso lo que más teme; su peor sospecha es que no sean ni Adelardo ni Casares los únicos implicados, sino que sea un complot, como venganza a un sufrimiento continuado.

—¡Pues lo conseguiste! Pero ¿por qué?

—Porque al principio se preocupaba de los más pequeños. Pero después, se volvió uno de ellos. Era el diablo. Nos humillaba, de una manera, que ustedes jamás podrían imaginar. Nos sometía a torturas. Nos clavaba alfileres entre las uñas, por el mero hecho de saber quién tenía más resistencia al dolor. También vi cómo incendiaba el hospicio, con los sacerdotes encerrados. Pagaron justo por pecadores. Porque había algunos que nos protegían.

Ledesma sabe que ha caído en una incongruencia. Según la carta de Tomás, antes del suceso de incendio, todos los niños habían sido destinados a otros orfelinatos.

—Disculpa, pero con certeza sé que la noche del incendio no había ningún niño en el orfanato, pues todos fueron repartidos a otros lugares. Tan solo el tal Adelardo de la Hoz se mantuvo escondido, ya que él mismo fue el causante de dicha desgracia.

—Se equivoca. Mi compañero de litera y yo nos escondimos durante días. Pero nosotros permanecimos ocultos en un pequeño pasadizo secreto que había en un extremo de las habitaciones y que comunicaba con los aposentos del director. Lo descubrí por casualidad. Una noche, vi cómo una pesada alfombra comenzaba a moverse; después, se abría una puerta de madera del mismo tono que la que cubría los suelos, y de ahí apareció un sacerdote. En ese momento, supe la explicación de por qué yo aparecía muchas veces desnudo en la cama del rector.

—Si estabais escondidos en un pasadizo, ¿cómo es posible que vierais quién propagó el incendio? Es más, según tu declaración anterior, tú habías sido adoptado. En alguna de las dos cosas estás mintiendo. ¿Cuál es la verdad? —pregunta otra vez Ledesma.

Casares mira a su abogada para saber si debe de hablar o, por el contrario, permanecer en silencio. Ella asiente. Hasta ahora no ha dicho nada que pueda comprometer a su cliente.

—El pasadizo que comunicaba las habitaciones con la del director tenía una salida al exterior. Había una puerta muy estrecha y

enrejada; era más bien un espacio excavado posterior a la construcción del túnel. Seguro que con la intención de llevar las actividades criminales y sádicas fuera de los muros de San Luis. Desde ese lado podía verse la parte del ala norte, justo donde comenzó el incendio. Y desde allí, mi compañero y yo fuimos testigos de cómo Adelardo prendía fuego a unos trapos y los arrojaba por las ventanas. Yo por aquella época tendría unos diez años, y el chico que me acompañaba, algo mayor. Pero, aun así, teníamos la edad suficiente para saber que debíamos seguir escondidos hasta que todo el peligro hubiera pasado.

—Bien, eso explica una parte, pero a mi segunda pregunta…

Antes de que prosiguiera con el interrogatorio, el periodista se adelantó. No quería darles un respiro a los investigadores, porque cualquier mínima duda lo llevaría a la cárcel.

—Durante el incendio, nos alejamos todo lo que pudimos de la pequeña puerta, por donde comenzó a extenderse el humo negro y espeso. La base del suelo, que a la vez constituía el techo de la garganta de piedra, comenzó a recalentarse. Escuchábamos crujir las vigas y los muebles de madera, y aún por las noches tengo grabados en mi memoria los gritos y lamentos de los sacerdotes siendo consumidos por las llamas. Pero a pesar del calor, resistimos, porque sabíamos que, si Adelardo nos veía, sería nuestro fin. No recuerdo cuánto tiempo estuvimos allí escondidos. ¿Dos o tres días? Pero éramos conscientes de que, sin agua ni comida, pronto tendríamos que abandonar el lugar. Cuando salimos del zulo, todo estaba arrasado. Tal y como si hubiera pasado un huracán. Nada había sobrevivido a la colosal deflagración. Muebles, puertas, techos y demás todavía estaban calientes y desprendían humo. Las magníficas lámparas tan solo eran restos de metal. Y los cristales habían estallado como pompas de jabón, dejando descubiertos los grandes ventanales, que parecían dentelladas de lobos. La iglesia había sido cebo de las voraces llamaradas. Los retablos eran como chorreras derretidas, como los relojes del cuadro de Dalí. Las imágenes de la Inmaculada y del busto de Dios tampoco tuvieron mejor estrella. Los bancos eran una masa de cenizas donde quedarían para siempre condenadas al olvido las oraciones dominicales, nuestras súplicas a Dios y el dolor de rodillas mientras mientras la inocencia nos permitía creer en la fe. Porque nuestros yerros tan solo se limitaban a rechazar el incomible alimento que nos suministraban. A excepción del cáliz de oro y dos

copas de plata, que sospecho que Adelardo robó, todo lo demás, junto con las vestiduras litúrgicas que pendían de unos percheros, como un espectáculo circense, las ciclópeas colas de fuego encineraron aquella extraña belleza. Nosotros solo cogimos algunos víveres de las despensas habilitadas para los eclesiásticos, y que, al estar escondidas bajo los escombros, se salvaron. Los jamones y chorizos eran una dulce bendición para nuestros ojos. Allí estuvimos algunas semanas más, hasta que dimos fin con las reservas. Por primera vez probamos el vino. Dormíamos incluso entre salazones y conservas de las alacenas. Pero como bien le digo, subinspector Ledesma, después nos marchamos de allí. Nos presentamos ante un convento que encontramos en nuestro camino, creo que todavía existe. El convento de las Blancas. Ellas, a la vez, nos trasladaron a otro orfanato, y allí fue donde, por suerte, fui adoptado. Mi amigo fue trasladado a otro sitio, y ya nunca más supe de él. Para mí fue una bendición, porque un niño que ya rozaba la adolescencia no disponía de muchas opciones para ser querido por alguien. Creo que mi apariencia de debilucho y de enclenque me valió para tener una familia. Y esa es mi historia. Puede creerla o no, pero le estoy diciendo la pura verdad.

Su declaración corrobora parte de la confesión que contiene la carta de Tomás Villarta. Pero aún quedan otras cosas pendientes.

—Bien, ha sido una historia muy conmovedora. No lo voy a negar. Como bien dices, puedo creérmela o no. Pero has vuelto a dejar en el aire algunas cuestiones, que me importan mucho más que las proezas de tu vida. ¿De dónde sacaste la fotografía que publicaste en el artículo?

—Estaba revuelta entre varios papeles expandidos por el suelo.

—¿Sabes el paradero actual de Adelardo de la Hoz? —Ledesma rota la batería de preguntas, para que el sospechoso no se sienta seguro.

—Le juro que no.

—¿También te informó él de la desaparición del cadáver del Anatómico Forense de Cuenca? ¿Antes o después de cometer el robo?

Casares deposita la vista en la abogada. Esta asiente para que responda.

—Después. Me telefoneó mientras conducía.

—¿Puedes decirnos la hora aproximada de la llamada?

—No, pero ustedes tienen mi teléfono. ¡Averígüenlo! —El periodista cree que les ha puesto un nuevo tropiezo, pero no es consciente de con quién se está jugando su libertad.

—Ya lo hemos hecho. Y sabemos que a este número no te ha llamado. Así que no nos tomes por tontos; te conviene tenernos de tu parte. Además, a estas horas, Adelardo ya debe de saber que estás declarando. Tú mejor que nadie sabes lo que eso significa.

Casares calla. Todas sus tretas están quedando al descubierto. A veces olvida a quién se está enfrentando.

—Y bien, ahora nos vas a decir todo lo que queremos saber. Para empezar, dinos hacia qué hora aproximada te llamó. Y por supuesto, la localización de tu otro celular. Queremos comprobar que no estás intentado metérnosla otra vez.

—De acuerdo. Me llamó más o menos a las cinco o cinco y quince de la madrugada. Compruébenlo si quieren. Mi teléfono está guardado en un fondo falso que hay en una maleta de color negro, en el armario del hotel. Les juro que les estoy diciendo la verdad.

71

¡Esperen! —dice el informador antes de que Casado salga para solicitar y dar la orden de registro—. Pude oír el ruido de un motor en marcha. Pero por la claridad de la voz, deduje que aún no estaba en carretera. El vehículo sonaba como a un viejo cacharro. No sé si puede tener importancia o no.

¡La tiene! ¡Claro que la tiene!

Eso confirma las conjeturas de Casado el día del robo del cuerpo. Quien se llevara el cadáver tenía que disponer de un furgón o vehículo semejante. Un fiambre congelado no es un muñeco de Lego.

—¿Y qué hiciste tras recibir la llamada?

—De inmediato, salí de la cama y conduje todo el trayecto desde Madrid hasta Cuenca, de un tirón. En una hora y media o algo más, estaba frente al Anatómico Forense. Ahí permanecí vigilante, sin perder detalle alguno, pero sin acercarme demasiado al perímetro. Supuse que las cámaras de seguridad volvían a estar en pleno funcionamiento. Por nada quería entrar en el plano de vigilancia. Eso podría traerme grandes problemas. Pero supuse que la única manera de saber que no se trataba de un farol era esperar a que dieran la voz de alarma. Y así fue cómo el sargento Casado y yo nos conocimos, ¿verdad?

—Sí, es cierto.

—Está bien. Supongamos que creo tu declaración. Imaginemos que querías destapar a Adelardo de la Hoz con tu artículo del dos mil siete. Pero una vez que has llevado a cabo tu cometido, ¿por qué no has regresado a Madrid? ¿Por qué nos has seguido hasta aquí? —comenta y pregunta Ledesma. Y antes de que conteste, responde por él—: Porque sabes que esto aún puede empeorar. ¿Verdad que sí? Esperas a que suceda algo más. Yo solo ruego a Dios que no nos estés ocultando nada. Porque si no, juro que te pudrirás en la cárcel.

—Está usted amenazando a mi cliente. ¡Y eso es intolerable! —replica la abogada.

—No, señora; no estoy amenazándole. Todo lo contrario. Creo que, en la cárcel, estará más seguro que ahí fuera —dice el subinspector señalando la puerta.

—Le juro que no sé nada más. Pero sé que va a volver a ponerse en contacto conmigo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque en la madrugada de hoy, ha dicho que daría de qué hablar. Mucho me temo que está planeando otro asesinato. Pero no sé ni dónde, ni tampoco cuándo.

Tanto Ledesma como el sargento se han puesto en alerta. A toda costa deben evitarlo.

A las oficinas del cuartel ha llegado un fax con el retrato robot de Adelardo de la Hoz. Un agente se lo hace llegar a Sebastián y al cabo, que nada más ver las imágenes, envía a un agente a que salgan de la sala de interrogatorios. Con la autorización del juez encargado del caso, por correo electrónico distribuyen la foto por todas las comisarías de policía y los cuarteles de la Guardia Civil del país. Aún no saben los detalles físicos del sospechoso; tan solo tienen plasmados algunos rasgos, según los datos aportados por los testigos. Para mayor impedimento, unos recuerdan sus ojos rasgados, con barba y pelo. Otros, en cambio, lo dibujan calvo, con cicatriz y de mirada profunda. Por fortuna, parten desde los patrones de la fotografía de su infancia. A partir de ese momento, muchos de los coches patrullas han pegado a los cristales el retrato del sospechoso. En un corto intervalo de tiempo, la imagen en blanco y negro de Adelardo de la Hoz está distribuida en sitios públicos, tiendas de alimentación y centros comerciales de la zona. La caza al asesino ha comenzado.

Entre tanto, Ledesma y Casado continúan con el interrogatorio. Mismas preguntas una y otra vez. Quieren llevar al detenido al límite para comprobar si cae en contradicciones. Pero o es muy astuto, o dice la verdad.

De pronto, el subinspector recuerda un caso que resolvieron gracias a la identificación de unos ruidos de fondo que el secuestrado pudo reconocer.

—Casares, tú has dicho antes que cuando te llamó por teléfono, poco después de robar el cadáver, supiste que iba en un vehículo porque oíste el ruido del motor.

—Sí, eso he dicho.

—El vehículo, deduzco que debía de ser un todoterreno o una

furgoneta. Como también has hecho mención del cacharro. Porque insisto que en un turismo normal no entraría un cadáver congelado. Por lo tanto, ¿quieres decir que tenía intención de adentrarse en los campos para esconder el cuerpo?

—No sé, imagino. Pero yo no estoy conectado por un cable a su jodida cabeza.

Comienza a caminar de un lado a otro de la habitación. Tal y como a veces hace su jefe, el inspector Villarta.

—¿Nos disculpas un momento a mi compañero y a mí? Enseguida volvemos.

Salen los dos de la habitación y van en busca del cabo y del inspector. Es la una de la madrugada. Están agotados. Estos dos últimos días han sido aplastantes para todos. Pero detenerse ahora, que están a punto de encontrar al asesino, no está en los planes del pequeño equipo.

—Jefe, según el anónimo, todo es un juego.

Como si de nuevo fuera aquel chico que circulaba a toda pastilla por los largos pasillos del orfanatorio subido en un triciclo de tres ruedas y de azul metalizado, recuerda algo que persiste en su memoria; las grandes puertas de madera.

—Quizás todos los niños que vivieron allí recuerden algo en concreto que marcara sus vidas para siempre. Puede ser una palabra, un olor o cualquier cosa. Además, según mi propia experiencia como policía, todos los asesinos en serie se dejan llevar por una horma mental.

—Tiene razón, jefe. Le preguntaremos por sus recuerdos, y si alguno de ellos ha marcado su apestosa existencia.

Entran, pero esta vez con otra nueva estrategia. Y toma la palabra el sargento Casado.

—Sabe, yo de pequeño recuerdo el sabor amargo del chocolate Josefillo. Mi madre solía derretirlo en un cazo y a fuego lento.

La abogada mira sin entender nada, pero está segura de que esa curiosidad tiene una explicación. Ser nostálgico no le pega. Algo se trae entre manos. Conoce bien a la gente como el sargento.

—Y eso, ¿qué tiene que ver conmigo?

—¿Tú no tienes ningún recuerdo de tus años en la inclusa?

—No. Todos mis recuerdos fueron borrados cuando mis padres me adoptaron. Desde ese día, comencé a fabricar otros nuevos —contesta.

—Ya, pero eso es inevitable. Por mucho que nos forcemos en

olvidar nuestro pasado, a veces resulta imposible. Y a las pruebas me remito. Tú no lo has conseguido; de lo contrario, no te encontrarías en esta situación.

—Cuando jugábamos en el patio de grandes muros, siempre me quedaba mirando hasta dónde llegaban con su altura. Me parecían infinitos. No sé si eso ayuda mucho.

—Bueno, eso es algo, pero… ¿no puedes ser más concreto?

Entonces perpetúa algo que le dijo una vez Adelardo, cuando estaban jugando en el patio. Un día comentó que el doce sería para siempre su número y así se lo explicó al cabo.

—¿Sabes por qué motivo?

—Nunca me lo dijo, pero con el tiempo lo conseguí adivinar. Después supe que todos los que estábamos allí internados nos fijamos en lo mismo. Aquel maldito número era algo que todos teníamos en común. En nuestras almas de niños se había marcado la insignia de algo malévolo. Pero claro, de eso no fuimos conscientes hasta que no llevábamos un tiempo entre las altas tapias del orfelinato.

La tensión está cada vez más tirante. A lo mejor están a un paso de echar el guante al asesino y de encontrar el cuerpo de Tomás Villarta. Y que, de una vez, acabe la maldita pesadilla.

—Por las ventanas, entre otras cosas —responde con voz muy quebrada. Ledesma sabe que ha tocado el trasfondo de Casares.

72

Ninguno de los presentes, ni tampoco Villarta ni Estigarribia, que siguen escuchando todo el interrogatorio desde la sala contigua, comprenden nada. Es una respuesta sin lógica. Cree que les está tomando el pelo.

—Explícate, por favor.

—Doce era el número de ventanas que había en cada una de las paredes que formaban el patio cuadrangular. Doce, ni una más, ni una menos.

—¿Y esas otras cosas a las que antes has hecho mención? —pregunta Ledesma.

Eusebio traga saliva, porque de repente se siente muy sediento. Desde el primer instante que comenzó a vivir con la familia que lo adoptó se empeñó en olvidar. «Aquello que no existe ya no hace daño», se ha repetido hasta el punto de llegar a creérselo. Y ahora, sentado en la silla incómoda y dura de la sala de interrogatorio del cuartel, frente a frente con un guardia civil y su viejo conocido, el perro fiel del inspector Villarta, percibe su otra realidad; esa que siempre ha querido negarse.

—¡Responde a la pregunta! —insiste el sargento.

—Doce eran los curas que componían el clan sacerdotal del orfelinato, ni uno más, ni uno menos. Además, si alguno de ellos enfermaba o moría, enseguida agregaban a otro a su nauseabunda secta. Pero eso no era lo peor. Lo más macabro era que esa misma cifra eran los días que transcurrían desde que los niños llegábamos a San Luis hasta que éramos iniciados en el juego y con las reglas de los adultos, todo según el director anterior y posterior a don Herminio. Y doce son los años de edad en los que perdían interés en nosotros, y ahí era cuando más peligro corrían nuestras vidas. Ya no éramos objetos de placer, sino unos chicos muy caros de mantener. Pero a pesar de eso, no nos daban la libertad. Éramos testigos de sus atrocidades. Y dentro de su círculo nos tenían controlados. Pero tampoco se atrevían

a mirarnos a los ojos y matarnos, así que optaron por una forma más digna, para ellos: dejarnos morir de hambre. Pero no ocurrió gracias a la cocinera, que a escondidas nos llevaba a los camastros la comida sobrante del día. Ella siempre nos decía que tenía órdenes directas del rector de que no nos sirvieran alimentos, porque estábamos cumpliendo un castigo. Gracias a la bondad de esa mujer, sobrevivimos. Los vigilantes también cooperaban. Por las noches, a las diez y antes de que las luces se apagasen, siempre hacían una última ronda por las habitaciones. Ellos nos veían comiendo escondidos entre las mantas, y jamás nos delataron.

Casado y Ledesma se miran entre sí. Los dos de inmediato saben el alcance de la confesión de Casares. Lo que no acaban de entender es por qué su abogada no ha hecho nada para evitarlo. Algo comienza a oler mal en este asunto. Sin obviar la palabra clave: «culpables».

Desde el otro lado de la sala, Sebastián se levanta guiado por un acelerado impulso. Y da un fuerte golpe en el cristal que comunica con la sala de interrogatorio. De inmediato, Casado sale del interior y acude donde su cabo está intentando retener a Villarta. Sabe que, si entra ahí, arruinará el caso.

—¡Ese malnacido sabe desde el primer momento quién soy yo! ¡Por eso todos estos años se ha pegado a mí como una sombra! ¡Maldito cabrón! ¡Voy a matarle!

—No, inspector; usted no va a hacer nada de eso.

—¡Déjeme en paz! ¿Usted no lo entiende?

—Por edad, yo podría ser casi su padre. Y como si así fuera, voy a hablarle. Si yo le dejo entrar ahí le diré lo que ocurrirá: usted lo acusará y después lo golpeará, porque ahora mismo es una olla a presión. Su abogada anulará la declaración, alegando que su cliente ha sido coaccionado y golpeado. En resumen, nos quedaremos sin caso. Su carrera se verá manchada y usted terminará poniendo multas de tráfico. Y lo que es peor aún, su madre jamás va a perdonarle si esto impide que encuentre el cuerpo de su padre. ¿Es lo que quiere? Porque si es así, ¡adelante, hijo! ¡Entre y jódase la vida para siempre!

Sus puños siguen cerrados, y las venas de las manos son dragones echando fuego. El corazón parece estar en el cielo de la boca, porque sus latidos son como los de un caballo desbocado. Aprieta los dientes para no gritar. Y de sus ojos brillan unas lágrimas, pero logra contenerse. No así consigue detener toda la rabia y da un puñetazo a la puerta, provocando un profundo boquete. Por los cristales ven a

Ledesma con semblante muy serio. Y escuchan cómo arremete contra el detenido.

—Casares, tú mismo te has delatado.

Eusebio no comprende. Él no ha confesado nada. Solo se ha dejado llevar.

—Te doy un consejo: la próxima vez acude a un psiquiatra; te saldrá más barato —le sugiere bromeando Félix Ledesma. Nada le gusta más que exterminar a uno de los malos con uno de sus chistes.

—Con esa confesión, acabas de dejar claro que desde el principio has estado acosando con alevosía al inspector jefe Villarta, porque desde siempre has sabido de quién es hijo. Y aquí también me incluyo yo, porque a los dos nos has estado fastidiando con tu presencia. Te has entrometido en nuestros casos, llegando a poner en peligro la vida de inocentes con tus publicaciones. Nos has estado jodiendo la existencia, y solo porque tenías hambre de venganza. Eres igual que Adelardo.

El ego del periodista ha sido herido. Se ha dejado llevar por la emoción y ha confesado su gran secreto. Lo que es imperdonable es que su abogada siga sentada a su lado como si todo entrara dentro de lo habitual. No ha intercedido por él. Ni siquiera ha intentado detenerle. La mira, y quiere aferrarse a su cuello para estrangularla. ¡Maldita zorra subida en unos tacones!

Todos están perplejos. Ninguno de ellos hubiera adivinado jamás la explicación del dígito doce. Pero ahora todo tiene su razón.

A Estigarribia se le encienden todas las alarmas.

—Conozco un lugar con semejantes características. No estoy seguro de nada, pero vale la pena intentarlo.

Villarta, con cierta incredulidad, contempla al joven guardia civil. No quiere aventurarse en algo con posibilidad de un resultado adverso.

—No sé, cabo; usted mismo acaba de decir que no hay garantías de que allí estén los restos de mi padre. Además, no recuerdo ningún lugar parecido al descrito por nuestro sospechoso. ¿Y si todo, una vez más, se trata de una invención para desviarnos del caso?

—Inspector Villarta —comenta Casado—, puede que tenga razón en lo que acaba de decir, pero no perdemos nada intentándolo. Creo que deberíamos seguir la intuición del cabo. Es la única manera de no arrepentirnos. La derrota más grande es no intentarlo.

Como puntos cardinales de la investigación, los cuatro vuelven a

reactivar todas sus esperanzas.

En la sala contigua sigue esperando el periodista, que ha perdido todo el temple del que siempre ha gozado. Cuando del pasado y del incendio rescató las viejas fotografías y los negativos, de entre los archivos guardados en los cajones de uno de los muebles, lo hizo con una sola intención: vengarse de Adelardo. Además, lo ha investigado y sabe que está muy vinculado con mafias y gente indeseable. Ahora mismo podría estar vigilado por uno de esos tipos. Debe cooperar cuanto le sea posible. Apelará a la conciencia del inspector Villarta, si lo estima oportuno. Ahora es cuestión de supervivencia, tal y como sucedía en San Luis. Debe cumplir cuanto esté a su alcance, para que Sebastián lo siga necesitando. Tiene que volverse imprescindible. Por el momento, él es su salvación. No dispone de amigos para que le protejan el culo. Está solo. Nadie va a querer echarle un capote. Ha pasado por encima del orgullo de mucha gente. Hasta del de su propia familia adoptiva. Todo depende de su suspicacia. No hay margen para los errores, o cuando pise de nuevo la calle, estará envuelto en una caja de madera.

Su abogada de oficio hace media hora que lo ha abandonado para fumarse un pitillo en la calle. Esa mujer tiene algo que lo tranquiliza e inquieta a partes iguales. Nunca le gustaron las mujeres fulminantes que suscitan poder. Él nunca ha tenido novia, ni siquiera ha tonteado con una chica. Jamás ha probado los besos de pasión. A las prostitutas que frecuenta no se les permite besar a los clientes. Entra en un burdel, pide dos copas, una para él y otra para la muchacha que escoge nada más pasar por la puerta. Suben a una habitación. Se desnudan. Él siempre se pone abajo, porque su estatura es un problema. La puta cabalga sobre él. No hay espacios para cerrar los ojos e imaginar que hay amor. Hasta los gemidos son fingidos, y bien pagados. Ni siquiera sabe qué diferencia hay entre una relación de verdad y una sufragada. Su regla es no trabajar con compañeras en su profesión. Y ahora, como castigo, está bajo la defensa de una. En cuanto pueda, se conseguirá un abogado. Tendría que recurrir a su padre. Y eso es lo último que desea. Sabe que jamás lo ha querido como hijo. De hecho, solo lleva los apellidos de su madre. Ella era una gran mujer. Débil, paliducha, no muy bonita, la verdad. Casares siempre ha creído que consiguió marido tan solo por su fortuna. Cuando ella murió, la herencia pasó a su esposo, porque tenían redactado el testamento de una manera un tanto peculiar: al morir

uno de los cónyuges, todo pasaba al poder del viudo. Las esperanzas de heredar algún día tras el fallecimiento del marido de su progenitora quedaron extinguidas desde que, un año después de enviudar, volviera a contraer matrimonio con una mujer al menos treinta años menor que el viejo. Y para más inri, habían tenido descendencia. Adiós a todo lo que por unos años había creído como legítimo. Está condenado a no ver ni un céntimo. Y todos sus ahorros han sido lapidados en juergas, prostitución, juego… ¡Claro que sí! ¡Para qué privarse de nada! También es cocainómano. Demasiados vicios para ser pobre.

73

Ya han pasado cinco días desde la muerte de Tomás Villarta y cuatro desde la desaparición del cuerpo. Sin embargo, en el plano espacio temporal del cerebro de Adelardo, el tiempo se escapa mucho más deprisa. Hay momentos en los que planea la muerte de su víctima, creyendo que aún no lo ha hecho. Cuando su instinto se hace cada vez más monstruoso, cuando necesita tanto matar, como un drogadicto su chute de heroína, no repara en límites, ni consecuencias. Piensa, imagina y actúa. Sin embargo, la muerte de Matías y de Tomás es algo que ha vivido en su cabeza desde la huida en la noche del incendio. Aunque él sabe que sus asesinatos han sido por otro motivo. Algo que jamás ha confesado a nadie. Ella, siempre ella está en sus pensamientos. Esa mujer que el paso del tiempo, lejos de amedrentar su recuerdo, ha resistido en su memoria. Se ha hecho fuerte, tanto como esa voz que lo domina. Ella es un deseo incontrolado, es una obsesión, a veces, tan intensa como el perfume del incienso que impregnaba el aire que se respiraba en la misa de los domingos, cuando los curas le obligaban a rezar de rodillas en un banco de la iglesia. O tan vivo como el apestoso aliento a vino peleón, que emanaba de la boca del sacerdote mientras le gemía en el oído durante cada embestida.

Adelardo sigue recordando.

Llevaba años de conformación, cometiendo los asesinatos de prostitutas. Pero esa maldita foto del pasado, donde el famélico periodista lo señalaba como víctima o verdugo, dio un giro a su mundo. Desde un principio supo que alguien que tenía que ver con el orfelinato estaba detrás de todo. Porque no había razón ni interés en solventar algo de varias décadas atrás. En aquel momento no sabía por dónde comenzar a buscar. Todos aquellos niños del retrato podrían ser como él; asesinos y depredadores, personas rotas y sin solución. Pero el buen destino una noche se cruzó en su camino. Mientras estaba vigilando a una prostituta, la destinataria de sus maquiavélicos juegos,

vio salir a un hombre. Su cara le resultó familiar. Pelo zanahoria, tísico y bajito. Por unos instantes cerró los ojos, y se acordó de aquel chico con voz de pito y llorón. Sin duda, el mismo por el que se despertó su voz asesina, por quien asesinó al indefenso gatito Manchas. Era él. Cuando abandonó el prostíbulo en su vehículo ridículo y grande, para un hombrecillo de sus características, lo siguió. Durante semanas, se convirtió en su único problema. Averiguó que era periodista, su dirección, su periódico, e incluso sus más remotos vicios. Fue su sombra. Pero por lo visto, no era solo él quien lo estaba buscando. Gracias a aquel artículo y fotografía, otros criminales también estaban detrás de su paradero. Todos querían utilizarlo con el mismo fin. Algunos estaban en esa maldita imagen. Pero ese no era su problema. Su única meta era que ninguno lo encontrara antes que él.

Una noche, cuando el periodista salió a su puntual cita con una partida de póker, Adelardo se adentró en su domicilio. El apartamento era pequeño, pero muy bien organizado y limpio. No había nada fuera de su lugar. Todo tenía un orden. Hasta los CD o antiguos vinilos estaban clasificados por fechas y por orden alfabético. Adelardo tenía la sensación de que cualquier mínima cosa que moviera un milímetro quedaría constancia de ello en el ambiente. El salón estaba separado de la cocina por una pequeña isla de mármol. Los muebles habían visto mejores tiempos, pero se notaban que estaban muy cuidados. Un baño estrecho y largo, acomodado todo a su medida, a excepción del lavabo y del espejo que estaba muy por encima de la estatura de Casares. Justo en un rincón había un cajón con dos peldaños. Supuso que sería para acceder al aseo en el lavamanos. Siguió inspeccionando. Tras la última puerta estaba su habitación. «Una gran cama, para tan poco cuerpo», pensó Adelardo. Abrió las mesitas de noche, esperando hallar algo fuera de lugar. Nada, todo seguía el mismo protocolo que en toda la casa. Tan solo quería encontrar cualquier cosa que comprometiera al gusano llorón. Nadie tiene la vida tan limpia. Abrió el armario empotrado, y halló chaquetas y camisas de mangas pequeñas. Entre los pantalones y zapatos de duende dio con un falso fondo de madera. Lo palpó. Al tacto comprobó que sonaba hueco. Con la punta de la navaja que siempre llevaba encima consiguió levantar la aparente base. De otra manera no podía ser. Ordenado por fechas, había toda clase de papeles, fotos y viejos negativos de alguna antigua cámara fotográfica. Imaginó que Casares no regresaría hasta que no perdiera o ganara hasta el último céntimo de su cartera. Tenía tiempo

suficiente hasta que volviera el Canijo. Y cuando creía que ya nada podía sorprenderle, cogió los negativos de los retratos, se encerró en el baño, encendió la luz potente del espejo y comenzó a observar la tira de plástico. Las imágenes eran escalofriantes. Las recordaba con toda claridad. Pero le esperaba algo aún más jugoso. Sonrió satisfecho del hallazgo. El periodista ya era suyo. Se guardó todo en un bolsillo de su cazadora, y se marchó.

Desde su descubrimiento, Adelardo no ha dejado de vigilarlo. A su causa se ha sumado Sandra. Su fiel perra. Sí, después de cuidar de ella y curar todas sus heridas, ahora es su discípula. Y a veces es más cruel que el maestro. Es una alumna aventajada. Muchas veces le pregunta: «¿Qué es lo que sientes cuando tienes el destino de otra vida en tus manos?». «Satisfacción» siempre es su respuesta. Desde que se encarga de la búsqueda de la candidata para ocupar el número once, lugar que le correspondía a ella, Sandra es muy selecta. Adelardo tiene la memoria y archivos del iPhone repleta de fotos captadas por el objetivo de la cámara de su móvil. Pero por el momento, ninguna lo ha cautivado. Tan solo la panadera reúne todos los atributos para ser la elegida.

La panadera, la dulce y apetecible panadera. De ojos claros y de piel exquisita. Ella debe ser para su colección. Porque ella, y solo ella, se parece tanto a su musa, la mujer que desde siempre se ha enredado en sus pensamientos. Sabe que todas a quienes tortura y asesina son meras copias. Confía en sus planes. Lo ha imaginado millones de veces, y si juega bien sus cartas, puede culminar su obsesión con gran éxito. ¡Eso sería la proeza y el reto mayor de su existencia!

74

Eusebio está en la sala de interrogatorio. Sus músculos están agarrotados de toda la tensión acumulada en sus piernas y brazos. Se acuerda de algo, pero… espera a que entre en la sala su abogada. Otra en su lugar ya se habría ido a su casa. Ella permanece con él. Quizás este sea su único trabajo y trabaje por horas y casos resueltos. O también que nadie la espere en ninguna parte y que prefiera tomarse los aguachirris de café y sándwiches fríos de la máquina expendedora del cuartel. Pero lo que quiere decirle, quema sus entrañas. Su impaciencia está al límite. Cuando está a punto de levantarse para dirigirse al espejo por el que está siendo vigilado, la letrada entra en la habitación de interrogatorio.

—Quiero hablar con los policías. Tengo algo que decirles.

—Antes, creo que debe decírmelo a mí. Y yo creeré si es importante o no —contesta al tiempo que le entrega un vaso de plástico con un café caliente.

Él rechaza el ofrecimiento de la letrada. Pero ella insiste en que se tome el contenido del vaso.

—Le sentará bien beber algo caliente. Lleva mucho tiempo aquí encerrado.

La insistencia de su abogada le hace sospechar de inmediato. Ha visto demasiadas conspiraciones en su carrera de periodismo como para percibir que algo no anda bien. Desde que es periodista, ha sido testigo de la caída de altas torres. Incluso aquellos que siempre se han creído intocables tanto en política como en finanzas han sucumbido de la alta sociedad. Algunos están en cárceles, otros quizás apartados de la vida para la que se han preparado, y otros han pasado al horizonte de lo desconocido bajo tres metros de tierra. Ante los ojos de Casares y en minutos, la percepción del perfil de su abogada ha dado un contundente giro; ya no la ve como a una mujer entregada a su causa y trabajo, sino todo lo contrario, tiene la certeza de que no es trigo limpio. Además, hay algo en ella que le resulta familiar. Puede

que se la haya encontrado en algún juzgado, durante el seguimiento de algún importante caso.

—Dígame eso que quiere decirles a ellos. Si es tan importante, podría ser su paso a la libertad.

—Nada, seguro que no es nada. Créame —responde Casares.

Poco después, entran dos guardias civiles a la sala. Antes de llevárselo, lo esposan con las manos a la espalda.

—¿Adónde se lo llevan? —reclama la letrada.

—A la celda.

—Pero… nadie nos ha avisado de que el interrogatorio ha terminado —protesta sin cesar.

—Nosotros cumplimos órdenes. Si tiene algún problema, diríjase a mi sargento.

Mientras los agentes se llevan al detenido por los pasillos del cuartel hacia la desembocadura de unas escaleras, la abogada se encamina al despacho. El cabo Estigarribia atiende la reclamación, que trae consigo matices de indignación.

—¡Quiero una explicación de por qué no continúa el interrogatorio!

—Debemos atender una urgencia. A primeras horas de la mañana, proseguiremos. Tómeselo como un descanso —contesta cerrando la puerta del despacho, donde los principales ejes de la investigación están reunidos. La abogada alcanza a ver un mapa extendido sobre la superficie de la mesa. Todas sus alarmas se disparan. Está sucediendo algo. No puede informar de nada, porque estaría incurriendo en un error o una falsa pista. Intenta permanecer más tiempo junto a la puerta; un agente se percata de su extrema curiosidad y la acompaña hasta la salida. Son más de las tres de la madrugada. Las calles están solitarias. Pero no desiste en su empeño por averiguar qué se traen entre manos la Guardia Civil y esos policías. Debe ganarles en ventaja y avisar de inmediato. Tal y como ha hecho, nada más enterarse de la detención del periodista. Desde hace un año, no es capaz de distinguir los límites entre el bien y el mal. Sandra aún no entiende cómo el estúpido de Casares no la ha reconocido. ¿Cuántas noches de sábados ha pasado dentro de ella? ¿A cuántos juegos sexuales ha sido sometida? ¿Cuántas veces la ha obligado a coger el dinero, con sus propios dientes, del mugroso colchón repleto de jugos seminales, tras haberla cabalgado? Sandra no olvida sus manos de dedos finos como agujas, y huesudos, explorando los recónditos lugares y el triángulo de sus muslos. A pesar de que podría levantarse sin problema de la cama,

y cambiar la posición de sus cuerpos, estaba condenada a dejarse asfixiar para subir sus honorarios. Incluso ha saboreado su semen para culminar su placer. ¿Y el gusano de Casares no la ha reconocido? Aunque de un tipo así, puede creérselo todo. Adelardo le ha enseñado esa horrible foto. Quizás engañe a otra gente, pero no a quien conoce su verdadero fondo. Y en una de esas noches de sexo, en un descuido, desde el teléfono móvil de Casares se hizo una llamada a su propio celular, después borró todo rastro del registro de llamadas salientes. Así se hizo con la numeración telefónica del informador. Eusebio, como todos sus clientes, siempre se ha fijado más en su cuerpo que en su rostro. Además, desde que es la obediente cooperante de Adelardo, ha aprendido algunos de sus trucos. Pelucas, cuñas camufladas en botas altas para así superar su altura y técnicas de maquillaje con las que disimular la cicatriz de su hermoso rostro. Y las lentillas con las que cambiar la tonalidad de sus azules ojos. En un año, ha aprendido más con Adelardo que en cien mil noches de prostitución.

Mientras, en el despacho del sargento Casado, Estigarribia prosigue dando las indicaciones y aclarando sus sospechas. Pero antes comenta algo que preocupa al grupo.

—Creo que esa abogada no es de fiar. Y mi radar para detectar a indeseables no suele errar mucho —continúa hablando; no quiere desviar la atención de lo que importa en verdad—: Como les iba diciendo antes de ser interrumpidos, en este lugar puede encontrarse el cadáver de su padre. No estoy al cien por cien seguro, aunque… no perdemos nada por ir y echar un vistazo. Pero debemos hacerlo de inmediato, antes de que Adelardo pueda olerse algo y tenga tiempo de desenterrar el cuerpo para ocultarlo en otro sitio.

Todos confían en Estigarribia, pero Sebastián necesita saber por qué cree que su padre puede hallarse allí.

—Mire, yo solo sé que un asesino en serie siempre se mueve por un patrón. El nuestro, según la información que manejamos, es un hombre que tiene mucho resentimiento debido a un drástico pasado. También, por supuesto, recrea en sus víctimas sus propios miedos y experiencias, e incluso exagera las mutilaciones y agravios porque eso le provoca placer y alivio. Hasta en *post mortem* sigue su violencia, haciendo profundos cortes en los cadáveres, para luego disfrazarlos y provocarles humillación.

—Sí, así es, cabo. Pero sigue sin responderme a mi pregunta —alega Villarta.

—Para que ustedes me entiendan, voy a aclararles mis conjeturas con un ejemplo. Cuando somos pequeños y guardamos un grato recuerdo de un lugar o situación de nuestra infancia, siempre nos gusta volver allí. Nos provoca felicidad. Y en el caso contrario, sucede igual. Nuestro asesino tiene en su percepción unos hechos lamentables y aterradores. Y estoy seguro de que, de poder volver a ese lugar, lo haría cada noche; sin embargo, un incendio devastó el escenario. Así que busca otro con similitud y cercanía para apaciguar sus necesidades. Es como tener a mano un botiquín de primeros auxilios, para sanar una herida superficial.

—¿Y ese sitio es el antiguo balneario de Valdeganga? ¡No tiene lógica alguna! Aunque el orfanato esté en ruinas, sigue siendo el territorio donde un chiflado como Adelardo iría. Ya que es su zona de origen.

—No, mi sargento. Porque eso es lo que esperamos que haga. Y él lo sabe. Por eso, según las características de San Luis y que ha descrito Casares, todos los niños siempre se fijaban en lo mismo. Grandes muros y doce ventanas. Las antiguas termas de Valdeganga tienen todas esas similitudes con el escenario original.

—Confío en usted, cabo —dice Villarta.

—Pues… no perdamos más nuestro tiempo, y vayamos ahora mismo. La noche nos procurará amparo y secretismo. Pero debemos ser discretos. Por ahora, solo iremos nosotros cuatro y dos agentes más. Porque no queremos alertar a Adelardo —ordena Casado.

75

Un agente irrumpe en el despacho de Casado.

—Mi sargento, el detenido dice que quiere hablar con usted. Según él, tiene algo muy importante que decirle.

El sargento, junto con Ledesma, bajan hasta la planta donde se encuentran los calabozos del cuartel. Todas las celdas están vacías. Casares es el único ocupante.

—¿De qué quieres hablar conmigo?

Su aspecto físico ha cambiado en el intervalo de tiempo que lleva en manos de la Guardia Civil. Se ve desaliñado. Su cuerpo parece todavía más menudo y raquítico. La cabellera anaranjada ha perdido color. Y el traje chaqueta, una talla más grande, porque se ha transformado en un monstruo que ha engullido su figura.

—Es muy posible que Adelardo de la Hoz se haya intentado poner en contacto conmigo. Y al no contestar, sabrá que algo no va bien.

—Bueno, señor, con eso ya contábamos. No se preocupe, por ahora y mientras esté aquí, está a salvo. Deje sus preocupaciones para cuando esté en la calle.

—Uno de sus hombres me dijo que si recordaba algún ruido de fondo que se hubiera colado en alguna de las conversaciones telefónicas… Y creo recordar uno.

Casado no sabe si es una estrategia para ganar tiempo o es la desesperación por salir airoso de todo.

—¡Hable!

—Una de las veces que me llamó por teléfono, escuché de fondo el repique de unas campanas. El sonido era nítido. En aquel momento no le di importancia, porque creía que todas las campanadas sonaban igual. Pero antes de cambiarme al Mesón Don Quijote, yo estaba hospedado en otro pueblo, y cuando sonaron los carillones, identifiqué su melodía. Es ahí donde creo que se esconde Adelardo.

—¿Y qué pueblo es ese?

—Antes, quiero hacer un trato. No me crean tan ingenuo.

—Me temía que intentarías jugárnosla. Lo siento, pero aquí las reglas las ponemos nosotros —responde Ledesma, que se siente con la confianza del sargento.

Cuando Casares ve cómo se marchan, amarrado a los barrotes de su celda, grita.

—¡Esperen, por favor! Mi abogada de oficio no es de fiar. Creo que ha intentado envenenarme. Puede que esté implicada en el caso.

Estigarribia les ha avisado de su mal presentimiento hacia ella. Misma sospecha desde dos planos distintos; no es una pura coincidencia.

—¿Por qué lo dice?

—Porque ha insistido demasiado en que me tomase el contenido de un vaso. Según ella, era café. Además, ha intentado sonsacarme esta misma información. Ha insistido tanto que por eso se han agrandado mis dudas.

—¿Se lo ha dicho?

—En absoluto. Además, creo que puede ser una cómplice de Adelardo.

Algo en su interior ha provocado que el sargento Casado sienta un vuelco en su corazón. Dejando solo otra vez a Casares, Ledesma y él han subido a toda prisa las escaleras.

—¿Qué sucede, sargento? —pregunta Ledesma.

—Tengo un mal presentimiento.

Ledesma no entiende nada. Estigarribia y Villarta están ultimando todos los detalles para salir cuanto antes hacia Valdeganga. El Cherokee entra por la puerta con el semblante serio y desencajado. De inmediato saben que algo no funciona bien. Pero sin dar más explicaciones, se sienta a la mesa. Descuelga el teléfono y marca un número. El ambiente en la habitación se torna crispado. Enseguida descubren el motivo.

—Por favor, necesito saber a quién han asignado para la defensa de Eusebio Casares.

Mientras que espera la respuesta al otro lado del auricular, todos, excepto Ledesma, lo miran sin llegar a comprender nada.

—Lo que me temía. Por favor, dígame el número telefónico de Carmela. Necesito hablar cuanto antes con ella. Si acaso se pusiera en contacto con ustedes, háganmelo saber. Gracias.

Casado escribe una numeración en la esquina de un sobre, y después cuelga.

—¿Qué sucede, sargento?

—Tal y como usted sospechaba y como ha asegurado Casares, la supuesta abogada no es quien dice ser. Ahora lo que me preocupa es dónde está Carmela. Creo que puede correr un grave peligro. —Se va a la sala de interrogatorio y escudriña por debajo de la mesa y de las sillas. Está comprobando que la farsante no haya instalado micrófonos. Pero no ha sido así. No obstante, hace lo mismo en su despacho.

Llama una y otra vez a su móvil y a su casa, pero no obtiene respuesta. En el Colegio de Abogados le han asegurado que Carmela se había trasladado a Mota del Cuervo para presentar defensa ante el interrogatorio de su defendido. Pero nunca ha llegado. Desesperado, baja las escaleras para llegar a un trato con Casares. Por su puesto, a su lado y sin separarse sigue Ledesma. Villarta no quiere implicarse para no malograr la investigación. Se queda revisando el mapa de la zona. El bosque que envuelve al antiguo balneario de Valdeganga es muy extenso. La propiedad en ruinas puede esconder varios puntos de difícil acceso.

—Encienda el móvil —ordena el sargento a Casares—. ¿Cómo nos va a demostrar que nos está diciendo la verdad?

—Porque mi teléfono tiene una aplicación de grabadora de llamadas. Deme un segundo y se lo demuestro a ustedes.

Eusebio puso el altavoz y conectó la grabación en la que puede escucharse las campanadas de una iglesia.

—¿Qué pueblo es?

—Las Pedroñeras. Estas campanadas corresponden a la iglesia que hay en la plaza principal del municipio. Se lo aseguro. Pero ustedes mismos lo pueden comprobar.

Casares mira las llamadas perdidas. Tiene varias, siempre del mismo número. Conecta el contestador automático y ni una palabra, tan solo el sonido escalofriante de la respiración de Adelardo.

—Tal como creía, me ha llamado varias veces, y al no responder, ya debe de saber que algo anda mal. Por eso ha enviado a esa mujer al cuartel, porque me tiene vigilado y me ha visto entrar. Adelardo es más astuto que todos nosotros. ¡Nos tiene por los huevos! —dice con voz desesperada y rozando los gritos.

—¡Cálmese, por favor! Aquí no se atreverá a entrar. —Ledesma sabe que un testigo atemorizado no sirve de nada.

—De acuerdo. Usted tiene razón; su abogada no es quien dice ser.

Estoy seguro de que ni siquiera tiene ni puñetera idea de derecho. Es una usurpadora, y es muy posible que haya querido aniquilarle.

—¡Se lo he dicho! ¡Se lo he dicho!

—¿Sabe usted dónde encontrarla?

—No —responde Eusebio—. Ella vino al cuartel.

—Mire, de momento aquí estará a salvo. Ahora, ¡entréguenos de nuevo el teléfono! Pertenece al contenido de pruebas.

—Vale, pero esto demuestra que yo estoy con ustedes y quiero cooperar para encerrar a ese psicópata.

Una vez en el despacho, donde están esperando Sebastián y el cabo, todos acuerdan que lo primordial es encontrar el cuerpo de Tomás Villarta y averiguar qué ha sucedido con Carmela. Después habrá tiempo para seguir con la investigación del Asesino estilista. Ahora, apremia contrastar que el sonido de las campanas grabadas en el teléfono del periodista coincida con la resonancia de las del campanario de la iglesia de Las Pedroñeras. Por desgracia, se enfrentan a un gran problema: el tiempo. No disponen de mucho, y deben emplearlo a fondo. Porque si Estigarribia está en lo cierto y se entretienen, Adelardo, alertado por la falta de noticias de su supuesta cómplice y de Casares, puede cambiar de lugar el cadáver.

—Si queremos tener alguna posibilidad, debemos ser más inteligentes que él. Tenemos que dividirnos. Villarta y yo, junto con algunos hombres, iremos a inspeccionar el balneario. —Pero antes de que siguiera, Sebastián dice algo que detiene las órdenes de Casado.

—Veamos; la hora de la llamada se ha quedado reflejada en la pantalla del móvil. Según veo, es de hace tan solo un día, hacia las nueve de la mañana. Seguro que de la primera misa. Hay que ir al menos media hora antes, para comprobar que el sonido coincide. Eso nos da un margen de cinco horas para hallar algún indicio del cuerpo de mi padre. Y no nos conviene separarnos. También, podremos contar con la cooperación de los compañeros del cuartel de Las Pedroñeras.

—Es verdad. ¡No perdamos más el tiempo! ¡Vámonos ya!

Cargados con palas, potentes luces y munición, marchan hacia el viejo balneario de Valdeganga. Encaminando la fila, el Cherokee junto a Villarta. En el segundo vehículo, Ledesma y Estigarribia. Son las cuatro de la madrugada. La N-420 está solitaria. Tan solo algún zorro se divisa entre los campos abiertos y desiertos de luz. Por el retrovisor, Estigarribia comprueba que les sigue un coche. Pero antes de alertar al

sospechoso que los vigila, prefieren asegurarse. No obstante, el subinspector avisa a su jefe por teléfono. Deben extremar todas las medidas.

—Giraremos en el primer camino que veamos.

Antes de llegar al reguero de curvas, el Cherokee gira hacia la derecha y se adentra en una angosta calzada que lleva a una finca privada. El sendero es largo y cada vez se estrecha más y los faros del vehículo que les sigue se ven a lo lejos en línea recta. Se aproximan a la casona y corrales de la propiedad, y giran para ocultarse detrás de unos grandes almacenes repletos de alpacas. Mientras que el sargento y el inspector esperan ocultos, el cabo y el subinspector rodean el edificio con las luces apagadas. Ven llegar al turismo que, poco a poco, se va aproximando. ¡Qué lejos está de saber que es una emboscada! El motor se detiene, y una mujer se baja del vehículo. Es entonces cuando es sorprendida por Ledesma y el guardia civil. Sandra ha confiado demasiado en su buena suerte. Enseguida se ve asediada por los cuatro. En un intento por huir, comienza a correr campo a través. El cabo enciende las luces del vehículo para enfocar el terreno. Escuchan un grito desgarrador. Todos corren desesperados.

—¡Márchense! Prefiero morir ahora, que arriesgarme a caer de nuevo en sus manos. —Ante todo debe ser convincente. Su libertad está en juego. Si hace bien su papel, aún puede salir airosa de la compleja situación. Menos mal que, antes de ser atajada por la Guardia Civil, ha informado a Adelardo hacia dónde se dirigían. Ha quedado atrapada de un pie. Un cepo para conejos ha clavado los dientes de hierro sobre su tobillo. La expresión de su cara es de un terrible dolor. Como pueden y con esfuerzo, la liberan de la mordedura de metal. Ledesma la coge en brazos hasta los coches.

—Ya sabemos que tú tienes de abogada lo que yo de obispo —comienza diciendo el sargento—. Es más, sabemos que te presentaste como letrada de oficio con el único propósito de atentar contra la vida de Eusebio Casares. Dime, ¿dónde está Carmela, la verdadera abogada de oficio?

—¿No lo adivina?

Los cuatro tragan saliva. Temen que a estas horas haya muerto torturada.

—Créeme, si le temes a él, no tiene ni idea de lo que te espera en la cárcel. Pagarás por todos los pecados del asesino a quien tanto defiendes. Es un ser sin piedad. ¿Qué le impedirá matarte cuando ya

no le sirvas más? ¡Nada, porque es un psicópata sin más razón que segar la vida de inocentes! ¿Es así cómo quieres acabar tus días, pudriéndote entre rejas o bajo tres metros de tierra?

Las advertencias del sargento no surgen ningún efecto en Sandra, que, estoica, escucha las palabras tal y como si fueran mudas. Y es que el guardia civil desconoce que su mente y su corazón ya son insalvables. Porque pertenecen por entero a él; su maestro. Por Adelardo sería capaz de sacrificar su libertad; no le importaría morir hervida en calderas en ebullición. Por él se dejaría arrancar la piel. Lo ama. Solo ella conoce la parte más humana y recóndita a quien todos estiman el mayor depredador de los últimos años. Se lo demostró durante el tiempo que estuvo cuidándola tras sufrir sus despiadadas torturas. Recuerda cómo las primeras semanas su único propósito era escapar de sus redes. Sentía miedo, un miedo que calaba cada parte de su cuerpo y se mezclaba con el pus de sus heridas abiertas. Un terror que la dejaba indefensa de pensamientos. Pero todo estaba cambiando a una velocidad tan brutal que la razón no era capaz de procesar. Porque a medida que él la cuidaba, le cambiaba las gasas frías de su frente empapada por la fiebre, la bañaba y vestía; cuando la alimentaba a base de papillas y purés porque sus labios partidos le impedían comer bien, Sandra ya tenía cedida hasta la última de las células de su control. Dejó de temerle, de querer huir de sus manos, y aquel pequeño habitáculo que componía el cuartucho de la pensión dejó de ser un zulo con olor a rancio y a mugre. De todos sus años como puta, nadie la había llevado a cruzar los límites más desorbitantes y de contrastes variados; desde el color negro de la muerte, hasta la dulzura más infinita de sus atenciones. Y esas cicatrices que a ambos los separaba del mundo y los marcaba con diferencia de todos los demás, los hacía sentirse en el mismo círculo. Así, todas las ideas, por muy macabras y espeluznantes que emergieran de la boca y mente de Adelardo, ella siempre las salvaba con absoluta fe en él. Su venganza estaba más que justificada. Todos merecían morir. Pero también, por primera vez, conoció la verdadera sensación y vértigo a causa de los celos por esa misteriosa mujer, que él buscaba en cada una de sus víctimas. Sandra se sentía morir de envidia. Una vez cometió el terrible error de recriminarle su nulo deseo por ella. A pesar de que su cuerpo desnudo y de curvas perfectas estaba a su merced, él jamás mostró pasión alguna. Adelardo, sin contemplación ni tacto alguno, le dejó muy claro cuál era su papel:

«Solo eres mi sierva». No volvió a reclamarle nada. Aprendió que el lobo jamás olvida sus instintos más voraces. Y se convirtió en la portadora de sus más grandes secretos, como son las macabras muertes de todas esas chicas que permanecen enterradas en tierra de nadie.

El sargento insiste para que diga de una maldita vez el paradero de la abogada.

—No lo sé. Yo solo me preocupo por mí. Y no hago preguntas.

—Creo que prefieres no saber la verdad. Porque, en el fondo, sabes que cuando haya exprimido todo lo que necesita de ti, tu vida tiene los días contados.

Sandra no reacciona, ni tampoco muestra ningún signo de temor por la advertencia del guardia civil. Porque ella, mejor que nadie, conoce a Adelardo de la Hoz. Él jamás la dejaría atrás en esta emboscada de muerte que ha sembrado. Confía en que la buscará para liberarla.

76

—Quedas detenida por intento de asesinato y por encubrimiento. ¡Vaya, a Adelardo se le están acabando los enanos! —suelta con sarcasmo Villarta.

—Tengo una duda, ¿por qué una chica como tú, linda e inteligente, malgasta su vida con un asesino? —pregunta Félix.

Sandra lo mira, y con una sonrisa siniestra, responde.

—¡Váyase al diablo!

—¡Lástima, tan bonita y con esa boca! Pero voy a decirte algo, querida loca, ¡esto no funciona así! Así que, si no quieres pasar el resto de tu vida en la cárcel, te sugiero que hables.

Sandra permanece en silencio. En los minutos de ese intervalo de tiempo, baraja sus escasas opciones. Delatar a su maestro o sacrificarse ella sola. ¿Qué teme más: la cárcel o al abandono de Adelardo de la Hoz? ¿Y si el viejo guardia civil está en lo cierto y la deja tirada?

—¿Crees que él guardaría tus espaldas con su propia vida? ¡Por el amor de Cristo, es un psicópata! ¡Reacciona antes de que sea demasiado tarde para ti! ¿Acaso crees que, si le importaras, te habría enviado a hacer el trabajo sucio? ¿Qué es? ¿Miedo o amor?

Continúa en silencio: «Adelardo nunca podría amar. Pero miedo, sí; sin duda es miedo a que la haya abandonado», piensa Sandra.

Cuando se gira para subirse al coche patrulla de la Guardia Civil, las raíces de su melena rubia se abren, y entre la piel del cráneo Villarta divisa el tatuaje de color negro, con el número once. Un detalle que puede aportar algo importante. Los guardias civiles, desplazados desde la localidad de La Almarcha, se detienen a la orden del inspector.

—¿Qué significa ese tatuaje que tienes en la parte trasera de tu cabeza?

—El orden que represento en la muerte.

Villarta no entiende la respuesta, e insiste.

—¿Se trata de alguna superstición? ¿O, por el contrario, es un día elegido al azar por ti?

Todos esperan la contestación. Tanto Casado como Estigarribia se impacientan porque el tiempo pasa, y cada minuto que se pierde, las oportunidades de encontrar el cuerpo de Tomás se expiran. Pero Villarta sigue con el interrogatorio.

—El tres es mi número de la suerte. Este —dice llevándose una mano hacia atrás de su cabeza— ni siquiera me gusta. Pero no tuve elección. Él me lo tatuó, porque era mi lugar en su lista de las muertas.

—¿Qué quieres decir?

—Que cuando me secuestró, ya había matado a diez mujeres, y yo sería una más. Pero… resistí, y por eso él me indultó. Y desde entonces, permanezco a su lado.

A pesar de que el tiempo se agota, Villarta no cede y sigue manteniendo con Sandra una conversación. Porque un interrogatorio está fuera de lugar sin su abogado. Tal vez no puedan utilizar nada en un juicio, no obstante, el inspector busca el momento, el ahora, el aquí, porque cada palabra de la chica puede acercarlo más a la verdad.

—Imagino que sabes cómo extrajo el cadáver del Anatómico Forense.

Con la mirada clavada en el suelo, responde fríamente.

—Yo le ayudé. Estuve trabajando un mes como limpiadora en el Instituto Forense.

—Imagino que el incendio de la vieja fábrica de madera solo fue una distracción, para así retrasar la autopsia de mi padre.

Sandra, sin titubear, con gran aplomo y derroche de frialdad, responde:

—Sí. Yo misma me encargué de manipular los cables y de provocar un cortocircuito.

Sandra es una persona manipulada por la mente de un psicópata. Es como si el alma, el corazón y la conciencia de la chica hubieran sido vaciados con una cuchara. No siente, no padece y carece de toda razón para pensar por sí misma. La joven se ha convertido en una asesina y con todo un arsenal de maldad en evolución. Tan bonita, como peligrosa. Es alguien con quien mejor no cruzarse en una mala noche.

—¡Llévensela, y no le quiten la vista de encima; podría matarlos en

cuestión de segundos!

Dos patrullas de la Guardia Civil custodian a la detenida hasta el cuartel de La Almarcha.

—Está herida en un pie. Una ambulancia y los compañeros de la comandancia de Cuenca ya vienen de camino. Y recuerden —insiste—, ¡no la dejen sin vigilancia! Es bonita, pero mortal y peligrosa —termina diciendo Villarta.

Mientras el vehículo de la Guardia Civil se encamina hacia la Almarcha, entre el traqueteo de los baches de la carretera, Sandra divisa la noche que se torna más y más profunda. Observa sus manos esposadas; fácilmente podría soltarse. Adelardo le ha mostrado la forma de hacerlo. Sabe cómo fracturarse el pulgar y soportar el dolor. Solo tiene que retorcer fuertemente y con movimientos bruscos el dedo en los dos sentidos hasta desencajar las falanges y escuchar el crudo crujido del hueso, para después escurrir los anulares entre el acero de los grilletes. Mira a los dos lados del vehículo; no puede huir porque la parte trasera del coche patrulla carece de puertas. Está perdida. La única opción es morir. Adelardo también le mostró cómo golpearse y provocarse la muerte. Con todas las fuerzas que aún mantiene en su interior, comienza a aporrear la cabeza contra el cristal blindado. Siente cómo sus sienes se abren. Uno, dos y tres golpazos tan bestiales que la sangre brota a borbotones por sus oídos. Es tan rápida en la ejecución de sus actos que los guardias civiles que la escoltan no han tenido tiempo de reacción. Cuando han llegado a ella, Sandra solo siente cómo los suspiros expiran de su boca y su mirada va perdiendo la nitidez, para así entrar en la negrura del infierno. Las palabras de los agentes de la Benemérita naufragan y se hunden para siempre en el silencio más absoluto.

—¡Sargento, la detenida acaba de quitarse la vida golpeándose fuerte en la cabeza! ¡No hemos podido hacer nada para salvarla!

77

Tras la pésima noticia, no desisten en su empeño por encontrar el cuerpo. La noche continúa oscura. Los árboles que serpentean los bordes de la carretera parecen lobos escondidos entre las sombras. Poco a poco, se van aproximando al punto, donde esperan encontrar el cadáver de Tomás. Este es el último cartucho de esperanza que les queda. A partir de un supuesto fracaso, solo les espera la frustración. Casado y Villarta, durante el trayecto, no hablan, ni siquiera se miran, por temor a que todos sus miedos salten a la luz. Por fin llegan a su destino. Un denso bosque de pinos, eucaliptos y olmos…, parecen gigantes que observan los pasos de unos individuos que rompen la paz del lugar. Los búhos y las lechuzas esparcen sus vuelos en busca de algún roedor. Mientras, sus ojos intimidan a los extraños que se atreven a invadir el misterioso paraje.

—Estigarribia, esto es muy grande. ¿Por dónde comenzaremos a buscar? Por algo a ti se te ha ocurrido esta idea —exclama el sargento. Pero antes de que él responda, se adelantó Sebastián.

—Busquemos en la parte de las ruinas, donde los muros tengan más altura.

Los despojos del famoso balneario de Valdeganga se asemejan a un lugar de leyenda. Los destellos de las linternas convierten el emblemático sitio en tenebrosidades. Muy cerca pueden oír el rugido del Júcar. Sus aguas bajan embravecidas por el gran caudal, y el deshielo de las últimas nevadas de las montañas.

—Hay que ganar tiempo. ¡Dividámonos! —sugiere Ledesma.

Cada pareja se encamina hacia un extremo del esquelético edificio. Recorren los antiguos patios, donde antes había cuadras para los caballos. Se adentran por los huecos de unas ventanas que, ahora, son inexistentes. Las enredaderas y los rosales salvajes se enmarañan entre los pantalones de los osados que profanan su interior. Tras una cuidadosa inspección ocular, certifican que lejos de la vegetación no hay nada más. Tampoco hay tierra que haya sido removida. Al otro

lado, se encuentran el Cherokee y el inspector Villarta. Primero discurren por un estrecho pasillo, donde a ambos lados hay habitaciones asoladas por la destrucción del tiempo. Entran a un enorme espacio abierto; por su inmensidad deducen que se trata de unos antiguos salones de baile. El sitio amedrenta todos los sentidos. De pronto, escuchan un ruido. Enseguida reconocen las pisadas y las siluetas de sus compañeros. Los cuatro están reunidos en el epicentro de un universo vacío: el lúgubre paisaje de piedras y vigas. Los únicos habitantes seguros y cómodos del entorno son los árboles que han crecido imponiendo su propia voluntad, y con sus raíces se han apoderado del espacio, arrancando de cuajo los lujosos suelos. Cada uno de los ahí presentes mira hacia arriba, y enfocan los chorros potentes de luz que salen disparados de las linternas. Desesperados, buscan las ventanas. Doce, tal como asegura Eusebio Casares. Doce son las que hay. Sin duda, el sitio se parece al escenario original de San Luis.

—¿Por dónde comenzamos, Estigarribia?

—Si yo hubiera escondido un cadáver en el campo, lo primero que haría sería cerciorarme de encontrar un sitio seguro, fácil de recordar y, a la vez, imposible de ser localizado por otros. Tomaría como referencia alguna cosa que, para los ojos ajenos, pasara desapercibida. Un árbol es muy obvio. Tiene que ser algo que esté incrustado en el paisaje y que no destaque en nada. Solo yo reconocería esa señal.

—¡La madre que lo parió, Estigarribia! ¡Eso es como buscar una aguja en un pajar! —exclama Casado.

—No. Aquí estamos cuatro personas. Y cada uno de nosotros tiene diferentes expectativas. Apliquemos la lógica y, al mismo tiempo, lo inverosímil, y puede que, uniendo los dos conceptos, encontremos lo que buscamos.

—¡Usted y sus teorías! —dice el sargento, mascullando mientras se va alejando del grupo—. ¡Usted se cree Sherlock Holmes! —sigue diciendo, sin importarle que ya no lo escuche nadie.

Hay muchos metros cuadrados que registrar. Eso les llevaría más tiempo del que disponen.

La luna llena entra y desemboca toda su luz entre los boquetes del edificio. Llevan dos horas dando palos de ciego y no han hallado nada. De pronto, Estigarribia encuentra algo. En el centro de las ruinas destaca un cuadrado de granito verdoso, al que le falta un lado. Posiblemente pertenece a los restos de alguna fuente central que

presidía el gran salón. Nota cómo la tierra tiene diferente tonalidad. Además, toda la superficie está cubierta de matojos y hojas húmedas. En cambio, en ese minúsculo espacio, solo hay pequeñas piedras. El cabo comienza a oler la arena de tonos marrones oscuros. Y percibe un fuerte olor a podredumbre. Tal y como le sucedió al desenterrar los restos del jabalí en el Molino de las Ánimas.

—¡Eh, eh! ¡Aquí, aquí! —grita para llamar la atención de los demás, que de inmediato acuden donde está el cabo.

—¡Creo que he encontrado algo! ¡Excavemos!

Casado y Ledesma enfocan las luces de las linternas. Estigarribia, con todas sus fuerzas, mete la pala entre la tierra. Sebastián, desesperado, se arroja al suelo y con sus propias manos comienza a excavar. Tras unos minutos escarbando, divisa algo. Las uñas de Sebastián sangran debido a que entre su piel se han introducido astillas desprendidas de las ramas de los pinos. Y por fin, aparece una bolsa hermética de color negro, en cuya base hay una inscripción «Anatómico Forense de Cuenca». Sebastián rompe a llorar y a llamar a su padre, esperando a que este le oyera.

Sajan el embalaje y descubren el cuerpo. Podridos e irreconocibles, se hallan los restos de Tomás Villarta. Una masa de carne y amasijos de grasa sebosa descompuesta desprende un fétido olor a muerte y descomposición. El rostro del cadáver está totalmente desfigurado. Los ojos hundidos entre sus cuencas vacías, labios hinchados y boca abierta, nariz dos veces más grande que cuando la vida fluía por cada vena. Y su vientre parece un globo hinchado a punto de explotar. Lo único original que permanece inalterado es el cabello blanco que cubre el cráneo. Según el protocolo, no pueden tocar nada. Aunque saben que no es el escenario del crimen, deben actuar como si así fuera. Casado ya ha dado parte al juzgado y esperan una vez más al juez y al forense, para que estén presentes en el levantamiento del cadáver. El sargento es un hombre de apariencia dura, pero ver a Sebastián en ese estado de abatimiento, su corazón de huraño se ablanda. Verle arrodillado en la tierra y con las manos ensangrentadas es como ver una montaña deshacerse en polvo. El encuentro de los restos produce alivio, y al mismo tiempo, un desgarro descomunal en el alma.

Entre los espacios minúsculos que dejan los árboles que rodean las ruinas, la luz del alba entra con fuerza. El balneario ha perdido esa fiereza e intimidación de la noche. En una hora, el lugar ha sido

asediado por un cordón de la Guardia Civil. Unos minutos después, suena el sonido de mensaje recibido. La pantalla del teléfono de Sebastián Villarta se ilumina. Y aparece un mensaje.

> Doce ventanas, doce hábitos con látigos en las manos y ojos de diablo. Doce ventanas, cada una de ellas, por una mujer asesinada. Todas enterradas bajo tierra maldita. Once tengo ya. Falta una. ¿Quién y cuándo será? Inspector Villarta, el tiempo se acaba.

—¡Maldito hijo de perra! Está jugando con nosotros, y lo peor es que nos lleva una gran ventaja —exclama Ledesma.

Desde el tronco del árbol caído donde Villarta está sentado, comienza a ligar pequeños detalles que, hasta ahora, han pasado desapercibidos.

—No están teniendo en cuenta la confesión de la falsa abogada y cómplice de Adelardo.

Los tres se vuelven hacia donde Sebastián permanece sin inmutarse.

—¿A qué se refiere? —pregunta Casado.

—Que, si analizamos todo bien, algo no encaja. Según la chica, se supone que ella debería haber sido la víctima número once. De hecho, lleva un tatuaje en su cabeza con esa cifra. Si en el mensaje dice que once mujeres tiene ya, es porque otra ya ha ocupado su lugar. En ese caso, solo necesita una muchacha más para culminar su cometido.

—¿Entonces debemos de buscar a dos mujeres?

—Me temo que sí sargento. Roguemos que no sea demasiado tarde —responde Sebastián Villarta.

—Entonces no nos demoremos más. ¡Debemos atraparlo cuanto antes, o de lo contrario, seremos responsables de esos asesinatos! —responde el sargento.

—Puede que esté en lo cierto, pero… estamos igual que al principio. ¿Por dónde comenzamos a buscar? Estamos anclados en el punto justo que el asesino quiere que nos detengamos. Es como un juego de la oca infernal. Ahora nos envía a buscar a todos esos cuerpos enterrados en algún remoto lugar, y mientras tanto, él tiene un gran margen para evaporarse y escapar —argumenta, desesperado, Ledesma.

Es entonces, cuando a Sebastián le cambia el color de cara. Tiene un horripilante presentimiento.

—Creo que una de las víctimas a la que se refiere es María. En el duelo de mi tío Ramón, vi cómo la miraba. Creo que va a por ella.

¡Debemos regresar de inmediato al pueblo!

La funeraria, escoltada por la Guardia Civil, se dirige a la ciudad de Cuenca. Van a efectuarle la autopsia al cadáver de Tomás Villarta. Enfilando la carretera a toda pastilla y con las sirenas puestas, dos vehículos circulan con temeridad y sin control. En las curvas cerradas, de grandes y profundos terraplenes, no aminoran la velocidad. Adelantan a los automóviles, sin respetar las reglas de circulación.

—¡Nos vamos a matar, inspector Villarta! ¡Y muertos no seremos de gran ayuda! —grita, asustado, el joven cabo que está aferrado con fuerzas a su asiento.

En cambio, el sargento Casado está en sus siete gozos. Hace mucho que no se desmelena en la carretera. En estos últimos días, ha resucitado el Cherokee. Y puede sentir la sangre alborotada al rozar el peligro. Ledesma está ya acostumbrado a persecuciones de esta índole. El tiempo corre en contra. Aún faltan cincuenta kilómetros para llegar a El Pedernoso. Sabe que, si algo le sucediera a su novia, su jefe no volvería a levantar cabeza. Demasiadas muertes a sus espaldas. Félix reflexiona. María no es una pieza fundamental en esta vieja historia, porque, al fin y al cabo, es de lo que se trata esta venganza. Remordimientos y recuerdos no superados. Algo no encaja en este nuevo giro. Todos los que hasta ahora han fallecido han formado parte de una cadena. Primero, el director de la inclusa. Los jóvenes seminaristas. Luego, Matías Pineda, seguido de Tomás Villarta. Entre medias, el padre Ramón. Esta última desgracia, él no está tan seguro de que tenga mucho que ver con el caso. Ledesma no cree que ahora vaya a romper el patrón psicópata. María no es la pieza que encaja en el puzle. Repasando una y otra vez el escrito, en el que desvela los asesinatos de varias mujeres, la decimosegunda tiene que formar parte de su telaraña psicótica.

78

A las cinco de la madrugada, la joven y hermosa rubia de ojos claros y de cuerpo bañado con inmaculada piel, está frente a la puerta de su casa. Adelardo no puede asegurar si se dispone a entrar o a salir. Pocos segundos después, la muchacha se gira y se encamina hacia donde él se encuentra. Arrastra una maleta que, a esas horas, irrumpe con el ruido el silencio más absoluto. Oculto entre dos esquinas donde la luz parpadeante de las farolas es débil, espera ansioso. Los dedos de las manos se mueven con gran nerviosismo. Oye cómo, en el sigilo de la noche, los pasos de la chica se hunden sobre algunos adoquines que, con el deterioro, se han levantado de la superficie enladrillada. Su respiración se agita, sus pupilas se dilatan, y sus piernas se mueven como si otra vida las estuviera habitando. Se aproxima cada vez más, y Adelardo siente una gran excitación que remueve cada uno de sus impulsos. «Es tan hermosa, pero ninguna como ella», piensa. Ella, y siempre ella, domina sus pensamientos y engrandece sus inquietudes. Nadie tiene su belleza. Ella es incomparable. Es posible que él, y solo él, sea capaz de encontrar la perfección en cada uno de sus rasgos. Ni el tiempo, ni siquiera la intensidad de esa voz asesina que se apodera de toda razón, nada, ni nadie ha hecho olvidarla. Ni las extremas circunstancias. Ni el hedor que se adhiere a sus manos con el postrimero suspiro de cada una de las vidas que arrebata. Lleva tantos años amándola, que ya no se imagina su existencia sin ella. En el fondo de su ser, sabe que es una obsesión. Ni siquiera el olvido de ella lo ha alejado del propósito de recuperarla.

Mientras su mente divaga entre sus sentimientos, observa cómo la muchacha se gira un instante; las ruedas de su maleta se han atascado. Rápido y silencioso, Adelardo le propina un fuerte golpe en la cabeza. Ella, rendida e inconsciente, cae entre sus brazos. Se la echa a los hombros y, entre las sombras, alcanza su vehículo, que ha dejado aparcado a escasos metros. La introduce en el maletero. Para asegurarse de que la muchacha no despierte, en el cuello le inyecta un

potente somnífero. Pisa el acelerador hasta el fondo y huye, sin dejar rastro alguno.

Ha sido fácil. Ahora, sus dos últimas víctimas viajan inconscientes en el maletero de su coche. Es el broche final.

Sobre todo, ella, el último movimiento en este juego, cuya partida se inició con Manchas, el gato del padre cocinero de San Luis. Ya tiene planeado cada uno de los pasos a dar. A lo largo de toda su vida, ha imaginado muchas veces cómo sería este día.

Ha aprendido que nadie está libre de pecado, que todo ser humano tiene una predisposición para ser un asesino. Sin importar las sendas que se recorran hasta alcanzar la serenidad que calmen los gritos de los fantasmas que habitan entre la piel y el corazón de cada uno. Es cierto que, de él, ya no queda ningún vestigio de aquel asustadizo niño, hambriento y harapiento, que dormía en el camastro de la casa consistorial del cura de su barrio, en Valladolid; que de su original físico tan solo permanece el color de sus ojos, porque todo lo demás son cicatrices adquiridas a lo largo de su trayectoria como sobreviviente en un entorno que hizo de su inocencia, una bestia. Sabe que ahora no hay retroceso, que cuando no escucha esa voz que lo domina, puede llegar a rozar la normalidad y que hasta puede ser consciente de su maldad. Y es ahí donde más vulnerable se siente, haciendo que sus acciones sean demoniacas y malévolas. Porque reconoce que es un psicópata.

Todos sus pensamientos son interrumpidos por los golpes provenientes del maletero. Dos cuerpos que, chocando entre sí, provocan ruido. Está tentado a seguir la ruta, sin detenerse en ningún sitio. Pero necesita descansar una hora. En todo el día ha podido dormir. Además, tiene curiosidad de saber si ya han descubierto la desaparición de las mujeres en dos localidades distintas.

La cafetería está muy concurrida de camioneros. Toma la curva a toda prisa, y se adentra en el amplio aparcamiento del restaurante. Escucha otra vez la colisión de los dos cuerpos. Busca la discreción, rodeando la cafetería hasta ubicarse en la parte trasera, bajo algunos árboles. La noche está despejada. La escarcha ha cubierto de lleno las ramas de los pinos que serpentean la extensa superficie arenosa. Detiene el auto. Sentado inmóvil en el asiento, echa la cabeza. Rumiando las palabras, musita:

—Adelardo, piensa qué vas a hacer ahora. —De la guantera extrae unas jeringuillas repletas de solución soporífera—. Nunca es

demasiado para garantizar un dulce y placentero sueño.

Todavía quedan doscientos kilómetros, así que tiene que volver a inyectarles otra dosis. Se baja del auto. Abre la puerta del maletero. Tal y como ha imaginado, los ojos de sus víctimas comienzan a parpadear. Y como sirenas sin cola, se revuelven. Algunos lamentos se escuchan bajo las mordazas que cubren sus bocas. Adelardo les inyecta nuevas cantidades a cada una. Mientras el sueño se esparce por el organismo de las mujeres, él se queda mirándolas, impertérrito; y con frialdad, sonríe. Espera unos minutos hasta asegurarse de que están sedadas. Baja la puerta del maletero, y con absoluta serenidad, camina hacia el área de descanso donde está el establecimiento.

Mientras se come el bocadillo de lomo y una Coca-Cola, mira la televisión. En el canal de veinticuatro horas los titulares son muy alarmistas con la brutal crisis económica que arrasa en el país. La gente que está regada en la barra y las mesas del local ya no se fijan en la pantalla. Están hartos de que sus vidas estén siempre condicionadas por la economía. Al fin y al cabo, ellos tienen que madrugar cada día, echar horas en el trabajo por un sueldo inferior y, aun así, se sienten afortunados por poder hacerlo. Por ahora, los medios de comunicación no anuncian nada de ningún secuestro, ni tampoco del hallazgo del cadáver de Tomás. Pero sabe que es cuestión de tiempo que la prensa y las principales cadenas televisivas se hagan eco de la noticia. Además, está seguro de que pronto su foto se hará viral en el país. Por una vez, Casares no va a ser el primero en tener la primicia. Aún recuerda cuando contactó con él, por primera vez. No se sorprendió de su llamada, porque en cierta manera, sabía que se trataba de él. Casares es consciente de que puede hundirlo para siempre. Por eso, sigue su juego.

Antes de retomar el viaje, echa un vistazo a sus víctimas. Están en posición fetal, como si el retornar a la postura virgen con la que se viene al mundo las amparase del destino que les espera. Siguen inconscientes. La autovía está sumergida en la más absoluta oscuridad; solo la luz de los paneles indicativos se entromete en el paraje de asfalto. Los carriles, a estas horas, aún no están concurridos. Ya solo quedan sesenta minutos para llegar al destino. Pronto todo terminará.

Los coches de patrulla de la Guardia Civil entran de lleno en El Pedernoso, arrasando así con la impavidez de las primeras horas de la mañana. Antes de entrar en la bocacalle que lleva a la calle de Los Curas, Sebastián presiente que algo horrible ha sucedido. Todos sus

sentidos proclaman una enorme alarma en cada parte de su ser. Antes de que Estigarribia detenga el vehículo, se baja y sale corriendo hacia su casa. La cerradura solo está cerrada del pestillo, y no con las dos vueltas de llave que los Villarta acostumbran a echar. Eso dispara su presentimiento. El interior de la vivienda está a oscuras. Sube las escaleras de dos en dos, hasta alcanzar la segunda planta. Con el corazón a mil por hora, entra en el dormitorio, donde descansa María metida en la cama y hecha un nido entre las mantas y el viejo edredón.

—¡María, María! ¿Estás bien, mi amor? —pregunta, sin dejar de darle besos en la cara, en la boca y hasta en el pelo.

—Sí, sí… ¿Qué ocurre?

—Chisss. Nada, tranquila; sigue durmiendo.

Después, entra en el cuarto de su tío Herminio, que dormita ajeno a todo el revuelo. Sus ronquidos lo alejan por completo de todo lo proveniente del exterior. Una vez extirpada la culpa y libre de secretos, por fin descansa.

El corazón de Sebastián palpita como el de un caballo de carreras. Se dirige al dormitorio de su madre. La puerta está abierta. Las luces provenientes de las farolas de la calle iluminan la cama que se muestra vacía. Se acerca. Toca con su mano las sábanas que están frías como el viento que azota la ventana. Hace tiempo que se ha marchado. Pero… ¿dónde? Y más a estas horas de la madrugada. Sabe que ella no ha podido irse sola, ni tampoco por iniciativa. Algo ha debido sucederle. Cuando se gira, sobre la mesita de noche ve una nota.

> Me ha llamado un amigo de tu padre y me ha dicho que sabe dónde está su cuerpo. Me voy con él, que ha venido a recogerme. En cuanto sepa algo más, te llamo.
>
> Te quiero.
>
> Mamá

Sebastián enseguida intuye que ha sido Adelardo de la Hoz quien se ha llevado a su madre. Ahora todo cobra sentido. Si no lo impide, va a correr la misma suerte que su padre y las otras mujeres. Sin perder ni un segundo, baja las escaleras. Al revuelo, María y el padre Herminio se unen al equipo del Cherokee.

—¡Mi madre ha desaparecido! ¡Él se la ha llevado! Si la pierdo, no me quedará ya nada por lo que luchar.

María sabe que es la desesperación quien habla por su boca, pero esas palabras han calado en su corazón. Ahora sabe que ella no es tan importante en la vida de Ses. Si no la considera una razón para luchar por un futuro, no queda mucho camino que recorrer juntos.

De pronto, suena el teléfono del sargento. Según escucha la conversación, asiente y sus ojos se iluminan.

—Tal y como Casares nos ha dicho, el sonido de las campanadas que se escuchan en la grabación de la llamada proviene de la iglesia de la población de Las Pedroñeras.

—Pero… ¿cómo pueden saberlo? —pregunta Ledesma.

—Bueno, aunque en un principio pensamos en vigilar la zona de la iglesia a partir de las ocho de la mañana, decidí que no debíamos perder más nuestro tiempo, que es muy escaso. Y según Ledesma, tiene que volver mañana mismo a Madrid.

—Sí, así es. Pero he hablado con mi comisario explicándole el caso, y me ha concedido unos días más. Ya que, desde aquí, podemos encauzar mejor la investigación.

—¡Cojonudo! —exclama el sargento—. En respuesta a su pregunta, di la orden a uno de mis hombres para que pidiera una orden al juez encargado del caso y que nos permitiera contar con la colaboración de nuestros compañeros en el cuartel de Las Pedroñeras. Ellos conocen mejor el terreno y a sus gentes, y enseguida han reconocido el inconfundible sonido de las campanadas.

—Muy bien pensado sargento.

—¡Estupendo, pues no solo tenemos el pueblo donde se esconde, sino que los guardias civiles, gracias a la colaboración ciudadana, han podido localizar su vivienda!

—¡Vayamos de inmediato para allá! —ordena Sebastián.

—¡Partamos ya! —Y sin dar tiempo a más explicaciones, todos se ponen en marcha. El grupo se siente frustrado, porque siempre va un paso por detrás de Adelardo. Nunca está en el lugar y hora adecuada.

La morada de Adelardo de la Hoz se encuentra muy cerca de la plaza mayor de Las Pedroñeras. Un cordón policial cubre todas las vías de acceso y posibles salidas del perímetro que abarca la ancha plazoleta. Numerosos agentes refuerzan la calle donde está ubicado el domicilio del psicópata. Dan las siete de la mañana cuando entran en la casa. De primeras, todo parece normal. No hay nada fuera de lo habitual. Pero solo es una falsa apariencia. El salón está limpio y ordenado, como si antes de salir huyendo, hubiera querido dejar todo

en su sitio. Es más, la vivienda huele a hipoclorito de sodio. El perfume es tan intenso que se adentra hasta el espacio más mínimo de su cerebro. Todos los presentes saben de antemano el significado de la presencia de esa sustancia. Algo se está pudriendo. Tras un exhaustivo registro, en donde no encuentran nada, centran la atención en cada parte que forma la vivienda. Antes de seguir adentrándose más en las habitaciones, uno de los guardias civiles sale al paso del sargento Casado.

—Sargento, hemos encontrado algo que debería ver. Pero… no sé si el inspector Villarta puede entrar…

Pero demasiado tarde, Sebastián ya está en el supuesto dormitorio de Adelardo. Todas las paredes están forradas de macabras fotografías. Los cuatro paneles con densas capas de antiguo gotelé son ahora enormes collages de retratos espeluznantes. De su padre hay una gran inmortalización congelada en retratos, en donde puede apreciarse el exhaustivo seguimiento tal como hiciera un cazador furtivo. Sus gestos, guiños y miradas son producto de mucho tiempo de maquinación. Hay anotaciones unidas con flechas tal como la leyenda de un mapa. Ceño fruncido; enfadado. Contemplando hacia el vacío; siente remordimiento. Brazos cruzados; intenta ocultar algo. Y así hasta complementar todas y cada una de las instantáneas de su progenitor. Pero eso solo es un diminuto punto de la gran incógnita que aún queda por descubrir. Como a continuación observa. Todas las imágenes expuestas pertenecen a personas muertas. Sus rostros están calcados con trazos de agonía. El objetivo de la cámara ha captado cada detalle de sus cadavéricas caras. Y los ojos, algunos tan ausentes de color y tan blancos y a la vez tan amarillentos como los dientes de un desahuciado. Las tonalidades de sus pieles amortajadas de un blanquecino brillo provocan arcadas en algunos de los agentes menos acostumbrados a este tipo de situaciones. Además, cada foto sigue una evolución. Desde el marco de la puerta, comienza la exposición de la muerte. Una presentación dantesca y terrorífica.

Es la exhibición de una matanza.

En primer lugar, unos dibujos hechos a carboncillo dejan ver un hombre con un puñal clavado en el pecho. Los ojos del religioso están vacíos, extraídos de sus cuencas con la punta de un cuchillo, y su cara sangrienta. El cadáver está echado sobre una cama y rodeado de varios niños; todos ellos tienen algo en común: las palmas de sus manos están pintadas de rojo, y de sus dedos se aprecian las gotas de

sangre que caen al suelo. El esbozo parece real y no extraído de la fantasía de un asesino. Después sigue otro boceto, en el que se ve a un grupo de personas con hábitos negros. Todos ellos parecen una reunión de cucarachas, mientras que unas llamas devoran el espacio y el oxígeno del habitáculo. Es la representación del lúgubre final de los párrocos. Sus caras se tercian arrugadas y sus huesos resaltan entre la piel como sarmientos secos. Los bosquejos describen el incendio de San Luis, tal y como su padre narra en la carta. Momias agarrotadas a las grandes rejas de las ventanas expiran mientras sus quejidos se pierden con el fuego. En la superficie incendiada, unas sotanas se derriten entre una masa de carne y huesos. Cada expresión, gesto y color plasmados en los papeles, han sido trazados, desde la percepción de un espectador sentado en la primera fila. Y a partir de ahí, se acaban los diseños hechos a mano. Adelardo es una persona muy calculadora. No hace nada por equivocación. Luego, se entabla una masa de retratos mucho más actuales y con color. Todo está aumentado a una mayor escala, como si a más tamaño, mayor intensidad. Primero, las mujeres, hermosas y maquilladas para entregarse a la noche y a los clientes; a simple vista se aprecia que se trata de prostitutas, por sus atuendos provocativos y a veces inexistentes. Adelardo quiere dejar constancia del antes y el después del aspecto de las jóvenes. A continuación, sus cuerpos maltratados y mutilados. De sus heridas abiertas y negruzcas pueden llegar a verse las distintas capas de piel. Los dedos han sido cortados alternando uno sí, uno no, tal como los pétalos de una margarita. Todas las mujeres muestran el mismo patrón en sus brutales torturas. Al igual que todas ellas, tienen la misma señal, como la firma de la obra de idéntico autor, Una vez asesinadas, sus rostros están vírgenes de pinturas embellecedoras. Muestran en sus caras, la pureza. En cambio, cada milímetro de su piel está tatuado a golpes y mortales quemaduras. Sus cabezas han sido rasuradas, y en cada cráneo, un número: uno, dos, tres… hasta el diez.

Resulta desagradable ver tanta expiración en los escasos metros cuadrados que constituyen el cuarto. Están acostumbrados a lidiar con extremas situaciones, pero… esto se les escapa de sus manos y de sus imaginaciones. Sin embargo, las sorpresas no han terminado. Porque desmarcada, en orden y espacio, hay una fotografía de una linda joven que, enseguida, es reconocida por uno de los agentes cooperantes del cuartel de Las Pedroñeras.

—Es Miriam, la hija de los panaderos.

Su retrato es el más flamante de todos. Está señalada como si ella fuera la excepción entre todo el caos representativo. Además, en el margen blanco de arriba del retrato, está escrito el número once.

—Si antes no lo remediamos, esta preciosa joven está destinada a ser la próxima víctima, y mi madre ocupará el número doce. Pero aún no logro entender por qué.

79

Ninguno de los presentes tiene respuesta para ese misterio. Casado ya ha enviado a Estigarribia a la panadería. Aunque resulta extraño que no haya ninguna denuncia por desaparición.

Siguiendo el rastro del collage, llegan a la fotografía que muestra el cadáver de Matías Pineda y de Tomás Villarta. En esta, hay varias instantáneas y desde varios planos. Es como mirar esas antiguas animaciones de Disney, donde pasar deprisa una hoja con otra simulan tener vida propia. Puede apreciarse cada movimiento de su padre; a lo largo de varias y seguidas representaciones fotográficas, dejan ver que no fue asesinado por Adelardo, sino que lo dejó morir de un agonizante infarto miocardio. Y lo que más descuella el asesino es un *selfie* junto al cuerpo ya abatido, semejante a un trofeo de caza.

Debido a un calor infernal que quema sus entrañas y se agarra al estómago como una garrapata, Sebastián siente la hiel recorriendo el camino hacia la boca, para después quedarse a mitad del recorrido y estancarse en el esófago. Todos sus esfuerzos por contenerse son inútiles. Deja escapar los avinagrados fluidos que se esparcen por el suelo, salpicando a sus zapatos y pantalones.

—¡Maldito malnacido! ¡Este hombre es el mismo hijo de Satanás! ¡Nunca he visto nada igual! —expresa conmocionado el Cherokee.

Sebastián, tras recuperarse, continúa escudriñando todo. Con los ojos llenos de lágrimas, derrotado y con las reservas de sus fuerzas extinguidas, sigue avanzando con pasos lentos y miradas estáticas hacia el infinito panel mortecino que decora las paredes.

—¡No, Dios mío! ¡No! —grita cuando encuentra lo que tanto ha estado temiendo.

—Por favor, jefe, vayámonos de aquí. ¡Salgamos! —sugiere Ledesma. Por unos momentos coge del brazo a su superior; su intención es llevárselo fuera. Entre las manos de Ledesma discurre toda la tensión acumulada en las venas de Sebastián, quien, blanco como la cera, contempla cada parte de la vida de un asesino.

—¡La va a matar!, ¡va a matar a mi madre, igual que mató a las otras mujeres! Ella es la víctima número doce.

Las imágenes muestran la exhaustiva obcecación que representa Marta para Adelardo. Otra vez se topa con más bocetos de carboncillo, ahora son retratos de la juventud de su madre, unidos a las recientes fotografías de su aspecto actual, son la suma de una obsesión. Está inmortalizada inclusive cuando estaba en cinta. Ahora comprende que su padre jamás fue su principal víctima, sino un daño colateral. Alguien o algo que se interpuso entre él y Marta.

La descripción de la futura muerte de Marta no tiene que ver nada con la de sus anteriores víctimas. Según los bocetos, tiene los ojos abiertos, porque sus párpados están sujetos con algo mientras está amordazada y atada al grueso tronco de un árbol. El paraje está difuminado a lapicero. Parece ser un bosque, pero la forma cuadrada que simula la realidad del terreno parece más bien como un tentáculo que forma parte de una propiedad, tal como un extenso patio trasero o un huerto.

Entre todo el caos formado en el interior de la habitación, hay otras cosas que llaman aún más la atención. La primera es que, en el epicentro del mural de fotografías, hay dibujado un escalofriante gato de pelaje moteado. Pero lo más escabroso es que su cabeza está desfigurada, como si todos los posteriores crímenes partieran del animal. Villarta, con toda la sangre fría y armado de valor, revisa con cautela todo el mural de podredumbre. Busca algo en concreto. Ledesma y el sargento Casado no entienden qué busca con tanto fervor.

—Entre toda esta podredumbre no hay ningún dibujo ni fotografías que hagan mención de las muertes de los dos seminaristas.

Solo entonces, los demás comienzan a buscar desde el inicio del panel hasta el final, comprobando por dos veces consecutivas y desde todos los ángulos que, en efecto, no hay ningún rastro de la muerte de los dos seminaristas.

—¿Por qué un asesino que invierte tanto tiempo en construir todo este paraje de muertes y recrearse en cada una de sus víctimas, va a olvidarse de los dos seminaristas?

—¡Nos ha estado engañando todo este tiempo! Ha estado jugando con nosotros desde el principio. ¡Es un hijo de puta muy bien entrenado para provocar el mayor daño posible! —exclama Sebastián que vuelve a ojear todo desde el comienzo.

—¡Aquí está la respuesta!

Todos a una dirigen la mirada al lugar señalado por Sebastián en el mapa de los muertos que ha dejado Adelardo de la Hoz.

—¡Miren! Este boceto es un esquema del comienzo de todo. La escenificación muestra cómo un grupo de chicos rodean el cadáver, y sus manos manchadas de sangre es evidencia de que todos son culpables. Quizás Eusebio Casares sabe más de lo que nos ha contado. Y cuando el año pasado sacó a la luz esa vieja fotografía, reviviendo unos hechos que ya nadie recordaba, era para contar al mundo que hay un grupo de asesinos sueltos por el país. Y que Adelardo de la Hoz es solo un eslabón —comenta Sebastián.

Tras una breve meditación para asimilar el nuevo giro que ha tomado el caso, Sebastián Villarta sigue hablando.

—Estamos ante el mismo diablo.

Félix Ledesma añade algo más:

—Nos ha utilizado para tener vía libre y acceder hasta su principal objetivo. Y ahora estamos peor que al principio, pues los crímenes de los jóvenes seminaristas continúan siendo un misterio. «Aunque por ahora, todo pasa a un segundo plano. La vida de Marta corre peligro. Y los pobres muchachos ya no tienen solución. Después, cuando todo termine, se centrarán en hallar al culpable», piensa Félix.

80

En la panadería todo parece normal. En el obrador no hay nada fuera de lo cotidiano. Ni gritos, ni llantos, ni alboroto de ninguna clase. Estigarribia no puede asegurar que el lugar sea el escenario de una desgracia. La gente llega, compra el pan y se marcha. Otra, se decanta por los ricos bollos cubiertos de chocolate. A él se le van los ojos detrás de una de las chicas más guapas que ha visto nunca. Rubia, ojos claros, y una piel que parece un lienzo sin estrenar. ¡Ay! Y cuando sonríe, ¡parece que el cielo la envuelve!

Echa un vistazo al interior del horno, el núcleo donde se crean todos los productos que tan famoso ha hecho al establecimiento Panadería El Terrón.

—Hola, ¿qué quiere?

Sus palabras parecen tocinitos de cielo, y su olor, ¡ay, su olor!, es como esa mezcla perfecta entre lo salado y lo dulce. El equilibrio entre un pensamiento obsceno y una palabra romántica. Frente a la joven, aprecia que se trata de la misma chica de la foto. ¡Ahora se encuentra más perdido que nunca! La situación carece de toda lógica.

—Sí, disculpe —comienza diciendo el cabo—, ¿hay algún lugar en donde podamos hablar en privado? —La pregunta lanzada a la muchacha atrae toda la atención y las miradas de las mujeres que esperan ser atendidas.

—¡Esto ya es el colmo! ¡Por supuesto que no! ¡¿Pero tú quién te has creído que eres?! ¡Qué ganas tengo de marcharme de este pueblo!

Estigarribia cae en la cuenta de que no se ha presentado. Un ligero rubor de vergüenza colorea su cara.

—Disculpe, no estoy intentando ligar con usted. Soy el cabo Estigarribia de la Guardia Civil, y estoy aquí por trabajo. Necesito hablar de inmediato con usted —su voz ahora resulta algo menos cortada, y su semblante ha vuelto a adquirir el tono de seriedad tan característico en él.

—¡Papá! ¡Papá, por favor, ven! —exclama la chica. Todas las

mujeres que esperan sus piezas de pan, más otras que llegan, no quieren perder detalle alguno de lo que está sucediendo. Puede que estén ante el chisme más importante de la semana.

Estigarribia vuelve a presentarse y a indicarle que necesita hablar a solas con la familia.

—¡Pepa, quédate despachando! —ordena el padre a una de sus empleadas.

Estigarribia, el agente que lo acompaña, la joven y el padre entran en un despacho. Cierran la puerta, dejando con la curiosidad a toda la clientela.

—Antes de comenzar… es necesario que su mujer esté presente.

—Para eso deberíamos pedir permiso a Dios.

—Lo siento. Veamos. —Les muestra la fotografía—. ¿Esta es usted?

La chica coge la foto y asiente con la cabeza. No sabe por qué la Guardia Civil tiene una fotografía suya. No se mete en líos; bueno, a excepción de cuando quiere perderse y entonces pisa a fondo el acelerador de su coche.

—Sí, soy yo. Pero… no acabo de entender nada. —Enseguida reconoce el lugar exacto donde está hecha, y el día. Es difícil olvidar a ese hombre de la cara desfigurada. Pero según él, quería tomar una foto a todos los dulces para que así su madre, imposibilitada en una silla de ruedas, pudiera escoger lo que más le gustase.

—Hemos encontrado esta fotografía suya en la casa de un sospechoso. —Omite todos los escabrosos detalles para evitar asustar a la familia. Después, saca otra de las fotos que lleva encima, y también se la muestra a su padre y a la joven.

—Lo conozco. Ayer mismo, a primera hora de la mañana vino a la panadería; hizo unas fotografías a los dulces para que su madre pudiera verlos. Me dio una generosa propina, pero yo no la acepté. Desde entonces, no he vuelto a verlo —responde la muchacha.

—¿Ha recibido anónimos o amenazas?

—No. ¿Pero ese hombre quién es? ¿Por qué estaba mi foto en su casa? ¿Me quiere hacer daño? —Todas sus preguntas caen una tras otra como bombardeos.

—Es un asesino. Y creemos que usted es su objetivo. Pero si usted está aquí…

Entonces suena un teléfono y su padre corre para cogerlo.

—Disculpe, seguro que es Mariola; es muy extraño que no haya llamado ya.

—¿Quién es Mariola? —pregunta Estigarribia. Su corazón ha dado un vuelco.

—Es mi hermana pequeña. Está estudiando en Madrid y esta mañana cogió el primer autobús de las cinco, y aún no ha llamado.

—¿Tiene alguna foto reciente de ella? —Una fuerte intuición está arañando sus pensamientos.

Cuando Estigarribia mira la foto, aprecia el enorme parecido físico con su hermana. Adelardo, es posible que… se haya equivocado de chica.

—¿Qué sucede? ¿Cree que ese hombre ha matado a mi hermana?

—Por ahora, no puedo decirle nada. Pero me gustaría registrar su domicilio.

El padre y la hija están tan abatidos que los dos se abrazan unidos por un único temor. Sin esperar ni siquiera una orden de registro, el panadero, la joven, el agente de la Guardia Civil y el cabo Estigarribia se encaminan hacia la casa familiar. Justo unos metros antes de llegar a la vivienda, hallan una maleta escondida debajo de un vehículo aparcado. De inmediato, el hombre la reconoce. Estigarribia tiene cada vez más claro sus conjeturas. Si la situación ya es compleja por sí sola. Esta equivocación por parte del asesino acelera de una manera vertiginosa la muerte de la joven. Un psicópata enfurecido es una granada sin la anilla de seguridad. No obstante, para asegurarse de que la muchacha no pueda estar sin vida en el interior de la vivienda, Estigarribia y el agente echan un vistazo. Todo está en orden.

—¿Y qué podemos hacer nosotros? —pregunta el padre, desolado.

—Esperar. Comprendo que les resulta imposible, pero necesito que mantengan la calma. Porque si, por alguna mala casualidad, esto sale en las noticias y llega hasta los oídos del secuestrador, su hija puede morir.

Ha sido duro y directo, pero mentirles no soluciona nada, sino todo lo contrario.

Sebastián Villarta continúa anclado en la habitación. Parece estar escuchando los murmullos y lamentos expirados de los cadáveres. Todas las imágenes de las fotografías y de los bocetos de lapicero respiran al unísono. La habitación parece estar impregnada con el olor putrefacto de sus cuerpos. Sebastián cree escuchar los gritos y lamentos provenientes del mismísimo infierno. Cada una de las mujeres muertas está gimiéndole al oído sus últimas palabras. El inspector de policía está plantado en el núcleo del habitáculo. No sabe

si es producto de su imaginación, pero puede incluso ver moverse las fotos, y respirar. Muy despacio se aproxima al mural. Comienza a palpar la pared. En la palma de la mano nota una leve y fina corriente de aire. La habitación es una cápsula hermética; por lo tanto, no encuentra explicación. Es extraño que un dormitorio carezca de luz natural de una ventana.

—¡Sargento Casado, Ledesma, vengan aquí dentro!

Los dos hombres acuden dejando a los de criminalística inspeccionar el resto de la vivienda.

—¡Ayúdenme a quitar todas las fotografías de la pared!

Sin cuestionar nada, y tras haber fotografiado todo, comienzan a desbaratar el collage de retratos. La pared está acolchada debido a la humedad. Y la zona parece de reciente construcción. Sebastián, con las yemas de los dedos, palpa el lugar exacto por donde ha percibido la corriente de aire frío.

—¡Aquí, toquen aquí!

—Suena a hueco, jefe; y esta zona está más fría.

Enseguida comienzan a derribar la pared con unos martillos. Los ladrillos caen sin orden y sin esfuerzo. Procedente del interior les invade una ola nauseabunda y putrefacta que, sin dudarlo, identifican como consecuencia de la muerte. Los tres se ven obligados a cubrirse la nariz con las solapas de sus chaquetas. Con una linterna, alumbran los escasos metros cuadrados que componen el habitáculo. Tendido en el suelo, descubren el cadáver de una mujer. Por el estado de descomposición del cuerpo estiman que lleva muerta menos de cuarenta y ocho horas. Está desnuda; sus ropas están hechas un ovillo justo al lado. La piel ha sido sajada y abierta. El rostro está irreconocible, porque ha sido rociada con el ácido proveniente de una botella que el asesino ha dejado como testigo sobre el abdomen de la muerta. Y a pesar de todo, Casado ha reconocido el anillo que lleva en el anular de la mano izquierda. Ella estaba separada, pero seguía llevando su alianza de matrimonio. Se trata de Carmela, la abogada de oficio, a quien ha suplantado la cómplice de Adelardo. También se fijan en que hay una ventana cubierta con tablas cruzadas, pero no tan bien colocadas como para evitar que el aire se filtre hasta la estancia contigua. Gracias a ese despiste de Adelardo, han podido encontrar el cuerpo de la abogada.

El misterio de su paradero ya ha quedado resuelto.

81

El tiempo se les está agotando. Les lleva más de dos horas de ventaja. Es una ardua tarea y difícil misión rescatar a Marta de una muerte segura. Aún no saben con seguridad que tienen que buscar a dos víctimas. Mientras todos están atando conjeturas y posibles lugares, Villarta sostiene la foto donde surge un paraje silvestre y ajardinado. Si alguien conoce bien el sitio, ese es su tío Herminio.

—Mi tío Herminio conoce este lugar. ¡Vayan de inmediato a por él!

El sargento Casado da la orden y dos guardias civiles van de inmediato a por el padre Herminio. En cuestión de veinte minutos, los cuatro están de vuelta. Los dos agentes, el cura y, con ellos, María, que se ha negado a quedarse sola en la casa. Nada más ver a Ses, como ella prefiere llamarlo, se ha dirigido hacia él, pero Sebastián ni se ha estremecido; ha perdido la capacidad para sentir y expresar las emociones.

—¿Qué haces tú aquí? —Esa es su única respuesta al abrazo de ella.

—No quería quedarme en esa casa tan grande. Me da miedo —responde con cierto temor.

—Esto es un escenario de un crimen. Aquí no puedes estar. —Antes de esperar a ninguna contestación por parte de su chica, Sebastián pide a Ledesma que se encargue de su novia.

—Agentes, por favor, llévense a la señorita al cuartel y procuren que no le falte ninguna atención. Hasta nuestro regreso, vigílenla. No quiero que le ocurra nada —ordena a dos guardias civiles. Y a uno de ellos se lo lleva un momento a parte y le dice al oído—: ¡Protéjanla, es la novia del inspector Villarta! —Después le guiña un ojo como signo de complicidad. Sin más, María se marcha con ellos a Mota del Cuervo. Y entre el bullicio policial, se pierde sin que Sebastián sea consciente de su partida.

Estigarribia y el agente se presentan en el escenario de la casa de Adelardo. Sus semblantes denotan que algo muy grave ha sucedido.

—¿La chica está viva?

—Sí, ella está bien, pero… Adelardo tiene a su hermana pequeña. —Estigarribia les explica lo sucedido y cómo ha ocurrido. Es una complicación más añadida a la enredada situación. Es como dar dos pasos hacia delante, y seis hacia atrás. Por el momento, deciden seguir con los mismos planes.

—Casares tenía razón. Adelardo iba a dar que hablar.

Cuando el padre Herminio ve el collage de la muerte, se persigna la señal de la cruz.

—Conozco ese lugar —su voz parece un hilo que se escapa de entre sus rugosos labios. Ahora sabe que nunca ha estado equivocado respecto al creer que ese muchacho tenía algo en sus ojos que producía escalofríos. Pero su intuición se ha quedado corta, con la realidad que muestran sus horribles y espeluznantes hechos. No ha visto nada igual en sus muchos años que tiene ya su gastado cuerpo. La muerte del antiguo director del orfanato es mucho más escabrosa de como él suponía. Adelardo es el mismo Satanás.

—¿Dónde está ese sitio? —pregunta el sargento Casado.

—En Valladolid. A mediados del siglo XX, en los grandes solares que rodeaban la pequeña iglesia de San Luis, en Friarosa, se construyó el orfanato. Pero dejaron el viejo camposanto que daba justo en la parte trasera. Con el paso del tiempo, impidieron más enterramientos y exhumaron muchos otros. Así, el terreno se convirtió en un huerto que durante años sirvió de mantenimiento y sustento económico para mantener el orfelinato.

Villarta, apoyándose en la pared cubierta por un enorme armario de cuatro puertas, se deja caer hasta dar con sus huesos en el suelo. Su semblante es blanco y sus ojos están enrojecidos. Abatido, comienza a llorar. Sabe que es imposible llegar a tiempo para salvar a su madre. Una pésima impotencia lo deja fuera de cobertura. Hasta ahora, ha estado lúcido manteniéndose en alerta, pero desde que es consciente de que está a cientos de kilómetros de ella, ha perdido la capacidad de estratega.

—¡Nadie puede impedir que la mate! —Con esas palabras se hunde y se desgarra por dentro, cual una costura mal unida entre sí.

El sargento Casado saca su teléfono del bolsillo, marca un número y espera.

—Señoría, volvemos a necesitar su permiso para obtener la ayuda de nuestros compañeros de la Benemérita en Valladolid. Esta vez es un pueblo pequeño llamado Friarosa. —El sargento se sale por un

momento de la habitación, para explicarle mejor la urgencia a la que se enfrentan, las condiciones y la situación tan drástica. Necesitan la cooperación inmediata, para salvar a Marta y a la joven.

—Partimos de inmediato para Valladolid. Los compañeros más cercanos al municipio de Friarosa y San Luis ya están en marcha.

Durante el trayecto de casi cuatro horas desde la provincia de Cuenca hasta Valladolid, los vehículos no han bajado la velocidad. El Cherokee está en constante comunicación con el sargento encargado de aportar ayuda y refuerzos en Friarosa.

—Sargento Casado, tenemos rodeadas las ruinas del viejo orfanato. Mis hombres tienen asegurado el perímetro. Espero sus órdenes.

—¡Adelante! Sean cuidadosos y discretos. Ante todo, nos interesa la vida de las mujeres. No hagan nada que pueda ponerlas en peligro. Asegúrense de que están vivas, y esperen.

Uno de los hombres entra a inspeccionar el terreno y no encuentra nada. El equipo vallisoletano de la Guardia Civil cree que su compañero Casado se ha equivocado. No obstante, esperan; pero tras una hora, todo permanece sin cambio alguno. Cualquier movimiento en falso puede alertar al asesino y poner en peligro a las víctimas. Sabe que una es la madre de un inspector jefe de policía nacional, y que la otra, se trata de una joven.

—¡Es ahí! ¡No abandonen el lugar y sigan atentos!

Todos los hombres obedecen al sargento.

Pero Adelardo es más listo que todos ellos. Su sentido del mal está más desarrollado. Lleva años preparándose para este momento. Y tiene todo previsto. Sabe que, a estas horas, Sebastián Villarta y su fiel escudero Félix Ledesma, junto con esos dos guardias civiles, deben de estar de camino hacia Valladolid. Después de haber visto el gran mural escenificado de sus asesinatos, ya han averiguado toda la verdad. Aunque aún les espera una gran sorpresa. Unas horas de ventaja dan para mucho juego a su favor, y por ahora, él está ganando. Ha introducido el vehículo en lo que fuera el gran *hall* del orfelinato, del cual partían numerosos pasillos. La maleza que rodea a la vieja inclusa, la hiedra y los escombros, se han comido gran parte del miedo que infundía el lugar. Sube a las habitaciones, y las camas de metal ahora parecen arañas con patas oxidadas. Algunas de las ventanas están cubiertas con cortinas convertidas en jirones de rancia y pesada tela. Ni siquiera la huella del tiempo ha borrado el olor del pánico, porque la esencia de horror aún habita en cada ángulo de la

gran sala vacía. Los gritos de los niños, convertidos en fantasmas, siguen adheridos al lugar. Baja las escaleras y se adentra en la cocina. Algunas cacerolas aún están rondando por el suelo, como condenados sin cabeza. Después de divagar por el esqueleto de hormigón, vuelve al vehículo a por las dos mujeres. Aún están inconscientes. Primero coge a la muchacha y se la echa a los hombros, tal y como hacían con él cuando se lo llevaban al despacho del director. Baja las escalinatas que llevan al sótano, donde cometió el atroz asesinato del gato Manchas. Tiene que formar filigranas con sus piernas, mientras que con sus brazos sujeta el menudo cuerpo y una mochila donde carga varios utensilios. Empuja la puerta de maciza madera; con una bestial patada consigue abrirla. La silla, potro de tortura de todas las mujeres a las que ha sometido a bestialidades, preside el centro del tétrico escenario. La última en estar sentada ha sido Sandra. Las cuerdas aún siguen arrojadas por el suelo. El goteo proveniente del grifo sigue insistiendo en ser el protagonista del escabroso silencio. En una de las columnas que apuntalan el techo, ata a Mariola. Su cuerpo es como el de una marioneta. Y cada una de sus partes se amolda a las manos de Adelardo. Por un momento, su cabeza cae vencida sobre el pecho de él, y cuando está tentado a besarla, se da cuenta de que no es la panadera. No es esa chiquilla con cara angelical y piel de cielo. Es muy hermosa, y con gran parecido con la joven de carnes lechosas y labios apetecibles. Es una pena, porque a ella no la llevaría al calvario de lo que le espera a esta pobre joven. De pronto, sus pensamientos lo derivan a ella, a Marta, que todavía espera en el maletero del coche.

Tal como si fueran novios en su luna de miel, Adelardo la coge entre los brazos y recorre el pasillo y las escaleras hasta el sótano. Está hermosa, tanto como cuando era joven. De hecho, él no ve sus arrugas, ni las canas que sobresalen entre el caoba de su cabello teñido. El amor que siente por ella es capaz de derribar hasta la frontera del tiempo y del olvido. También es la suma de un amor pasional y uno maternal. Es algo que la razón desconoce. Ahora sabe que todos esos crímenes que ha cometido en su nombre no han sido en vano. Con aquellas chicas ha mitigado la ausencia de Marta: todas rubias, de ojos claros, piel blanca, labios carnosos y cuerpo esculpido por la perfección. Todas han sido copias de su querida Marta. ¿Qué le ha ocurrido a su cabello?

82

Después de atarla en la silla de las torturas, se sienta en el suelo a contemplarla. No dispone de mucho tiempo. Villarta junto a su cuadrilla se encaminan hacia Valladolid. Además, un equipo de la Guardia Civil está en el huerto. Ha hecho bien en dejar esas fotos del falso lugar. Eso le da un poco más de margen de distancia. Adelardo, de un tirón, arranca la cinta adhesiva que cubre la boca de Marta. Ella comienza a distinguir unas sombras y a escuchar una voz que parece sacada de una tumba. Poco a poco va recuperándose. Huele a humedad. El sitio está mal iluminado, tan solo una bombilla de baja potencia en el centro y colgando de una viga evita la oscuridad.

—¿Quién eres? ¿Dónde estoy? ¿Dónde está el cadáver de mi marido?

Pero nadie responde. El corpulento hombre solo se dedica a mirarla.

—Por favor, no me hagas daño.

—Todo depende de ti —responde.

Entonces, Marta escucha un leve gemido; busca su proveniencia entre el espacio lóbrego y húmedo. En el suelo, atada a una columna, distingue el cuerpo de una muchachita. Su boca está cubierta con una mordaza.

—¿Ves a esta chica? Que viva o muera tan solo depende de ti, mi amor.

Marta no logra comprender nada. El hombre sabe su nombre; que la conoce no hay duda, pero… ¿quién es?

—¿Por qué sabes mi nombre? ¿Por qué me has traído hasta aquí?

—¿Cómo es posible que me hayas olvidado? Yo jamás lo he hecho. Es más, tú has sido el verdadero motivo de mi vida. Te he homenajeado con la muerte de cada mujer que he asesinado, al igual que sucederá con esta, si no lo evitas. ¿Qué más puedo hacer para que me quieras? —dice señalando a la muchacha que está temblando de miedo.

—Haré lo que quieras. Pero, por favor, no le hagas daño.

—Solo necesito que me recuerdes. Porque… nadie te ha querido tanto como yo.

Marta no entiende la obsesión de su secuestrador.

—Soy uno de esos chicos que tú cuidabas por las noches, y a veces consolabas. Ese niño asustado, que tuvo que aprender a defenderse sin morir en el intento. Decían de mí que era el mismísimo diablo, pero tú nunca me temiste. Desde el primer instante que me diste un beso en la frente, supe que ya nunca te olvidaría. En ti vi a una madre. Ella me abandonó cuando era pequeño, y con tu presencia olvidé hasta mi procedencia. Te convertiste en todo para mí. Conforme pasaban los años, sentí que mis sentimientos cambiaban. Entonces, sucedió: me enamoré de ti. Y tú seguías besándome en la cara, acariciando mi pelo y sonriéndome. Me diste esperanzas y comencé a soñar contigo. Pero un día desapareciste, y meses después, regresaste con un hijo. Y entonces, dejaste de besarme, de dedicarme atención. Ya no me querías. Y mi amor por ti crecía y crecía, y yo no podía hacer nada. Y ya ves, nunca he perdido las esperanzas de volver a recuperarte solo para mí. Ahora estás aquí conmigo.

Marta comienza a entenderlo todo. Recuerda a todos aquellos niños a quienes cuidaba. Pero… jamás se decantó por ninguno. Todos ellos estaban necesitados de amor y ella procuraba dárselo. Rememora a un niño al que todos temían y al que ella no dejó de lado.

—Soy Adelardo de la Hoz. Pero quizás con barba y con pelo, me conozcas por Alejandro Higueras, amigo de Tomás Villarta.

Marta cada vez está más asustada. No sabe qué esperar de un tipo así.

—Si tanto me quieres, si tanto bien te hice, ¿por qué me estás haciendo esto? ¿Por qué mataste a mi marido?

—¡Porque te quiero, mi preciosa y amada Marta! Cada una de esas mujeres que he matado han sido el mayor sacrificio de amor que nadie ha hecho ni hará nunca por ti. Cuando las mataba, solo tú estabas en mi mente. Eran tus ojos, tu sonrisa y tu cabello. Hasta sus fragancias estaban impregnadas de tu recuerdo. Eran la suavidad de sus pieles blancas como la tuya. Eran sus senos y areolas marrones que me atraían, pero siempre recordando tus delicadas intimidades. Todas ellas murieron pronunciando tu nombre. Marta, Marta, Marta.

Pero Marta no responde, solo llora y llora porque sabe que su vida está en manos de un maldito loco. Además, ella ha sido la musa de un

asesino y causante de las muertes de todas esas pobres chicas. Eso hace que Adelardo se desespere más y más. En un momento, por consolarla, se aproxima a ella y comienza a besarla. Marta, impávida y sin mover ni uno solo de sus músculos, siente la lengua y los labios de su secuestrador aferrándose a su rostro como la boca de un sapo y succionan sus lágrimas. Al final, él accede y muy suave comienza a decirle lo que tanto ella espera escuchar y teme.

—El cadáver de tu esposo lo han encontrado esta madrugada. Pero dejemos de hablar de él. Ahora estamos solos tú y yo. Y así moriremos, nosotros juntos, como nunca nos dejaron estar.

La chica, con los pies atados, los levanta hacia arriba y hacia abajo intentando deshacerse de las mordazas. Adelardo no puede concentrarse bien con el ruido; la desata del pilar de cemento y la arrastra hasta los pies del pequeño altar, donde permanecen las fotos de todas las mujeres asesinadas. La sujeta de los pelos y de la cabeza, y la obliga a mirar.

—¡Esto es lo que te espera! Porque tan solo tienes la misión de ser un número. Ocupar el lugar de una de ellas. Así que ¡no te resistas! Tu destino nadie puede cambiarlo.

Marta le ruega que no le haga ningún daño. Pero Adelardo no atiende a sus súplicas.

—¡Por ti soy un asesino! ¡Por ti he matado a todas esas mujeres que ahora descansan en la vieja necrópolis del orfanato! Ellas han calmado mi deseo de muerte, hasta encontrarte. No ha sido fácil dar contigo. Y también a Matías Pineda tuve que asesinarle, pero antes me dijo adónde encontrar a tu marido.

—Por favor, no nos hagas daño.

Pero Adelardo se siente más fuerte y feliz que nunca. Por fin la tiene, ya es suya.

—¡Dime que me quieres! ¡Que entiendes todo lo que he hecho por ti! —Pero Marta está bloqueada. Está al límite del razonamiento. Adelardo vuelve a gritar—: ¡Dilo! ¡Di que me quieres o ahora mismo acabo con su vida! —insiste al tiempo que golpea la cabeza de la chiquilla con el borde de la mesa donde se encuentra el santuario. Los golpes secos del cráneo de Mariola retumban en el sótano—. ¡Di que me quieres! ¡Que te equivocaste al dejarme solo! —Esta vez, una fusta descargada sobre el cuerpo de la joven rompe el aire rancio que los tres respiran.

—¡Te quiero, te quiero! ¡Siento no haberte dado más de mí! ¡Te

quiero!

—¡Mientes! ¡Estás mintiéndome!

Adelardo deja arrojada a la chica en el suelo. No se mueve; ha dejado de respirar. Cuando él le da una patada a su cuerpo inmóvil, parece más bien un bulto. Con una maquinilla de afeitar, le rapa la cabellera. Grandes mechones de pelo rubio caen al suelo. Después, los arroja en la cara de Marta.

—¡Mira! ¡Ahí te dejo el cabello dorado como ofrenda! ¡Ahora que tu pelo rubio está cubierto bajo capas de tinte cobrizo! Quiero que recuerdes lo que me enamoró de ti.

—No, no, por favor; déjala en paz. —Pero sus ruegos de nada han servido. La chica yace inmóvil en la base fría de cemento—. Te quiero, te quiero —continúa diciendo Marta. Su voz es cada vez más débil. Y de su garganta sale una amalgama de sollozos y lamentos. Ha visto matar a una inocente joven. Sabe que es cuestión de tiempo para que ella corra la misma suerte.

—Demasiado tarde, querida Marta. Demasiado tarde.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—En esta vida no he podido estar contigo, pero lo estaré en la otra.

Se acerca hasta ella y le da un puñetazo tan brutal que le parte el labio. Sigue golpeándola sin cesar. Le rompe la nariz. Y acaba descargando latigazos en su cuerpo. Después, saca un cuchillo de la mochila. Marta cierra los ojos. Si va a morir, no quiere ver su cara por última vez. Prefiere tener el recuerdo de su hijo y de su querido Tomás. Adelardo le corta el pelo, tirando y sajando con el filo del arma. Los mechones de un falso caoba caen al suelo como plumas. Después, rasga sus ropas hasta dejar al aire sus senos. En el cuello, con la punta de la cuchilla, graba las primeras iniciales de su nombre: A. H. Pero Marta ya no siente nada, porque se ha desmayado. El último paso es enterrar el cuerpo de la chiquilla en el socavón preparado para ella. De inmediato descarta la idea. Además, sabe que el viejo sacramental está vigilado por la Guardia Civil. En este lugar están a salvo.

Adelardo comprueba que Marta aún respira. Abre sus ojos, y lleva a cabo la escenificación que ha dejado plasmada en los dibujos de la casa alquilada en Las Pedroñeras. Con pegamento extrafuerte, le sujeta los párpados doblados entre sí, como si fueran una hoja de papel. Las pupilas están perdidas entre el cristalino blanco, que navega en una mirada ausente. Pero eso no lo detiene. Siente un gran alivio al verse

cumplida su misión. Quizás la presión maligna que ha estado atosigándole durante tantos años, ahora haya dejado de expandirse por cada una de las células que nadan en su ser. De cierta manera, cree rozar de nuevo la niñez, con la diferencia de que esta vez, Marta está con él. Por fin es para él solo. El trayecto no ha estado ausente de complicaciones, pero ya ha llegado al final del camino. Con la muerte de la chica, cierra la cadena de asesinatos. Él, antes de morir, le ha tatuado en su cráneo afeitado el número once. No ha podido ser de otra manera. Y con Marta en su posesión, ha llegado a la cúspide de su propósito. Sabe que ella tiene los minutos contados; no le queda mucho tiempo de vida. Mientras que aún respira, Adelardo se prepara para el broche escarlata. De entre unos cachivaches, y liados en un lienzo amarillento, extrae unos objetos. A los pies de Marta coloca el cáliz de oro y dos copas de plata. Después, se arrodilla y, de uno de los bolsillos laterales de su pantalón, extrae el puñal que siempre lleva encima. Lo agarra con fuerza con ambas manos, y lo levanta en el aire. Mira a la mujer de su particular odisea, y sin más, se apuñala en el corazón. Es tal la brutalidad de la embestida con la hoja afilada de acero que no tiene ninguna posibilidad de pronunciar una última palabra: «Te quiero». Cuando Marta recupera el conocimiento, y sus ojos poco a poco van perdiendo el níveo de la inconsciencia, lo primero que ve es la empuñadura de un cuchillo hincado sobre el corpulento cuerpo del raptor, y sobre el suelo, un gran charco de sangre. Grita con todas sus fuerzas, pero la voz se ha anudado en su garganta y los gritos tan solo son inútiles esfuerzos en el vacío. Atada y sin alternativa, y con los ojos secos y abiertos debido a que sus párpados continúan pegados con el potente pegamento, intenta buscar con desesperación a la muchacha. Apoya los pies en el suelo y hace fuerza para coger impulso, pero cae, y se arrastra por la superficie manchada de sangre de su raptor. Con cada uno de sus avances, siente que va a volver a desmayarse de un momento a otro, pero resiste. Llega hasta el cuerpo menudo de la joven.

—Despierta, despierta. No temas ya.

Pero Mariola no responde a los estímulos de la voz de Marta. Está muerta. Ha llegado demasiado tarde.

—¡Socorro, socorro! ¡Que alguien nos ayude! —La profundidad del sótano y el grosor de sus paredes amortiguaban sus gritos. Se siente perdida y sin salvación. Sin ayuda, jamás saldrán.

—¡Dios mío, ayúdanos!

83

Durante la inspección ocular, los perros adiestrados para encontrar cadáveres comienzan a alborotarse. La Guardia Civil de Valladolid nunca ha visto nada igual.

Al cabo de una media hora, llegan a San Luis el equipo del Cherokee. Con la velocidad de sus autos, levantan una gran polvorera en el camino. Cruzan el cordón protocolario y de seguridad que precinta la zona.

—El sargento Olivos se presenta —dice saludando al estilo militar.

—No son las mejores circunstancias, pero me alegro de conocerle. Le agradezco a usted y a su equipo la ayuda que nos está prestando. Pero creo que todo ha sido en vano. No hay rastro de ninguna de las dos mujeres. Esto no es buena señal —dice el Cherokee al tiempo que mueve la cabeza de un lado para otro.

—Sé que no es el resultado que esperaban, pero debo enseñarles algo aterrador. —El sargento se encamina hacia dónde están sus hombres y los perros de rastreo. Los canes están sentados sobre diversos trozos de tierra y marcando el territorio cadavérico. Asombrados, Casado, Estigarribia y Ledesma lo siguen, mientras que Villarta grita desesperado y encaminándose con inciertos pasos hacia las ruinas de San Luis.

—¡Mamá, mamá, contéstame si me oyes! —Él no se da por vencido. Alternando su voz y llantos grita—: ¡Mariola, Mariola! ¡Mamá, mamá!

Rememora las veces que él correteaba con su triciclo por los largos pasillos. Recuerda unas empinadas escaleras que llevaban al sótano de los castigos, según le decía su padre para que jamás osara en bajarlas. Cierra los ojos, y vuelve a ser el niño de tres años. Imagina que recorre los vestíbulos repletos de puertas y grandes ventanales. Sin perder ni un minuto, se dirige hacia las ruinas de San Luis. Asaltando los matojos y enredaderas del solar, llega a la entrada del interior del orfanato. Oculto entre la maleza y escombros, encuentra un coche todo terreno. Sabe que es de Adelardo. A pesar del deterioro,

Sebastián Villarta es capaz de ver la majestuosidad de antaño. El viento se cuela por los huecos de las ventanas debido a las corrientes, y el aire parece aullidos de lobos. Hay paredes ennegrecidas, por causa del incendio que arrasó el edificio. El inspector de policía se encuentra a los pies del primer escalón. Es cuando escucha un desgarrador llanto. Sin pensárselo y dejando atrás sus recuerdos, baja cada peldaño como si una mano lo empujara al vacío. De una patada derrumba la puerta y entra. Entre el endeble destello de la pequeña bombilla, lo sorprende la silueta de un cuerpo tendido en el suelo, del cual sobresale el mango de un arma blanca, justo al lado los objetos sacramentales a los que hizo referencia Eusebio Casares. Entre las sombras, ve a su madre atada en una silla y vencida en el suelo, junto al cuerpo de Mariola, la hija del panadero. Ella no debía haber estado aquí, pero por un error ha terminado ¿muerta?

—¡Mamá, mamá! ¡Ya todo ha acabado! —Abrazado a su madre, no deja de hablarle.

—Estoy bien. Por favor, ayúdala a ella primero —exclama Marta entre sollozos.

Sebastián le toma el pulso en el cuello; es débil, pero todavía respira. Desata a las dos y llama por teléfono a su compañero Ledesma, avisándole del hallazgo de su madre y de la chica.

—Avisa de inmediato a dos ambulancias.

Mientras los sanitarios llegan al lugar, Sebastián mece entre sus brazos a Marta. Ruega que la chica resista. No quiere verla morir. El sonido de las sirenas de las ambulancias se adentra entre los muros de San Luis. Madre e hijo siguen abrazados. Por un momento, alza la vista, y entre las penumbras que la débil luz de la bombilla desprende, visualiza un collage de la muerte. Deja con cuidado a su madre en el suelo, junto a la muchacha. Y entre las fotos de los cadáveres, se encuentra el de Sandra. Tal y como ella ha dicho, de entre los muertos la dejó marchar. En una esquina del mural, hay un sobre clavado sobre el corcho:

Inspector Villarta

Arranca el papel del encorchado y lo abre con pavor. Coge la esquela que hay en el interior.

> Este regalo es por cortesía del asesino de tu padre, y como agradecimiento por llevarme conmigo la vida de tu madre. Ahora ya no te debo nada.

Extrae unas terroríficas fotografías. Las tres primeras son las imágenes de los cuerpos desnudos, retratados desde varios planos y aún con vida, de los jóvenes seminaristas. En una de ellas, una sombra dibuja la silueta de uno de los asesinos que, por accidente, se cuela en el escenario mortal, jugándole una mala jugada. En otra, se aprecia a su cómplice que está pintando los labios amoratados de los cadáveres, de un rojo carmín. En este caso se ve una de sus manos, pero suficiente para determinar de quién se trata. Otras imágenes muestran parte de la misma escena del boceto a carboncillo que hallaron en el domicilio de Adelardo. Niños rodeando un cadáver que tiene las cuencas de los ojos vacías y con un cuchillo clavado en el corazón. No obstante, en esta original imagen, hay un detalle más escabroso que en el esbozo: hay dos niños que portan entre las manos los genitales del muerto. En el retrato, los rostros de los niños son nítidos. Reconoce a Adelardo de la Hoz, quien inteligentemente y con una clara intención ha rodeado con un círculo rojo al par de chiquillos.

> Estos son los asesinos de los seminaristas.

A continuación, un nuevo jeroglífico:

> Entre San Luis y San Tomé, dos diablos se perdieron: uno toca las campanas para clamar al cielo; otro tiene una lengua larga y de fuego.

Sebastián cree que se trata de otro nuevo juego. «Su maldad no tiene fin», piensa. Según la esquela, ha muerto creyendo que Marta lo acompañaría en su viaje hacia el infierno. Entre tanto, los sanitarios socorren a las víctimas. Tras el segundo intento de reanimación, consiguen devolver a la vida a Mariola. Con gran rapidez, se llevan a las mujeres al hospital de la ciudad de Valladolid. Villarta no se separa de ellas, y se marcha en una de las ambulancias. Deja todo en manos de sus compañeros.

—Por ahora, hemos descubierto cuatro, pero hay muchos más. Nuestros canes están como locos. ¡El terreno está minado de cadáveres!

Los cuerpos están desnudos sobre la tierra. Todos son mujeres. En sus cabezas rapadas y afeitadas hay inscrita una cifra. Han contabilizado diez cadáveres, con idéntico patrón de torturas. Es lo único que resalta de sus restos. Además, hallan algunas de sus

pertenencias. Ropas, pulseras, colgantes, documentos, carné de conducir o el permiso de residencia son algunas de las cosas que encuentran los investigadores en el interior de sus bolsos. Las hay de todas las nacionalidades. Y a juzgar por las fotografías que se encuentran entre sus monederos, eran muy bellas y llenas de juventud. Tal y como ha dejado constancia el asesino en el collage de imágenes, Mariola engrosaría la lista en el puesto decimoprimero; y con la muerte de Marta, finalizaría su escalada.

84

Son las dos de la tarde. Los de criminalística siguen trabajando en el terreno sembrado de muerte. Los cadáveres están en fila sobre la tierra revuelta por las paladas. Diez cráneos rapados y amarillentos que parecen bolas de billar enumeradas. Los operarios introducen los restos en los ataúdes metálicos para llevarlos al anatómico forense y practicarles las autopsias.

En la quinta planta del hospital de Valladolid, Sebastián Villarta espera noticias de los médicos. La familia de la joven viene de camino. Ha sido un largo y tedioso día. Gracias a Dios las dos mujeres han logrado sobrevivir. Adelardo ha cebado su violencia con la pobre chica, que ahora permanece sedada. Marta ha resistido a pesar de que su asesino quería llevársela al otro mundo con él. Sebastián ruega que toda esta pesadilla acabe de una maldita vez. De momento, espera de pie, observando por la ventana sin detener la atención en nada en concreto. Sus pensamientos lo llevan, sin remedio, a los brazos de su María.

—María, no te vayas de mi lado. Te necesito. Te quiero tanto que no me imagino la vida sin ti. Mi amor, espérame. —Es lo que va a decirle, porque, en verdad, ella es su equilibrio. Pero no coge el auricular. Y tampoco responde a sus mensajes. «Línea ocupada». Está claro, su relación se ha roto. Seguro que ya tiene que estar de vuelta a Madrid. Incluso la imagina recogiendo todas sus cosas del apartamento. No descarta que, ahora que ya no hay nada entre ellos dos, María acepte el puesto de trabajo en una revista de diseños y decoración en Londres. La ve arrastrar sus maletas por el aeropuerto, y en otra mano, la gatera con Roco. Sebastián ya percibe esa desgarradora soledad, sin su chica y sin el gato de pasos de fantasma. ¡Dios, cuánto la quiere! Pero la ha perdido. No ha sabido cuidar de ella, de sus necesidades, ni otorgarle un sitio primordial en su existencia. Ha dejado que el trabajo consuma y destruya parte de la intimidad que, por derecho, pertenece a su novia.

—Estoy aquí. —Escucha una dulce voz a sus espaldas. Sebastián se vuelve y la cobija en los brazos mientras colma de besos cada parte de su rostro y de sus ojos.

—Ledesma me ha avisado.

—Siento mi resaltada estupidez. Me haces siempre tanta falta, que no quiero ni imaginarme mi vida sin ti. Creía… que te habías ido y…

María mira cómo Ses se deshace en llanto como un niño. Ahora recuerda por qué se enamoró de él. Sus miedos y emociones no puede ocultarlos. No tiene dos caras, y por eso lo ama tanto. Lo besa con intensidad y ternura, como si hubieran estado toda la vida buscándose.

—Espero que no te importe, hemos cogido el todoterreno de tu padre.

—¿Hemos?

—Sí, tu tío Herminio ha venido conmigo.

El sacerdote espera sentado en uno de los rígidos asientos que hay en los pasillos. De repente, Sebastián lo ve tan viejo como un arcaico recuerdo. En tan solo unos días lo ha perdido todo. A sus únicos hermanos. Este último golpe le ha pasado factura a su aspecto físico. Sebastián siente compasión por él, porque, después de todo, ha sido el único que ha tenido que soportar en la más absoluta soledad el peso de un pecado. El inspector tiene ahora cargo de conciencia, porque ha estado a punto de llevarlo a la cárcel.

—Perdóname, tío. Perdóname.

—Hijo mío, los huesos me pesan demasiado. El reuma me está matando. Eso es lo único que me hace sentir que estoy vivo. Y créeme, la vida, a mis muchos años, sigue mereciendo la pena vivirla. Todo lo demás lo he olvidado. Te aconsejo que tú hagas lo mismo. Vive antes de que tus pies se desparramen en los zapatos.

—No te entiendo, tío —pregunta Sebastián—. ¿Qué quieres decir?

El sacerdote deja escapar unas carcajadas. Sobre la pierna de Sebastián apoya una mano y cerca del oído comenta:

—Que nada de esto te destruya. María parece una buena chica; basa en ella tu felicidad. Sin olvidar estar preparado para el siguiente estoque.

Sebastián muestra a don Herminio la fotografía.

—Tío, observa bien esta imagen, y dime si reconoces a estos niños que están rodeados con un círculo rojo.

El sacerdote coge el retrato entre sus temblorosas manos.

—¡Santísimo Cristo, esto es obra del diablo! ¿De dónde has sacado tú esta foto?

—Es el último obsequio de Adelardo de la Hoz para mí. Dime, tío, ¿reconoces a estos dos niños? —insiste.

—Sí, uno era Calixto del Soto, un muchacho algo especial. Siempre ayudaba a los curas en la iglesia. Y este de aquí era su hermano pequeño, y no solo por edad, sino, también porque apenas levantaba un metro del suelo. Debía de tener algún problema de crecimiento. Se llamaba Rufino del Soto.

—¿Estás completamente seguro?

—Hijo mío, tengo muchos años, pero mi memoria sigue intacta. Sí, estoy tan seguro como que este de aquí es Adelardo de la Hoz.

—Tío, ¿te encuentras con fuerza para quedarte con mi madre? Te necesito aquí en Valladolid; yo tengo que partir de inmediato. María se quedará contigo.

—Sebastián, vete tranquilo. María y yo nos quedaremos aquí hasta que tú regreses. Creo que el deber te reclama.

85

—Ledesma, ven de inmediato a recogerme al hospital —ordena a su compañero por teléfono.

En veinte minutos, Ledesma detiene el vehículo en la puerta principal del hospital.

—¿Qué ocurre, jefe? ¿Su madre ha empeorado?

—No. ¿Se acuerda del sacristán de San Tomé?, ¿verdad? —Ledesma asiente—. Volvemos a toda pastilla a Mota del Cuervo. Le explicaré todo por el camino. Pero antes, avisemos al sargento y al cabo. Vamos a necesitarlos.

Villarta hace partícipe al pequeño equipo del nuevo giro de la investigación. Y les muestra la nota inscrita en el papel, junto con el jeroglífico. Enseguida, ponen rumbo hacia Mota del Cuervo.

Están rotos por el agotamiento. Son las siete de la tarde. El cielo está pintado de negro y las luces de las farolas del municipio están encendidas. Al fin, llegan al cuartel de Mota del Cuervo. Sin mediar, el cabo trae esposado al periodista Eusebio Casares. Este intuye que algo importante ha sucedido y que, sobre todo, le incluye a él. Los pies apenas rozan el suelo, y eso hace que tropiecen con el mobiliario que encuentran a su paso.

—¡Eh, eh! ¿A qué tanta prisa, tío?

Pero Estigarribia no responde. Solo se limita a llevarlo ante los verdaderos protagonistas, porque esta vez, sí estará presente el hombre a quien tanto teme; el inspector jefe de la policía Sebastián Villarta. Entran en la sala de interrogatorio, donde también espera un abogado de oficio. El sargento Casado, durante el viaje, se ha encargado de agilizar los trámites, para no perder ni un minuto.

—¡Siéntate aquí! —ordena Ledesma.

—¿Qué ocurre? Creía que yo les había ayudado a encontrar a ese canalla; porque lo han encontrado, ¿verdad?

—Eso ahora no importa. Tenemos otros asuntos que tratar contigo —responde el subinspector. ¿Ves a este señor? —se dirige al letrado—.

Pues es tu abogado de oficio. Vas a necesitarlo.

Antes de entrar a la sala de interrogatorios, Villarta da un respiro hondo y lento. Le tiene muchas ganas a este tipo. Pero en el último momento, se arrepiente y da un paso hacia atrás. Casado está justo detrás de él.

—¿Qué pasa, inspector?

—Conozco a Casares mejor que nadie, y sé de sus tretas. Y si yo participo en el interrogatorio, utilizará cualquier cosa para defenderse, y no dudará en aludir enfrentamiento personal y ensañamiento contra su persona. No quiero ponérselo fácil. Lo dejo en las manos de Ledesma y de ustedes.

—Buena decisión. Le juro que acabaremos con él.

Ledesma y Casado están sentados frente a Eusebio Casares, que se muestra altivo y muy seguro de sí mismo.

—¡Esto es un ultraje! Yo vine libremente a declarar contra Adelardo de la Hoz, y de no ser por mí, ustedes no lo habrían cogido. ¿Y me tratan de esta manera?

Ledesma da un golpe fuerte en la mesa.

—¡Basta ya de gilipolleces! ¡Sabemos quién eres!

—Por supuesto que saben quién soy; todo el país lo sabe. Los mejores titulares de prensa están firmados por mí —responde mientras suelta una carcajada. Su seguridad se mantiene intacta. «Los maderos no tienen nada contra mí, todo es un farol», piensa mientras intenta guardar la compostura.

—Has sido muy inteligente; incluso has estado a punto de salir triunfante, pero todos los asesinos dejan detalles sueltos y cometen algún error.

—¿Está usted acusándome de haber cometido un crimen?

—Dos, para ser más explícito —responde esta vez Casado.

—¡Esto es inaudito! ¡Los hundiré con mis artículos, cuando publique las falsas acusaciones a las que estoy siendo sometido por la policía! ¡Les arrojaré a la sociedad!

Ledesma se levanta de la mesa, y toda la furia que lleva guardada en su interior la descarga con un golpe brutal.

—¡Basta! ¡Basta ya, escoria! ¡Cállate de una puta vez!

Sobre la superficie de metal, Ledesma deja una fotografía. Y espera la expresión de Eusebio Casares, que no tarda en hacerse notar. Las primeras gotas de sudor comienzan a resbalar por su frente. Siguen el camino hasta los ojos, que limpia con la manga arrugada de su camisa

de espantapájaros. Luego, se muerde el labio inferior, y su rostro lechoso se vuelve pajizo.

—¡Vaya! Parece que la foto no te ha hecho ni puñetera gracia —exclama Casado—. Ahora ya no te ríes, ¿verdad? Supongo que estás comenzando a entenderlo todo.

—Solo sé que esa fotografía jamás tendría que haber visto la luz. Entonces éramos unos niños acobardados; nadie puede culparnos por matar a quien nos hería. Además, de eso hace ya tanto tiempo que el delito ha prescrito —se defiende Eusebio. Vuelve a su postura inicial; desafiante e insolente.

Ledesma sonríe satisfecho, porque va a hacerle picadillo. Comenzará dándole confianza y libertad para que cuanto más arriba esté, más brutal sea la caída hacia la realidad.

—Así es, Casares; de esta foto hace ya mucho tiempo. Pero ¿no sientes curiosidad de cómo ha llegado a nuestras manos? Porque si es así, me hace sospechar que lo sabes perfectamente. Adelardo te tenía cogido bien de los huevos; por eso mismo, nos ayudaste en su detención.

—No, no; eso no es cierto. No —protesta el periodista.

—Sí. Nos has hecho creer que te llamaba para avisarte de sus crímenes. Todo porque te estaba chantajeando con hundir tu carrera y delatarte como el verdadero asesino. Tú mismo le facilitaste una coartada para confundirnos y que jugara con nosotros, haciéndose pasar por el Asesino estilista

—¡Miente, miente!

—Esta foto no prueba que él sea el asesino de los seminaristas —alega en defensa su abogado.

—Se equivoca, letrado. Estos dos niños que están en el círculo son los hermanos Del Soto. Este de aquí, el que sujeta entre sus manos las partes nobles del cadáver y en su cara se aprecian manchas más oscuras, es Calixto. Y este otro, el más canijo, Rufino, alias Eusebio Casares. Además, alguien que va a morir no tiene nada que perder. El propio Adelardo los señala como asesinos. Es más —comenta ahora dirigiéndose al periodista famélico—, ¿te acuerdas de uno de los últimos directores de San Luis? Para ser más exactos, ¿de don Herminio? —Ledesma omite que es el tío del inspector Villarta y, después, vuelca toda la atención en el abogado—. Pues también le ha reconocido, pero por vuestros verdaderos nombres. Y si aún le queda alguna duda, para tener la absoluta evidencia, ¿qué le parece que el

señor Casares siempre llegara el primero a la escena de los crímenes y publicar solamente él las escabrosas noticias? ¿Qué más pruebas necesita usted, letrado?

Casares protesta diciendo que les aclaró el por qué llegaba siempre el primero a los escenarios criminales.

—Eso ya no se sostiene por ninguna parte. Y tú, lo sabes muy bien —aclara el subinspector Ledesma—. Pero como buen periodista que eres, sabrás que hace falta claras evidencias para que una noticia sea lícita. Pues bien, ¿qué te parecen estas otras fotografías?

Lo que más temía Casares acaba de suceder. Su propia sombra le ha traicionado. La raquítica y diminuta figura se ha colado en la foto. Debería haberse deshecho de esas fotografías, sin embargo, una decisión cuanto menos frustrante lo llevó a guardarlas. Ahora se encuentra en una situación gravemente comprometida.

—Sabemos que esta sombra que sale fortuitamente en esta foto es la tuya. Esto prueba que no solo estuviste allí, sino que mataste a los pobres chicos. Eres tan imbécil que no pudiste resistir la tentación de inmortalizarles mientras estaban agonizando —dice Ledesma, recriminándole en tono grotesco y burlón.

El abogado queda boquiabierto ante las evidentes y nuevas pruebas, aún sin saber que quedaba la puntilla para poner a su cliente en disposición de la justicia.

—La versión que nos contaste de que tu amigo y tú os quedasteis atrapados en San Luis no es del todo cierta, porque en realidad era tu hermano. A ti te adoptaron, y a él, al tener discapacidad intelectual, acabó al cuidado del seminario de San Tomé. Primero de monaguillo, tal como hacía en el orfanato, y ahora de sacristán. Tú y Calixto asesinasteis a esos pobres chicos. Todo encaja.

El periodista cada vez se ve más atrapado y sin salida. El sudor ya invade todo su rostro. Se pasa la lengua por los labios porque tiene la boca seca. Las raíces del cabello color zanahoria, se abren entre sus dedos, que recorren sin control por su cabeza. Después, se desabrocha los dos primeros botones de la camisa. A pesar de que su hermano es mayor que él, debido a la incapacidad intelectual del sacristán, el usurpador de periodismo siempre lo ha protegido. Cuando lo visitaba los domingos, y mientras que el inocente hombre daba de comer a las palomas, a Casares se le ocurrió la forma de vengar su dolor. ¿Qué mejor treta de desagravio que devolver a Dios lo que le quitó en la niñez, al ensañarse con sus propios elegidos? Y de pronto, Ledesma

vuelve a arremeter contra él, pero esta vez le toca el turno a su querido Calixto.

—Eres tan imbécil que fotografiaste a tu hermano mientras maquillaba a los seminaristas. ¿Ves esta mano que sale en el retrato? Las manchas más oscuras y claras en la piel son inconfundibles de la enfermedad de vitíligo, igual que la que padece Calixto, el sacristán del seminario de San Tomé. Esto explica dos cosas: por qué eras el primero en llegar a las escenas de los crímenes y lo relativamente fácil que lo tenías. Porque esos chicos jamás hubieran hablado con alguien fuera de su entorno; vivían recluidos en el instituto eclesiástico. Confiaron en el hombre que veían todos los días, creyéndole inocente y sin maldad. Primero convenció a uno y se lo llevó a un lugar apartado; y allí lo estabas esperando tú. Con los dos empleasteis el mismo método. Según la autopsia, en la parte trasera de la cabeza recibieron un decisivo y brutal golpe con un objeto firme y punzante según el forense, las marcas incrustadas en el hueso y piel encajan con una horca de dientes de acero forjado y de punta roma. Teniendo en cuenta todos estos nuevos datos, mis compañeros policías han hablado con el prior de San Tomé; este a su vez les ha derivado a los jardineros que, al ver la foto del modelo sacado de internet, enseguida han reconocido la horca que utilizan en los jardines y huerto. Reitero lo idiota que eres, porque hemos encontrado diversas huellas en el mango del objeto, y al cotejarlas con las de tu hermano y con las tuyas, coinciden totalmente. Como te estaba diciendo, una vez inconscientes, los dos seminaristas quedaron a vuestra merced. Distintas fechas, pero la misma cruel coincidencia; el dígito doce. En la autopsia los peritos dictaminaron los asesinatos de crueles y macabros. Los muchachos no solo fueron sometidos a torturas inconcebibles para la comprensión del ser humano, sino que no contentos con ello, una vez muertos, también os cebasteis en sus cadáveres. Porque necesitabais seguir calmando vuestra furia, y qué mejor manera de humillación que sajar sus genitales y despojar a alguien de sus ropajes. Y no satisfechos, los maquillasteis como fulanas. Sin olvidarnos del tributo de los zapatos de tacón. ¿Por qué?

—Ustedes no lo entienden. Siempre que nos violaban, nos hacían vestirnos como mujeres y nos maquillaban con un pintalabios tan rojo como la sangre. Mientras nos embestían contra las mesas, nuestros pies estaban calzados con zapatos de tacón. Recuerdo que mis tobillos y flacuchas piernas se tambaleaban, pero todos al final acabamos por

acostumbrarnos y a dominar el equilibrio subidos en aquellas plataformas de aguja de charol. Era una venganza justa. Ojo por ojo, y diente por diente, según la Ley del Talión, y la Biblia.

—Lo que no entiendo es… ¿por qué cada dos meses, y por qué dejasteis de matar?

El periodista se ríe con grandes carcajadas. «Han descubierto mi tapadera. Ya saben quién soy. No tengo nada que perder, me pasaré el resto de mis días en la cárcel», piensa antes de responder. Después, alza la mirada y reta con sarcasmo y frialdad a Ledesma y a Casado. Y vuelve a sonreírles.

—Somos asesinos, no unos malditos locos. Dejábamos transcurrir un plazo de dos meses de tiempo, para que se restablezca la confianza en el seminario. Así, resultaba más fácil que se fiaran de mi hermano. Para nada estaba en nuestros planes detenernos, pero entonces apareció él, el malnacido de Adelardo de la Hoz, y tuvimos que replantearnos todo. De lo contrario todo saldría a la luz y él me delataría a la policía por los crímenes de los aspirantes a curas. Así que… lo más sensato era dejarlo por el momento, hasta que el ambiente se calmara un poco. Al fin y al cabo, una parte de nuestra venganza ya estaba saciada.

—¿Sabes lo mejor de todo? —pregunta Ledesma, y responde sin dejarle opción al asesino—: Que Adelardo de la Hoz ya está muerto, y tu hermano y tú os vais a pudrir en la cárcel. Eso se llama justicia.

Se ríe el periodista. Y dice algo que deja una brecha abierta.

—No se crean vencedores. La partida aún no ha terminado. En el juego del orfanato de San Luis aún hay muchos jugadores. No lo olvide. —El impostor Eusebio se levanta de la silla y comienza a gritar hacia el gran espejo. Deduce que Sebastián Villarta está detrás, observándolo—. ¡Ha sido divertido, inspector! ¡Ha sido divertido jugar con usted! ¡No olvide que el rol del juego sigue sus reglas! —dice mientras golpea con la cabeza el cristal. Casado y Ledesma lo reducen porque la sangre comienza a brotarle. Una vez arrojado en el suelo, sigue riéndose y diciendo una letanía—: ¡He pecado, merezco el castigo, he pecado, merezco el castigo!

Tras ser curado de las heridas, se lo llevan a declarar ante el juez. Decretan prisión sin fianza para los hermanos Del Soto.

Se ha hecho justicia con las muertes de los dos seminaristas.

86

Marta, convaleciente de sus heridas, no ha querido quedarse en la cama. Engullendo su dolor y haciendo un ápice de su valor consigue mantenerse erguida, porque por nada del mundo quiere perderse el sepelio de Tomás. La iglesia está a rebosar de gente. Todos los pedernoseños han querido acompañar a los Villarta en su dolor. En el primer banco, están Marta, Sebastián, María, siempre a su lado, y el padre Herminio. Guardando sus espaldas, su compañero y amigo Félix Ledesma, seguidos del Cherokee y del cabo Estigarribia. Justo al otro lado, las autoridades del municipio, la alcaldesa, seguida del séquito de la alcaldía. Y justo en la nave central y amparado por el Altar Mayor del presbiterio, se encuentra el féretro que contiene los restos de Tomás Villarta. Con las postremas palabras del párroco, termina el funeral. Y comienza el desfile hacia el camposanto.

El sargento, el cabo de la Guardia Civil, el subinspector y el inspector jefe de la policía llevan a hombros el ataúd en un balanceo de pasos firmes, pero tristes, que se encaminan por la calle con dirección al último recorrido de Tomás. El silencio engrandece la procesión en su definitivo viaje. El pueblo entero rinde su particular homenaje con un respeto absoluto, tras varios días en constante alboroto y preocupación porque un asesino andaba suelto por la pequeña localidad. Ahora, juntos, cierran un drástico episodio.

El panteón familiar, que unos días antes recibía el cuerpo del padre Ramón, se cierra con los restos de Tomás Villarta que, por fin, descansan en la tierra sagrada del sacramental. Sobre la losa de mármol, varias coronas de flores cubren los nombres de los fallecidos del clan. Entre los tejados que cobijan la antigua ermita de El Santo, un grajo de color negro azabache contempla el desolador panorama. A su graznido, Sebastián levanta la cabeza y fija su mirada en el pájaro. Cree reconocerlo. El ave expande su grito entre el paisaje de tumbas.

Una vez en la casa, la familia se recompone por unos instantes para hacer frente a otras embestidas.

El sargento Casado le ha entregado el informe forense que dictamina el resultado de la autopsia de su padre. Muerte natural, a causa de un infarto de miocardio. El cuerpo no presenta torturas.

—Tal y como el asesino grabó en el vídeo de su teléfono, y también ha fotografiado en el mural —explica el sargento.

—¿Qué va a suceder con el cuerpo de la falsa abogada?

—Se le ha practicado la autopsia. No ha sido posible localizar a ningún familiar. Durante un tiempo ocupará una cámara frigorífica con un número colgando entre los dedos de sus pies. Pero auguro que al final será enterrada en alguna sepultura destinada al olvido y con la celebración de un entierro social. Respecto a Carmela, su familia ya ha sido informada. Ella es otro daño colateral del psicópata y asesino Adelardo de la Hoz.

Marta está laxa y se retira a sus aposentos a descansar. María la acompaña. La tensión de estos últimos días ha machacado sus escasas energías. No puede dejar de sentir las importantes secuelas en su cuerpo; las heridas en sus pechos y cara. Pero no teme tanto lo externo como a los sueños, que cada noche la invaden. Cierra los ojos, y ve a Alejandro Higueras riéndose mientras su cara, con lentitud, se despega de la piel. Entonces, resurge Adelardo de la Hoz. Tomará uno de esos somníferos milagrosos para dormir y alejarse de las pesadillas.

En el salón, se ha quedado el extraño cuarteto y el padre Herminio, que intuye que algo está por suceder. Sabe que hay un tramo de la historia que aún no se ha contado.

—Poco a poco, todo va volviendo a su sitio, pero queda algo pendiente, padre Herminio —comenta el sargento.

—Lo sé. Mi querido hermano Ramón no es un eslabón de este caso.

—Esas no son suficientes pruebas para dejar de investigar su muerte —sugiere de nuevo Casado.

—Vengan conmigo, por favor. Pero deben jurarme guardar el secreto.

Todos siguen a don Herminio, que guía a la comitiva de la ley hacia los aposentos del padre Ramón. Todos permanecen en silencio y expectantes. El sacerdote abre las puertas del armario. En las perchas, cuelgan los trajes negros, junto con una sotana y el alzacuellos, resaltando el blanco entre el vestuario eclesiástico. De entre las cajas de los zapatos, el viejo cura saca unas cartas. Julia es la remitente de toda la correspondencia. Don Herminio solo les dejó leer la última misiva que había recibido.

A mi querido y amado Ramón:

Amor mío, han sido muchos los años que llevamos escondiendo nuestro amor. Que nos queremos, no hay duda. Sin embargo, nunca hemos disfrutado de la libertad para besarnos, ni siquiera una inocente caricia conservo como recuerdo tuyo. Nada, solo las palabras y nuestras miradas inocentes y puras. Con eso me he conformado. No te preocupes, amor, no hemos sido cobardes, tan solo culpables de no haberlo intentado.

Siempre, Julia.

—Mi hermano no soportaba esta situación, y prefirió irse con Dios que seguir viviendo un amor imposible. Les ruego discreción.

—Si en algo soy bueno, es guardar secretos —comenta el Cherokee. A quien se une Estigarribia y el subinspector Ledesma.

—En el nombre de mi familia, les agradezco su discreción.

El sargento Casado y el cabo Estigarribia se despiden con un fuerte abrazo de los policías Sebastián Villarta y Félix Ledesma.

—Ha sido un placer trabajar junto a ustedes. Siento que hayan sido en estas drásticas circunstancias —comenta Villarta.

—La próxima vez que nos veamos será junto a una buena jarra de cerveza.

—Solo queda esperar las autopsias y las identidades de las pobres chicas. Apenas estaban comenzando a vivir. Eran unas niñas que ahora devolveremos a sus familias, en cajas herméticas —comenta apenado Estigarribia.

—Eso lo dudo mucho. Todas ellas venían de hogares rotos, incluso algunas provenían de países del Este. No hay quien reclame sus cuerpos. Me temo que estas, al igual que la falsa abogada, serán enterradas en tierra de nadie. Duro, pero muy cruel y cierto —asegura, abatido, el sargento Casado.

En ese momento, los dos piensan en sus familias. A Casado lo esperan su mujer, hijas y su pequeña nieta. Desde el comienzo del caso, no les ha dedicado todo el tiempo que se merecen. Se siente culpable, pero esta investigación le ha devuelto la vida y lo ha rejuvenecido veinte años. Su jubilación está muy próxima, pero eso era antes de comprobar que aún puede dar mucho de sí. Porque el Cherokee todavía tiene mucho fuego que apagar. Después de esta última semana, se niega a conformarse a ser el recadero oficial de la casa y el niñero de su nieta. Estigarribia lo necesita, y andan escasos de personal en el cuartel. Esa es la explicación a la que debe ceñirse

cuando se enfrente al detector de mentiras de su parienta; su querida Pepi.

En cambio, Estigarribia solo desea volver a ver a su gente. Después de estos duros y agotadores días, necesita más que nunca a su familia. En Vizcaya lo espera su abuela Tana, que ya está muy mayor, y sus hermanos, con quienes practica el alpinismo. Desea volver a impregnarse con el delicioso olor del bizcocho de mantequilla que su *amá* cuece a fuego lento en el horno de leña, o disfrutar de los domingos de pesca en el Cantábrico con su *aita*. Todavía tiene tiempo para pensar en el lugar definitivo adonde quiere ser destinado como cabo. Pero de momento, se siente a gusto en tierras castellanas.

87

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, Ledesma se dispone a volver a las órdenes del comisario Gutiérrez, en la comisaría central de Madrid, pero antes, quiere dejarle a su jefe un mensaje.

—Tranquilo, jefe, sí los cogeremos a todos. En algún momento cometerán un error, y ahí estaremos nosotros. Se lo juro. Y terminaremos para siempre con el maldito juego del orfanato de San Luis.

Los dos se abrazan. Juntos han pasado intensos días. Pero las palabras de su compañero y amigo Félix Ledesma no calman el desasosiego e impotencia que siente. Aunque sabe que tiene razón, nada más pueden hacer por ahora. El número doce se ha convertido en una cifra maldita.

—Lo espero en Madrid.

Sebastián y el padre Herminio despiden con la mano a Félix. Este, desde el interior de su vehículo y antes de girar la esquina para perderse en la N-301, los mira y toca el claxon.

—Hijo, yo debo marcharme. Ya no me necesitas y las monjas se aburren sin mí. Ya sabes, soy el responsable de poner algo de humor en la residencia. Además, también me permiten algunos caprichitos, como fumarme algunos puritos en el patio. Y cuando juego al tute con la madre superiora, siempre la dejo ganar, y así me recompensa con una ración doble de postre.

—Te voy a echar mucho de menos, tío. ¿Podrás perdonarme alguna vez por todo lo que te he hecho pasar?

—Cumplías con tu deber.

Los dos se unen en un emotivo abrazo. Al sacerdote se le caen unas lágrimas, que se limpia con un pañuelo que se saca de la anchura de la manga de la sotana negra.

Marta, enfundada en ropa negra desde la cabeza a los pies, baja las escaleras. Su rostro está macilento. El pelo tintado de caoba ahora está parcheado e invadido por unas plateadas canas. Y la piel ya ni siquiera

irradia esa frescura habitual en ella. Parece un espectro andante. María va detrás de ella. Le hace un gesto con los hombros para comunicarle a Ses que, a pesar de su insistencia, no ha podido evitar que se vista así.

—¿Adónde vas, mamá?

—Al camposanto. Tengo pendiente una conversación con tu padre.

—Me voy contigo.

—No, se trata de algo entre nosotros dos. —Sin más, se dirige al invernadero. A pesar del frío, las plantas han florecido, si cabe más hermosas. Parece que entienden que ahora deben sobrevivir solas y, para ello, intensifican sus vivos colores. Marta corta los lilium más abiertos y variopintos, y hace un gran ramo, para introducirlo en un jarrón de porcelana blanca. Sebastián insiste en acompañar a su madre al cementerio, pero obtiene la misma respuesta. Y la ve marchar, con unas rosas y lirios que sobresalen por la altura de su cabeza. Marta se encauza calle arriba con dirección al sacramental El Santo. Ni tan siquiera sus pechos heridos y sajados por el filo del cuchillo pueden detenerla. Ni los puntos de sutura que unen los extremos de su piel son suficientes para dejarla postrada entre las sábanas destinadas a olvidar la silueta de su marido. Ni los golpes amoratados de su rostro, ni aún las pestañas y cejas arrancadas por el pegamento van a alejarla de seguir sintiéndose la mujer de Tomás Villarta. Mientras avanza, las suelas de sus botas se agarran como una sabandija al asfalto escurridizo que han dejado los deshielos en la comarca. Marta siente pegada a su nuca el bufido de las miradas indiscretas de la gente que, a escondidas, acechan tras las ventanas. Los murmullos, los chismes que tejen las cosechadoras de líos, y todas esas otras personas que a lo largo de estos trágicos días se han adentrado en la intimidad del clan. Y ahora acallan y consuelan su alcahueteo entre dientes, porque esperaban que la carnaza de la desgracia de los Villarta alcanzara el aburrimiento del crudo y solitario invierno en el municipio de El Pedernoso. Marta por fin llega al camposanto. Abre las chirriantes puertas y se adentra en el paisaje de acuarelas mortecinas: grises, blancas y negras sepulturas se extienden en el sagrado sitio. Los cementerios son el sublime lugar en donde todos nos igualamos, y la identidad de uno es lo único que permanece para siempre inscrito en el granito de las losas. Marta se abre paso entre los senderos estrechos de las lápidas, hasta llegar al panteón familiar.

—Me has dejado muy sola, Tomás. Y ahora, tu hijo se empeña en

que me vaya a vivir con él y con María. ¡Me quieren llevar a Madrid! Pero… si yo me voy, ¿quién va a cuidar de tu invernadero? ¿Quién limpiará tu sepultura? No, amor mío, no puedo marcharme y dejarte aquí solo. Nuestro hijo debe entenderlo. Además, ellos tienen que rehacer sus vidas. Yo sería un estorbo. Y yo sé que tú, desde el otro lado, me acompañarás.

Marta se echa a llorar. Su llanto es una mezcla de dolor e impotencia. ¡Había aún tantas cosas por hacer! Este año tenían previsto viajar a Nueva York, ir al Teatro Real para ver las grandes óperas, navegar por los canales de Venecia…

—Amor mío, si yo me voy, sé que escucharé tu voz reclamando tu atención. Porque tú eres así, siempre necesitándome. ¿Por qué no me dijiste aquel día lo que te preocupaba? Te habría ayudado. Y ahora, los dos hemos perdido; tú la vida, y yo a ti. —Marta vuelve a llorar; está sola en el cementerio de El Santo—. Sabes, debo confesarte que he tenido verdadero miedo cuando estuve secuestrada por ese tal Alejandro Higueras. ¿Te acuerdas de ese que se hizo pasar por el hijo de un compañero de mili? ¡Pues resulta que no era quien decía, sino uno de aquellos niños que yo cuidaba! ¡Ese que tú decías que tenía algo en su mirada! Sí, cariño, me hirió y creí morir. —Marta cae rendida de rodillas en el suelo y posa la cabeza en el mármol negro de la losa, cual si fuera el regazo de su esposo, y llora hasta quedarse vencida por el dolor. Después, se recompone, coloca otra vez los lilium y las rosas en el centro, tal y como hacía con el cuello de las camisas de su marido—. No sé cómo, pero aprenderé a vivir con tu ausencia; tú me ayudarás, porque que estés muerto no es una excusa para que no sigas a rajatabla tu promesa de cuidarme. Yo te prometo que ningún día dejaré de visitarte y de acudir a nuestra cita. Bueno, me marcho; nuestro Sebastián me espera.

Tras un rato, Marta cierra la verja del sacramental. Y se encamina hacia su domicilio. El ciclo de la vida debe continuar.

Nada más salir el Sol, Sebastián y don Herminio se encaminan hacia Cuenca en el vehículo del inspector. Al pasar por el paraje de Valdeganga, Sebastián no puede evitar aminorar la velocidad. Siente que se le encoge el alma. Como si todos los árboles y los pinos envueltos en la densa niebla susurraran el nombre de su padre. Mira hacia la izquierda y ve cómo el angosto sendero se pierde entre la bruma blanquecina que se adhiere al suelo. El sacerdote irrumpe con su voz los tristes pensamientos de Villarta.

—Hijo, el tiempo no teje el olvido, pero mitiga la ausencia de quienes nos dejaron. No lo olvides nunca.

Sebastián pisa el acelerador, y por el espejo retrovisor, observa cómo Valdeganga se queda atrás. El padre Herminio comienza a hablar de las monjitas, de su compañero de habitación, que seguro lo está echando de menos, de las caminatas matutinas por los paseos del Júcar, de su acertada puntería cuando juega a la petanca. Pero, sobre todo, de los domingos cuando es el día de la paella mixta, con mucha carne y marisco. Le encanta saborear las cabezas de las gambas. Ahora, todo volverá a la normalidad.

Sebastián acompaña a su tío al interior de la residencia. La madre superiora de inmediato sale a recibirlos. Una de las hermanas se encarga de la maleta del sacerdote.

—Siento lo de su padre. Aquí queremos a su tío. Es un granuja, pero lo echábamos mucho de menos.

Sebastián emprende el viaje de vuelta, pero esta vez lo hace por la autovía; a toda costa quiere evitar encontrarse a solas con las ruinas de Valdeganga.

Cuando llega a El Pedernoso, se encamina al cementerio. Recorre un estrecho pasillo y se encara con los nichos. Apartado en un rincón, próximo a la pared, donde la hierba crece y sus raíces se alojan entre las grietas del cemento, se encuentra el nicho de su abuelo. La explicación de la familia siempre ha sido indiscutible; murió de repente y carecían de sepultura. Porque la fosa donde yacía el hijo asesinado era propiedad de la iglesia. Años después, cuando su abuela murió, en el centro del camposanto se creó el panteón de los Villarta, y los restos de Tino fueron transportados junto al seno de su madre. Desde entonces, la verdadera historia del núcleo familiar está separada por la frontera de cientos de cuerpos, vidas truncadas y monolitos de mármol y granito. Ha hecho falta que muriera su padre, para que la realidad resurgiera de entre los muertos.

—Querido abuelo, nadie me ha defraudado tanto como tú. Los Villarta somos víctimas de tu mal karma. ¡Que Dios se apiade de ti, porque yo no puedo!

Después, se dirige hacia el panteón de los Villarta.

—Papá, descansa en paz; todo está bien. Yo cuidaré siempre de mamá.

El sonido de su teléfono irrumpe entre la soledad que habita en cada rincón del sacramental y revuelve las esquinas de las tumbas. Lo

saca del bolsillo y ve la pantalla. Sin tardar, lo descuelga.

—Comisario Gutiérrez.

—Villarta, estoy informado de todo. ¡Enhorabuena por cerrar el caso más importante y turbio al que nos hemos enfrentado en estos últimos meses! ¡Sabía que no me fallaría!

—No podría haberlo hecho sin mi compañero Ledesma, el sargento Casado y el cabo Estigarribia de la Guardia Civil. Pero, sobre todo, y muy a pesar mío, jamás lo habría conseguido sin la ayuda de Adelardo de la Hoz, el mayor asesino en serie de los últimos años —responde Sebastián Villarta.

—Lo esperamos pronto por la comisaría. Sus hombres y su equipo lo necesitan. ¡No lo olvide!

—Comisario, solicito un largo descanso indefinido. Mi vida ahora está patas arriba, y necesito darle prioridad.

Una semana después, Sebastián y María toman un avión con rumbo a París. Son conscientes de que este viaje es préstamo de un tiempo que, por derecho, no les pertenece, porque van a vivir los besos, las caricias y los sueños de la luna de miel de Tomás y Marta. Pero lejos de Madrid y de los casos policiales, el inspector jefe de la policía nacional y la decoradora de interiores se darán otra oportunidad, y dejarán atrás el olor de la muerte, que las últimas semanas tan presente ha estado en sus vidas.

Entre tanto, Marta debe aprender a lidiar con la soledad de la casona, a cuidar el invernadero de hermosas y coloridas flores que siguen multiplicándose sin culpa alguna por florecer, porque es el legado de su querido esposo, su Tomás. Ahora, debe convivir con los secretos que, como ratas asustadizas, se mantienen ocultos entre los gruesos y centenarios muros.

A más de cuatrocientos kilómetros de distancia, envueltas en niebla y en una calma siniestra, esperan las ruinas del orfanato de San Luis, silenciosas como las garras de las bestias del Averno.

Índice